



EL  
SECRETO  
DEL  
MESÍAS

A uno lo mueve el dinero.  
Al otro, las implicaciones para la cristiandad.  
Ambos están dispuestos a matar por el secreto.

JAMES BECK

Lectulandia

Año 72: Un grupo de guerreros atraviesa un yermo montañoso. Solo ellos saben lo que transportan, y harán el mayor de los sacrificios para proteger su secreto.

Año 2010: Angela Lewis se encarga de hacer el inventario de las pertenencias del fallecido Oliver Wendell-Carfax, asesinado en su mansión de la campiña inglesa. En el proceso, encuentra una serie de jarras de cerámica y en una de ellas se halla un antiguo pergamino con datos sobre la vida de Jesús de Nazaret. Es el primer testimonio de este tipo que ve la luz desde el Antiguo Testamento.

Angela y su exmarido, el inspector de policía Chris Bronson, emprenden la búsqueda de una reliquia de incalculable valor, pero el asesino de Wendell-Carfax les pisa los talones.

**Lectulandia**

James Becker

# **El secreto del Mesías**

**Chris Bronson - 3**

ePub r1.0

Mangeloso 18.04.14

Título original: *The Messiah Secret*  
James Becker, 2010  
Traducción: Esther Mendía Picazo  
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Sally, como siempre y por todo.*

## **Agradecimientos**

Mi agradecimiento va a un dúo de gran talento, Selina Walker y Jessica Broughton, un par de editoras implacables que cogieron el cuerpo de este libro y lo imbuyeron de auténtica vida. Y ellas, por supuesto, son solo una parte del experimentado, entregado y talentoso equipo de la editorial que trabajó para asegurarse de que la novela fuera la mejor que fuéramos capaces de hacer.

Y, como siempre, gracias a Luigi Bonomi, el mejor agente literario que un autor puede tener, un buen amigo y una verdadera inspiración.

## Prólogo

*Año 72 d. C., Ldumra*

Desde que abandonaran la última aldea y comenzaran el tramo final de su largo ascenso, la progresión de los nueve hombres había sido lenta. Ahora las sencillas casas de piedra eran una distante y espectral monocromía en la luz gris previa al amanecer.

No había camino, apenas un sendero los conducía adonde se dirigían, pero sabían exactamente la ruta que tenían que seguir; una ruta que los llevaría a lo alto de las montañas y terminaría en un gran valle. Todos, a excepción de uno, también sabían que estaban realizando el último viaje de su vida. Solo un hombre del grupo saldría de ese valle o querría hacerlo. Ese viaje o, para ser exactos, la razón de ese viaje, era la culminación de todo por lo que habían trabajado a lo largo de su vida adulta.

Iban bien armados, cada uno llevaba una daga y una espada, y todos excepto dos tenían también un arco y una aljaba colgados del hombro. Toda la zona, y en especial Ldumra, era una conocida guarida de bandidos y ladrones. Sus principales presas eran las caravanas cargadas que viajaban por lo que más tarde se conocería como la Ruta de la Seda, pero no tenían ningún escrúpulo en atacar a cualquier grupo de viajeros, sobre todo si creían que esas personas llevaban objetos de valor. Y los nueve hombres estaban acompañando a un tesoro que cada miembro de la escolta armada protegería con su vida. Solo cuando llegaran a su destino podrían relajarse, cuando el tesoro al fin estuviera a salvo; a salvo, esperaban, para toda la eternidad.

Dos de los hombres cabalgaban despacio en la cabecera del grupo, cada uno montado en un lanudo camello bactriano, un animal sorprendentemente bien adaptado al duro terreno. Tras ellos, dos yaks iban amarrados a un pequeño y robusto carro de madera ocupado por un hombre fusta en mano. Otros dos animales los seguían, amarrados con cortas cuerdas a la parte trasera del carro, y también seis burros, cada uno con un jinete y pesados fardos sobre sus ancas.

En la superficie de carga del carro había una pesada caja de madera de unos dos metros cuarenta de largo, metro veinte de ancho y sesenta centímetros de alto. Estaba oculta a la vista, cubierta por pieles y otras prendas amontonadas, cestos de comida y cántaros de agua y vino. Los hombres esperaban aparentar ser un grupo de simples viajeros que no transportaban nada de valor para así evitar despertar el interés de los bandidos.

Su aspecto era muy corriente y, exceptuando a uno, todos parecían, y en efecto lo eran, nativos de la zona. Tenían una piel oscura y muy arrugada por toda una vida de exposición al sol y al aire libre a gran altitud, ojos con forma mongoloide y rostros anchos y planos. Su pelo era negro y largo.

El hombre más joven era el que marcaba la diferencia y montaba uno de los

burros en el centro del grupo. Con tal vez veinte años, menos de la mitad de la edad del más joven de sus compañeros, tenía la piel clara y una tez casi rubicunda. Sus ojos eran de un brillante y sorprendente azul y su pelo, oculto bajo una capucha, marrón rojizo. A pesar de no ser su nombre de pila, era conocido por sus compañeros como Sonam, cuya traducción es «el afortunado».

El sendero desde la aldea recorría aproximadamente un kilómetro y medio y después cruzaba un arroyo de montaña. La pequeña caravana se detuvo junto a la orilla y los viajeros aprovecharon la oportunidad para beber y rellenar todos sus odres de agua. Sería el último arroyo que cruzarían antes de que comenzara el tramo más escarpado del ascenso y, aunque el valle era frío y mantas de nieve cubrían las cumbres que los rodeaban, un adecuado abastecimiento de agua era esencial.

Los dos hombres subidos a los camellos no desmontaron; estaban alerta a cualquier señal de peligro que acechara tras las colinas y dentro de la maleza que bordeaba la cascada, pero no vieron nada. En unos minutos todos los miembros de la caravana estaban en sus monturas y reanudaron el viaje vadeando el arroyo y subiendo por la orilla opuesta.

El camino se volvía más accidentado según ascendían; el sendero, por llamarlo de algún modo, apenas era lo suficientemente ancho para el carro de madera y su marcha quedó reducida a poco más que un paso lento.

Era media mañana cuando vieron la primera señal de que había alguien más en la ladera. El camello que iba en cabeza trazó una curva del camino y, al avanzar un poco más, una indefinida figura vestida de gris se fundió con las rocas que tenían a unos cincuenta metros por delante.

De inmediato, Jetsun, el jinete que lideraba la comitiva, frenó a su camello y alzó la mano para detener la caravana. Miró atrás para comprobar que sus compañeros habían visto la señal y, al mismo tiempo, agarró su arco, sacó una flecha de la aljaba que llevaba a la espalda y la ajustó; estaba listo para disparar.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre a lomos del segundo camello al detenerse a su lado y preparar su arco. Se llamaba Ketu y la lengua que hablaban todos era un dialecto local que, con el tiempo, acabaría conociéndose como «tibetano antiguo».

—Un hombre —respondió bruscamente Jetsun—. En las rocas, a la izquierda.

Los dos otearon la senda que serpenteaba frente a ellos por la ladera de la montaña. Si esa figura era un bandido, sus compañeros y él no habían elegido un lugar especialmente bueno para una emboscada. La caravana, exceptuando obviamente el carro, que no podía salir del camino, no tenía problemas para moverse hacia la derecha y alejarse de la ladera plagada de rocas, dando así a los jinetes espacio para maniobrar y disparar sus flechas.

—No es el lugar que yo habría elegido para perpetrar un ataque —murmuró Ketu.

Como en respuesta a su comentario, una figura con una capa gris apareció a cierta

distancia del camino, y tras él se pudo ver un puñado de cabras moviéndose de forma irregular por el accidentado y rocoso terreno en dirección a una pequeña zona llana salpicada de hierba.

Los dos suspiraron aliviados.

—¿Es ese el hombre al que has visto?

Jetsun asintió.

—Creo que sí. Al menos, se parece a él.

Al cabo de unos minutos la caravana reanudó su lenta pero constante marcha por el sendero y el terreno cada vez más abrupto. Rocas y árboles caídos bloqueaban con frecuencia su ruta y en varias ocasiones tres o cuatro de ellos tuvieron que desmontar para arrastrar y apartar los obstáculos y dejar espacio suficiente para que el carro continuara su camino.

Justo después de que el sol llegara a su punto más alto en el cielo, Jetsun ordenó que la caravana se detuviera sobre una pequeña planicie que ofrecía una buena visibilidad en todas las direcciones. Desmontaron y se agruparon alrededor del carro donde tenían guardados sus suministros. Masticaron pedazos de pan ácimo y tiras de carne seca que acompañaron con agua; no tocarían el vino hasta haber llegado a su destino.

En menos de quince minutos ya habían retomado la marcha, y aproximadamente media hora después, los bandidos los atacaron.

Tomaron otra curva y vieron el tronco de un árbol que bloqueaba por completo el camino. En sí mismo no era motivo de preocupación, ya habían tenido que apartar unos cuantos, pero cuando frenaron sus monturas, el silencio de las montañas quedó roto por el grito de una repentina orden y por una descarga de flechas procedente de las rocas a su izquierda.

La mayoría erraron, pero dos alcanzaron a Jetsun directamente en el pecho y lo lanzaron hacia atrás sobre su montura. Se resintió por el doble impacto, pero no cayó.

A su lado, Ketu rápidamente cargó una flecha y disparó a uno de los asaltantes a los que ahora podían ver con claridad. Un grupo de aproximadamente una docena de bandidos ataviados con capas grises y marrones se encontraba entre las rocas a la izquierda de la zona de la emboscada, todos armados con arcos, flechas y jabalinas.

Detrás de los dos hombres a camello desmontó el resto del grupo y avanzó en tropel con gritos desafiantes. Emplearon los cuerpos de sus animales para cubrirse, se descolgaron los arcos y dispararon a los bandidos. La excepción fue el hombre de ojos azules, al que uno de sus compañeros rápidamente arrastró detrás del carro tirado por los yaks.

—¡Sonam, agáchate! —chistó el hombre agarrando su arco y sacando una flecha de la aljaba.

En segundos el aire volvió a llenarse de flechas; los proyectiles martilleaban

contra las rocas y se incrustaban con un ruido sordo en los laterales de madera del carro. El conductor, que no tenía arco, saltó del vehículo y se agachó para protegerse mientras sus compañeros luchaban por sus vidas.

Tres de los bandidos cayeron gritando y tambaleándose hacia las rocas con los cuerpos atravesados por las flechas certeras de los viajeros.

El carretero de pronto gritó de dolor cuando una saeta se hundió en su muslo. Cayó hacia atrás, con ambas manos aferradas a la herida, y los otros dos hombres lo arrastraron detrás del carro buscando desesperadamente cobijo de la lluvia de proyectiles que seguían silbando por la ladera.

Uno de los burros cayó muerto al instante por el impacto de tres flechas casi simultáneas y el camello de Jetsun bramó de dolor cuando una lanza rozó su costado. Dos de los viajeros cayeron al suelo. Uno, con el cuello atravesado por una flecha cuyo filo resplandecía rojo bajo la débil luz del sol; el otro, perforado por dos saetas.

Entonces se oyó otro grito y, por un instante, la descarga de flechas disminuyó mientras los bandidos contemplaban la escena que tenían ante ellos.

Los dos hombres montados en los camellos seguían sobre las bestias, pero de cada uno de ellos brotaban puñados de flechas con las puntas hincadas en sus pechos y estómagos. Aun así, ninguno parecía afectado por ello y seguían apuntando sus arcos y disparando flechas sin molestia aparente.

La imagen no resultó nada sorprendente para los viajeros, pero claramente estaba inquietando a los bandidos que consideraban que ambos deberían estar muertos o, al menos, malheridos. Los apuntaron gritándose los unos a los otros con incredulidad, pero al instante dejaron de atacar y, sin más, salieron huyendo y desaparecieron entre el montón de rocas que cubría la ladera situada tras ellos.

Durante unos segundos ninguno de los que estaban en el sendero se movió. Se quedaron mirando el terreno, asegurándose de que sus atacantes se habían marchado de verdad y que no estaban reagrupándose para lanzar otro embate.

Detrás del carro, Sonam y su compañero se levantaron con cautela y miraron a su alrededor antes de girarse para ayudar en todo lo posible al carretero herido.

Jetsun prorrumpió unas órdenes tajantes. Dos de sus hombres desenvainaron sus espadas y corrieron al otro lado del sendero, desde donde se había lanzado el ataque y se podía oír un leve gimoteo proveniente de uno de los bandidos heridos. Al momento, el quejido se elevó a un grito, hasta que se oyó el sonido de un golpe y el ruido cesó por completo. Segundos después, los hombres de Jetsun reaparecieron; uno de ellos iba limpiando la hoja de su arma.

Al mismo tiempo, otros dos se movieron para comprobar el estado de sus compañeros caídos, aunque de inmediato quedó claro que estaban muertos. Rápidamente, se les despojó de sus armas y cinturones y los llevaron al otro lado del sendero. No había tiempo para enterrarlos, pero Jetsun ordenó que los dos cadáveres

fueran tendidos y cubiertos de rocas para intentar protegerlos de buitres y otros carroñeros.

Y solo entonces, cuando estuvo seguro de que el ataque había terminado, Jetsun hizo a su camello arrodillarse sobre el pedregoso camino y desmontó. Tras él, Ketu hizo lo mismo.

—Ha funcionado, amigo mío —dijo acercándose al otro hombre con torpes movimientos.

—Ha funcionado —respondió Jetsun y, con dificultad, se sacó por la cabeza la capa, cuya parte delantera estaba clavada a su pecho por las flechas. Bajo ella, y fijadas con unas anchas tiras de cuero sobre sus hombros, llevaba dos gruesas planchas de madera que le cubrían el pecho y la espalda, una rudimentaria forma de armadura.

Jetsun colocó la madera sobre el suelo y sacó las flechas una a una antes de volver a ponerse las tablas y la capa.

Se giró para mirar la herida de su camello, pero era poco más que una rozadura. La lanza había alcanzado al animal de forma oblicua y eso le había dejado un corte poco profundo en la piel. Un burro estaba muerto, atravesado por tres flechas, y otros dos tenían heridas sin importancia.

Jetsun se acercó al carro tirado por los yaks y miró a los tres hombres que iban en él, uno herido y los otros dos atendiéndolo.

Sonam se levantó cuando se acercó y Jetsun se inclinó ante él.

—¿No estás herido, mi señor? —preguntó poniéndose derecho otra vez.

Sonam asintió.

—No, pero Akar está sangrando mucho por el muslo. Creo que la flecha le ha atravesado varios vasos sanguíneos.

Jetsun asintió, agarró al hombre más joven por los hombros y se agachó para mirar al herido.

Akar alzó la mirada cuando Jetsun se arrodilló a su lado. Estaba temblando por la conmoción, y la sangre le brotaba de ambos lados del muslo; la flecha le había atravesado la pierna y aún seguía ahí.

Jetsun miró el rostro de pánico del hombre al que conocía hacía décadas y sacudió la cabeza. Sabía que esa herida podía hacer peligrar su vida simplemente por la pérdida de sangre, pero eso no era todo. Se conocía que los bandidos untaban la punta de sus flechas con veneno o excremento y, aun en el caso de que la herida no fuera letal por sí sola, existía una gran probabilidad de que se infectara en los siguientes días y matara a la víctima más lentamente, aunque con igual eficacia.

Akar miró a Jetsun y su cara reflejó que era consciente de la realidad de la situación. Asintió lentamente, levantó la mano derecha y le agarró el brazo.

—Que sea rápido, amigo mío —dijo. Se recostó sobre el pedregoso suelo y cerró

los ojos.

Jetsun asintió a su vez y sacó una pequeña daga de la vaina que llevaba en el cinturón. Rápidamente la hundió en el pecho de Akar, directa al corazón. El hombre tendido en el suelo se estremeció y al instante se quedó quieto; sus rasgos fueron relajándose a medida que el dolor lo abandonaba por última vez.

Aproximadamente media hora después, la pequeña caravana, ahora con tres hombres menos, reanudó el viaje. Durante el resto del trayecto ni vieron ni se toparon con nadie más y finalmente, justo tras la puesta de sol, llegaron a su destino en lo alto del valle.

Jetsun ordenó que se encendieran las antorchas y envió a dos de sus hombres al interior para registrar la estructura a fondo y asegurarse de que nadie más se había refugiado allí aunque, a esa altitud, era poco probable. Al cabo de unos minutos salieron para informar de que el lugar estaba exactamente igual que el año anterior, cuando lo habían visto por primera vez y habían pasado casi seis meses preparándolo, labor que además de resultar físicamente agotadora, había requerido de considerable ingenio.

Jetsun asintió satisfecho. Ordenó que desengancharan a los yaks del carro y que los soltaran junto con el resto de los burros; no volverían a necesitar a esos animales. Pero los dos camellos estaban bien amarrados en una zona cercana y llana donde unos pequeños arbustos les darían sustento.

Sacaron todas las pieles y demás mercancía del carro, dejando al descubierto la pesada caja de madera; la levantaron entre todos y la llevaron a la entrada, donde la dejaron en el suelo. Después encendieron más antorchas para tener suficiente luz con la que dar comienzo a su tarea. Tenían vigas de madera apiladas contra la pared de enfrente y tardaron casi una hora en retirarlas todas y dejar a la vista la cámara interior.

Antes de que todos entraran, Jetsun pasó y la inspeccionó. La pequeña sala era casi cuadrada y, por razones evidentes, carecía de ventanas o de cualquier otra abertura. En un extremo había algo parecido a un altar, una estructura rectangular hecha de grandes trozos de piedra maciza. Los huecos que quedaban entre uno y otro se habían rellenado con una especie de argamasa y la parte superior estaba cubierta por varias losas de piedra.

Levantaron de nuevo la caja, la metieron en la cámara y la colocaron junto a la estructura de piedra. Jetsun dio otra orden y sus hombres comenzaron a quitar las losas y a apoyarlas contra la pared. A medida que trabajaban se podía ir viendo que la estructura estaba completamente vacía, que no era más que una cavidad rectangular formada por rocas talladas. Cuando hubieron quitado la última losa, Jetsun miró dentro, deslizó los dedos por las caras internas y asintió satisfecho.

Construir esa cavidad de piedra había sido una de las tareas que habían llevado a cabo el año anterior y, dada la fragilidad de su tesoro, su única preocupación había sido la posibilidad de que se creara humedad en el interior. Sin embargo, no detectó nada en las frías piedras que formaban la cavidad que sería el último lugar de descanso de la caja de madera y su preciado contenido.

Introducir la caja en la estructura de piedra no sería fácil dados su tamaño y su peso, pero tenían el problema previsto y a Jetsun se le había ocurrido una solución sencilla y efectiva.

Uno de sus hombres colocó tres cortas tiras de madera en la base de la estructura de piedra para crear una plataforma sobre la que pudiera descansar la caja. Después, los seis juntos la levantaron hasta la altura de sus caderas y la posaron en la estructura de piedra de modo que quedara sobre la abertura. Pasaron unas gruesas cuerdas por debajo, se las engancharon alrededor de los hombros y, cuando Jetsun dio la orden, volvieron a levantar la caja ayudándose de las cuerdas. Con dificultad, se movieron y colocaron la caja hasta que quedó exactamente alineada sobre el hueco. Después la bajaron con cuidado para introducirla en la estructura.

Una vez quedó apoyada en el fondo, tiraron de las cuerdas que habían quedado debajo y, con cuidado, volvieron a colocar cada losa, sellando así de nuevo la cavidad.

Satisfecho de que estuviera adecuadamente cerrada, Jetsun agarró un martillo y un cincel y, en mitad de la losa central, talló dos símbolos que en el dialecto tibetano equivalían a las letras «YA». Todos tocaron la talla una vez y todos, excepto uno, salieron lentamente de la cámara; ese hombre tenía una última labor que realizar. Después, cerraron la puerta por última vez.

Era demasiado tarde para consumir su tarea esa noche, así que comieron algo de las provisiones y bebieron un poco de vino antes de envolverse en sus pieles y dormir lo mejor que pudieron sobre el frío y pedregoso suelo.

A la mañana siguiente se levantaron para concluir el trabajo. Ocultar la entrada a la cámara interior les llevó un par de horas, pero cuando terminaron, el resultado fue asombroso. Desconociendo qué se ocultaba ahí dentro, nadie sabría siquiera que existía.

Jetsun inspeccionó el resultado y dio muestras de su satisfacción.

—Lo hemos hecho bien —les dijo a los hombres que lo habían seguido en su última misión—. Es la hora.

Salieron y lo siguieron por lo alto del valle hasta el borde de un acantilado donde un profundo barranco hendía la roca.

Al acercarse al borde, Sonam se apartó ligeramente con gesto de desazón.

—¿Es necesario, Jetsun? —preguntó—. Todos nos habéis sido leales a mí y a

nuestro maestro. Semejante lealtad no debería quedar recompensada de este modo.

El hombre más mayor sacudió la cabeza.

—No lo desvelaríamos por voluntad propia, mi señor, pero no sabemos qué depara el futuro, y este es el único modo de asegurarnos de que el secreto quedará protegido.

Sonam sacudió la cabeza.

—No puedo presenciar esto —murmuró—. Me marcharé ahora.

Dio un paso al frente y agarró a Jetsun por los hombros antes de darse la vuelta y, sin mirar atrás, dirigirse hacia donde los dos camellos pastaban tranquilamente.

Tras él oyó el primer grito de dolor cuando Jetsun dio comienzo al sacrificio voluntario de sus leales y fieles compañeros.

# Inglaterra

*En la actualidad*

Dos de la mañana. Oscuridad total. Oliver Wendell-Carfax estaba completamente despierto. Un ruido extraño había resonado por la casa y, aunque Carfax Hall era vieja y chirriaba por todas partes, en ese momento no podía identificar el sonido. A lo mejor se había soltado el pestillo de una ventana, o tal vez no había cerrado bien alguna de las puertas y una corriente la había movido.

Se quedó completamente quieto y mirando al techo con los ojos bien abiertos en la antigua cama de cuatro postes en la que había dormido desde que era adolescente; hacía tiempo que la cama había perdido el dosel.

Entonces lo oyó de nuevo. Una especie de traqueteo que, como sospechó al instante, no podía estar provocado por una ventana o una puerta. Había alguien en la casa moviendo cosas, buscando algo.

Wendell-Carfax llevaba toda la vida viviendo solo. Nunca se había casado y atrás habían quedado aquellos días en los que se podía permitir servicio residente. Ya habían entrado ladrones en dos ocasiones, ambas veces chavales de la aldea buscando algo que poder llevarse y vender para pagarse cigarrillos, alcohol o droga. Y cada una de esas veces se había ocupado del problema él solo porque sabía que si llamaba a la policía tardarían al menos una hora en llegar y entonces ya no podrían hacer mucho.

Se levantó de la cama, cubrió su delgado cuerpo con un batín y agarró el bastón apoyado en la silla que tenía al lado. Intentando hacer el mínimo ruido posible, recorrió el pasillo hasta la escalera central. Ahí se detuvo y miró hacia el piso bajo. Alguien había encendido la luz del gran salón.

No solo tenía ladrones, sino además ladrones descarados.

Sujetando el extremo de su bastón para poder usarlo como porra si era necesario, bajó las escaleras hasta el vestíbulo y, despacio, caminó hacia la puerta del salón que estaba parcialmente abierta.

Se asomó y a punto estuvo de expresar en voz alta su desagrado. Alguien a quien solo alcanzaba a ver de espaldas estaba sentado en su butaca favorita, junto a la chimenea vacía, fumándose un cigarrillo y echando la ceniza en la alfombra.

Wendell-Carfax se puso derecho, agarró mejor el bastón y abrió la puerta. Pero cuando lo alzó con la intención de bajarlo con fuerza sobre la cabeza del intruso, se quedó paralizado. Una inquietante pistola automática negra estaba apuntándole.

—Siéntese —dijo el extraño con una voz que fue poco más que un sibilante susurro. Le indicó que ocupara la butaca que tenía delante.

Era de complexión robusta, de entre cuarenta y cincuenta años, y tenía un aire de seguridad tan amenazante e intenso que daba miedo. Su piel era morena, su pelo negro y sus ojos tan oscuros que casi parecían no tener pupilas. Pero fue el atuendo, y

no el rostro del hombre, lo que más llamó la atención de Wendell-Carfax.

—Eres... —comenzó a decir.

—Silencio —contestó el hombre en voz baja, aunque la autoridad que transmitieron sus palabras quedó más que clara—. Usted tiene algo que quiero y he venido a por ello.

—¿Qué es? —preguntó Wendell-Carfax—. ¿Y quién diablos eres?

El extraño se levantó y se acercó adonde estaba.

El anciano levantó su bastón con gesto amenazante, pero el intruso ignoró su lamentable arma y con la fluida energía y la despreocupada malevolencia de una serpiente atacando, lo golpeó en el estómago con el cañón de la pistola.

Sin aliento, Wendell-Carfax se dobló hacia delante justo cuando recibió un segundo golpe en la nuca.

Recuperó la consciencia lentamente. Le dolían el estómago y la nuca, pero sobre todo las muñecas y los brazos; era una punzante sensación, como un tirón. Cuando alzó la mirada, vio la razón.

Su agresor lo había arrastrado hasta el vestíbulo, había pasado una cuerda por la barandilla de la escalera, había atado el extremo alrededor de sus muñecas y después lo había levantado y había fijado la cuerda a otra barandilla. Estaba suspendido con los dedos de los pies apenas tocando el suelo y completamente indefenso. Pero ese no era su mayor problema.

Delante tenía al intruso sentado en una de las butacas que, obviamente, había sacado del salón. Su rostro se veía sosegado y relajado.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Wendell-Carfax con la voz transformada por el dolor y el miedo.

El extraño se agachó y recogió del suelo un azote de cuero. Era un mango con varias correas pegadas a él y al final de cada una se veía el destello del acero. Caminó hasta la figura suspendida, se colocó detrás y atizó la espalda del anciano con el látigo.

El dolor fue espantoso, repentino y sobrecogedor, una cinta roja de agonía que recorrió el ancho de la desprotegida espalda de Wendell-Carfax. Soltó un alarido, su cuerpo se arqueó hacia delante y al instante notó una repentina humedad; había perdido el control de su vejiga.

El intruso lo azotó de nuevo, lanzando una segunda sacudida de dolor que atravesó el delgado cuerpo del anciano. Después retrocedió, tomó asiento y esperó hasta que Wendell-Carfax dejó de gritar.

—Yo haré las preguntas —dijo entonces con voz suave y controlada—. El azote lo animará a decir la verdad, como viene siendo desde el inicio de los tiempos.

Wendell-Carfax asintió.

—Quiero el pergamino —continuó el hombre—. Ya sabe a cuál me refiero.

—No lo tengo —respondió jadeando el anciano.

—No juegue conmigo. Sé que está aquí en alguna parte.

—No lo entiendes...

—No, es usted el que no lo entiende —contestó el intruso alzando la voz ligeramente—. Me haré con ese pergamino esté donde esté. —Con premura dio dos pasos al frente y de nuevo sacudió el azote de cuero.

Wendell-Carfax gritó de dolor y sollozó de agonía.

El hombre volvió a colocarse frente a él.

—Puedo pasarme toda la noche haciendo esto. El látigo lo hará pedazos a menos que me diga lo que quiero saber. ¿Dónde está el pergamino?

—No lo tengo —susurró Wendell-Carfax—. No está.

—¿Qué quiere decir?

—Se hizo añicos. Tenía dos mil años de antigüedad. Mi padre no supo cómo cuidarlo. Se decoloró y hace años que ya no existe. Se ha perdido para siempre.

El inexpressivo rostro del intruso mudó por primera vez. Fue como si hubiera pasado una nube por delante de sus ojos y quedara reemplazada por una especie de furia fría.

—Viejo estúpido. ¡Estúpido! ¿Es que no sabían lo que tenían en sus manos?

Volvió a situarse tras él y agitó el azote una y otra vez, haciendo que el fino pijama del anciano se tiñera de un intenso rojo cuando la piel de su espalda se abrió.

El ataque cesó tan de repente como había empezado y dejó a Wendell-Carfax aturdido y apenas consciente, sangrando por decenas de heridas y con la espalda encendida de dolor por la piel rasgada y la carne desgarrada. Al instante, el anciano se resintió de nuevo, cuando una mano agarró el poco pelo que le quedaba y le levantó la cabeza.

—¿Pero hicieron una copia? —preguntó el extraño—. ¡Su padre debió de hacer una copia del pergamino!

—Sí. —La voz de Wendell-Carfax sonó entrecortada y débil; tenía los ojos prácticamente cerrados—. Sí, sí que la hizo.

—¿Dónde está?

La boca del anciano se movió, pero ningún sonido salió de ella.

—¿Dónde está? Dígalo otra vez. —El extraño se le acercó y giró la cabeza de modo que su oreja quedó prácticamente tocando los labios del anciano.

Wendell-Carfax abrió los ojos parpadeando y en ese instante supo lo que debía hacer.

—Está... —comenzó a decir con unas palabras apenas audibles y, cuando el intruso se acercó más, le mordió la oreja con toda la fuerza que pudo reunir. La sangre estalló en su boca mientras sentía cómo sus dientes atravesaban la fina carne.

El intruso gritó de puro dolor. Soltó el látigo de cuero y se echó atrás involuntariamente, y cuando la piel de su órgano se rasgó aún más con el movimiento, el dolor aumentó. Levantó los brazos hacia la cara de Wendell-Carfax intentando desesperadamente apartar la mandíbula del anciano, pero no podía alcanzarla, no podía agarrarla.

Aun así, tenía que soltarse.

Le dio un puñetazo a Wendell-Carfax en el estómago, aunque resultó flojo y mal dirigido y no tuvo ningún efecto aparente. Así que arremetió de nuevo, una y otra vez, hasta que por fin logró propinarle un fuerte golpe en el plexo solar.

Wendell-Carfax gritó de dolor y los músculos de su mandíbula soltando al intruso.

—¡Cabrón! —gritó el extraño. Agarró el látigo y lo sacudió violentamente contra el cuerpo de Wendell-Carfax, azotándolo sin piedad.

Mientras aterrizaron los primeros golpes, el rostro del anciano cambió. Una especie de espasmo, un rictus de intenso dolor lo atravesó y una repentina agonía absorbente explotó en el centro de su pecho. Y en ese instante, en el último momento de su vida, Oliver Wendell-Carfax supo que había alcanzado una especie de victoria, supo que había vencido al violento psicópata enfrentándose a él.

Contuvo el aliento, gruñó de dolor una vez y su cabeza cayó hacia a un lado. Al final quedó colgando inmóvil con los ojos abiertos y una mueca en la cara que fue suavizándose lentamente.

Maldiciendo en voz baja, el intruso se quedó quieto con la mirada clavada en el cuerpo del anciano por el que había viajado tantos kilómetros. Después se encogió de hombros y sacudió una vez más el azote contra el pecho del hombre; fue un último acto de violencia sin motivo antes de plegar el látigo y guardárselo en el bolsillo. Necesitaba centrarse.

Tres horas después, desistió de su búsqueda. Fuera donde fuera que hubieran ocultado la copia del pergamino, no podía encontrarla, y ya se acercaba el alba. Tenía que salir de la casa antes de que alguien, un jardinero o una cocinera, aparecieran.

Su única esperanza era que la copia no se descubriera jamás. Si salía a la luz, tendría que recuperarla a toda costa, incluso aunque eso significara matar a los que se interpusieran en su camino.

## 2

—Este no es mi campo, Roger —dijo Angela Lewis, claramente irritada.

—Tú trabajas con objetos de cerámica.

—Soy conservadora, no tasadora. Mi trabajo es recomponer las piezas rotas. Necesitas un especialista, alguien que pueda identificar y tasar las reliquias. Alguien como Jane o Catherine.

Roger Halliwell se recostó en su silla giratoria y miró a su subordinada, sentada al otro lado de su desordenado escritorio.

—No puedo disponer de ninguno de los dos —respondió—. Ambos están trabajando en proyectos importantes para mí aquí en el museo. —Levantó el brazo y lo movió como si estuviera refiriéndose a todas las instalaciones del museo Británico en lugar de solo la pequeña sección que ocupaba. Su competencia abarcaba solo las secciones de alfarería y cerámica y estaba al mando de una plantilla bastante reducida.

—¿Quieres decir que están ocupándose de cosas más importantes que lo que hago yo? —espetó Angela.

—Eso lo has dicho tú, Angela, no yo. —Halliwell se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa—. Mira, no tenía intención de pedírtelo. Se suponía que Jane sería la experta en cerámicas de este equipo, pero el viernes por la tarde surgió otra cosa y he tenido que asignarle otro trabajo. Ahora mismo aquí no hay nadie más con experiencia suficiente para hacerlo.

Le sonrió.

—Sé que no es tu especialidad, pero está claro que sabes lo suficiente sobre cerámica como para identificar las piezas que tienen auténtico valor. Lo único que quiero que hagas es que formes parte del equipo que vamos a enviar a la mansión y separes lo bueno de la morralla. No necesitamos que nos des tasaciones exactas. Eso ya se podrá hacer luego, cuando quienquiera que termine al cargo de esto decida qué hacer.

—¿Así que quieres que haga una especie de selección de objetos de cerámica?

—Exacto. Te supondrá una semana, no más. Tómatelo como unas vacaciones en el campo. Y hay algo más que podría interesarte, sobre todo después de todo el tiempo que te pasaste investigando en Jerusalén y Megido. La casa tiene una leyenda.

—¿Qué leyenda?

—Al parecer, el padre del propietario fallecido decía saber dónde estaba escondido un valioso tesoro y le contaba a cualquiera que lo escuchara que se trataba del tesoro más importante de todos los tiempos.

—¿Y qué es, exactamente?

—No tengo ni idea. Pero bueno, el caso es que pasó mucho tiempo en alguna

parte de Oriente Medio buscándolo y excavando en distintos lugares.

Muy a su pesar, Angela sintió un cosquilleo de interés.

—¿Y lo encontró?

—No, está claro que no. —Halliwell volvió a echarse hacia delante—. Pero en la casa podrían haber quedado algunas pistas, pistas que Chris y tú podríais seguir... si te interesa, claro...

Angela suspiró.

—Mira, Roger, no soy una colegiala a la que puedas mandar a la caza de un tesoro. Iré a Carfax Hall y les echaré un vistazo a esas cerámicas, pero es todo lo que haré. Si quieres que alguien pierda el tiempo detrás de un tesoro enterrado, más vale que busques en otro sitio. —Se detuvo, irritada por la mirada de alivio de Halliwell—. ¿Dónde nos alojaremos?

—No muy lejos de la mansión hay un hostel con unas ocho o nueve habitaciones. Hemos reservado seis para toda esta semana, con opción de ampliar la reserva hasta la semana que viene también, por si la tasación lleva más tiempo de lo esperado. El museo te pagará la comida y el alojamiento, claro, y también las dietas por desplazamiento.

—No pienso compartir habitación con nadie del equipo.

—No esperaba que lo hicieras. Solo sois seis, así que tendréis una habitación cada uno.

Con reticencia, Angela cedió ante lo inevitable. Al fin y al cabo, solo era una semana y la casa podía resultar interesante.

—¿Cuándo me marchó?

Halliwell miró el reloj colgado sobre la puerta de su despacho.

—Cuanto antes, mejor. Es más, ahora mismo sería un buen momento. —Deslizó una hoja de papel sobre el escritorio—. Aquí tienes la dirección del hostel donde te alojarás y la de la mansión. Te sugiero que vayas primero a la casa para ponerte al tanto de cómo se han organizado las cosas. Richard Mayhew está al mando del equipo, pero todos vais a trabajar de manera individual, por supuesto. Y recuerda, si acabas encontrando un mapa del tesoro, quiero saberlo.

### 3

Jesse McLeod casi siempre llegaba pronto al trabajo, normalmente alrededor de las seis de la mañana, y lo hacía por dos buenas razones.

La primera era que así podía marcharse pronto e ir a la playa con su tabla de surf, siempre que hiciera sol. Si no, o si tenía mucho que hacer, se subía a su Harley y se dirigía a su ático ubicado al sur de Carmel, en la costa californiana, donde pasaba el resto del día trabajando con uno de los ordenadores y supervisando a distancia la red de la empresa mediante su acceso de administrador. Por supuesto, lo de poder salir antes del trabajo solo funcionaba si nadie había roto nada ni fastidiado el sistema, lo cual era lo habitual últimamente, porque se habían deshecho del Vista, que solo funcionaba cuando quería, y habían vuelto al XP que, aunque ya resultaba algo cutre, solía ser más fiable. Aún seguía estudiando el Windows 7.

La segunda razón era que llegar al trabajo dos horas antes que cualquier otro le permitía llevar a cabo sus habituales comprobaciones del sistema operativo, del software, de los dispositivos de seguridad y de las distintas bases de datos (en otras palabras, que podía ocuparse de sus quehaceres básicos de la gestión interna de red) sin que ninguno de los empleados negados para la informática interfiriera o le hiciera las típicas preguntas tontas.

McLeod llevaba diez años, desde el día en que se había formado la empresa, siendo el director de red, diseñador de la base de datos y de todo lo que tuviera que ver con el sistema informático de NotJustGenetics Inc., coloquialmente conocida como «NoJoGen». Y había obtenido un buen beneficio de ello, aunque no tanto como el tipo al que se le había ocurrido la idea de la investigación genética y la manipulación de genes para intentar curar o, al menos ayudar a combatir, ciertas enfermedades. No obstante, había sido bastante. Tenía un sueldo de seis cifras, podía vestir prácticamente como le apeteciera y aparecer cuando quisiera siempre que la red y el software estuvieran en buenas condiciones. Y, además, tenía otras bonificaciones.

Marcó el código para abrir la puerta de su despacho, soltó el casco sobre la mesa situada en la esquina y se quitó la cazadora de cuero. Ya hacía calor fuera, pero no la llevaba por el frío, sino para protegerse por si se daba un leñazo con la moto. Debajo llevaba una camiseta desteñida con el logo del CalTech, el Instituto de Tecnología de California (a diferencia de la mayoría de la gente que vacilaba poniéndose esa clase de prendas, él sí que había estudiado allí), y unos vaqueros negros ajustados que resaltaban su altura y su constitución esbelta. Los llevaba sujetos con un cinturón de cuero con hebilla de plata pura que tenía la forma de un puño haciendo una peineta. En muchos sentidos, era una indicación muy precisa de su actitud ante la vida.

Encendió el monitor. Como la mayoría de las operaciones comerciales que dependían de la informática, prácticamente todas últimamente, el sistema de

NoJoGen estaba en funcionamiento todos los días y a todas horas. Solo los monitores de pantalla plana se apagaban cuando se cerraban las oficinas.

Se sentó en la silla giratoria, hundió los dedos en sus despeinados rizos negros, abrió el programa maestro de diagnóstico y lo activó. Él mismo había diseñado el software. Era un programa de gestión que ejecutaba una serie de diagnósticos comerciales, uno tras otro, y mostraba los resultados al final, normalmente sin tardar más de diez minutos. Eso le daba tiempo suficiente para encender su cafetera y prepararse el primer café del día; para McLeod, un suministro de buen café era casi tan importante como un buen programa de diagnóstico.

Solo cuando los resultados del análisis del sistema aparecían en la pantalla, todos en color verde, y tenía en la mesa su primera taza de café de Java, les echaba un vistazo a las búsquedas que el ordenador había ejecutado durante la noche. No eran búsquedas normales de internet. Las rutinas de búsqueda de área amplia que McLeod había instalado accedían también a bases de datos privadas, muchas de ellas dirigidas por agencias gubernamentales y organizaciones comerciales; bases de datos cuyos gestores creían bien protegidas contra hackers.

Pero Jesse McLeod no era simplemente un antiguo hacker. Por muy poco se había librado de una condena a la edad de quince años, cuando había traspasado tres cortafuegos distintos y numerosos sistemas de detección de intrusos para entrar en una red del Pentágono. Allí se había asignado un nombre de usuario y una contraseña de administrador y había utilizado la red como una puerta de acceso para colarse directamente en otra de la avenida Pensilvania gestionada por la Casa Blanca. El hecho de que no lo procesaran fue probablemente por la vergüenza de que un chaval de su edad hubiera sido más listo que los mejores consultores de seguridad y expertos informáticos del ejército y el gobierno norteamericano.

Con el fin de poder subsanar las lagunas en el sistema, le habían ordenado que les mostrara a esos expertos cómo exactamente había logrado acceder y que comprobara todos los puntos de acceso del Pentágono y de la Casa Blanca, bajo estricta supervisión, para ver si también podía sortearlos. Lo logró, y además dos veces, provocando que durante las tres semanas siguientes cuatro administradores civiles y tres oficiales militares perdieran sus empleos.

En los diez años que habían pasado desde entonces el FBI había vigilado muy de cerca a Jesse McLeod, pero la amenaza de cárcel lo había atemorizado y después de ese episodio se había convertido en lo que se conoce como un hacker de sombrero blanco. Eso significaba que seguía rastreando internet y explorando los sitios que encontraba, pero si lograba entrar en un sistema se lo comunicaba al administrador de la red y le sugería formas de subsanar esos fallos de los que él se había servido para acceder. Nunca copiaba datos ni hacía ningún daño dentro de las redes que crackeaba e incluso, en muchas ocasiones, las propias empresas le habían pagado «honorarios

de consultoría» por sus esfuerzos.

Al menos eso era lo que el FBI creía. Pero al igual que con muchas otras cosas, el FBI se equivocaba. Jesse McLeod era incapaz por naturaleza de obedecer la ley y esa era una de las razones por las que NoJoGen le pagaba un sueldo tan alto. La empresa necesitaba acceso a una clase de datos que no era de dominio público (una descripción menos hipócrita de esta actividad sería «espionaje industrial») y confiaba en que se colara en cualquier sistema que contuviera algo interesante y lo extrajera.

Pero últimamente tenía mucho más cuidado y actuaba de un modo más reservado. Había creado decenas de identidades falsas en China y Pakistán y en los nuevos estados que habían surgido tras la disolución de la Unión Soviética, lugares donde sabía que a las autoridades norteamericanas les resultaría difícil, o casi imposible, rastrearlo, y utilizaba esas identidades como el origen aparente de sus sondeos (lo que se conoce como un servidor zombi). Incluso había creado una cuenta que simulaba alojarse en Corea del Norte, un país que no ofrecía acceso a internet a su población, solo para ver qué harían los chicos del FBI al respecto. Ni se habían fijado.

Y así cada noche, mientras dormía plácidamente en su ático con el sonido de las olas rompiendo contra la orilla, sus irrastreables servidores barrían la red explorando sistemas y buscando cualquier referencia al asunto que el fundador y socio mayoritario de NoJoGen, John Johnson Donovan, conocido simplemente como J. J., le hubiera pedido que localizara.

Sus servidores nunca dejaban pruebas de su intrusión y simplemente copiaban todos los datos que podían encontrar en relación con la secuencia de búsqueda que McLeod hubiera cargado en sus programas. Una vez completada su misión, cada servidor accedía automáticamente a una de las distintas cuentas de correo y copiaba los resultados en e-mails. Pero estos mensajes jamás se enviaban porque todos los correos dejan un rastro electrónico por internet. En lugar de eso, se quedaban en los servidores como borradores, y entonces McLeod podía acceder a cada cuenta de correo, copiar el contenido de los borradores y después eliminarlos sin dejar ningún rastro.

Todo el proceso estaba automatizado y McLeod solo se implicaba personalmente si el software que había diseñado no lograba abrir una brecha en las defensas de una red en particular. En ese caso ponía en marcha su destreza para hackear y se pasaba unas cuantas horas intentando encontrar el modo de entrar en ese sistema. Pero normalmente se limitaba a comprobar los resultados cuando aparecían en el monitor, a descartar lo que obviamente no valía y a enviar el resto al despacho de Donovan, en la última planta del edificio.

Ya que era lunes y las oficinas llevaban cerradas desde el sábado por la mañana, había decenas de resultados que analizar. Como de costumbre, la mayoría carecía de interés o relevancia, pero cuando McLeod vio el decimonoveno resultado de la

búsqueda, se echó atrás en su silla y silbó.

—¡La hostia! —murmuró para sí.

Comprobó la fuente de los datos, pero no resultó ser ninguna sorpresa. Inmediatamente había visto que la información se había publicado en la primera página de un pequeño periódico local y que la que su servidor había localizado estaba en la versión online del periódico en un servidor totalmente desprotegido.

Leyó el artículo en su totalidad y un breve párrafo captó su atención. Se quedó pensando aproximadamente un minuto y después clicó un par de veces para acceder a un buscador de internet. Introdujo un simple término y miró los resultados que le dieron el nombre de la web que le interesaba. Abrió uno de los programas de hackeo que él mismo había diseñado y empezó a sondear el servidor en busca de un acceso. Ahí había algo que, sin duda, debía consultar.

En menos de quince minutos se encontró frente a una lista de archivos policiales numerados. Después cambió los parámetros y generó una lista alfabética de los nombres de los demandantes y las víctimas. La mayoría de los archivos eran pequeños y los incidentes bastante comunes: atracos, robos de coches, allanamientos de morada y cosas así. Pero entonces vio algo gordo. Había muchas declaraciones, informes de los oficiales encargados del caso, análisis forenses y un buen número de fotografías de la escena del crimen, todas perfectamente etiquetadas y catalogadas.

Ojeó los documentos del forense hasta que encontró el relacionado con el párrafo del periódico e hizo una copia en su disco duro. Después consultó todo lo demás que había encontrado y envió el artículo original del periódico al ordenador de Donovan junto con el resto de las cosas. Suponía que cuando su jefe lo viera, lo llamaría.

Sin embargo, tenía en mente a un destinatario totalmente distinto para el informe forense que había copiado de la base de datos de la policía.

Dos horas después, Angela había salido de la M25, donde el tráfico se movía para variar, y avanzaba por la A10, la antigua Carretera de Londres. Su navegador había protestado cuando efectuó el cambio, pero dos razones la habían hecho decidirse a tomar la pintoresca ruta. Primero, quería darse el capricho de almorzar en un pub rural en alguna parte y no había establecimientos así por la M11. Y segundo, quería poder parar en algún sitio y llamar a su exmarido, Chris Bronson, para explicarle por qué estaría fuera de la ciudad el resto de la semana. Lo había llamado al móvil desde su piso en Ealing antes de salir, pero le había saltado el buzón de voz y, conociendo a Chris como lo conocía, sabía que podría contactar con él a la hora del almuerzo.

Al aproximarse a la aldea de Wendens Ambo vio un viejo pub y estacionó su Mini en uno de los pocos sitios que quedaban libres en el aparcamiento delantero.

Pidió una ensalada César y una botella de Perrier y se llevó la bebida a una mesa situada junto a la ventana que daba a la carretera principal. Mientras esperaba a que le sirvieran la comida, sacó el móvil y, en esa ocasión, Bronson respondió casi de inmediato.

—Hola, Angela. ¿Dónde estás?

—¿Cómo sabes que no estoy en mi despacho trabajando como una esclava con alguna pieza de cerámica rota? —dijo algo molesta consigo misma por sentirse tan bien al oír su voz.

—Soy detective, no lo olvides, aunque la verdad es que te he llamado al despacho. Bueno, dime, ¿dónde estás?

—Creo que en Suffolk. —Alzó la mirada y, asintiendo, dio las gracias al camarero que le había servido un enorme cuenco de ensalada.

—¿Suffolk? —Bronson se quedó sorprendido.

—Sí. He parado a almorzar en un pub cerca de una aldea llamada Wendens Ambo y me dirijo a una casa de campo en algún lugar cerca de Stoke by Clare. Son unos nombres maravillosos, ¿no te parece?

—¿Vas a una fiesta en una casa de campo?

—Por desgracia, no. Me han enviado a trabajar aquí. Un anciano aristócrata de segunda llamado Oliver Wendell-Carfax fue asesinado en su casa cerca de aquí hace unas dos semanas...

—Conozco el caso —la interrumpió Bronson con tono de preocupación—. Vi uno de los informes. Alguien lo colgó de la escalera y lo golpeó, aunque según la autopsia murió de un ataque al corazón. Creo que la policía local no tiene nada hasta el momento, ni sospechosos claros ni ningún móvil aparente, aunque alguien había registrado la casa. Es un asunto turbio. ¿Qué tiene que ver contigo?

—El museo se ha involucrado, no por quién era Wendell-Carfax ni por cómo

murió, sino por lo que hacía. Era prácticamente el último de una larga lista de fervientes coleccionistas de antigüedades y reliquias. Al parecer, su casa de campo está llena de esas cosas. Y, según Roger Halliwell, además era el típico capullo cascarrabias. En los últimos diez años se había alejado de todos los miembros de su familia y de casi todo el mundo que lo conocía. Cuando murió, los bufetes de abogados que tenía contratados abrieron su certificado de últimas voluntades y su testamento y se quedaron impactados.

—¿Bufetes de abogados? —preguntó Bronson—. ¿En plural?

Angela suspiró.

—Sí. Durante el último año, Wendell-Carfax visitó a cuatro abogados distintos en Suffolk y consignó sus últimas voluntades y su testamento a cada uno de ellos.

—Distintos testamentos, supongo.

—Todos completamente distintos, y cada uno excluyendo a uno o varios miembros de la familia. El problema era que cada vez que hizo un testamento nuevo, no se molestó en hablarle al abogado sobre los anteriores, aunque sí que se aseguró de que se les comunicara a los beneficiarios del nuevo testamento.

—¿Pero no a la gente que había desheredado?

—Por supuesto que no. No habría tenido gracia, ¿no? Por eso en cuanto lo encontraron muerto, de pronto aparecieron varios familiares esperando heredar unos doscientos acres de excelente terreno en Suffolk y una casa de campo llena de antigüedades.

—¿Pero entonces quién es el beneficiario? —preguntó Bronson atónito.

—De la tierra y la casa, no tengo ni idea, pero en su testamento final, o al menos el último que ha aparecido hasta ahora, el viejo legó todo el contenido de la casa al museo Británico.

—¿Así que vas allí a tasar el legado?

—Sí. —Angela pinchó la ensalada y comió—. La policía de Suffolk por fin ha permitido que entre en la casa el personal del museo. Hasta ahora la entrada ha estado prohibida por tratarse de la escena de un crimen.

—¿Entonces estarás fuera toda la semana? —le preguntó Bronson.

—Con suerte no más de eso. Hasta que no llegue allí no sabré cuánto hay que hacer. —Se detuvo y cruzó los dedos por debajo de la mesa. Esperaba que la siguiente pregunta no la hiciera parecer muy desesperada—. Vamos a alojarnos en un hostel del pueblo. Si te apetece pasarte por allí alguna tarde...

Como correspondía al fundador y principal accionista de NotJustGenetics Inc., el despacho de J. J. Donovan se encontraba en el piso superior del edificio y, de hecho, ocupaba la mayor parte de la planta. Dos de las paredes eran casi enteramente de cristal y ofrecían unas vistas espectaculares de Monterrey y del océano, aunque últimamente, rara vez Donovan se molestaba en mirar en esa dirección. Incluso había hecho que le acercaran el escritorio a una de las paredes más interiores y colocaran en su lugar un par de sofás y varios sillones junto a los ventanales.

Su mesa era una amplia superficie de arce sostenida por una estructura y unas patas de acero inoxidable, mientras que su silla era una combinación futurista de cromo, acero y cuero. Frente al escritorio, aproximadamente media pared estaba completamente cubierta por pantallas de vídeo. Ocho plasmas mostraban una selección de noticias nacionales e internacionales. En el centro de la mesa, una pantalla más pequeña emitía exactamente las mismas noticias, pero era táctil, así que Donovan solo tenía que posar el dedo sobre cualquiera de los canales para activarle el sonido.

También en el escritorio había tres teléfonos y dos pantallas de ordenador, una con el logo y el estado de la red de NoJoGen que mostraba, además, el progreso de cualquiera de los programas de desarrollo conducidos por los científicos de la compañía. La otra era la típica pantalla de PC conectada a un router de banda ancha que le permitía navegar por la red. Ya que ese equipo era un área obvia de vulnerabilidad, estaba separado de la red corporativa, que estaba protegida por un cortafuegos físico y los programas cortafuegos, antivirus y antiintrusión más poderosos que se podían comprar. Jesse McLeod había dicho que ni siquiera él podía entrar en el sistema y que si él no podía, había añadido sin modestia, nadie más podría.

La única nota incongruente en el despacho de alta tecnología de Donovan era una gran vitrina colocada junto a la puerta que contenía una colección de libros antiguos. Libros muy antiguos. O, para ser exactos del todo, facsímiles de libros antiquísimos. Y en una caja fuerte empotrada en la misma pared que incorporaba sofisticados controles termostáticos y dispositivos para regular la humedad, se encontraba su posesión más preciada. Era poco más que un trozo de papiro al que había bautizado extraoficialmente Códice Hircania basándose en el único nombre que había encontrado en el texto.

En absoluto contraste con el trabajo que desempeñaba su compañía, que se podría decir que iba más allá de la vanguardia de la ciencia genética, Donovan llevaba mucho tiempo fascinado por antiguos manuscritos y códices. Gracias al éxito de su negocio, había tenido fondos para satisfacer su pasión y había comprado reliquias en

subastas y a comerciantes especializados. Incluso había aprendido un poco de hebreo y de arameo, aunque solía contratar a especialistas para traducir las obras que adquiriría.

Hacía aproximadamente dos años le había impactado una única frase que había leído en la traducción de una parte del Códice Hircania y fue ese descubrimiento lo que había motivado las investigaciones no pertenecientes al campo médico que le encargaba a Jess McLeod.

Aquella mañana, Donovan llegó pronto al edificio y llevó a cabo su rutina habitual. Aparcó su Porsche 911 en la plaza que tenía asignada en el aparcamiento subterráneo y subió las escaleras hasta su despacho. Nunca utilizaba el ascensor porque hacía muy poco ejercicio durante el día y nunca le había encontrado sentido a sudar inútilmente en una máquina de gimnasio. Esperaba que subir seis tramos de escaleras sin parar cada día le proporcionara un breve pero regular entrenamiento cardiovascular.

Y cualquiera que lo viera probablemente diría que sí que funcionaba. Donovan era alto, rondaba el metro noventa, y delgado, con el pelo negro tupido y muy corto; no al rape, pero casi. Unos ojos marrones oscuros, casi negros, y una nariz grande y recta dominaban su rostro, y siempre lucía una barba incipiente incluso aunque estuviera recién afeitado. Cuando sonreía, lo cual hacía con frecuencia, porque J. J. Donovan era un hombre con muchas razones para ser feliz, mostraba dos hileras de brillantes dientes blancos a los que a veces se refería como «su sonrisa de cuarenta de los grandes», porque eso era exactamente lo que le había costado.

Dejó su maletín sobre la mesa y encendió los dos monitores. En el PC conectado a internet seleccionó una emisora de música clásica y derivó el sonido al altavoz incorporado del portátil. Después conectó el enchufe de los monitores instalados en la pared y vio la CNN unos instantes. Finalmente miró su ordenador y comprobó el sistema de mensajería interna.

El mensaje de Jess McLeod fue el tercero que leyó. Lo hizo dos veces y después cogió el teléfono interno.

## 6

El Mini iba dando botes por el camino que se curvaba hacia la derecha detrás de una baja colina. Al enderezar el coche, Angela pudo ver la mansión por primera vez. Por lo que Roger Halliwell le había contado, sabía que databa de finales del siglo XIX y que era una estructura neogótica construida sobre los restos de un edificio mucho más antiguo.

A lo lejos, y rodeada por ese paisaje, la casa parecía apacible y acogedora. Levantada sobre una ligera elevación y con vistas a un pequeño lago ornamental de color verde, algo bilioso bajo la luz de media tarde, presentaba chapiteles sobre las esquinas, además de una profusión de ventanas abovedadas, y estaba construida con lo que parecía el mismo tipo de piedra gris de las columnas situadas al final del camino.

—Qué bonita —murmuró Angela.

Había tres coches aparcados en la zona de grava ovalada delante de la casa, así que supuso que los demás miembros del equipo del museo Británico habían llegado ya. Los coches se encontraban a cierta distancia de la casa, lo cual la sorprendió al principio, pero cuando paró junto a uno de ellos y apagó el motor, entendió el porqué.

Recorriendo la fachada de la propiedad había una valla provisional, una hilera de postes de acero clavados en la zona de grava del camino unidos por alambre plastificado, y tras ella, había bastantes escombros. Además, cuando alzó la mirada hacia la casa vio que, efectivamente, se encontraba en muy mal estado, con grandes huecos en la mampostería, de donde habían ido cayendo fragmentos a lo largo de los años. Varios de los vidrios de las ventanas estaban rotos y la pintura que quedaba estaba muy desconchada.

Dejó la bolsa de viaje en el maletero del coche, aunque se llevó el maletín del portátil, y fue hasta la puerta principal de la casa, que estaba abierta de par en par.

Entró en un gran vestíbulo cuadrado, panelado en madera, lleno de cajas de cartón y baúles. En un lado había una armadura que, para los inexpertos ojos de Angela, parecía auténticamente medieval, y en el otro lado una talla de madera a tamaño natural de un oso erguido con una pata alzada, la otra extendida a la altura de la cintura, y con una bandeja entre las garras que, posiblemente, sería un receptáculo para cartas o llaves. Evitando los cristalinos ojos del oso, miró a su alrededor. En el extremo más alejado del vestíbulo, detrás del oso y de la armadura, una enorme escalera de piedra ascendía hasta el primer piso de la casa. A ambos lados del vestíbulo había unas grandes puertas dobles abiertas.

Angela optó por la puerta de la derecha y entró directamente en la cueva de las reliquias de Aladino. La sala recorría toda la longitud de esa parte de la casa y tal vez, en un principio, se había utilizado como salón de recepción. Había dos ventanas altas

al fondo y otras seis por todo el muro derecho que daban a la fachada del edificio y al aparcamiento de grava. El largo muro situado frente a ellas quedaba dominado por una chimenea enorme en la que se podía quemar un árbol entero, algo que según pensaba Angela, podría ser necesario durante el invierno para que no helara dentro de esa sala. A ambos lados de la chimenea, y extendiéndose en las dos direcciones, había unas librerías empotradas cuyos estantes formaban hileras de libros encuadernados en piel. Solo catalogarlos le supondría a alguien una semana de trabajo como poco. Pero no fueron ni las elegantes proporciones de la sala, ni los libros, ni la discreta decoración, ni siquiera la chimenea, lo que captó su atención. Fue el suelo.

Casi toda la superficie del parqué rayado estaba cubierta de cajas, bolsas y arcones, una nada sistemática colección de contenedores entremezclados con alguna que otra escultura de bronce o mármol y otros objetos irreconocibles cubiertos por sábanas blancas o láminas de plástico.

—¡Santo Dios! —murmuró Angela para sí—. Si todas las habitaciones son así harán falta meses, y no semanas, para organizarlo todo.

—Vaya, aquí estás, Angela. —La voz de Richard Mayhew resonó tras ella afirmando lo obvio. Un hombre rubicundo y, con todos los respetos, grande, especializado en objetos de plata y oro, que parecía incapaz de hablar si no era prácticamente a gritos.

—Richard —le dijo estrechándole la mano antes de señalar la caótica masa de contenedores que había por la habitación—. ¿Están todas las estancias tan llenas como esta?

Mayhew negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Esta es la habitación más grande de la casa y parece como si alguien, los albaceas, se supone, hubiesen decidido dejar el mobiliario donde estaba y traer casi todo lo demás aquí y a la habitación al otro lado del vestíbulo. Yo habría preferido ir habitación por habitación, pero así son las cosas. No hay más remedio y ya está hecho.

Miró a su alrededor.

—Empezaremos con esto mañana a primera hora. Los demás están comprobando el resto de la casa, asegurándose de que sabemos qué más hay que tasar. La buena noticia para ti es que hay una cocina muy grande y que casi toda la cerámica y la porcelana que hemos encontrado hasta el momento ya está allí. No creo que te lleve mucho tiempo revisar las piezas. Mientras tanto, deja que te presente a los otros chicos y que te haga una visita guiada. Es una casa vieja y fascinante con rasgos muy interesantes.

Salieron al vestíbulo y fueron hasta los pies de la escalera.

—¿Qué leches ha pasado aquí? —preguntó Angela deteniéndose en seco cuando vio que faltaba el pasamano desde la mitad de la escalera hasta arriba.

Mayhew tosió y se ruborizó notablemente.

—Ahí es donde el anciano... eh... murió. Al parecer, lo encontraron colgando de ese fragmento de pasamano. Un asunto espantoso.

Angela vio una gran mancha marrón sobre las losas junto a sus pies y miró a otro lado; estaba claro que había habido mucha sangre. Decidió que era hora de cambiar de tema.

—Roger me ha contado que Wendell-Carfax hizo varios testamentos.

Mayhew sonrió y se relajó un poco.

—Viejo cabrón manipulador. Era el último de su linaje. Ni se casó ni tuvo hijos, solo unos cuantos primos que ahora están muy ocupados peleándose unos con otros por su parte de la herencia.

Subió hasta un ancho pasillo en la primera planta, a cuyos lados se abrían espaciosas habitaciones.

—Como seguro habrás imaginado, Oliver era todo un personaje, probablemente hasta estaba un poco loco. Pero su padre, Bartholomew Wendell-Carfax, sí que estaba más loco que una cabra. Ese al fondo del pasillo es él.

Donde terminaba el corredor había una pequeña zona de estar con altas ventanas que ofrecían unas vistas de los jardines de la casa. Entre las dos ventanas había un retrato, casi a tamaño natural, que mostraba a un hombre moreno de mediana edad ataviado con lo que parecía un traje de paño. Estaba sentado en un sillón y desviaba ligeramente la mirada hacia un crepitante fuego. En el rincón de la chimenea se podía ver un escudo de armas tallado en la pared.

—No tiene pinta de loco —dijo Angela deteniéndose frente al retrato y mirándolo—. Es más, parece bastante atractivo, de un modo afable y campechano. Me recuerda a algún personaje que se podría encontrar en una novela de P. G. Wodehouse.

—Tal vez —respondió Mayhew—, pero era rarísimo. Mandó que le hicieran varios retratos y, aunque andaba muy mal de fondos, encargó otros cuatro a un artista local nada reconocido llamado Edward Montgomery y, al parecer, pagó mucho dinero por ellos.

—A lo mejor no sabía lo mala que era su situación económica —sugirió Angela.

—Oh, sí que lo sabía, pero eso no fue lo raro, sino los temas que eligió. Según la guía turística que hemos encontrado en una de las cajas del salón, dos de los retratos eran como este, convencionales. Pero en uno de los otros dos, Bartholomew estaba retratado como un hombre joven, vestido como un jefe sioux con tocado de plumas y todo, y como un miembro de la realeza india en el otro. El artista tuvo que trabajar basándose en fotografías que Bartholomew le proporcionó de cuando tenía veinticinco años. A eso me refiero al decir que estaba como una chota. ¿De qué le servía que lo retrataran de joven cuando, en realidad, ya tenía más de setenta años? ¿Y por qué llevaba esos trajes tan singulares?

—Bueno, esas cosas estaban de moda a principios del siglo xx —dijo Angela—. Muchas figuras de la alta sociedad hacían que los retrataran con atuendos exóticos. ¿Y dónde están ahora los cuadros? ¿Por aquí?

—Los retratos más realistas están en la casa, pero los otros dos, no. Bartholomew logró venderlos poco después de que los pintaran.

—Bueno, tal vez fue un ejercicio de lucro después de todo. Pero ¿por qué tenía tan pocos fondos?

Mayhew se situó al lado de Angela y los dos miraron hacia los acres de apacibles jardines tan en contraste, pensó ella, con el caos de la casa.

—Según la guía turística que, por cierto, es una lectura muy interesante, los padres de Bartholomew disfrutaban de una posición acomodada. Eran propietarios de enormes terrenos en la Anglia Oriental y tenían cientos de arrendatarios, además de inversiones en bolsa y ese tipo de cosas. Después, la fortuna de la familia mermó considerablemente debido a las razones de siempre: la primera guerra mundial y la depresión del 29. Pero también a la llamada Locura de Bartholomew, que es otra de las razones de todo el destrozo que has visto. En algunas zonas de la casa hay paneles arrancados e incluso unos cuantos agujeros en algunas paredes.

Mayhew se detuvo, claramente esperando a que Angela hiciera la obvia pregunta. Ella enarcó las cejas, pero no dijo nada. Él suspiró.

—El caso es que después de que terminara la Gran Guerra, Bartholomew hizo un viaje por Europa y Oriente Medio. En aquella época aún estaba de moda que un joven adinerado concluyera su educación de ese modo, y por suerte para nosotros, lo hizo, porque muchas de las reliquias que Oliver ha legado al museo las compró su padre en ese gran viaje. Según tengo entendido, llegó hasta Siria y hasta lo que por entonces era Persia, y en todas partes demostró ser un comprador compulsivo. Debió de gastarse miles o, incluso, decenas de miles de libras, y en aquel momento miles de libras eran una cantidad importante de dinero.

—¿Y la Locura de Bartholomew?

—Una de las cosas que trajo de su gran viaje de compras por Europa fue una caja de madera llena de una mezcla de antigüedades de El Cairo. Al parecer era un lote. Lo único que quería eran un par de jarrones ornamentados que todavía no hemos encontrado, por cierto, así que probablemente los vendiera, pero al final acabó teniendo que adquirir el lote completo y a un precio desorbitado, por supuesto. El caso es que cuando trajo todo aquí, sacó los jarrones que quería y guardó la caja con el resto de los objetos en el desván.

»Unos años después, volvió a bajarla y, por primera vez, le echó un buen vistazo a lo que había comprado. La mayoría eran birrias, tal y como se había imaginado, pero en el fondo de la caja encontró un cántaro de loza. Él pensaba que era probable que datara del siglo I d. C., pero la guía no dice ni qué clase de cántaro era ni cómo

llegó a esa conclusión. Lo que llamó su atención no fue la antigüedad del objeto, sino el hecho de que el tapón estuviera metido en el cuello del cántaro y sellado con cera.

Mayhew se giró y echó a andar por el pasillo. Angela lo siguió, pasando por encima de las tablas que faltaban en el suelo.

—Así que, como te puedes imaginar, Bartholomew agarró un destornillador y se lio con el cántaro. Rompió el precinto y arrancó el tapón esperando encontrar algo de valor dentro.

—¿Y lo encontró?

—Según la guía, al principio pensó que estaba vacío, pero después vio dentro un trozo de pergamino. Rompió el cántaro y lo sacó, convencido de que tenía que ser un texto antiguo de valor inestimable.

—¿Pero no lo era?

—No. Estaba escrito en una lengua que no reconocía, aunque no es que eso significara mucho, porque la única lengua que Bartholomew hablaba o leía era el inglés. Así que hizo que se lo tradujeran, pero como le aterrorizaba que alguien más descubriera lo que significaba el texto, copió cada línea lo mejor que pudo y se las envió de manera individual a varios lingüistas distintos.

Angela se detuvo, ahora sentía mucha curiosidad. Tocó a Mayhew en el hombro para que se diera la vuelta.

—Richard, no me dejes con el suspense. ¿Qué era? ¿Arameo? ¿Hebreo? ¿Y qué decía?

Mayhew sacudió la cabeza.

—El texto era una forma primitiva de escritura persa.

—¿Persa? Ah, por la Ruta de la Seda supongo. Ya había mucho intercambio entre Oriente Medio y los otros pueblos del este durante el siglo I d. C. Pero ¿por qué estaba en un cántaro sellado?

—Nadie lo sabe. En cuanto a lo que decía, cuando Bartholomew recibió los distintos fragmentos traducidos e intentó reunirlos, descubrió que formaba parte de un texto mucho más grande que describía un viaje por una parte del mundo anónima a la que llamaban el valle de las flores, que supuestamente estaba en algún lugar de Persia o del actual Irán.

—¿Por la lengua que empleó el autor?

—Sí. Pero lo que también llamó la atención de Bartholomew fue una frase. Algo a lo que el autor se refirió como «el tesoro del mundo».

—Claro —dijo Angela—. Roger Halliwell me contó que había una leyenda vinculada a esta familia sobre un tesoro perdido, así que supongo que se trata de esto.

Mayhew se rio.

—Sí. Y como Bartholomew estaba tan chiflado, eso le bastó para partir en una serie de expediciones por Oriente Medio que...

—¿Por qué zonas de Oriente Medio?

—Irán, obviamente, por lo del texto persa, pero con mucha probabilidad Irak y a saber qué otros territorios de esa zona. Todas sus expediciones resultaron completamente infructuosas, por supuesto, y así surgió el nombre de la Locura de Bartholomew, porque se gastó la mayor parte de la fortuna de la familia buscando su supuesto tesoro. Cuando estiró la pata, dejó a su hijo cuantiosas deudas, y Oliver tuvo que vender muchas de las antigüedades y la mayor parte de la tierra que había heredado para salvarse de la bancarrota. El par de cientos de acres que rodean la casa es todo lo que queda de su patrimonio.

—¿Pero qué tiene eso que ver con los daños que ha sufrido la casa?

—Bartholomew le dijo a su hijo que había diseñado un escondite seguro para el pergamino que encontró. Según lo que Oliver escribió, porque fue él el que proporcionó el texto para la guía, su padre había prometido decirle dónde estaba el escondite, y también darle una traducción completa del texto, pero nunca llegó a hacerlo porque murió repentinamente de un ataque al corazón, aquí en la casa.

—¿Entonces Oliver hizo los agujeros en la pared y arrancó los paneles? —preguntó Angela—. ¿Lo hizo porque estaba buscando ese fragmento de pergamino?

—Exacto. Oliver pasó los últimos años intentando descubrir dónde lo había escondido su viejo. Y, por lo que sé, nunca lo encontró.

Ahora estaban abajo, de nuevo en el vestíbulo. Angela miró a su alrededor, hacia las losas manchadas de sangre y el fragmento de pasamano que faltaba, y se estremeció. La casa resultaba triste y solitaria, de eso no había duda. Pero había algo más, un aire funesto que no le gustaba nada.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó J. J. Donovan señalando la pantalla de su ordenador.

Jesse McLeod apenas miró. Sabía muy bien en cuál de los veintitantos resultados de búsqueda estaría más interesado su jefe.

—De la versión online de un periódico local.

—¿Entonces no estaba ni encriptado ni protegido?

McLeod negó con la cabeza.

—Qué va. Es una hoja informativa del pueblo, ya sabe, de las que hablan de nacimientos, defunciones, bodas y ese tipo de cosas. Estrictamente noticias locales. Una fuente de información abierta por completo; un aburrimiento mortal si no conoces los nombres, e igualmente aburrido aunque los conozcas. Es una pérdida de tiempo y, en mi opinión, un uso pésimo de espacio en la red.

Se detuvo un instante y volvió a lanzar una sugerencia que ya le había hecho a Donovan en un par de ocasiones.

—Mira, J. J., sé qué palabras clave me diste, pero es una búsqueda muy amplia y sigo sin tener ni idea de qué estás buscando. Si pudieras decirme por qué es tan importante, podría darte resultados más precisos.

Donovan sacudió la cabeza.

—Ahora mismo ni siquiera sé si es importante. Es solo una idea que tengo, una posibilidad de algo que podría cambiarlo todo. Pero te diré una cosa: si no me equivoco con lo que estoy buscando, podría ser el descubrimiento más importante de la historia de la ciencia. Después de esto ya nada volvería a ser igual.

McLeod seguía pensativo mientras bajaba en el ascensor hasta la sala de ordenadores de la primera planta. Le parecía que Donovan estaba flipando y eso le preocupaba mucho. La compañía marchaba así de bien porque Donovan era un genio en temas de manipulación genética. Si se le había ido la pinza, estaba claro que había llegado el momento de empezar a buscar trabajo en otra parte, así que cuando volviera a su despacho haría un sondeo por si acaso.

Y también tenía que hacer una llamada, porque J. J. Donovan no era la única persona para la que trabajaba, y su otro contacto estaría mucho más interesado en la historia que tenía que contarle.

Cuando Mayhew finalmente llevó a Angela a la cocina de Carfax Hall ya era última hora de la tarde. Al igual que el resto de la casa, estaba construida y equipada a lo grande, aunque al estilo del siglo XIX. Una enorme mesa rectangular de madera maciza ocupaba el centro de la estancia y casi toda la superficie del suelo estaba cubierta por objetos de porcelana y cerámica de distintas clases.

Tenía un fogón victoriano, con restos de madera o carbón visibles en la parrilla, empotrado en la pared, y viejas sartenes de acero y cobre y utensilios colgando de ganchos a ambos lados. En la encimera de la derecha del fogón, y dándole a todo un aspecto incongruente, había un mugriento microondas blanco y, junto a este, una tetera eléctrica, media docena de tazas modernas de colores, un tarro de café instantáneo, una caja de bolsitas de té y una bolsa de azúcar abierta. Bajo la encimera, un viejo frigorífico emitía un constante zumbido.

Apiñados en torno a una zona despejada en un extremo de la mesa estaban los otros cuatro miembros del equipo de tasación, con humeantes tazas ante ellos. Angela los había ido conociendo a cada uno mientras Richard Mayhew y ella habían dado una vuelta por la propiedad, aunque ya los había visto antes por el museo Británico.

Angela y Mayhew se prepararon un café; él se añadió un poco de leche de una botella de plástico de litro que sacó de la vieja nevera, y se sentó.

—Bueno, Angela, pues ya has inspeccionado esta vieja mansión —dijo David Hughes, un hombre delgado, calvo y con gafas, experto en mobiliario inglés—. ¿Qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

—Pues en primer lugar, me parece que es una pena. Si Bartholomew hubiera invertido menos tiempo y esfuerzo construyendo castillos en el aire y coleccionando antigüedades que después se limitaba a guardar, y hubiera invertido un poco más de dinero en mantener y reparar su casa, sería una magnífica propiedad. Creo que en cuanto se hayan calmado un poco las cosas, los herederos de Wendell-Carfax traerán máquinas, echarán la casa y las dependencias abajo y levantarán una mansión moderna.

—Pero puede que no les sea fácil obtener permisos de obra —dijo Mayhew—. Esto se encuentra en zona protegida, por lo que tengo entendido.

—¿Has encontrado ya alguna pieza de porcelana en condiciones? —preguntó Hughes.

Angela negó con la cabeza.

—Empezaré mañana a primera hora. ¿Esto es todo? —preguntó señalando la mesa abarrotada.

—Básicamente, sí. Quedan algunas cajas y baúles en el desván que tenemos que

ver, y solo hemos echado un vistazo rápido al sótano, aunque no parece que haya mucho ahí abajo.

—¿Necesitas algo más antes de empezar a trabajar, Angela? —preguntó Mayhew.

—Sí. Puede que lo vaya guardando todo a medida que lo estudie, así que ¿podría alguien conseguirme un par de cajas, una para lo válido y otra para el resto? Ah, y cinta adhesiva y papel de burbujas para proteger la porcelana.

—Hay varias cajas de madera en el desván —dijo Hughes—, y hemos traído rollos de papel burbuja. Por la mañana traeré todo lo que necesitas.

—Bueno... —dijo Richard Mayhew mirando el reloj—, pues hemos terminado por hoy.

El silencio había caído sobre Carfax Hall.

Unos diez minutos después de que Richard Mayhew cerrara con llave la puerta principal, un leve sonido chirriante se oyó en el desván, cuando una pila de cajas de cartón se apartó lentamente y una cara mugrienta y sudorosa se asomó por detrás.

El hombre se paró a escuchar unos treinta segundos y dio un paso adelante. Sus vaqueros y su camiseta informales estaban cubiertos de polvo y telarañas, y tenía las extremidades acalambradas por haber estado en la misma postura tres horas, desde que se había colado por la puerta principal y había subido al desván a esconderse.

Bajó por las escaleras hasta el primer piso y entró en la enorme sala de recepciones, a un lado del vestíbulo. Fue hasta el ventanal más cercano y, con cuidado, se asomó para asegurarse de que no quedaban coches en el aparcamiento de grava.

Después asintió, se sacó una bolsa de nailon del bolsillo y la abrió en el suelo cerca de la puerta. Se acercó a la caja que tenía más cerca y, con movimientos rápidos, pero con cuidado y concentrado, empezó a sacar el contenido. La habitación era enorme y el número de cajas, inmenso.

En quince minutos ya había seleccionado unos cuantos objetos de plata de gran valor y los había metido en la bolsa. Diez minutos más tarde salió por una ventana baja situada en la parte trasera de la casa y, sin ninguna prisa, fue hacia la valla que bordeaba un lado de la propiedad junto a la que había dejado aparcado el coche a primera hora de la tarde.

Con suerte podría repetir la operación tres o cuatro veces esa noche y hacer lo mismo al día siguiente. Si elegía bien los objetos, podría sacarse una buena suma de dinero con la venta. No sería tanto como ese astuto viejo cabrón de Oliver le había prometido la última vez que hablaron, pero supondría una gran ayuda para su situación económica.

Sin embargo, las antigüedades que estaba robando eran solo una parte del asunto. El premio gordo, eso a lo que de verdad quería echarle mano, eran unas cuantas

palabras escritas sobre un trozo de pergamino hecho jirones. Nunca lo había visto, y ni siquiera había conocido a Bartholomew, que había muerto varios años antes de que él naciera, pero Oliver siempre había estado dándole vueltas al tema por aquellos días en los que él había sido un invitado bien recibido en Carfax Hall. Sabía que Bartholomew había sido tremendamente discreto con la reliquia, pero tenía que estar en alguna parte de la casa.

Una vez hubiera escondido sus nuevas pertenencias en el coche, empezaría a buscar en todos los lugares que se le pudieran haber pasado a Oliver... y eran muchos.

Llegó al coche, abrió el maletero y, con cuidado, metió dentro los objetos. Bajó el capó haciendo el menor ruido posible, cerró con llave y volvió hacia la vieja casa.

—Que te den, Oliver, rácano cabrón —murmuró al saltar otra vez por encima de la valla. Era una noche tranquila, con una clara luz de luna, y la casa y sus pertenencias eran todas para él.

Jesse McLeod miró al hombre que tenía sentado frente a él.

Killian le había preocupado desde el momento en que se habían conocido. No era el aspecto general de ese hombre lo que le había resultado intimidante, solo sus ojos: negros, sin vida, que parecían sacarte el alma y desnudar tus pensamientos. Y además tenía una especie de energía contenida, como un muelle muy tensado, que siempre parecía estar a punto de estallar en una repentina, y probablemente extrema, violencia.

Pero McLeod sabía que tenía algo que Killian quería, y eso le ofrecía una poderosa herramienta que emplear en sus negociaciones. No pensaba que Killian fuera a mostrarse reacio al modesto pago que tenía en mente porque las consecuencias de que no pagara eran muy graves y sabía que su interlocutor sería consciente de eso.

—¡La quiero ahora! —bramó Killian, refiriéndose a la información que McLeod le había conseguido.

—Puedo dársela aquí mismo en un lápiz de memoria —sugirió McLeod.

—¿La llevas encima? ¿En el portátil?

McLeod asintió.

—Aquí mismo —confirmó, dando una palmadita a la bolsa de cuero que tenía junto a la silla—. Solo nos queda por hablar del tema del pago.

El rostro de Killian se ensombreció.

—Llevo dos años pagándote anticipos. ¿Por qué crees que esta información te da derecho a más dinero?

—Creo que cuando lo vea, entenderá por qué es tan importante. —McLeod estaba eligiendo sus palabras con gran cuidado—. Está directamente relacionado con la información anterior que le di, eso del «tesoro del mundo», ¿se acuerda? ¿El artículo ese sobre el viejo inglés que por fin había descubierto dónde estaba escondido el tesoro?

Killian se quedó mirando a McLeod unos segundos y después asintió, indicándole que continuara.

—He encontrado un artículo en un periódico local. Parece que alguien se ha cargado al viejo, lo azotó hasta que su corazón no pudo más. Y eso significa que alguien debió de leer el artículo y que, tal vez, esté buscando lo mismo que usted.

Killian seguía sin decir nada.

—Había un detalle en el artículo que me pareció muy interesante, así que investigué un poco más. Me colé en la base de datos de la policía local y comprobé los informes forenses y un montón de cosas más. Me lo descargué todo y creo que hay un par de datos que tendría que ver.

—De acuerdo —dijo Killian lentamente—. Dámelo y después hablaremos de cifras.

McLeod asintió y sacó de su bolsa un pequeño portátil. Lo encendió y unos minutos después extrajo un fino lápiz de memoria del puerto USB y lo dejó encima de la mesa.

—¿Ya está? —preguntó Killian.

—Sí. Ahí está todo. Parece que el viejo no tuvo una muerte muy plácida. Los forenses encontraron mucha sangre en su boca; sangre que no era suya, quiero decir, y trozos de carne. Los investigadores creen que debió de morder a su atacante. Tienen muestras de sangre y tejido y están esperando a los resultados de ADN para tener un perfil del asesino.

Posó la mirada unos segundos sobre la venda que Killian tenía en la cabeza y que se veía profusamente acolchada sobre su oreja izquierda antes de volver a centrar la atención en el portátil.

—¿Le has contado esto a alguien más? —preguntó Killian con brusquedad.

McLeod negó con la cabeza.

—No, pero uno tiene que tomar precauciones, no sé si me entiende. Así que hay más copias de lo que tiene usted aquí, por si esa información se pierde o manipula, ya sabe. —Se recostó en la silla intentando mostrarse relajado, como si tuviera el control de la situación—. Bueno, ¿qué le parecen cincuenta de los grandes por la información y todas las copias? —A él le daba la impresión de que era una cifra más que razonable.

La sonrisa de Killian no llegó a reflejarse en sus ojos.

—Pues me parece que cincuenta de los grandes es demasiado, McLeod. Tengo una solución mucho más barata y permanente.

Se sacó del bolsillo una pequeña pistola semiautomática afeada por la forma bulbosa del silenciador conectado al extremo del cañón.

A McLeod se le salieron los ojos de las órbitas y, aterrorizado, se estiró hacia atrás contra el respaldo de la silla.

—¡Ey, tío, no haga eso! —exclamó con un tono agudo de pánico—. Se lo entregaré todo. Puede quedárselo gratis.

—Deberías haberte limitado a los ordenadores —espetó Killian con esos ojos tan oscuros y su rostro inexpresivo—. Ni en un millón de años lograrías acabar siendo un chantajista. Eres un aficionado, y ni siquiera uno bueno.

—Pero las otras copias de la información... Si desaparezco, mis amigos...

—Correré el riesgo, McLeod, y si tus amigos vienen a por mí, los mataré también. No es una cuestión de dinero, sino de seguridad, de no dejar cabos sueltos. Tengo que asegurarme de que no le contarás a nadie nada de esto.

—No lo haré, lo prometo —dijo McLeod levantándose.

—Sé que no lo harás.

El disparo fue poco más que el sonido de una tos, pero el impacto lanzó hacia atrás el cuerpo de McLeod. Su silla se volcó y él cayó al suelo con las extremidades extendidas, abriendo y cerrando la boca y parpadeando.

Killian se levantó y rodeó la mesa hasta donde yacía su víctima. Lo había alcanzado casi en el centro del pecho, probablemente no había llegado al corazón, pero aun así era una herida letal.

Apuntando con esmero, disparó de nuevo. La bala se instaló en el lado izquierdo del pecho de McLeod y le atravesó el corazón. Su cuerpo se retorció una vez y después se quedó quieto.

Killian se guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y casi sin pensarlo se tocó la frente y el pecho tres veces, haciendo la señal de la cruz. Se agachó, vació los bolsillos del muerto, se dio la vuelta y cogió el portátil y la tarjeta de memoria de McLeod.

Tenía mucho que hacer y el tiempo corría.

—¿Conoce a este hombre?

A Donovan lo recorrió un escalofrío, y no fue solo por el frío del depósito de cadáveres. Tendida sobre la mesa frente a él había una figura cubierta por una sábana, solo con el rostro y la cabeza visibles.

—Para que conste en acta, señor, ¿puede identificarlo, por favor?

—Se llama... —Donovan se detuvo y tragó saliva—. Se llamaba Jess McLeod. Trabajaba para mí. En NoJoGen.

—¿Y qué es eso, señor? De nuevo, para que conste en acta.

—NotJustGenetics Incorporated. Es mi empresa, aquí en Monterrey. ¿Por qué me han llamado? No es pariente mío. Solo trabaja... trabajaba... para mí.

—Llevaba encima una tarjeta de visita con los datos de su empresa. Nos parecía que llamarle sería un primer paso para intentar identificarlo.

Donovan miró el rostro del hombre con el que había trabajado durante más de una década.

—¿Cómo ha sido? —le preguntó al sargento—. ¿Dónde lo han encontrado?

—Unos agentes que estaban de patrulla vieron su cuerpo tirado en un descampado en el centro de Monterrey. Parece que lo atracaron porque no encontramos su cartera.

—¿Llevaba una bolsa? ¿Un maletín de ordenador, quiero decir?

El sargento negó con la cabeza.

—No. Exceptuando un peine y un pañuelo, lo único que encontramos fue la tarjeta. Ni maletín, ni cartera, ni teléfono, ni siquiera llaves.

—Pero Jesse vivía cerca de Carmel y pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la playa. Si salía por la noche, solía quedarse en Carmel porque no le gustaba mucho Monterrey. Así que, ¿qué estaba haciendo ahí? —Donovan se rascó la cabeza. No era fácil de digerir.

—En eso no puedo ayudarlo, señor. Lo que parece es un atraco que acabó mal, y lo único que encontramos poco habitual en todo esto es el arma utilizada. —El sargento señaló el cadáver—. Este cuerpo tiene dos heridas de bala de calibre pequeño en el pecho. No lo sabremos con seguridad hasta que el forense realice la autopsia, pero parece que le dispararon dos balas del calibre 25, o incluso del 22. La mayoría de los tipos chungos de por aquí utilizan el 38 o superiores. Un 22 no es la elección habitual de un atracador. No es un arma seria.

—A lo mejor es lo único que pudo encontrar el criminal —sugirió Donovan.

—A lo mejor. A veces una pistola de calibre pequeño apunta a un crimen profesional, porque con un silenciador el arma se vuelve apenas audible, aunque no parece el caso.

—¿Por qué?

—Porque un profesional dispararía a la cabeza y a este tipo le dispararon en el pecho.

—Ha dicho que tampoco llevaba llaves encima —dijo Donovan—. ¿Podría hacerme un favor y enviar a alguien a Carmel para registrar su apartamento? Tenía muchos equipos electrónicos valiosos y algunos pertenecían a mi empresa. Si el atracador se llevó sus llaves, tal vez también haya robado en su casa.

—Lo haremos hoy, señor, si nos da la dirección. Una última pregunta: ¿conoce a sus parientes cercanos?

—Creo que sus padres viven en Utah —respondió Donovan mientras anotaba la dirección del piso de McLeod en Carmel, junto con su número de móvil. Se los pasó al sargento—. Tengo que volver a la oficina. Llámeme si averigua algo.

Donovan subió a su Porsche, arrancó el motor y se quedó ahí sentado, mirando por el parabrisas la calle que tenía delante. Cuántas cosas habían pasado en tan poco tiempo. Dos semanas antes, McLeod había acudido a él con el primer retazo de información tentadora. En una revista mensual publicada en un condado inglés llamado Suffolk había encontrado un artículo sobre alguien que intentaba reunir dinero para financiar una expedición a Oriente Medio y buscar un tesoro perdido, una reliquia a la que se había referido como «el tesoro del mundo». Un anciano había estado siguiendo algunas pistas que su padre había encontrado y, según la revista, creía que había descubierto dónde comenzar la búsqueda.

Esa única expresión, «el tesoro del mundo», había impactado a Donovan porque ya la había visto antes en un contexto distinto y creía saber a qué se refería exactamente. Por eso había recurrido a Jesse McLeod. Si había alguien que pudiera dar con cualquier otra referencia a ese hombre o a lo que buscaba, ese era él.

Y después había llegado el artículo del brutal asesinato del inglés. Ahora McLeod también estaba muerto; lo habían asesinado de un modo que no tenía sentido. Y es que era obvio que lo habían asesinado. Donovan estaba seguro. No había sido un atraco.

¿Existía alguna conexión? Eso era lo otro que le inquietaba, porque ahora sabía que no era la única persona que buscaba el tesoro. De pronto, lo que había empezado casi como una curiosidad académica se había convertido en una peligrosa carrera. Pero, a pesar de la muerte de McLeod, Donovan estaba decidido a ser el primero en encontrar el tesoro, costara lo que costara, porque la posible recompensa era demasiado grande como para ignorarla.

Se incorporó al denso tráfico de la mañana. La búsqueda había comenzado.

Era la hora del almuerzo cuando Donovan llegó al despacho, y todo estaba muy tranquilo, lo cual le vino bien. Había ido directo al puesto de McLeod, después de decirle a su secretaria que no quería que lo molestaran y, una vez allí, abrió su ordenador. Se recostó en la silla, ligeramente sorprendido. No había pensado que fuera a sacar ninguna información útil con el escaneo del disco duro, pero lo cierto era que en el directorio raíz había encontrado una carpeta totalmente desprotegida llamada «Suffolk». Dentro había informes forenses e informes de declaraciones redactados por la policía de Suffolk durante su investigación inicial del asesinato de Oliver Wendell-Carfax, una información que McLeod había obtenido hacía poco, obviamente, pero que no había compartido con él.

Lo copió todo en un lápiz de memoria y después leyó los informes en la pantalla. El viejo había tenido una muerte dura y dolorosa, y era de sentido común imaginar que le habría contado a su asesino todo lo que hubiera querido saber. Sus heridas eran tan graves que, probablemente, habrían acabado con él de todos modos, incluso sin el infarto que de verdad lo mató.

Pero la sangre y el tejido encontrados en la boca del cadáver apuntaban a un escenario alternativo según el cual el rostro del asesino debía de haber estado pegado a la boca del anciano y eso implicaba que el asesino estaba escuchando atentamente lo que le decía. Así que tal vez Oliver Wendell-Carfax no se lo había soltado todo.

Estaba claro que ahora era imposible saberlo, pero ese detalle del informe forense al menos le dio a Donovan la esperanza de que el otro hombre que iba tras la reliquia no hubiera obtenido toda la información que buscaba. Así que tal vez aún estaban, por así decirlo, jugando en igualdad de condiciones.

Cuando apagó el ordenador, le sonó el móvil.

—Señor Donovan, le habla el sargento Hancock, de la comisaría de Policía de Monterrey. Hemos enviado un equipo al piso de Jesse McLeod y se lo han encontrado desplumado, al menos en lo que se refiere a dispositivos electrónicos. No hay ni ordenadores, ni cámaras, ni teléfonos móviles. Quien sea que lo haya hecho ha dejado todos los cables en su sitio, pero se ha llevado los aparatos. No tiene ni idea de quién podría haber sido el intruso, ¿verdad?

—Ni la más mínima idea, sargento —respondió Donovan, aunque sabía que tenía que descubrirlo... y rápido.

De nuevo en su despacho, Donovan lo apartó todo de la mesa y fue hacia la pared situada junto a la puerta, de donde colgaba un único cuadro de arte moderno. No es que le gustara especialmente, pero era del tamaño perfecto para ocultar la caja fuerte

empotrada en la pared.

Apretó el botón situado en la esquina inferior izquierda del cuadro para soltar el cierre magnético con resorte y giró el marco sobre una bisagra, dejando al descubierto la caja fuerte y el panel de control. Con la soltura que acompaña los actos mecánicos, introdujo un código de seis dígitos en el teclado que activaba los controles termostáticos y que, gradualmente, ajustaba el interior de la caja para que el aire de dentro alcanzara la temperatura y la humedad ambiente y permitiera que la puerta se abriera. Tardaría unos tres minutos, pero nunca le importaba la espera.

En cuanto la luz del panel de control pasó de rojo a verde, introdujo una fina llave de acero en el cerrojo adyacente, la giró dos veces, y abrió la puerta. Dentro había una bolsa de cierre hermético que contenía un fragmento de papiro con los bordes mellados, raídos y desiguales, y una hoja de papel. Sacó los dos y los llevó a la mesa.

Después de ponerse una mascarilla desechable y unos finos guantes de algodón, abrió la bolsa de plástico y, con un cuidado casi reverencial, sacó el papiro y lo colocó sobre la bolsa. Durante un momento se quedó mirándolo. No podía leer en su totalidad el texto escrito en arameo, aunque conocía lo suficiente esa lengua como para traducir alguna que otra palabra, pero la traducción completa o, mejor dicho, tres traducciones completas realizadas por tres distintos especialistas muy experimentados en lenguas antiguas, estaban escritas a máquina en la hoja de papel que tenía delante.

Esas traducciones habían despertado su absorbente pasión y la constante indagación de cualquier otra pista que pudiera decirle dónde debía buscar la reliquia que creía que aún debía existir. Las tres se diferenciaban en algo ya que cada traductor había interpretado la escritura aramea de un modo ligeramente distinto, pero su significado no dejaba lugar a dudas. Las palabras que tenía delante, escritas con descolorida tinta negra, hacían referencia al mayor tesoro perdido de todos los tiempos, un objeto que incluso ahora prácticamente tenía el poder de cambiar el mundo.

Poco menos de una hora después, Donovan comprobó el contenido de su bolsa de cuero por segunda vez y cerró la cremallera. Siempre tenía dos maletas hechas con todo lo que podría necesitar para una estancia de dos semanas, una para países fríos, y otra para los trópicos. En esta ocasión su destino era Londres, así que no había sido difícil elegir el equipaje correcto para el viaje.

Además llevaba una bolsa que contenía un pequeño portátil Dell, con una partición del disco duro oculta, encriptada y protegida con contraseña. En esa partición estaban los informes que McLeod había copiado de los archivos de la policía de Suffolk, además de números de teléfono y datos de contacto que había sacado de su propio ordenador, y un mecanismo automático de autodestrucción que reescribiría una y otra vez los contenidos con caracteres al azar si se introducía una

contraseña incorrecta tres veces. La bolsa contenía también un par de discos duros externos y lápices de memoria, y una selección de chips de varias clases, algunos de características poco comunes. Donovan no era un experto en informática, pero antes de haber fundado NoJoGen, había trabajado para una empresa de electrónica en Los Ángeles que lo había ayudado a ampliar sus conocimientos técnicos.

Se detuvo un momento, abrió la cremallera de la bolsa y metió un paraguas plegable por si acaso.

Echó otro vistazo a su espacioso ático, asintió para sí y fue hacia la puerta. Activó la alarma, echó los dos cerrojos y se metió en su ascensor personal para bajar los diez pisos. Estaba saliendo por la puerta principal del edificio justo cuando el taxi que había pedido se detuvo junto al bordillo.

Esperaba que eso fuera un buen presagio.

A las diez de esa mañana, Angela estaba en la cocina de Carfax Hall con el portátil en funcionamiento. Esperaba que el programa de catalogación le permitiera identificar la mayoría de las piezas de cerámica de la casa o, al menos, asignarles una fecha y un país de origen aproximados. Las tasaciones le llevarían más tiempo y no estaba equipada para llevarlas a cabo. El otro problema obvio, pensó mientras miraba la porcelana apilada al otro lado de la mesa, era que el periodo que más conocía era el siglo I d. C., mientras que la mayoría de los objetos que tenía delante databan de dos mil años más tarde. Suspiró. Tendría que hacer todo lo posible.

Para cuando se terminó el café, ya le había echado un vistazo preliminar a los utensilios de porcelana, cerámica y loza, había seleccionado unas pocas y bonitas piezas de alfarería inglesa antigua y las había apartado.

Después, se puso manos a la obra con su rutina de probada calidad. Creó una base de datos provisional en el portátil, la llamó «Cerámicas de Carfax Hall» y etiquetó los campos de arriba abajo. Empezó con la fecha actual para pasar a la fecha probable de la pieza; después el fabricante, si se conocía; luego una descripción; a continuación una nota sobre cualquier defecto que pudiera encontrar; por último, una estimación aproximada de su valor.

También creó una segunda base mucho más sencilla para las piezas de porcelana, y había muchas, que no serían de interés para el museo y que, probablemente, terminarían en alguna casa de subastas local. Ya había decidido mirar primero las piezas de menor valor para apartarlas y dejar espacio en la mesa lo más rápido posible.

Fotografió cada pieza desde distintos ángulos con su cámara digital antes de envolverlas en plástico de burbujas y almacenarlas en una de las cajas de madera que le habían bajado del desván. Pronto le quedó claro que casi todo lo que había en la mesa terminaría en la caja de la subasta, porque la mayoría de la porcelana que tenía delante no valía más que unas cuantas libras, y algunas piezas incluso menos. De vez en cuando iba conectando la cámara al portátil para transferir las fotografías que había sacado a una nueva carpeta del disco duro.

Los demás miembros del equipo entraban en la cocina a intervalos para prepararse café o té, o simplemente para charlar mientras se tomaban un descanso en su labor.

Cuando pararon para almorzar, Angela ya casi había llenado la caja de la subasta y con ello había quitado de la mesa, tal vez, una cuarta parte de las piezas de porcelana.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó David Hughes; sus gafas destellaban con el sol que se colaba por el ventanal de la cocina.

Angela negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Hay algo de alfarería inglesa y alguna pieza de Wedgwood de su primera época, pero nada que no puedas comprar en cualquier tienda de antigüedades medianamente decente. Dudo que Oliver o Bartholomew se dedicaran a coleccionar cerámica. ¿Y tú qué?

—Pues yo sí que tengo algunas piezas bastante buenas. Hay una mesa de centro octogonal de palisandro de estilo regencia, pero mi hallazgo más fascinante es una silla jacobina con el respaldo grabado que se encuentra en un estado maravilloso.

—¿Estás seguro de que no es una reproducción de mediados del siglo XIX? —Mayhew acababa de entrar y se le veía más colorado que de costumbre—. En ese periodo hicieron muchas.

—Tú cíñete a tu especialización, Richard —le respondió Hughes mirándolo por encima de las gafas de un modo que a Angela le recordó a un profesor—, y yo me ceñiré a la mía.

—Estás muy callado, Owen —dijo Mayhew girándose hacia un hombre de pelo cano con gafas bifocales que estaba sentado en el otro extremo de la larga mesa—. ¿Tienes algo?

Owen Reynolds, uno de los expertos en armas y objetos militares del museo Británico, se inclinó hacia delante.

—No estoy seguro. Aquí no hay mucho que sea claramente de mi competencia excepto esa armadura del vestíbulo, así que...

—¿Es auténtica? —preguntó Mayhew.

—Sin duda. Es un ejemplo especialmente notable de Gotischer Plattenpanzer, un blindaje gótico que data del siglo XV. Tendré que investigarlo, pero creo que podría ser de la época del emperador Maximiliano, lo cual es fascinante. Y he encontrado un par de espadas de caballería modelo 1796, una es una pallasch austriaca y la otra una versión inglesa. Pero quitando esto no hay mucho, así que he estado mirando el contenido de las cajas del salón, o como se llame esa sala tan grande.

Mayhew lo observó con expectación.

—¿Y?

Reynolds miró a su alrededor.

—Bueno, no estoy seguro del todo, pero creo que alguien ha estado rebuscando entre ellas. Y no me refiero a ninguno de nosotros. En varios de los arcones había objetos sin embalar y, por lo que yo recuerdo, todo estaba perfectamente empaquetado la primera vez que inspeccionamos las cajas.

Hubo un breve silencio.

—¿Te refieres a un ladrón? —preguntó Mayhew.

Reynolds extendió las manos.

—El problema es que no sabemos qué había en las cajas. Quiero decir, no

tenemos un inventario completo de su contenido, ¿no? Para eso hemos venido.

—¿Crees que alguien ha estado robando?

Reynolds sacudió la cabeza.

—No lo sé. Hay muchas piezas valiosas en esta casa, cuberterías de plata y cosas así, que cualquier ladrón habría reconocido de inmediato como algo de mucho valor, y creo que alguna de esas podría faltar también. Pero como no hay inventario, no podemos saberlo con seguridad.

Angela se levantó.

—A ver, si Owen tiene razón y alguien ha estado aquí, lo primero que tenemos que hacer es averiguar cómo está entrando ese ladrón o lo que sea. Dios —bajó la voz—, ¿no estará en la casa ahora, verdad?

Richard Mayhew sacudió la cabeza.

—No, pero hemos estado dejando la puerta abierta mientras hemos estado aquí dentro, así que supongo que es posible que alguien se haya colado. Será mejor que a partir de ahora la tengamos cerrada.

Angela asintió con decisión.

—Y también quiero que registremos la casa entera, ahora mismo, por si hay alguien escondido o merodeando en el sótano, en el desván o en alguna parte. —Era consciente de lo mucho que le latía el corazón y respiró hondo varias veces. La última vez que había estado trabajando fuera del museo había estado a punto de perder la vida y ahí no quería correr riesgos.

—Vale, vale —asintió Mayhew con un fuerte suspiro—. En cuanto hayamos terminado de almorzar, registraremos la casa de arriba abajo, ¿satisfecha?

Noventa minutos más tarde, acalorados y llenos de polvo por haber estado hurgando por todos los rincones de la vieja casa, los miembros del equipo se reunieron algo malhumorados en la cocina. No habían encontrado absolutamente nada que indicara que alguien hubiera estado en la casa hacía poco, exceptuando un ventanal abierto en la parte trasera que ahora, a petición de Angela, habían cerrado con pestillo y atascado con un destornillador para evitar que pudiera abrirse desde fuera.

—¿Contenta? —le preguntó con brusquedad Richard Mayhew.

Angela suspiró. Aún estaba muy intranquila.

—Preferiría estar en Londres, gracias. Pero al menos ahora estoy segura de que no hay nadie vigilándonos.

—Vale, y ahora que por fin hemos aclarado esto, vamos a hacer algo útil, ¿os parece? —dijo Mayhew saliendo apresuradamente de la cocina.

Angela cogió otra pieza de porcelana de la mesa para evaluarla y catalogarla. Acababa de abrir el portátil cuando oyó el grito ahogado de David Hughes.

—¿Qué pasa? —Se giró para mirar atrás.

—Me ha parecido ver algo fuera, algo en movimiento.

El hombre cruzó la cocina hasta la ventana y miró por los mugrientos cristales hacia los descuidados jardines.

Angela soltó el plato de cerámica que había estado examinando y se levantó para acercarse a la ventana. El terreno que tenían delante se inclinaba suavemente hacia abajo y estaba salpicado de arbustos y matorrales, muchos de los cuales eran lo suficientemente grandes como para ocultar a una persona. Y, además, había otra cosa en la que Angela se fijó.

—Puede que tengas razón —dijo despacio—. Cada vez que me he asomado por esta ventana desde que hemos llegado, he visto al menos dos o tres conejos saltando por ahí. Ahora mismo no veo ninguno. Los conejos son unos animales tremendamente nerviosos; que no estén podría significar que hay alguien ahí fuera. —Tembló levemente—. ¡Dios! ¡Qué a gusto me voy a quedar cuando hayamos terminado y estemos en Londres! Este sitio me pone los pelos de punta.

Jonathan Carfax observaba por unos prismáticos compactos cómo el último coche se alejaba de la entrada de Carfax Hall. Sabía que era invisible para la gente del museo porque estaba cobijado por un grupo de árboles justo fuera de los límites de la propiedad, aunque tenía una buena perspectiva de la casa desde ahí.

A primera hora de esa tarde se había acercado a la casa por detrás, reptando y cubriéndose tras los pequeños matorrales, pero estaba claro que alguien lo había visto. Al avanzar, dos rostros habían aparecido en la ventana de la cocina y habían mirado en su dirección, aunque para entonces él ya se había alejado bajando por el desnivel y se había agachado detrás de un rododendro donde se había quedado tendido y echando humo. Jonathan era uno de los primos de Oliver y, al igual que el resto de la familia, acababa de descubrir que lo había desheredado. Pero, como se había dicho, haría algo al respecto.

Al cabo de quince minutos de padecer el frío y la humedad, por fin se había incorporado un poco y, de cuclillas, había corrido los últimos metros hasta la valla. Después, había cruzado el bosque hasta su coche y había esperado a que se marchara el último de los miembros del museo Británico.

La oscuridad estaba cayendo cuando Carfax volvía hacia la casa. Los coches se habían marchado y no parecía que hubiera nadie por allí. Un solitario murciélago bajó en picado surcando el cielo del crepúsculo. *De momento, todo bien*, pensó.

Rápidamente fue hasta la ventana que había dejado abierta en la parte trasera de la casa. Miró a su alrededor una vez más y empujó el bastidor hacia arriba. O, mejor dicho, lo intentó. Tardó menos de un segundo en darse cuenta de que alguien, claramente alguien del equipo del museo, debía de haber visto el pestillo abierto y lo había echado.

—¡Mierda! —murmuró retrocediendo. Sin embargo, había ido preparado. En el maletero del coche había guardado una selección de herramientas pensando que serían suficientes para soltar el pestillo en caso de que lo encontrara echado.

Diez minutos más tarde estaba de vuelta con un largo cincel que deslizó entre las dos secciones de la ventana de guillotina. Lo colocó contra el pestillo y ejerció presión hacia un lado. No pasó nada; ahí seguía el pestillo, obstinadamente cerrado. Volvió a intentarlo y, de nuevo, cada vez que aumentaba la fuerza sobre la herramienta, obtenía el mismo resultado: la barra no se movía.

Maldijo otra vez, ahora más fuerte. Había elegido esa ventana porque, de todas las de la planta baja, era la que tenía el pestillo más suelto. Vio una roca que había caído de alguna parte del muro de la casa y la arrastró hasta la ventana; se alzó sobre

ella y, al ver el destornillador que habían encajado en el pestillo, supo que no podría forzarlo desde fuera.

Alguien debía de haber supuesto que había entrado en la propiedad, y eso que creía que había cubierto su rastro y solo se había llevado algunas de las piezas más selectas. Rápidamente intentó forzar las otras ventanas de la fachada trasera, aunque sabía que los demás pestillos estaban muy duros por el desuso y el óxido. Al cabo de diez minutos supo que estaba perdiendo el tiempo; ninguno de los otros pestillos se había movido ni un milímetro.

Refunfuñando, Carfax recogió sus herramientas y su equipo. La mejor opción que tenía parecía ser una escalera con la que llegar a una de las ventanas de la primera planta. Con suerte podría forzar alguna. Si no, la única alternativa era romper un cristal y abrir una ventana de la planta baja, pero entonces la policía acabaría metida en el asunto y eso sí que no lo quería.

Había un par de piezas de buenísima plata georgiana en alguna parte de la casa que aún no había encontrado, y una bandeja de Paul Storr que, suponía, tendría un precio de cinco cifras, así que era vital entrar sin que nadie se diera cuenta.

Debía volver al día siguiente con una escalera. Tenía derecho a las pertenencias de Oliver y se aseguraría de que acabaran en su casa, y no en un museo.

—Es un sitio bonito —comentó Chris Bronson cuando Angela aparcó su Mini en la puerta de Carfax Hall a la mañana siguiente.

A pesar de estar divorciados, Angela y él seguían siendo grandes amigos, hablaban por teléfono todos los días y confiaban el uno en el otro, tal vez más que algunas parejas casadas. Bronson esperaba que pudieran volver a estar juntos como marido y mujer, pero Angela seguía siendo cauta con el tema de comprometerse a eso, ya que el doloroso recuerdo de la separación y el divorcio aún seguía fresco en su memoria. Él estaba haciendo todo lo que podía para hacerle cambiar de opinión.

Se había tomado un par de días libres y había conducido hasta allí la noche anterior, después de que Angela le hubiera contado lo del posible intruso en Carfax Hall. Le había dicho que se sentiría mucho más tranquila si lo tenía cerca y él había accedido a ir de inmediato, esperando que eso significara que estaba dispuesta a superar el pasado reciente.

—Me temo que la casa se está viniendo abajo. Todos esos trozos de piedra han caído del tejado y de la parte alta de las paredes. Por eso no podemos aparcar más cerca. El edificio está perdiendo ladrillos y mampostería como una serpiente cambiando de piel. Calculamos que lo echarán abajo en un año.

—Es una pena. Supongo que está demasiado deteriorada como para poder evitarlo.

—Eso, además del hecho de que el desagradecido pariente que ha heredado este sitio, el nieto de un primo segundo o algo así, según Richard Mayhew, ya ha solicitado un permiso de obras para construir varias viviendas en las tierras.

Ya que la puerta principal estaba cerrada con llave, Angela llamó al timbre.

—Es por precaución, hasta que sepamos, o mejor dicho, hasta que nos digas, si nos estamos imaginando cosas.

La robusta puerta se abrió y Richard Mayhew se asomó y los miró; sin duda tenía toda la pinta de un conservador de museo.

—Ah, eres tú, Angela —dijo malhumoradamente—: Hola, Chris. Esto es totalmente innecesario. Angela está viendo cosas donde no las hay.

—Si no te importa, Richard, seré yo el que juzgue eso. Por lo que sé, Angela no tiene tendencia a exagerar.

Mayhew gruñó, abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—Gracias —dijo Angela que, seguida por Bronson, bordeó la escalera principal y avanzó por un pasillo hacia la parte trasera de la casa—. Gracias por haberme apoyado. Richard es una de esas personas insoportables que se piensan que siempre tienen razón.

Bronson le sonrió.

—Si tú dices que pasa algo, es que pasa algo, y yo estoy aquí para solucionarlo. O, al menos, para intentarlo.

Angela abrió la puerta al final del corto pasillo y entró en la cocina.

—Aquí es donde he estado trabajando —dijo señalando la vieja mesa parcialmente cubierta por distintas piezas de porcelana y cerámica.

—¿Así que aquí es donde les preparas el café y el té a los chicos, verdad? —preguntó Bronson.

—Ya les gustaría. —Angela dejó su bolsa en un extremo de la mesa—. Si quieren beber algo, ellos se lo preparan. Pero a ti sí que te haré un café, si te apetece.

Bronson asintió.

—Pues mientras lo haces, iré a echar un vistazo a esa ventana.

Angela enchufó el hervidor de agua y señaló hacia una puerta situada a un lado de la cocina.

—Por ahí. Ese pasillo recorre la parte trasera de la casa. La ventana que encontramos abierta está al final.

Bronson salió de la habitación y no tardó mucho en volver. Angela acababa de terminar de preparar dos tazas de café cuando él entraba por la cocina.

—¿Alguno de vosotros ha atascado el pestillo con un destornillador?

—Sí, fui yo. Parecía que estaba muy suelto, así que pensé que era una buena idea.

—He encontrado algo que parecen marcas recientes en ese pestillo. Creo que son recientes porque aún hay desconchones de pintura pegados a una de las marcas. Parece que alguien ha intentado forzarlo con una ganzúa o algo así.

Angela se mostró alarmada.

—Está claro que alguien ha estado usando algo así para intentar abrir esa ventana. Ha colado una herramienta de acero entre las dos secciones de la ventana de guillotina para intentar soltar el pestillo. Las marcas son inconfundibles. La buena noticia es que el destornillador que insertaste en el mecanismo ha evitado que lo logre. La mala noticia es que he encontrado marcas similares en todas las ventanas de ese pasillo, así que está claro que ha habido un intento muy claro de allanamiento.

—¿Estás seguro? Quiero decir, ¿no podrían ser marcas de otro momento?

Bronson cogió su taza de café.

—La verdad es que no. Creo que tu intruso intentó con mucho ahínco abrir la ventana del pestillo suelto porque hay más marcas en esa que en cualquiera de las otras. No logró nada porque tú lo habías atascado, así que probó con las otras ventanas de la parte trasera de la casa hasta que desistió.

Angela tembló y se frotó los brazos.

—Ven a ver esto —dijo Bronson yendo hacia la ventana de la cocina.

Como las demás de la casa, era una ventana de guillotina con acristalamiento sencillo y marco de madera. El único pestillo era un simple tensor colocado en la

parte alta del marco inferior que bloqueaba las dos mitades de la ventana cuando se giraba a noventa grados.

Bronson señaló tres o cuatro marcas verticales en un lado del pestillo.

—Por ahí es por donde intentó colarlo y, si miras aquí abajo, en el hueco entre los dos cristales, también hay marcas donde intentó meter la herramienta para llegar al pestillo.

—¿Pero no entró en la casa?

—Es posible que lograra abrir una de las ventanas, pero si lo hizo debió de cerrarla después desde dentro y salir por alguna puerta. ¿Es posible?

Angela sacudió la cabeza con decisión.

—Imposible. La puerta trasera tiene el pestillo echado por dentro; es más, ni siquiera la hemos abierto desde que estamos aquí. Y la delantera tiene una cerradura de seguridad. Creo que incluso Richard Mayhew habría sospechado si la hubiera encontrado abierta.

—De acuerdo —dijo Bronson echándole un brazo sobre los hombros. Sabía que seguía nerviosa—. Entonces, quitando el primer día, cuando es posible que entrara por la ventana abierta o, incluso, que hubiera entrado por la puerta principal, si es que tuvo huevos para hacerlo, no ha podido volver a entrar.

—¿Y qué podemos hacer para asegurarnos de que no vuelva a hacerlo? ¿Acudir a la policía local?

Bronson se rio.

—A menos que la policía de Suffolk sea muy distinta a la policía para la que yo trabajo en Kent, sería una pérdida de tiempo absoluta. Estarán muy ocupados intentando resolver crímenes que ya se han cometido y no tendrán tiempo para evitar que se cometa uno en un futuro próximo.

—¿Entonces qué hacemos?

Bronson miró a su alrededor y después la miró a ella. Su gesto se suavizó.

—Yo creo que tenéis tres opciones. La primera, no hacer nada. Dejad todas las puertas y ventanas bien cerradas y confiad en que sea suficiente para que ese chorizo no entre. La segunda es dejar lo que estáis haciendo aquí y trasladar todo el contenido de la casa directamente al museo Británico para hacer la selección y la clasificación allí. Puede que esa sea la mejor opción.

Angela sacudió la cabeza.

—La mayoría de estos objetos no son de interés para el museo, y no queremos empantanarlo todo con cosas que se pueden encontrar en una tienda de antigüedades de provincia. Seleccionaremos cuidadosamente lo mejor de lo mejor y, probablemente, venderemos el resto a una casa de subastas local. ¿Cuál es la tercera opción?

Bronson le sonrió.

—Está claro. Que contratéis a un vigilante nocturno. Alguien que vigile la casa y se asegure de que nadie entra.

Angela se quedó mirándolo unos segundos.

—No podemos permitirnos hacer eso, no con nuestro presupuesto. ¿Tienes idea de cuánto costaría?

—Eso depende de a quién contratéis. Hay gente mucho más barata que otra.

—Has pensado en alguien, ¿verdad?

Bronson sonrió ampliamente.

—Claro que sí. En mí.

Michael Daniel Killian miró su reflejo en el espejo del baño y se estremeció. La gasa que llevaba en la oreja izquierda, y que se había cambiado hacía una hora, volvía a estar salpicada de motas rojas. Con cuidado se desenrolló el vendaje y, poco a poco, fue tirando del apósito de algodón que se había colocado sobre la oreja. Algunas fibras del tejido se habían pegado a la herida abierta y soltó un gruñido de dolor cuando retiró la gasa del todo y empezó a sangrar otra vez.

Giró la cabeza y estudió la herida. Ese viejo cabrón inglés había hecho un buen trabajo. Tenía los dientes fuertes y afilados y unos músculos de la mandíbula sorprendentemente potentes. Su mordisco, junto con los vanos intentos de Killian por soltarse, había hecho que cuando, por fin, logró liberarse, se le arrancara la parte superior de la oreja, y ahora ese pedazo estaba unido al resto solo por una estrecha tira de carne junto a la cabeza.

No se había molestado en que le curaran la herida en Inglaterra ya que el viejo había muerto en la casa y cualquier médico al que hubiera ido habría recordado una lesión tan poco habitual. Incluso podrían haber grabado su imagen por las cámaras de seguridad de cualquier hospital al que hubiera ido. Por eso se había limitado a cubrirse la lesión lo mejor posible.

También le habían preocupado las cámaras de vigilancia que sabía que había por todos los aeropuertos británicos, así que había tirado el billete de Heathrow a Los Ángeles y había tomado el Eurostar hasta Francia para coger un vuelo de París a Nueva York, y desde ahí a Los Ángeles, en un intento de enredar un poco las cosas. A quienes le preguntaron por el vendaje de la cabeza, y solo dos personas lo habían hecho en todo el viaje, les había dicho que tenía una infección de oído muy grave y que estaba volviendo a los Estados Unidos para que se la trataran.

Pero Killian no había acudido a ningún hospital ni a ningún médico en Estados Unidos porque aún temía que su herida pudiera despertar algún comentario y, lo que era peor, que alguien lo recordara. En lugar de eso, se había colocado apósitos alrededor de la oreja para sujetar la parte suelta esperando que, de algún modo, se uniera sin necesidad de puntos. Ahora veía que no estaba funcionando.

Se quedó un par de minutos mirándose la oreja y cómo pequeños riachuelos de sangre le caían por el lóbulo y salpicaban el lavabo. No podría continuar sin hacer algo con la herida.

Después de cambiar la gasa, volvió a atarse el vendaje alrededor de la cabeza, lo suficientemente apretado para que detuviera la hemorragia. A continuación, salió del baño y recorrió el pasillo hasta la habitación más pequeña de su modesta y bastante aislada casa de una planta, situada en el campo, a varios kilómetros de Monterrey.

En cuanto tocó el pomo de la puerta, una sensación de paz y satisfacción inundó

su cuerpo. Abrió y entró.

Al fondo de la habitación había un armario alto con las puertas y los laterales ocultos tras una tela morada. Encima, un crucifijo profusamente ornamentado resplandecía con tonos dorados bajo la luz de las velas, situadas a cada lado, que acababa de encender y que eran lo único que iluminaba la estancia. Justo delante del improvisado altar había un banco de madera sin tratar en el que solo cabrían dos o tres personas arrodilladas. Se lo había comprado a un tratante de antigüedades en Francia y sabía que tenía unos quinientos años de antigüedad.

Cerró la puerta, se santiguó e inclinó la cabeza antes de acercarse lentamente y con reverencia al banco de madera. Se situó en el centro, volvió a santiguarse y se arrodilló con las manos juntas. Durante unos segundos sus labios se movieron mientras rezaba en silencio y después levantó la mirada hacia el crucifijo.

—Perdóname, padre, porque he pecado —comenzó a decir—. Necesito tu consejo, tu ayuda y tu fuerza para concluir la sagrada labor que me has encomendado.

Diez minutos más tarde, Killian salió de su capilla, se inclinó hacia el altar y cerró la puerta. Después de quitarse la camisa negra y el alzacuello, reunió todo lo que necesitaría para lo que ahora sabía que debía hacer.

En el baño volvió a mirar su reflejo durante unos segundos, introdujo el soldador en el enchufe de la maquinilla de afeitar y tocó la punta con el dedo para asegurarse de que se estaba calentando. Agarró un pequeño paño de algodón y lo dobló hasta que encajó sobre su boca. Con una mano sujetó el trapo mientras con la otra se enrollaba cinta americana alrededor de la cabeza para sujetar la tela a modo de una sencilla pero eficaz mordaza. Después, se aseguró de tener las tijeras a mano.

Una vez lo tuvo todo preparado, se quitó el vendaje de la cabeza y la gasa de la oreja. De nuevo, la sangre volvió a brotar de la herida abierta.

Cogió las tijeras, las abrió y las situó sobre la fina tira de carne que conectaba las dos secciones de piel. Cuando el acero de las tijeras lo rozó, Killian sintió un escalofrío, pero al momento se calmó. Respiró hondo por la nariz y juntó las hojas de la tijera.

El dolor fue instantáneo y sorprendente cuando las hojas se cerraron y efectuaron el corte y, a pesar de la mordaza, gritó, emitiendo un alarido sordo. Las lágrimas le caían por la cara y durante unos segundos ni siquiera se pudo ver en el espejo, hasta que parpadeó con rabia y se frotó los ojos.

Aún tenía unido el trozo suelto de carne, todavía le colgaba del resto de la oreja. Sabía que tendría que volver a hacerlo. Respiró hondo varias veces y colocó las tijeras una vez más. En esa ocasión cerró los ojos antes de ejercer presión sobre el mango.

Oyó un nítido crac cuando las tijeras seccionaron el resto de carne y un suave y húmedo zas cuando la parte superior de su oreja cayó en el lavabo ante él. No miró,

porque estaba intentando no volver a gritar, y los ojos se le habían vuelto a llenar de lágrimas. Pero mientras su visión se aclaraba lentamente, pensó que al menos ya había pasado lo peor. O tal vez no. Miró el soldador con su ardiente y amenazante punta.

La oreja le sangraba con profusión, ya que la amputación del tejido había cortado varios vasos sanguíneos. Se puso un paño que, al instante, se empapó de sangre y se volvió de un rojo intenso. Le temblaba la mano ligeramente cuando cogió el soldador. Al levantarlo por delante de su cara sintió el calor en la mejilla. Vaciló un segundo y colocó la punta sobre la parte superior de la oreja, donde el flujo de sangre era más pronunciado.

Ese dolor fue distinto, incluso peor que el anterior, una agonía ardiente que se le hizo insoportable. El olor a carne quemada llenó el aire y de pronto sintió que no podía respirar. Se arrancó la improvisada mordaza, tragó una bocanada de aire y gritó. Al cabo de unos segundos, el dolor se atenuó y él se tranquilizó un poco. Volvió a mirarse al espejo. El tratamiento, por así llamarlo, parecía estar funcionando. El flujo de sangre había disminuido claramente, al menos alrededor del corte limpio que se había hecho con las tijeras.

Apretando los dientes, volvió a levantar el soldador y se lo puso de nuevo contra la oreja. Y, una vez más, gritó.

Quince angustiosos minutos después había logrado frenar la hemorragia, aunque era como si tuviera ardiendo un lado de la cabeza. La herida que tenía en la parte superior de la oreja era espantosa, una áspera corteza roja y negra de carne quemada ahí donde la punta del soldador había hecho su trabajo. Esperaba que ahora empezara a curarse.

Con mucho tiento, con un infinito cuidado, se aplicó una pomada. Calmó un poco la sensación de quemazón, aunque no le sirvió para el dolor. Cogió un apósito limpio, se lo colocó sobre la oreja con delicadeza y con mucha cautela se vendó la cabeza para sujetarlo, estremeciéndose de dolor a medida que aumentaba la presión. Después se tomó seis analgésicos; la dosis recomendada era de tres al día, pero necesitaba algo para disminuir esa agonía.

Salió del baño pensando que ya limpiaría el lavabo más tarde, cuando se encontrara mejor, y fue tambaleándose por el pasillo hasta el salón, donde buscó una botella de whisky y un vaso. Se dejó caer en un sillón reclinable junto a la ventana, se sirvió dos dedos de whisky y se lo bebió en dos tragos. El abrasador líquido le quemó la garganta antes de posarse reconfortante y cálidamente en su estómago. Se echó hacia atrás, giró la cabeza para que la oreja desgarrada no rozara la tela del sillón y se quedó ahí tumbado, feliz de que su suplicio hubiera pasado.

Cuando los analgésicos empezaron a hacer efecto, el palpitante dolor de ese lado de la cabeza comenzó a disminuir. Killian pensó en lo sucedido durante las últimas

semanas, preguntándose si podría haber llevado las cosas de otro modo. Sacudió la cabeza, aunque al instante deseó no haberlo hecho porque un intenso dolor lo atravesó.

Todo había comenzado un par de años atrás con una visita de un antiguo colega, el padre Mitchell, un hombre sumido en un tremendo desasosiego y que estaba al tanto del conocimiento enciclopédico de Killian en temas de historia de la Iglesia, de su doctrina y sus prácticas; no había duda de que eso lo había condicionado a la hora de decidir romper el sagrado secreto de confesión.

Cerró los ojos y revivió la conversación.

—¿Crees en la inviolabilidad de la confesión? —le había preguntado Mitchell.

—Por supuesto. Todo lo que se oiga en la confesión debe quedar entre tú, tu feligrés y Dios.

—¿Crees que existe alguna circunstancia en la que esa confianza se pueda romper? ¿Y si uno de tus feligreses te confesara un asesinato? ¿Qué harías entonces?

—La postura de la Iglesia es rotunda. Lo que se dice en la confesión es sagrado. Deberías animar a tu feligrés a entregarse a la policía, por supuesto, y a confesar el crimen. Pero tú no puedes quebrantar esa confianza y acudir a las autoridades.

Mitchell había asentido porque ya conocía la respuesta ortodoxa a esas preguntas. Se había detenido un instante y Killian se había quedado impresionado por su mirada de angustia, casi de terror.

—En ese caso debes ser mi confesor, Michael. Tienes que oír mi confesión. Aquí y ahora. —Se inclinó hacia la mesa y le agarró el brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

—Muy bien —había respondido Killian muy a su pesar.

Mitchell le había explicado que unas semanas atrás un hombre llamado J. J. Donovan había entrado en el confesionario de su iglesia de Monterrey. Parecía muy nervioso y con ganas de hablar. Donovan había seguido su rutina habitual confesando una tediosa letanía de lo que él había interpretado como sus pecados y el padre Mitchell le había dado la absolución, al igual que había hecho en ocasiones anteriores. Pero entonces, en lugar de terminar la sesión como de costumbre, le había preguntado directamente a Donovan si le preocupaba algo, algo que pudiera motivar esa actitud tan distinta y casi eufórica.

Lo que Donovan le había dicho lo había dejado impactado y sumido en el silencio, un silencio que había durado tanto que el hombre había dado un golpecito en el panel de madera que dividía las dos secciones del confesionario para comprobar si seguía ahí.

—Le dije a Donovan que lo que planeaba hacer era un pecado mortal, una blasfemia de tal magnitud que nadie lo perdonaría jamás. Y le prohibí rotundamente que contemplara la idea de seguir adelante con sus planes —le había dicho a Killian

—. Lo que más me impactó fue que él creía que me agradecería lo que pretendía hacer.

—¿Qué fue eso que te impactó tanto? —le había preguntado Killian en voz baja.

Y Mitchell se lo contó y lo que le dijo fue tan extraordinario que Killian palideció.

—Dios bendito —había susurrado antes de recomponerse—. Cuéntame todo lo que sepas sobre ese hombre. Su dirección, su teléfono, lo que tengas.

Mitchell le había entregado una hoja de papel.

—Dios te recompensará por tu valor —le había dicho Killian—. Ahora deja que yo me encargue de todo. Si Donovan vuelve a acercarse a ti, por lo que sea, dímelo de inmediato.

Aquella noche Killian había rezado en busca de consejo y a la mañana siguiente había tenido claro el camino a seguir. Donovan no era el problema. Lo que fuera que hubiera descubierto podrían descubrirlo otros en cualquier momento y eso podría tener consecuencias desastrosas. El único modo de lograr una solución duradera era dejar que Donovan encontrara la reliquia. Y después tendría que destruirla por completo, al igual que a todo el que estuviera implicado en la búsqueda.

Tendría que quebrantar uno de los mandamientos y lo sabía. Pero también sabía que obtendría el perdón de Dios porque la realidad era que el asesinato de uno o dos hombres, o incluso la muerte de cientos o miles de personas, no tenía ninguna trascendencia, era totalmente insignificante comparado con lo que estaba en juego.

—No pienso discutir el tema —dijo bruscamente Richard Mayhew—. Fin del asunto.

—Richard, me temo que no estás en posición de tomar una decisión unilateral. — El tono de Angela fue dulcemente razonable, aunque su determinación quedó más que clara.

—Estoy al mando de este grupo —contestó Mayhew.

—Según Roger Halliwell, solo eres el director administrativo, lo que significa que controlas el presupuesto con el que se paga nuestra comida y el alojamiento en el hostel. Por lo demás, somos seis personas de seis departamentos distintos con el mismo derecho a opinar sobre lo que hacemos o no. Chris se ha ofrecido a pasar aquí la noche para asegurarse de que quien sea que ha estado robando en esta casa no vuelva a entrar, y a mí me parece que es una muy buena idea. Había esperado que tú pensaras lo mismo, pero ya que no es así, tal vez deberíamos someterlo a votación.

—¿Cuál es el problema, Richard? —preguntó Owen Reynolds—. No es que vayamos a quedarnos ninguno de nosotros; Chris es oficial de policía y totalmente capaz de cuidar de sí mismo. Es el hombre ideal para este trabajo.

Mayhew miró a su alrededor y vio que los demás estaban de acuerdo. Hizo un intento más de hacerles cambiar de idea.

—¿Y si resulta herido? ¿Qué pasará con el seguro y todas esas cosas?

—No es vuestra propiedad —interpuso Bronson—, así que no tenéis nada que ver ni con el seguro del edificio ni con el de su contenido. Pero si te tranquiliza, con mucho gusto firmaré un documento eximiéndoos a vosotros y al museo de cualquier responsabilidad durante mi estancia aquí esta noche.

Mayhew, que reconocía la derrota cuando la veía, alzó las manos al aire.

—Ah, pues muy bien. Haced lo que queráis —farfulló irritado y saliendo de la cocina.

Bronson no tenía nada que hacer. Su labor como vigilante nocturno no remunerado no empezaría hasta la tarde, cuando todos se hubieran marchado del edificio, así que se dedicó a registrar las habitaciones fijándose en cualquier escondite posible, puntos de entrada y demás. Le dio dos repasos completos al interior de la vieja casa y después hizo lo mismo en el exterior antes de volver a la cocina, donde Angela seguía trabajando sin parar con la colección de porcelana y cerámica.

—¿Algo interesante? —preguntó encendiendo el hervidor eléctrico.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

Bronson sacudió la cabeza.

—Solo una cosa algo rara. Esta casa ha pertenecido a la misma familia desde hace

tiempo, ¿verdad?

Angela asintió.

—Desde mitad del siglo XIX, creo. ¿Por qué?

—Encima de la puerta principal hay un escudo de armas tallado en el dintel de piedra y otros en los respaldos de las sillas del comedor, sobre la pared encima de la chimenea del salón y en más sitios. También hay uno en el fondo de cada uno de los dos retratos de Bartholomew Wendell-Carfax que cuelgan en el pasillo del primer piso.

—¿Y? —Angela estaba atareada, guardando más porcelana carente de valor en la caja de la subasta.

—Bueno, los blasones de los retratos de Bartholomew son ligeramente distintos. Ambos tienen la cabeza de un zorro en el cuadrante superior derecho del escudo mientras que todos los demás tienen la cabeza de un pájaro, creo que es un halcón, en la misma ubicación.

—Tal vez el pintor cometió un error —sugirió Angela.

Bronson sacudió la cabeza.

—Está claro que los dos retratos están pintados del natural. Bartholomew estaba sentado en un sillón en el salón y el artista estaba pintando lo que veía. ¿Por qué iba a hacer bien tres de los cuatro cuadrantes del escudo y dibujar una imagen totalmente distinta en el cuarto?

Angela dejó de embalar objetos.

—Eres muy observador, Chris —dijo sonriendo—. Para ser un hombre, claro.

—Soy policía, ¿recuerdas? Se supone que tengo que fijarme en las cosas. A eso lo llamamos pistas.

—Bueno, reconozco que los retratos son un poco extraños. —Le habló sobre los dos retratos que plasmaban a Bartholomew como un hombre joven ataviado con un traje exótico y que se habían vendido poco después de su realización—. Y luego vino el fiasco de su Locura.

Bronson se sirvió una taza de café instantáneo y se sentó mientras Angela le hablaba de la obsesión de Bartholomew Wendell-Carfax con un tesoro perdido oculto en algún lugar de Oriente Medio y cómo había sido provocada por el descubrimiento de un fragmento de pergamino que había encontrado en un cántaro de loza sellado; un pergamino que después de aquello había desaparecido.

—A lo mejor no desapareció —señaló Bronson—. A lo mejor el viejo lo escondió en alguna parte y Oliver no pudo encontrarlo. Puede que Bartholomew hiciera que le pintaran esos retratos como un modo de burlarse de todos, para poder decirle a Oliver que las pistas habían estado todo el tiempo mirándolo a la cara.

—Una cabeza de zorro en lugar de un halcón no me parece que sea una pista especialmente útil —objetó Angela.

—Podría ser muy sencillo —contestó Bronson con una sonrisa—. Hay un zorro en el salón. Disecado, claro, y en una vitrina de cristal. A lo mejor escondió el pergamino dentro.

Angela soltó el plato que había estado envolviendo.

—Enséñamelo —le dijo con los ojos brillantes, lo cual siempre era un signo, al menos para Bronson, de que estaba emocionada.

El zorro estaba de pie sobre un pequeño zócalo y sus vidriosos ojos miraban sin vida hacia los altos ventanales al otro lado del comedor; su boca abierta dejaba ver unos dientes amarillentos y una fina lengua rosa. Se veía que estaba viejo y roñoso, le faltaban trozos de pelo a los lados y en el rabo. Estaba colocado sobre una base de madera bajo una cúpula de cristal rectangular.

—No es muy agradable a la vista —comentó Angela.

—A lo mejor esa era la cuestión. Bartholomew pudo haber pensado que era un lugar ideal para esconder algo.

Levantó la cúpula de cristal.

—Parece que no han hurgado los puntos desde que disecaron a este pobre diablo. —Giró al zorro—. Y no veo ni aberturas ni cortes por ningún sitio, así que no creo que pueda haber algo escondido dentro del cuerpo.

Deslizó los dedos por la base del objeto, pero entonces se detuvo en seco y lo elevó para mirarlo por debajo.

—Veo una línea que recorre la base justo aquí, así que parece como si esta parte pudiera abrirse, y también hay algunos arañazos en la madera.

Tiró de la base, pero no se movió nada. Después giró al zorro hacia un lado y miró por debajo. Se veían algunos tornillos de latón que serían para sujetar al animal disecado y las demás partes de la base. Uno parecía distinto a los demás.

—Ese podría ser un tornillo de fijación —dijo Bronson. Sacó una navaja y seleccionó la hoja adecuada. Después de girar el tornillo hasta que cayó en el aparador, agarró el extremo de la base y tiró. Una parte se movió levemente. Volvió a poner el zorro en vertical y miró la parte trasera, donde ahora una sección de unos treinta centímetros de ancho se había separado del resto de la base.

Pudo oír la respiración contenida y cargada de emoción de Angela.

La sección de madera se abrió como un cajón y, cuando Bronson tiró de ella, vieron dentro lo que parecía un pequeño libro encuadernado en piel. Lo cogió en cuanto hubo abierto el cajón por completo y se lo pasó a Angela.

—No esperes demasiado —la advirtió—. Imagino que Oliver encontró esto hace tiempo. Probablemente fuera él el que intentó abrirlo, así que si el pergamino estaba aquí, lo habría sacado.

Pero no era un libro. Lo que de verdad habían encontrado era una fina y poco profunda caja de madera cubierta de cuero que se abría como un archivador. El

interior estaba lleno de papeles sueltos de distintas clases y de un par de fotografías grandes, cada una de ellas doblada dos veces para poder entrar en la caja.

Angela ojeó el contenido rápidamente y sacudió la cabeza.

—No hay ningún pergamino perdido —dijo lamentándose—. Supongo que habría sido demasiado fácil. Parece una colección de billetes viejos y facturas, y también hay algunas notas de las expediciones de Bartholomew. —Levantó varias hojas de papel escritas con una letra pequeña y clara—. Ya he visto un par de referencias a Egipto.

—¿Y las fotos?

—Son solo las fotos de los dos retratos de Bartholomew que se vendieron. Interesantes, aunque nada útiles. —Se encogió de hombros—. Me temo que me toca volver al trabajo, pero tú sigue hurgando por ahí. Nunca se sabe lo que puedes encontrar.

Era primera hora de la tarde y Bronson y Angela acababan de terminarse el sándwich del almuerzo. Quedaba otro en la nevera y sería la solitaria cena de Bronson después de que el resto del equipo lo dejara en la casa cuando acabara el día.

—Mira lo que he encontrado en el desván —dijo Bronson entrando en la cocina con una caja de cartón cubierta de polvo—. La etiqueta dice «Corinto, S. I» entre interrogaciones.

Angela se acercó hasta donde estaba Bronson.

—Si esa etiqueta de verdad tiene relación con el contenido de la caja, podría ser bastante interesante. Una pieza corintia del siglo I sería mucho más fascinante que la mayoría de las cosas que he visto hasta ahora. Deja que eche un vistazo. —Sacó de la caja el objeto envuelto en papel de periódico. Tenía forma de jarra de agua alta y Angela la posó sobre su base mientras cortaba la cuerda y le quitaba el envoltorio.

—¿Café o té? —le preguntó Bronson, aunque no obtuvo respuesta. Cuando se giró para mirar, Angela estaba contemplando una vasija alta de cuello estrecho, verde azulada, con un asa y algo parecido a imágenes de animales grabadas en bandas horizontales a su alrededor. Al lado en la mesa había papeles y trozos de cuerda.

—Si tuviera champán aquí, me lo bebería —dijo Angela por fin—. ¿Sabes lo que es esto?

—Soy un simple poli, ¿recuerdas? ¿Qué es?

—Creo... es más, estoy casi segura, de que es un olpe protocorintio.

—¿En serio? Pues a mí solo me parece una jarra verde y grande.

Angela se acercó y le dio un abrazo.

—Lo que acabas de traerme es algo excepcional, sobre todo encontrándose en un estado tan excelente. He visto uno similar, pero está en el Louvre de París. Un olpe es

una vasija para el vino. Este está decorado con motivos... me parece que son de leones y osos, y los registros son estas bandas horizontales. Probablemente date de unos seiscientos cincuenta años a. C.

—¿Pero entonces no es del siglo I como dice en la caja?

Angela sacudió la cabeza con decisión.

—Rotundamente no. Es como medio milenio más antiguo.

—¿Entonces tiene valor?

—¡Oh, sí! No soy tasadora, pero ¡esto podría tener un valor inestimable!

—¿Entonces quieres que baje las demás?

—¿Las demás? —Angela palideció—. ¿Es que hay más?

Bronson le sonrió. Era genial estar trabajando juntos otra vez.

—No tengo ni idea. Hay más cajas de cartón en el desván. Subiré y echaré un vistazo, si quieres.

Bronson volvió unos quince minutos más tarde con otra caja cubierta de polvo.

—Me temo que no hay más jarras —anunció—, pero sí que he encontrado algunos pedazos de una vasija rota.

Colocó la caja sobre la mesa, la abrió y sacó unos fragmentos de alfarería rojiza que colocó frente a Angela.

A ella claramente le costaba desviar la atención del olpe, pero lo hizo y miró los fragmentos.

—Puede que estos sí que sean del siglo I y lo más probable es que provengan de Oriente Medio.

Cogió un par de fragmentos y los juntó entre sus manos. Encajaban a la perfección.

—Podrían ser partes de la misma vasija —sugirió Bronson.

Angela asintió y recogió un trozo que parecía haber formado el cuello de la vasija rota. Tenía un pequeño agujero y lo rodeaba una franja de una especie de material marrón oscuro. Con mucho cuidado, Angela lo tocó con la uña del pulgar y después agarró otro par de trozos rotos para unirlos en sus manos y formar el cuello de la vasija.

Juntó las piezas con firmeza. Aún faltaban algunos pedazos, pero había encontrado suficiente del cuello de la antigua jarra de barro como para ver que el agujero en uno de los lados encajaba exactamente con un segundo orificio situado enfrente. Eso, junto con la banda más oscura, le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Hay un agujero en los dos lados del cuello donde se estrecha y este material más oscuro parece ser alguna especie de masilla o resina para sellar. Según Richard Mayhew, que parece estar muy interesado en la historia de Wendell-Carfax, la vasija

que Bartholomew encontró estaba protegida con una especie de palillo que atravesaba el tapón de madera y el exterior estaba sellado con algún tipo de masa. Así que esto —concluyó— podrían ser los restos de esa pieza de barro del siglo I. —Se detuvo—. No había nada más arriba, ¿verdad?

—Solo las típicas porquerías que suelen acabar en cualquier desván. Mira, tendré que pasarme la noche despierto, así que debería dormir un poco esta tarde. El primer dormitorio a la izquierda de las escaleras aún tiene una cama con colchón. ¿Podrías subir a despertarme media hora antes de que os marchéis?

Angela se mostró preocupada. Aunque había recibido con entusiasmo la idea de que Bronson se quedara a pasar la noche en la propiedad después de que él lo hubiera propuesto, ahora que se acercaba el momento estaba cada vez menos segura de que fuera tan buena idea.

—¿Seguro que quieres hacer esto, Chris? Quiero decir, ¿y si son varios intrusos y están armados?

—Entonces me encerraré en el baño y llamaré a la policía desde el móvil. Pero la mayoría de los ladrones trabajan solos y casi nunca llevan armas porque las penas por ser arrestado en posesión de un cuchillo o una pistola son muy severas. —Puso las manos sobre los hombros de Angela y le besó la punta de la nariz—. Si considero que estoy en peligro, te prometo que me pondré la armadura del vestíbulo.

Seis de la tarde. Angela y sus compañeros del museo se habían marchado y en Carfax Hall había un silencio absoluto.

Chris Bronson cruzó la cocina y encendió el hervidor de agua. Sabía que el café lo espabilaría. No tendría ningún problema para mantenerse despierto hasta pasada la medianoche, siempre había sido un ave nocturna, pero evitar el aburrimiento y el sueño de madrugada sería más difícil.

Establecería una rutina y prepararía la casa para su labor de vigilancia. Ya que por la noche el sonido llega más lejos y con más claridad que durante el día debido a la ausencia de otros ruidos que interfieran, había algunas cosas que tenía que hacer. La primera era dar una vuelta completa por la casa y abrir todas las puertas para poder entrar en cada habitación haciendo el mínimo ruido posible; el chirrido de una bisagra sería una evidente forma de delatarse.

Empezó por el piso bajo y comprobó que tanto la puerta principal como la trasera estaban bien cerradas. Después recorrió cada habitación y fue dejando abiertas todas las puertas interiores. A algunas les tuvo que poner un tope porque estaban equipadas con bisagras de cierre automático, pero disponía de cajas suficientes para hacerlo.

Subió por la ancha escalera y repitió la operación en el primer piso para después hacer lo mismo en el desván. De vuelta en la planta baja, comprobó que las puertas del sótano también estuvieran abiertas. Había dos, una que conducía a una bodega a la que parecían haber despojado de su contenido, y la otra que daba a una especie de almacén lleno de trastos para la casa y una caldera grande y vieja para la calefacción central.

Finalmente, y como no tenía linterna, encendió las luces del vestíbulo, de la escalera y del pasillo principal del piso de arriba para poder moverse sin chocar con las puertas ni tropezarse con nada. Esas luces serían suficiente para ver por dónde pisaba, pero con suerte no despertarían las sospechas de nadie que intentara forzar las ventanas traseras.

Con eso hecho volvió a la cocina, se preparó una taza de café y se sentó en el sillón situado en una esquina de la habitación. En la biblioteca, y escondidas entre la colección de pesados tomos encuadernados en piel y con pinta aburrida, había encontrado un puñado de novelas en rústica. Eligió una de suspense y empezó a leer.

Apenas había pasado de la primera página cuando sintió el móvil vibrar en el bolsillo.

—Estoy en mi habitación del hostel —le dijo Angela—. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. No te preocupes por mí.

—Pero me preocupo, ese es el problema —respondió Angela con un suspiro y Bronson no pudo evitar sentirse un poco complacido—. Habíamos quedado en que

llamarías cada hora en punto. Si no sé nada de ti cuando pasen cinco minutos de en punto, te llamaré. Y si no puedo contactar contigo cuando sean y diez, llamaré a la caballería, ¿de acuerdo?

Bronson miró el reloj.

—Hecho. Ahora son las siete menos diez, así que vamos a dar por hecha la llamada de las siete en punto. Hablamos a las ocho.

—Ten cuidado, Chris. —Hubo una breve y contenida pausa y Angela colgó.

Bronson se terminó el café y se levantó. Era hora de registrar la casa. Entró en todas las habitaciones de abajo sin apenas hacer ruido sobre los suelos que, en su mayoría, eran de piedra, y se asomó a las ventanas. Después subió las escaleras e hizo lo mismo en la planta primera, mirando dentro de cada habitación y asegurándose de que los distintos cuadros y muebles seguían allí. Quitando unos cuantos conejos que saltaban entre la alta hierba de la parte trasera de la casa, la propiedad parecía estar desierta. Y esperaba que siguiera así.

Pronto la noche cayó en una rutina. Cada media hora, a y cuarto y a menos cuarto, recorría la casa mirando las habitaciones y eso le llevaba unos diez minutos. Y cada hora, a en punto, llamaba a Angela.

A las diez la llamó, se preparó otra taza de café, se la bebió y comenzó con su ronda. No vio nada hasta que se asomó a una de las ventanas del dormitorio situado al fondo de la casa, una ventana que ofrecía una buena vista del bosque que se extendía a lo largo de la valla.

Y entonces, en la suave oscuridad que envolvía la mansión, captó un repentino movimiento.

Jonathan Carfax se detuvo en el límite del bosque, jadeando suavemente por el esfuerzo. Había tenido que llevar una escalera alta, una con la que llegar a la primera planta, y pesaba mucho más de lo que se había esperado. Es más, tendría que hacer dos viajes, porque una vez llevara la escalera a la casa tendría que volver a por la bolsa de herramientas y a por otro par en las que guardar su botín.

Apoyó la escalera contra un árbol que no podía verse desde la casa y avanzó unos metros. No había coches aparcados frente a la propiedad, eso indicaba que la gente del museo Británico se había ido ya. Después miró la casa más fijamente y vio un tenue brillo en las ventanas de arriba y de abajo. Estaba claro que alguien se había dejado dos o tres luces encendidas.

No se acercaría si alguien seguía dentro y no había forma de comprobarlo. Aún conservaba el número de teléfono de Carfax Hall de aquella época en la que había sido bien recibido allí, antes de que Oliver se hubiera vuelto en su contra.

Se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número. Levemente, en la distancia, oyó el teléfono de la casa sonando. Si allí había alguien, seguro que contestaría.

Mientras miraba por la ventana del dormitorio de arriba, Bronson se llevó un pequeño sobresalto al oír un teléfono sonando desde abajo. La única persona que podía llamarlo era Angela y lo llamaría a su móvil, no al teléfono de la casa. Solo para asegurarse, sacó su Nokia y miró la pantalla. La batería estaba llena y la señal de cobertura casi al máximo.

Seguro que o se habían equivocado o era alguien vendiendo algo. Dejaría que sonara. Y así, volvió a mirar hacia el bosque donde había captado el movimiento.

Un minuto después el teléfono dejó de sonar y la casa quedó en silencio.

Bronson llevaba en el mismo sitio diez minutos y el movimiento que había captado no se había repetido. Estaba empezando a pensar que se lo había imaginado, o que tal vez había sido un zorro o un ciervo, cuando volvió a verlo.

Y en esa ocasión no tuvo ninguna duda. Un objeto surgió en posición horizontal de entre la maleza a un metro y medio por encima del nivel del suelo, y por un instante, Bronson no pudo distinguir qué era. Pero entonces vio el extremo de una escalera y sonrió.

—Listillo cabrón —murmuró echándose ligeramente hacia delante para ver mejor al hombre que se acercaba a la casa. No parecía tener mucha prisa y atravesaba con paso seguro la hierba sin cortar hacia la parte trasera de la casa, con la escalera al hombro, como un obrero dirigiéndose al trabajo. Tal vez esa tranquilidad que reflejaba era indicación de que creía que la casa estaba vacía, o tal vez, más prosaicamente, simplemente se debía a que la escalera pesaba mucho y no podía correr con ella. En cualquier caso, parecía saber perfectamente adónde iba y en un momento bordeó la casa hacia la parte trasera y Bronson dejó de verlo.

Salió del dormitorio y esperó a escuchar el sonido de la escalera al posarse contra la fachada. Pero no oyó nada y, al cabo de unos segundos, volvió a entrar en el dormitorio al final del pasillo y se asomó a la ventana.

Entonces volvió a ver al hombre; estaba corriendo hacia el bosque. Desapareció entre los árboles y menos de medio minuto después volvió a aparecer con una bolsa abultada en la mano izquierda y corría hacia la casa.

Al momento, Bronson oyó claramente el sonido del metal chirriando contra la pared desde la habitación que tenía a la izquierda y fue hacia esa puerta. Se asomó para ver la ventana, pero el ladrón aún no estaba visible. Entró, corrió hacia la pared del fondo y se pegó contra ella, donde sabía que sería invisible para cualquiera que mirara por esa ventana.

Se tocó el bolsillo y comprobó que tenía las esposas que había cogido en la comisaría de Canterbury. Cuando Angela le había dicho lo que creía que había pasado en Carfax Hall, había decidido que tenía sentido llevarse unas en el bolsillo. Y parecía que no se había equivocado.

Empleando los oídos más que los ojos para evaluar el avance del ladrón, oyó al hombre subir por la escalera, ese sonido sordo de las pisadas sobre los peldaños. Después hubo unos segundos de silencio seguidos por un leve sonido de fricción que Bronson imaginó sería el del destornillador, la ganzúa, o cualquiera que fuera la herramienta que hubiera elegido para forzar el pestillo.

Oyó un murmullo de irritación que venía de fuera y contuvo la risa. ¡Vaya! Parecía que los pestillos de las ventanas de la primera planta no estaban tan sueltos.

Entonces oyó un sonido más fuerte, un clic cuando por fin se soltó el pestillo, y un momento después el inconfundible sonido de una ventana de guillotina abriéndose.

Bronson siguió oculto tras la gruesa cortina que enmarcaba la ventana mientras el hombre, con una bolsa de nailon vacía en la mano, entraba en la habitación e iba hacia la puerta muy lentamente. Esperó hasta que el intruso estuvo a medio camino y cruzó la habitación aceleradamente.

Al acercarse, el hombre empezó a girarse con gesto de auténtico pánico.

Bronson le agarró el brazo derecho y le llevó la mano detrás de la espalda, hacia el hombro.

—Sé que es un tópico —dijo Bronson—, pero estás detenido, amigo. Soy oficial de policía y quedas arrestado ante la sospecha de allanamiento de morada y robo.

Agarrando por el hombro al tipo, que se resistía, lo sujetó con firmeza, le puso la esposa en la mano derecha, le cogió el brazo izquierdo y repitió la operación, dejándole las manos enganchadas detrás de la espalda.

—Vamos a bajar y te explicaré lo que va a pasar.

Una vez abajo, Bronson sentó a su prisionero en una de las sillas de la cocina.

—Ahora estoy obligado a leerte tus derechos, así que escucha con atención. Tienes derecho a permanecer en silencio. Si no, todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra. ¿Entiendes la advertencia?

—Suéltame, cabrón.

—Lo tomaré como un «sí», ¿te parece?

—No pienso decir ni una palabra más. Quiero a mi abogado y lo quiero ahora.

—Muy bien. Tienes todo el derecho. No voy a interrogarte, eso lo harán en comisaría, pero voy a cachearte para ver si llevas armas. ¿Llevas algo que pudiera herirme?

—¡Vete a la mierda!

Bronson puso al hombre de pie y le registró los bolsillos, de donde sacó una pequeña cartera que dejó sobre la mesa de la cocina.

Después volvió a sentarlo, se acomodó frente a él y abrió la cartera. Lo primero que sacó fue un carné de conducir. Miró el nombre y sonrió.

—Bueno, Jonathan. Carfax es un apellido que reconozco, así que supongo que este robo es más personal que profesional. Imagino que el viejo te dejó fuera del testamento y por eso te estás saltando el proceso legal para llevarte lo que crees que te pertenece.

Su prisionero no respondió.

—Pero la verdad es que no importan los motivos, sigue siendo un robo —apuntó Bronson antes de encogerse de hombros, meterse la mano en el bolsillo y sacar el móvil. Miró el reloj. Eran casi las once en punto, así que decidió llamar primero a Angela para decirle que la misión había tenido éxito, y después a la policía—. Hola,

soy yo —dijo cuando Angela respondió—. He pensado que te gustaría saber que estoy sentado en la cocina mirando a tu ladrón.

—¿En serio? ¿Está...? ¿Ha habido algún problema? ¿Quieres que llame a la policía?

—No, gracias. Me sé el procedimiento. Tendré que ir a la comisaría local con él para hacer una declaración y todo ese rollo, así que tardaré en volver al hostel, pero te llamaré cuando esté en la comisaría para decirte cuánto voy a tardar.

—Vale. —Hubo una pausa y cuando volvió a hablar, Angela sonó nerviosa, algo nada propio de ella—. ¿Vendrás a mi habitación cuando llegues? Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado.

Bronson sonrió.

—Hecho. Luego nos vemos.

Sin embargo, Jonathan Carfax no parecía tan contento.

—Esto es una trampa. No me creo que seas poli. Solo eres un puto matón contratado por el museo.

Bronson sacó su placa y se la enseñó.

—Soy el detective sargento Christopher Bronson y te prometo que soy policía de verdad. Mi exmujer trabaja para el museo Británico y me pidió que le echara una mano aquí. —Alargó la mano para coger la guía de teléfonos. Al hacerlo, miró al prisionero—. Quédate ahí sentado sin decir nada y solucionaremos esto. ¿Están demasiado apretadas las esposas?

El hombre negó con la cabeza.

—No —respondió de mala gana. Y entonces abrió los ojos de par en par y miró detrás de Bronson—. ¡Cuidado! —gritó—. ¡Detrás de ti!

Bronson empezó a girarse y vio un reflejo gris antes de que algo lo golpeará muy fuerte en un lado de la cabeza.

Durante un instante vio las estrellas, y después ya no vio nada.

—¡Chris! ¡Chris! ¡Despierta, joder!

Bronson sentía que le iba a estallar la cabeza. Tenía un dolor impresionante y latente sobre la oreja derecha y lo único que quería era que desapareciera, que esa vibrante agonía se detuviera.

La voz le resultaba familiar, pero durante unos segundos no pudo ni ubicarla, ni recordar quién era. Y entonces, de pronto, lo recordó todo. Carfax Hall. El ladrón y después la cocina. Pero no podía recordar qué había pasado después, ni por qué estaba tirado en el suelo con un terrible dolor de cabeza.

Se obligó a abrir los ojos. Angela estaba agachada sobre él con una especie de gasa en la mano que presionaba contra el lado derecho de su cabeza. Le dolía y levantó una mano para detenerla.

—Oh, gracias a Dios —susurró ella—. No, no lo toques. Tienes un corte muy feo en la cabeza. Una ambulancia viene de camino.

Bronson gruñó y se incorporó.

—No necesito una ambulancia.

—La verdad es que puede que no, pero he pedido una para él. —Señaló hacia atrás.

Tirado en una silla de la cocina, con los brazos aún enganchados por detrás de la espalda y el rostro magullado y sangrando, estaba el hombre al que había pillado colándose por la ventana del dormitorio.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Bronson—. No lo he tocado. ¿Está bien?

—Lo han golpeado mucho, pero está vivo.

Bronson le quitó la gasa a Angela, se la colocó con cautela contra la herida y se levantó aunque, al hacerlo, el dolor de cabeza empeoró. Tambaleándose ligeramente, se agarró al respaldo de la silla con la otra mano.

—Tranquilo —le dijo Angela.

Bronson fue hasta el hombre sentado al otro lado de la mesa. Tenía los ojos cerrados y el rostro hinchado y lleno de cortes por los repetidos golpes.

Bronson se inclinó sobre él.

—¿Puedes oírme?

El hombre se movió, lo miró y asintió.

—Échate hacia delante —le ordenó Bronson. Sacó la llave de las esposas, las soltó y se las guardó en el bolsillo.

Jonathan se recostó contra el respaldo, visiblemente agradecido, y se frotó las muñecas.

—¿Sigo arrestado?

Mientras hablaba, Bronson vio que había perdido unos cuantos dientes en el

ataque. Sacudió la cabeza, aunque deseó no haberlo hecho cuando otro golpe de dolor le recorrió el cráneo.

—No, por lo que a mí respecta estábamos juntos en la casa y alguien nos ha atacado.

—¿Estás seguro, Chris? —preguntó Angela.

—Sí. El robo es un delito menor comparado con lo que acaba de pasar. Y no volverás a intentarlo, ¿verdad, Jonathan?

—¿Jonathan? —El rostro de Angela reflejó lo sorprendida que estaba—. ¿Lo conoces?

—Ha cometido el descuido de traerse la cartera y el carné de conducir. Es Jonathan Carfax y supongo que es uno de los muchos parientes desheredados de Oliver. En otras palabras, es un aficionado, no un ladrón profesional.

En ese momento oyeron un motor y el ruido de unos neumáticos sobre el camino de grava. Unos segundos después sonó el timbre de la puerta.

—Será la ambulancia —dijo Angela levantándose.

—De acuerdo, Jonathan —dijo Bronson—. Vamos a que te vean en urgencias. Si pregunta alguien, estábamos aquí juntos en la casa cerrándolo todo después de que se hubiera marchado el equipo del museo Británico cuando un hombre ha irrumpido y nos ha atacado. No tienes ni idea de quién era o qué quería. Nos ha golpeado y ha salido corriendo. Tú cíñete a eso, nada más y nada menos, ¿de acuerdo?

Jonathan Carfax, con el rostro prácticamente oculto por vendajes, apósitos y esparadrapo, estaba sentado en la parte trasera del Mini de Angela. Bronson se sentó en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón mientras ella arrancaba el motor.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—Al pub más cercano —soltó Carfax, tragándose las palabras levemente—. Necesito una copa.

—Los médicos han dicho que ninguno podéis beber alcohol —señaló Angela.

—Ya estarán cerrados todos los pubs, pero una copa es una idea cojonuda —asintió Bronson—. Podemos ir al hostel y tomar algo allí.

—Bueno... —dijo Bronson unos minutos más tarde con una copa grande de brandy en la mano—. Lo último que recuerdo de esta noche es que estaba mirando tu carné de conducir en la cocina de Carfax Hall, Jonathan. ¿Qué mierda ha pasado después?

El aludido dio un trago de brandy y cerró los ojos.

—Estabas a punto de llamar a la policía —respondió el hombre con la voz ligeramente distorsionada por los dientes que le faltaban y probablemente también por el efecto de los analgésicos que le habían administrado—. La puerta que tenías

detrás, la de la cocina, se ha abierto, y ha entrado un hombre con una porra o un palo o algo. He intentado avisarte, pero te has girado muy despacio. Y entonces te ha pegado en un lado de la cabeza y has caído redondo al suelo. He pensado que te había matado.

—¿Y después? —preguntó Bronson.

—Y después ha empezado conmigo. Primero se ha asegurado de que no podía defenderme, y gracias a las esposas que me habías puesto, así era. Después ha empezado a hacerme preguntas que no podía responder. —La voz le tembló ligeramente.

—¿Puedes describir a ese hombre? —preguntó Bronson.

—Dudo que pueda olvidarlo nunca. Era delgado, de aproximadamente un metro ochenta y cinco o metro noventa, con el pelo negro muy corto, casi rapado, los ojos marrones oscuros y una nariz grande y recta. Un tipo guapo, la verdad. Por su acento debe de ser norteamericano o canadiense, probablemente norteamericano, porque tenía una gran dentadura blanca.

—¿Sobre qué te ha preguntado?

—Igual que tú, ha mirando mi carné de conducir y ha visto mi nombre. Daba por hecho que lo sabría todo sobre mi familia, pero no es así. Soy solo un primo del viejo Oliver, y no conocí a su padre.

—¿Te refieres a Bartholomew? —interpuso Angela.

—Sí. Este hombre solo parecía interesado en la Locura de Bartholomew, ya sabes, la forma en la que el viejo despilfarró el dinero de la familia buscando su tesoro.

—¿Y qué le has contado? —preguntó Bronson.

—Todo lo que sé —respondió sencillamente Carfax—, pero no es mucho más de lo que publicaron en la revista local cuando murió Oliver, y este tipo parecía estar al tanto de todo. Como no le he dicho lo que quería saber, ha empezado a pegarme muy fuerte. Y cada vez que le decía que no sabía algo, me volvía a pegar.

—¿Pero por qué iban a interesarle a alguien ahora unas cuantas búsquedas de tesoros infructuosas que tuvieron lugar hace más de medio siglo? —preguntó Bronson casi para sí. Nada tenía sentido.

—Eso se lo he preguntado —dijo Carfax—, y me ha gritado que el hecho de que Bartholomew no hubiera encontrado el tesoro no quiere decir que no exista.

—Bien. Me gustaría que nos contaras todo lo que sabes sobre la llamada Locura de Bartholomew desde el principio. Todo lo que le hayas contado a ese matón norteamericano y todo lo que se te ocurra que hayas olvidado contarle.

Cuando salieron del hotel y subieron de nuevo al Mini de Angela, Bronson pensaba que sabía tanto como cualquier otro sobre la Locura de Bartholomew y exactamente

lo que había sucedido en la cocina de Carfax Hall; de hecho, de esto último lo sabía casi todo.

Pero había una cosa que Jonathan Carfax no le había contado sobre el norteamericano y lo que había hecho después de que Bronson hubiera caído inconsciente. No se había guardado información, o al menos, no deliberadamente. Lo que había visto era aparentemente tan inocuo que había olvidado que había sucedido, y a Bronson no se le había ocurrido en ningún momento formular la pregunta específica que habría hecho hablar a Carfax.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bronson.

Eran las nueve de la mañana y Angela y él estaban tomándose un café en la sala de desayunos de The Old English Gentleman. Angela le había dicho a Richard Mayhew que había habido una pelea en Carfax Hall, que Bronson se encontraba bien y que habían ahuyentado al ladrón permanentemente, lo cual se acercaba mucho a la verdad a pesar de ocultar lo importante.

También le había dicho a Bronson que se había ido preocupando cada vez más por haberlo dejado solo en la casa, sobre todo al ver que ni la había llamado desde la comisaría, tal como le había prometido, ni respondía al móvil. Y por eso, llena de una inquietud creciente que no podía explicar del todo, había conducido el Mini, en sus propias palabras «como una loca», por las carreteras rurales, y había llegado a Carfax Hall, donde lo había encontrado inconsciente en el suelo y a Jonathan Carfax esposado y en un estado lamentable.

Carfax había explicado que cuando su atacante había oído el sonido de las ruedas sobre la grava había salido corriendo. Bronson, que ahora era consciente de que probablemente Angela les había salvado la vida a los dos, se echó hacia delante y posó la mano sobre la de ella pensando, no por primera vez, en lo afortunado que era.

Angela lo miró con gesto apreciativo. Habían pasado la noche juntos en su habitación porque, como ella le había dicho, sentía mucho lo que le había pasado y había pensado que necesitaría mimos. Al final no había resultado del todo así y Bronson había demostrado que, a pesar de que le dolía la cabeza, el resto del cuerpo le funcionaba a la perfección. Él se sentó y estiró las piernas. Sí que lo hubieran dejado inconsciente era lo que hacía falta para que Angela y él volvieran a estar juntos... pues bueno... era algo que habría hecho mucho tiempo atrás.

—¿Qué quieres decir exactamente? —le preguntó Angela.

—No me refiero a nosotros. Te conozco demasiado bien, Angela. Lo que pasó anoche nos cogió por sorpresa a los dos...

—A mí me sorprendió mucho, la verdad. La primera vez, al menos.

Bronson le sonrió.

—Sí. Pero sé que aún no estás segura de volver a dejarme entrar en tu vida y yo estoy preparado para esforzarme en demostrarte que puedes confiar en mí. Y bueno, a lo que me refería era a la Locura de Bartholomew. Me fijé en la expresión de tu cara mientras Jonathan hablaba de ello. A pesar de los peligros, ¿quieres investigar, verdad?

—Sí, supongo que sí, más que nada para descubrir por qué un matón ha viajado desde Estados Unidos, suponiendo que no viva aquí, para sacarle información a Jonathan Carfax a base de palos.

—Bueno, pues allá vamos otra vez —murmuró Bronson—. Otra búsqueda del tesoro Lewis-Bronson en camino. ¿A eso te refieres?

—Tal vez. —Angela le sonrió—. Tienes que admitir que es una historia muy intrigante.

—De acuerdo. Sé lo que Jonathan nos contó sobre la caza del tesoro del viejo, así que si vas en serio con esto, supongo que tendrás algo más, algo de información que tenga relación.

Angela sacudió la cabeza.

—La verdad es que no sé mucho más que tú, exceptuando dos cosas. La primera, esas notas y las cosas que encontraste en la base de ese espantoso zorro disecado son bastante interesantes, aunque tendré que echarles un buen vistazo en los próximos días. La otra cosa es la traducción del fragmento del pergamino que Bartholomew Wendell-Carfax encontró en esa vasija de barro que, al parecer, mencionaba «el tesoro del mundo», que es una expresión bastante inusual.

—Estás dando por hecho que la traducción del persa original era correcta. Creía que dijiste que había alguna duda al respecto.

—Hay dudas, sí, y sin el texto original no hay forma de comprobarlo, así que lo único que podemos hacer es dar por hecho que los traductores que contrató Oliver lograron hacerlo bien. Pero la cuestión es que ya he leído sobre el tema antes, y la fuente a la que me refiero no tenía nada que ver con la Locura de Bartholomew. Recuerdo haber visto un fragmento de texto escrito en una lengua distinta, de otro país y, posiblemente, de un siglo distinto.

Bronson sabía con solo ver los ojos marrones oscuros de Angela que estaba decidida a llegar al fondo del asunto.

—Continúa.

—Todo se remonta a un hombre llamado Hillel. Era un importante líder religioso judío del siglo I, un hombre implicado en el desarrollo tanto de la Mishná como del Talmud, y que después se convirtió en líder espiritual de los judíos. Se le conocía por ser el autor de varios tratados religiosos y sus escritos no son algo poco común. Citas y fragmentos aparecen con bastante regularidad, incluso hoy en día.

—¿Y?

—Pues que estaba haciendo una investigación en el museo hace unos meses y me topé con un fragmento que se atribuía a Hillel y que incluía la misma expresión: «el tesoro del mundo». Se me quedó grabada porque nunca la había oído. El problema es que solo era un fragmento del texto, unas cuantas frases inconexas. Esta era una de ellas y es la única que puedo recordar. Tendré que volver a Londres, al museo, y comprobarlo.

—¿No tienes que terminar aquí primero? Me refiero a lo de catalogar las piezas.

Angela asintió.

—Sí, pero no hay mucho más que hacer, a menos que aparezcan más piezas de porcelana. Básicamente, el olpe protocorintio que encontraste junto con algunos objetos de cerámica de barbotina inglesa son lo único que hay de valor. Creo que puedo terminarlo todo hoy.

—Entonces, puedes volver al museo mañana por la mañana... ¿Y después qué?

—Pues me pondré a investigar, claro. Tendré que echarle otro vistazo al fragmento de Hillel y traducir las otras palabras que contiene, solo para ver si sirve de algo.

—¿Pero qué estás buscando exactamente?

—Es difícil decirlo, aunque tiene que ser algo bastante significativo. Si consultas otras referencias antiguas sobre un tesoro escondido, los escritos normalmente lo describen como «el tesoro del templo», o «el oro de Cartago», cosas así. El «tesoro del mundo» se me hace bastante raro porque es impreciso y específico al mismo tiempo. La expresión sugiere un gran tesoro escondido o, al menos, uno muy valioso, pero el nombre no da ninguna pista sobre su origen, de dónde procede o en qué consiste, y eso no es normal.

—Lo que me preocupa es que si Jonathan Carfax tenía razón —dijo Bronson frunciendo el ceño—, el fragmento de texto que encontró Bartholomew tenía unos dos mil años y eso genera al menos una pregunta obvia.

Angela asintió.

—Lo sé. Seguro que alguien habría encontrado a qué se refiere en algún momento de los últimos dos milenios.

—Exacto. ¿Y nadie lo ha encontrado?

—No es tan sencillo. La historia está plagada de leyendas de riquezas perdidas u ocultas. Hay cientos, o tal vez miles, de reliquias perdidas que se sabía que existían por crónicas contemporáneas, pero que simplemente desaparecieron.

Bronson se quedó pensativo.

—De acuerdo, pero incluso si la mitad de ellas se hubieran excavado desde entonces, siguen quedando muchos tesoros escondidos esperando a que los encuentren. Y el documento de Bartholomew se escribió en persa, ¿verdad? Me da que obtener permisos para ir por Irán con un detector de metales y unas cuantas palas podría resultar mucho más complicado que encontrar el tesoro en sí.

Angela suspiró.

—Esa no es la cuestión. Que el fragmento estuviera escrito en persa no significa que el tesoro ahora esté, o que estuviera, en Persia. En el siglo I d. C. no había mucho material escrito disponible y los textos se copiaban de manera habitual y también se traducían de una lengua a otra. Es bastante posible que el fragmento de Persia y la referencia hebrea que vi que estaba atribuida a Hillel fueran copias del mismo texto, o una traducida de la otra, o ambas traducidas de un documento anterior escrito en una

tercera lengua.

—¿Entonces dices que podría haber otra referencia por alguna parte, una referencia que estrechará la búsqueda o al menos te dirá qué estás buscando?

—Exacto.

—Y estás decidida a seguir la pista, ¿verdad? —dijo Bronson sonriendo—. Cuando llegué aquí parecías muy nerviosa, pero ahora ya veo ese brillo familiar en tu mirada.

Angela se inclinó hacia delante y le agarró la mano.

—Tienes razón. Carfax Hall tiene algo que no me gusta nada y me marcharé de aquí encantada. Pero la búsqueda de un tesoro que lleva perdido dos milenios... Eso es muy distinto. —Lo miró a los ojos—. ¿Vas a ayudarme?

A la mañana siguiente, Angela estaba en su mesa del museo Británico. No se había esperado que la búsqueda fuera fácil ni que diera resultados útiles rápidamente.

Accediendo con el portátil a la base de datos interna del museo, introdujo el nombre de «Hillel» y consultó los resultados que aparecieron en la pantalla. La descripción mostraba tanto el nombre anglicanizado «Hillel» como «חִלֵּל», el equivalente hebreo.

Aparecieron unas veinte referencias, pero rápidamente encontró la que buscaba. La entrada decía: «Hillel (atrib), fragmento. Sin catalogar. Posiblemente parte de un texto interpretativo desconocido».

La mayoría de los trabajos conocidos de Hillel contenían interpretaciones de distintas cuestiones religiosas o análisis de la ley judía, así que el listado tenía sentido y, por lo que Angela recordaba, era un fragmento tan pequeño que la descripción podía ser tanto una explicación como cualquier otra cosa. Pero de todos modos le echaría otro vistazo para ver si encajaba con el texto persa que había hecho que Bartholomew Wendell-Carfax se dirigiera a Oriente Medio en su infructuosa búsqueda del tesoro perdido.

Diez minutos después ya tenía el fragmento de Hillel en sus manos. O, para ser exactos, tenía sobre la mesa la pequeña caja sellada y con tapa de cristal que contenía el fragmento de Hillel. Como la mayoría de las piezas antiguas, los papiros y los pergaminos, el procedimiento habitual era manipularlo lo menos posible y solo con guantes de algodón debido al daño que podía causar en las reliquias la humedad presente en las manos de una persona.

Pero a Angela no le hizo falta tocarlo, solo tuvo que leer la traducción del texto hebreo, lo cual no le llevó mucho tiempo porque era muy corto. Con una forma aproximadamente triangular, contenía solo unos versos parciales a un lado del papiro y tres meras palabras, dos de ellas incompletas y en líneas separadas, por el otro lado. Miró la traducción de esas palabras primero.

*(Ju?)dea*

*(Hi?)llei*

*templo*

Cuando volvió a mirar la traducción inmediatamente tuvo claro que la autoría no era segura, que se había supuesto que la segunda palabra incompleta era una parte del nombre propio «Hillel», y que ese nombre se había usado después para identificar el fragmento. Nada de eso importaba. Por supuesto, lo que le interesaba era lo que estaba escrito al otro lado del papiro.

Había sido una práctica común escribir en ambos lados de los papiros y los pergaminos, así que no había razón para suponer que esas tres palabras tuvieran nada que ver con el texto que había detrás. Pero entonces leyó la traducción de ese texto, el escrito en hebreo que había al otro lado del fragmento, que incluía la frase que tenía metida en la cabeza:

*de donde*

*discípulos en el valle de flores*

*(ocul?)taron el tesoro del mundo para*

Angela asintió satisfecha. Había recordado la frase correctamente. Abrió su bolso, sacó la guía de treinta años de antigüedad que había encontrado en Carfax Hall y hojeó sus páginas amarillas hasta que encontró lo que buscaba, el fragmento de texto que describía la Locura de Bartholomew con un tono encarnizado ante la aparente necesidad del hombre. Examinó atentamente los párrafos hasta que encontró la traducción del texto persa:

*con sus leales discípulos en el*

*valle de flores y allí construyeron*

*con sus propias manos un espacio de piedra*

*donde juntos ocultaron y*

*escondieron el tesoro del mundo para toda*

Angela volvió a sonreír. No se había equivocado. Había suficientes puntos de comparación para ver que el texto de la Locura de Bartholomew, como lo había catalogado mentalmente, derivaba de la misma fuente que el fragmento de Hillel. Era posible que uno se hubiera copiado del otro, pero era mucho más probable que ambas fueran versiones de un documento fuente anterior.

Todo ello también indicaba que la descripción que tenía el museo Británico del fragmento de Hillel no era precisa, aunque eso a ella no le preocupaba. Ese texto en particular, al menos las últimas dos líneas y probablemente en su totalidad, no era interpretativo, sino una mera copia de una parte de otro documento. Era muy probable que Hillel, si es que era realmente el autor, después hubiera hecho algún comentario sobre algún aspecto del texto, aunque eso nunca lo sabrían a menos que apareciera otra parte del fragmento.

Era un buen comienzo. Se paró a pensar un momento mientras miraba el texto de la Locura de Bartholomew. Sobre las dos secciones que faltaban solo podía lanzar conjeturas. Antes de la expresión «con sus leales discípulos», probablemente había algo como «viajaron en compañía» o «viajaron». Después del final del texto, y tras la frase «mundo para toda», solo se le ocurría que pusiera «eternidad». Y si esa

deducción era correcta, entonces podría significar que el lugar oculto del «tesoro del mundo» era algún lugar muy seguro. El hecho de que estuviera enterrado en «un espacio de piedra» y que el enterramiento fuera a prolongarse «para toda la eternidad» indicaba que era un escondite permanente y muy bueno.

Y eso podía significar que el tesoro, fuera lo que fuera, seguía enterrado en alguna parte esperando a que lo descubrieran.

Angela había decidido empezar buscando referencias al «valle de las flores», pero al momento había resultado frustrante porque parecía haber valles llenos de flores casi por todas partes y prácticamente en cada país. Pero encontrar lugares conocidos por ese nombre en el siglo I d. C. había resultado ser bastante más complicado aún.

Suspiró y estiró la espalda para soltar la tensión que estaba sintiendo. Había encontrado tres ubicaciones en la antigua Persia que más o menos encajaban. Sin embargo, por lo que veía, a ninguno lo habían llamado «valle de las flores», aunque los tres sí que tenían nombres que incluían la palabra «flores» o un sinónimo. El mejor resultado fue un lugar llamado «el barranco de las flores», si su traducción del persa antiguo era correcta, y suponía que era una de las ubicaciones que Bartholomew Wendell-Carfax había investigado, porque había encontrado dos referencias en los registros del museo sobre estudios realizados allí durante la primera mitad del siglo XX por equipos ingleses.

No se decía nada ni sobre la identidad de los mecenas de esos equipos ni sobre los nombres de los que participaron, y por supuesto la palabra «estudios» podía abarcar prácticamente toda clase de investigación, pero Angela pensaba que era más que probable que el viejo Bartholomew hubiera estado allí. Sin embargo, eso también significaba que no había encontrado lo que buscaba.

Lo que no sabía era lo minucioso que habría podido llegar a ser. ¿Habría pasado con sus hombres por el barranco en busca del «espacio de piedra» o habrían llevado a cabo un reconocimiento en profundidad de la zona buscando cuevas ocultas y cámaras subterráneas?

El texto persa decía que la gente que había escondido el tesoro había construido el escondite con sus propias manos. Angela no tenía la fecha de cuándo se hizo eso, pero la antigüedad del fragmento de Hillel apuntaba a que no podía ser posterior al siglo I d. C., y eso a su vez implicaba que el escondite era, probablemente, una estructura muy sencilla. A menos que «los leales discípulos» incluyeran un gran cuerpo de esclavos y diestros albañiles muy bien equipados, «el espacio de piedra» tenía que ser bastante básico y probablemente se había servido de algún accidente topográfico como una cueva o algo así. Y como era un lugar de ocultamiento, una ubicación donde se suponía que el tesoro debía estar bien seguro para toda la eternidad, si es que no se había equivocado con una de las palabras que faltaban, no sería nada fácil de localizar. Pero una vez más, ¿cómo de minucioso había sido Bartholomew?

Por supuesto, había una pregunta más importante: ¿había buscado en el valle correcto? ¿O en el país correcto? Volvió a mirar los resultados de la búsqueda en todo Oriente Medio. Había identificado casi cincuenta ubicaciones dispersas por países

que iban desde Turquía hasta la India. Cualquiera podía ser el lugar que buscaba y eso significaba que no sabía por dónde empezar. Si quería que la cosa funcionara, tendría que encontrar un modo de estrechar los parámetros de búsqueda.

Había llegado el momento de rastrear la otra referencia al «tesoro del mundo».

Richard Mayhew se alegraba bastante de que Angela Lewis y su irritante exmarido hubieran abandonado el equipo. Ella siempre acababa haciéndolo enfadar, usurpándole la autoridad, y era una de esas personas que siempre creía que llevaba la razón. Y lo que más fastidiaba a Mayhew, que compartía ese mismo defecto, era que Angela no solía equivocarse.

Había estado en lo cierto al decir que había un ladrón en Carfax Hall y después había convencido a su exmarido para que lo ahuyentara. Mayhew no estaba del todo seguro de cómo lo había logrado, aunque consideraba que Chris Bronson tenía cierto aire amenazante que le resultaba inquietante. Y por eso a él, un hombre de delicada sensibilidad, Bronson le parecía un bestia.

Pero bueno, el caso era que los dos se habían ido y que estaba encantado. Y además su trabajo en la mansión ya había terminado.

Los especialistas habían preparado sus inventarios, habían catalogado todos los objetos que habían analizado, y habían señalado su importancia histórica y el valor comercial que podían tener. Ahora lo único que tenía que hacer él era cotejar los datos, redactar una carta con su valoración general y presentar el informe final a su superior en el museo Británico. Después, podría volver a su labor habitual.

Sin embargo, al salir de Carfax Hall por última vez aquel viernes por la tarde y mirar hacia la mampostería medio derruida de la vieja construcción, pensó que no había sido un interludio tan desagradable. Una semana en el campo, con todos los gastos pagados, metido en lo que podía ser una búsqueda del tesoro académica... Estaba claro que había formas mucho peores de pasar el tiempo.

Esos pensamientos agradables quedaron interrumpidos cuando alguien le dio una palmadita en el hombro. Se sobresaltó; el resto del equipo se había marchado hacía un cuarto de hora y sabía que estaba solo allí.

Se giró y se topó con la que se convertiría en su peor pesadilla.

El hombre que tenía delante era rechoncho y más bajo que él, mediría aproximadamente un metro sesenta y cinco, y tenía esa típica corpulencia fruto de un exceso de ejercicio físico. Un vendaje le cubría el lado izquierdo de la cara y la oreja, y su mirada, penetrante y oscura, pareció grabarse a fuego en el alma de Mayhew.

El aspecto físico del hombre era bastante inquietante, pero lo que le resultó más alarmante y difícil de comprender fueron el alzacuello que asomaba bajo su camisa negra y la pistola que tenía en la mano derecha; una pistola que lo apuntaba directamente.

Mayhew contuvo el aliento.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Las preguntas de una en una, gordito —le respondió el hombre con una voz

tranquila y acompasada; tenía acento norteamericano y esas sencillas palabras pronunciadas con ese tono tan amenazante hicieron que a Mayhew se le revolvieran las tripas.

—No tengo dinero —respondió tartamudeando.

—No quiero tu dinero. Solo te quiero a ti. Abre la puerta que acabas de cerrar y vuelve a entrar en la casa.

Mayhew miró a su alrededor desesperadamente. Necesitaba ayuda.

El extraño se rio.

—Solo estamos nosotros, que te quede muy claro. Podría matarte aquí y ahora mismo y nadie oiría el disparo. Así que muévete antes de que lo haga.

A Mayhew le temblaban las manos tanto que tuvo que hacer tres intentonas antes de poder meter la llave en la cerradura.

—¡Vamos! —le dijo el hombre con brusquedad y hundiéndole la pistola en la espalda.

Cuando la puerta se abrió por fin, una fuerte mano lo empujó hacia delante; se tambaleó y estuvo a punto de caerse, pero recuperó el equilibrio justo cuando la puerta se cerró tras él. Al darse la vuelta vio al gánster norteamericano (a excepción del alzacuello, ¿qué otra cosa podía ser?) metiéndose la llave en el bolsillo.

—Entra en la cocina —añadió el intruso señalando hacia la parte trasera de la casa.

Mayhew asintió sin decir ni una palabra y fue hacia allí sin pararse a pensar en ningún momento cómo era posible que ese hombre supiera dónde estaba la cocina.

—¿Qué quiere de mí? —volvió a preguntar una vez estuvo allí.

El hombre ignoró la pregunta mientras señalaba con la pistola una butaca de madera situada en una esquina de la habitación.

—Quítate la chaqueta y siéntate.

Mayhew dejó la chaqueta sobre la mesa y fue hacia la butaca.

El hombre lo siguió, se sacó un manajo de bridas de plástico del bolsillo y se las lanzó.

—Ponte una alrededor de la muñeca derecha y apriétala fuerte —le ordenó y lo miró atentamente mientras Mayhew le obedecía—. Así vale —añadió al acercarse y atarle la muñeca izquierda al otro brazo de la butaca. Después se sacó del bolsillo unos alicates y tensó más ambas bridas.

Mayhew esbozó una mueca de dolor cuando el fino plástico se clavó en la piel.

Puso una silla enfrente y se sentó, después de dejar la pistola en la mesa. De uno de los bolsillos de la chaqueta sacó un látigo de cuero con varias correas terminadas en puntas de acero y lo colocó junto a la pistola automática.

Mayhew, con la respiración entrecortada, lo observaba cada vez más aterrado.

—Esto es un azote o flagelo —dijo el hombre con tono indiferente, mirando la

fusta—. Es uno de los instrumentos de castigo más antiguos utilizado tanto para la punición como para la persuasión e, incluso, para la autoflagelación. Viene del latín *flagellum*, diminutivo de *flagrum* que significa «látigo» y que deriva de la raíz indoeuropea *bhlag* cuyo significado es «golpear». Los romanos lo usaban para castigar a los delincuentes. Se ha empleado durante siglos en las órdenes monásticas de todo el mundo y en solo un momento te lo mostraré. Después te haré unas preguntas. Te sugiero que las respondas lo más rápida, completa y precisamente que puedas.

El hombre se quitó la chaqueta, cogió el azote y se acercó a la butaca de madera.

—¡No, espere! —gritó Mayhew desesperado—. Le contaré todo lo que pueda.

—Sé que lo harás. No tengo la más mínima duda.

—No, por favor. Por favor, espere...

—No hagas ruido. Recuerda que nuestro señor Jesucristo soportó una flagelación durante su Pasión, antes de que le hicieran llevar su cruz hasta el Calvario. Este instrumento sagrado no hará más que animarte a cooperar y asegurar que lo que me cuentas sea exacto.

El hombre se situó frente a su cautivo antes de azotarle el pecho; las puntas de acero le rasgaron el fino algodón de la camisa y le hicieron unos cortes en el torso.

Mayhew soltó alaridos de dolor y se echó hacia atrás todo lo que pudo. Tenía los puños apretados y más sangre brotó alrededor de las bridas cuando el cortante plástico se le hundió aún más en las muñecas.

El intruso fue hacia el otro lado de la butaca, se cambió el azote de mano y volvió a sacudirlo. Después fue a su silla y se sentó.

Al cabo de unos minutos, los alaridos de dolor de Mayhew se habían reducido a unos suaves gemidos agonizantes.

—Ahora empezaremos por el principio. Cuéntame todo lo que sepas de la Locura de Bartholomew.

No era, en absoluto, lo que Mayhew se habría esperado.

—Pero si eso no es más que un cuento, una leyenda sobre un hombre estúpido que perdió una fortuna buscando algo que no estaba allí.

—Pues entonces no te supondrá ningún problema contármelo, ¿no?

Mayhew sacudió la cabeza.

—No, pero... —Se fue quedando sin voz.

El hombre cogió el azote y justo entonces Mayhew se centró y le explicó rápidamente todo lo que sabía o había leído sobre las infructuosas expediciones de Bartholomew a Persia.

—Todo eso lo había leído ya —contestó—. Necesito más información. ¿Por qué crees que malgastó el dinero?

—¿Qué?

—Hace cinco minutos me has dicho que Bartholomew Wendell-Carfax no era más que, abro comillas, «un hombre estúpido que perdió una fortuna buscando algo que no estaba allí». Cierro comillas. Eso es lo que has dicho. Así que, ¿cómo sabes que no estaba allí?

—Bueno, por supuesto que no lo sé —sollozó—. Lo que he dicho era una suposición.

—Pues venga, dame las razones que te hacen suponer eso.

Mayhew se detuvo, intentando desesperadamente pensar con claridad entre las sacudidas de pánico y terror que amenazaban con abrumarlo.

—Hay dos razones —dijo finalmente—. La primera es que el fragmento del texto persa probablemente databa del siglo I d. C. y es posible que en los dos mil años siguientes alguien se hubiera topado con ese supuesto tesoro y lo hubiera recuperado si es que de verdad existió.

—¿Y la segunda razón?

—Por todo lo que he leído, Bartholomew Wendell-Carfax no sabía muy bien dónde buscar. Tal vez ni siquiera buscó en el país correcto. La única pista que hay sobre la ubicación es el «valle de las flores» y sospecho que ese fue un nombre bastante común en muchas culturas de la época. A menos, claro está, que el resto del fragmento que Bartholomew encontró contuviera alguna información diferente a aquella de la que disponemos.

—¿Quieres decir que lo que está impreso en la guía no es la traducción completa?

—No. —Mayhew se resistió brevemente contra sus ataduras, aunque de nada sirvió. Estaba demasiado bien sujeto—. Si lee el fragmento se puede ver que solo contiene la parte del texto que Bartholomew le enseñó a Oliver. El resto debió de ocultarlo en alguna otra parte. Oliver pasó mucho tiempo de sus últimos años buscando el original, y esa es la razón por la que todos los muros de la casa están dañados. Estaba seguro de que había un pasadizo oculto o algún panel en alguna parte donde se escondía el pergamino persa.

—¿Y tú qué crees?

—No tengo ni idea. Sí que se sabe con certeza que Bartholomew encontró un pergamino y que después desapareció. Pero no sabemos si está escondido aquí en alguna parte de la casa o si estará guardado en alguna caja fuerte de un banco, o incluso si se habrá destruido en los últimos ochenta años.

El hombre agarró el azote con más fuerza.

—Dime qué es lo que consideras más probable.

—Creo que lo más probable es que esté escondido aquí. Al parecer, Bartholomew estaba planificando otra expedición cuando murió y en ese caso habría querido tener el texto completo disponible. Tal vez pensó que aún escondía pistas y seguro que lo estudiaba con regularidad.

—Si era un pergamino, estar manipulándolo todo el tiempo no habría sido una idea muy brillante, ¿no?

Mayhew respiró hondo y emitió un sonido que, incluso a él, le pareció un sollozo.

—Pero si lo tuvo guardado al vacío en una bolsa de plástico o colocado entre dos hojas de cristal y no lo expuso ni a la humedad ni a la luz, pudo conservarse bastante bien. Y seguro que también debió de hacer una copia y la tenía a mano. Sigo pensando que lo guardaba aquí, en alguna parte. No habría sido muy conveniente guardarlo en un banco; para él era una reliquia muy preciada e importante. —Suspiró—. Pero no tengo ni idea de por dónde podría empezar a buscar.

—No está mal —dijo el hombre, mirándolo fijamente—. Oliver me dijo que el pergamino se destruyó hace varios años. También me dijo que su padre hizo una copia del texto antes de que eso pasara.

—¿Se lo dijo Oliver Wendell-Carfax? —susurró Mayhew al caer en la cuenta de algo aterrador.

El hombre asintió y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. Después se acercó con el látigo hasta la butaca en la que estaba sentado Mayhew. Se colocó detrás. El respaldo de madera era alto y le llegaba casi hasta el cuello.

—Échate hacia delante —le ordenó—. O te azotaré dos veces.

Mayhew murmuró algo inaudible y se inclinó hacia delante con todo el cuerpo, temblando a la espera de la agonía que estaba por venir.

Al instante, el hombre bajó la fusta y abrió una hilera de heridas en la espalda de su prisionero.

Mayhew volvió a gritar cuando el hombre lo azotó una segunda vez.

—¡Ha dicho que solo me azotaría una vez! —protestó Mayhew entre sollozos de dolor.

—Yo pongo las reglas —fue lo único que contestó el intruso con una voz calmada y controlada mientras volvía a sentarse—. Ahora necesito saber qué más habéis encontrado aquí. Habéis tenido una semana entera para explorar este lugar. ¿Qué habéis descubierto?

Mayhew sacudió la cabeza; el dolor de los azotes del pecho y de la espalda le nublaban la mente.

—No... —empezó a decir, pero el extraño volvió a coger la fusta—. Espere, espere —dijo tartamudeando con desespero—. Sí que hemos encontrado algo. No es mucho, pero...

—Seré yo quien juzgue su valor. Tú dime qué es.

—La vasija. Un tarro de cerámica del siglo I en el que se había guardado el pergamino. Lo encontramos en el desván. Estaba hecho pedazos. Bartholomew lo rompió al intentar sacar el pergamino.

—¿Quién lo encontró? ¿Y dónde está ahora?

—Una de nuestras especialistas en cerámica, Angela Lewis. Ella se lo ha llevado.

—Háblame de ella.

Sollozando, Mayhew describió a Angela y le dijo dónde vivía y dónde trabajaba. Después se quedó en silencio, pensando que se disculparía ante ella la próxima vez que la viera. Por el momento era una cuestión de supervivencia.

—¿Habéis encontrado algo más?

Mayhew asintió con tristeza.

—Chris Bronson, el exmarido de Angela, encontró una caja de piel pequeña llena de notas escritas casi todas por Bartholomew. Angela dijo que eran informes de sus expediciones y unos cuantos billetes y recibos.

—¿Y se la llevó?

—Sí.

Se hizo el silencio mientras el hombre miraba a Mayhew.

—¿Algo más? —preguntó finalmente.

—No, nada que tenga que ver con la búsqueda del tesoro de Bartholomew.

El intruso asintió y volvió a coger el azote.

—Más no, por favor —le suplicó Mayhew—. Más no. No puedo soportarlo.

Fue hasta la pila de la cocina, abrió el grifo del agua fría y lavó la sangre que estaba secándose en las correas de piel. Secó la fusta cuidadosamente con un paño y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de echarse la prenda sobre los hombros.

—Gracias —dijo Mayhew.

El hombre se giró y lo miró.

—Creo que has hecho todo lo que has podido por ayudarme, así que tendré piedad.

Sacó una botella pequeña del otro bolsillo de la chaqueta y desenroscó el tapón.

—¿Qué es eso? —preguntó Mayhew con la voz temblando de miedo.

—Agua bendita, nada más.

El hombre se mojó la punta del dedo índice derecho y trazó la señal de la cruz en la frente de Mayhew. Después se guardó la botella en el bolsillo y fue hacia la mesa.

Se giró hacia su víctima, se santiguó y entonó en voz baja «In nomine patris et filii et spiritus sancti». A continuación agarró la pistola y apuntó al pecho de Mayhew.

—¡No, no! ¡Espere! ¡Por favor, espere! Haré lo que sea. No me mate, por favor.

El intruso sacudió la cabeza.

—Suplicar es indecoroso y, en cualquier caso, no me queda otra opción. Me has visto la cara.

—¡No! Haré lo que quiera. ¡Por favor! Jamás le contaré nada a nadie sobre usted. ¿Por qué no se ha puesto una máscara?

El hombre volvió a sacudir la cabeza.

—Yo jamás ocultaría mi rostro. Creo que la obra de Dios siempre se debería hacer abiertamente.

—¿La obra de Dios? —susurró Mayhew con incredulidad justo cuando el hombre apuntó y apretó el gatillo.

El cuerpo de Mayhew se sacudió con el impacto de la bala. Se mantuvo erguido un par de segundos y después cayó sin vida hacia delante.

El intruso se acercó y le tomó el pulso. Después se dio la vuelta y miró por la ventana. Tenía muy claro cuál sería el paso siguiente. Iría a Londres y encontraría a la mujer que también estaba buscando el tesoro. Su tesoro.

Durante unos segundos, Angela se quedó mirando el texto que aparecía en la pantalla del ordenador antes de bajar la mirada hacia las numerosas notas que había tomado en el portátil. Se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza y rotó los hombros para desentumecerse.

Vio que llevaba casi cuatro horas trabajando sin parar en el ordenador, y es que una vez que se sumergía en un proyecto, solía volcarse en él extraordinariamente. Tenía que caminar un poco, relajar los ojos unos minutos y tal vez tomarse una taza de café.

Veinte minutos después volvió a sentarse a la mesa, dejó la taza encima y le dio otro mordisco al sándwich vegetal que se había comprado unos metros más abajo de la calle Great Russel, justo al otro lado del museo.

Aún no estaba muy segura, pero las referencias que había descubierto empezaban a tener sentido y una hipótesis muy tentadora comenzaba a tomar forma. El «tesoro del mundo» parecía ser casi un código que había resonado durante los últimos dos milenios y hacía referencia a algo muy específico. Lo que quería decir la expresión exactamente era algo que Angela no sabía aún, pero tenía un par de pistas y todo apuntaba a que se trataba de una reliquia antigua de gran importancia.

También empezó a hacer búsquedas inversas. En lugar de buscar más referencias del siglo I sobre el «tesoro del mundo», había intentado encontrar documentos mucho más recientes que contuvieran la expresión. Creía que si localizaba una referencia a esa expresión en un libro o manuscrito posterior podría llevar una nota sobre dónde había encontrado la frase el autor de la obra y eso le permitiría seguir el rastro hacia atrás, a través de los registros históricos, hasta llegar a la reliquia. Con suerte, cada mención de la expresión ampliaría su conocimiento y estrecharía el área de búsqueda, siempre suponiendo que quedara algo que buscar.

Había consultado gran variedad de libros de la Baja Edad Media sin dar con una sola referencia a la frase, y como último recurso había decidido estudiar algunos grimorios, que eran básicamente libros de magia. Se preguntó si merecería la pena hacerlo porque, aunque contenían principalmente hechizos y encantamientos disparatados, a menudo también proporcionaban un amplio abanico de fuentes antiguas.

El tercer grimorio que consultó fue el *Liber Juratus*, también conocido como el *Libro jurado de Honorio*, el *Liber Sacer* y el *Liber Sacratu*s, un grimorio medieval escrito en latín que databa del siglo XIII.

El latín de Angela era aceptable, así que examinó todo el texto utilizando como hilo de búsqueda *thesaurus mundi* que, según consideraba, se acercaba bastante a la expresión «el tesoro del mundo». Como no obtuvo ningún resultado, cambió el

término de búsqueda por *arcarum mundi* y eso generó dos resultados, no como parte de ningún hechizo, sino en un pasaje que describía una serie de reliquias ocultas. El autor del grimorio le atribuía a uno de esos objetos perdidos las habilidades más extraordinarias y decía que podía conferirle un poder increíble a su propietario. Por lo que Angela había encontrado hasta el momento, suponía que ese tesoro escondido no era más que oro o plata o algún otro objeto de elevado valor intrínseco, pero sin duda el pasaje sugería que, fuera lo que fuera, tenía propiedades mágicas.

El libro también dejaba ver que, aunque el escondite del objeto seguía siendo desconocido, lo más probable era que estuviera en Oriente Medio. Según la rápida traducción de Angela, era descrito como «oculto con mucha astucia en el barranco de las flores», una ubicación que sonaba muy parecida al «valle de las flores». Por desgracia, el grimorio no indicaba el país en el que podía encontrarse el «barranco de las flores» y, por lo que sabía, al parecer el autor estaba copiando la información de una fuente más antigua y anónima.

Aunque *thesaurus* se traducía como «tesoro» o «caudal», y también podía hacer referencia a un lugar donde se guardaban objetos de valor, como una «tesorería», la palabra latina *arcarum* tenía un significado mucho más amplio y general. Dependiendo del contexto, que en latín implicaba analizar la declinación de los otros nombres y los tiempos de los verbos agrupados al final de la frase, podía significar «caja», «arcón», «cofre», «riqueza», «dinero», «féretro», «ataúd», o incluso «celda» o «jaula». Y existía otra posible acepción que resultó ser toda una sorpresa y que abrió un nuevo campo de pensamiento y una posibilidad muy tentadora.

Emocionada, Angela empezó a buscar textos que dataran de entre el siglo v y el x d. C. y encontró referencias suficientes como para quedar convencida de que estaba en el buen camino.

Miró el reloj: ya eran más de las cinco de la tarde. Copió todos los documentos y referencias que había consultado en un lápiz de memoria y en su portátil. Después lo cerró, apagó el monitor del ordenador, a pesar de que la mayoría de los ordenadores del museo estaban constantemente funcionando, y cerró su despacho con llave.

Chris iría a su apartamento esa noche y saldrían a cenar juntos, así que quería asegurarse de estar especialmente guapa.

—De acuerdo —dijo Chris Bronson recostándose en la silla. Estaban sentados en un pequeño restaurante italiano situado a unas calles del apartamento de Angela en Ealing, tomándose un café después de haber cenado—. Vamos a verlo como si fuera una investigación policial. ¿Qué pruebas tienes?

Angela se inclinó hacia delante con los ojos brillantes.

—Sabemos lo de la Locura de Bartholomew, al menos lo que está escrito en la guía de Carfax Hall y lo que nos contó Jonathan Carfax. También te dije que reconocí la referencia al «tesoro del mundo» del pergamino que encontró el viejo Bartholomew y tenía razón: es la misma expresión utilizada en el fragmento de Hillel. Es más, ambas parecían ser copias del mismo documento fuente. La única diferencia era que el pergamino que encontró Bartholomew está escrito en persa y la pieza de Hillel está en hebreo, pero el texto es prácticamente idéntico en ambos.

Bronson asintió, feliz de ver a Angela tan emocionada.

—¿Qué más has encontrado?

—He consultado un grimorio del siglo XIII... un grimorio es un libro de hechizos y encantamientos de los antiguos magos..., y he encontrado la misma expresión. Incluso parece indicar que el tesoro está oculto en el «barranco de las flores», que se parece lo suficiente a «el valle de las flores» como para suponer que se refiere al mismo tesoro, oculto en el mismo sitio.

—¿Pero aún no sabes de qué país se trata?

Angela puso la mano sobre la de él.

—No. Eso es lo malo. Pero me he dedicado a fondo y he consultado todos los escritos antiguos que he podido encontrar pensando que podría haber documentos fuente que otros autores hubieran copiado a lo largo de los siglos, y que si daba con ello era posible que nos dijeran por dónde empezar a buscar. —Se detuvo y, al ver que Chris enarcó las cejas, continuó.

»He empezado con *De Administrando Imperio*. Es una carta larguísima escrita en griego en el siglo X por el emperador bizantino Constantino VII y dirigida a su hijo, el futuro emperador Romano II, en la que le cuenta cómo dirigir un imperio. Por lo que sabemos, nunca hubo intención de publicarla, solo era una carta privada. He encontrado una única referencia en ese texto sobre un importante tesoro supuestamente «oculto en el valle», que admito no es una correlación exacta con las otras referencias. También he consultado la traducción de un libro de geografía del siglo X escrito en persa y llamado *Hudud al alam*, que se traduce por «Los Límites del Mundo». —Miró a Bronson—. ¿Me sigues?

—Más o menos —respondió él—. Aunque no me preguntes demasiado después sobre el tema, y espero que no pretendas que recuerde nada de esto —murmuró.

Angela se rio.

—Entendido. El *Hudud al alam* describía lo que por entonces se sabía sobre el mundo. Su autor lo dividía en tres áreas: Asia, Europa y Libia, y con esta última se refería prácticamente a toda África, y describía la geografía, la gente, las lenguas, la comida y demás. En la sección que trata sobre Asia he encontrado una frase muy similar a las que había visto antes. Una sección se refería al «tesoro del mundo» y decía que estaba oculto en un lugar de piedra ubicado en un alto valle.

—¿Pero sigue sin haber mención de dónde cojones está ese lugar? —preguntó Bronson frustrado.

—Así es, y probablemente sea porque el autor tampoco lo sabía. Se acepta de manera general que solo estaba regurgitando información que había recogido de obras anteriores. Y he encontrado referencias similares en otros libros que datan del siglo x. Después he retrocedido hasta el siglo vi y un hombre llamado Procopio de Cesarea. Dejó un manuscrito conocido como *Anécdota*, que significa «cosas no publicadas», y al que hoy se suele hacer referencia como la *Historia secreta*. En él se hace una mención al tesoro escondido en el valle de las flores. Pero, al igual que los otros autores, no da detalles útiles como, por ejemplo, en qué país está ubicado.

—Entonces, ¿eso es todo?

Angela sonrió enigmáticamente y dio otro trago de café.

—No del todo, porque han surgido dos cosas interesantes. Te he hablado del grimorio, del *Liber Juratus*. Hay una teoría escrita por un pequeño grupo de magos y alquimistas que habían decidido reunir todo su conocimiento en un mismo volumen. Es un libro grande, de noventa y tres capítulos en total, que cubre un enorme abanico de temas. Pero una sección está dedicada al descubrimiento del tesoro y el que lo escribió insistía en que ese tesoro en particular tenía algún tipo de poder mágico.

—Pero estaba escribiendo un libro sobre magia, así que es normal que diga algo así, ¿no? —objetó Bronson.

—Bueno, el texto del grimorio estaba escrito en latín, así que cuando hice la búsqueda tuve que utilizar el término en latín, claro. Primero probé con *thesaurus mundi*.

—¿Un tesoro? Creía que eso era un listado de palabras.

—Eso es lo que significa hoy, sí, un listado de sinónimos y antónimos, pero por entonces significaba «tesoro» o, posiblemente, «tesorería». Bueno, el caso es que esa búsqueda no ha generado resultados, así que he probado con un nombre distinto en latín, *arcarum*, y ahí sí que ha salido una referencia.

Bronson parecía interesado.

—Sigue.

—La palabra *arcarum* es un término más general que *thesaurus* y para descubrir lo que significa tienes que analizar el contexto, lo que implica estudiar la frase en la

que aparece. Uno de los significados era «dinero» y el otro era «caja fuerte», pero había un tercer significado que ni se me había ocurrido hasta entonces.

—¿Y cuál es?

—Arca —respondió Angela sencillamente.

Bronson se la quedó mirando un instante.

—¿Arca, como el Arca de Noé, o como el Arca de la Alianza?

Angela levantó una mano.

—*Arcarum* podría referirse al Arca de Noé, te lo reconozco. Pero no pienso que estemos buscando los restos de un barco de madera sobre lo alto de una montaña, Chris, ¿no crees?

Chris se recostó en la silla y silbó.

—¿Estás aquí sentada en un restaurante italiano intentando decirme que podrías estar buscando el Arca de la Alianza?

—Y hay algo más. Los autores de los grimorios y otros textos mágicos eran muy dados a emplear analogías para oscurecer el significado de ciertos pasajes. Era como una especie de código rudimentario, y tenías que estar instruido en la materia hasta cierto punto antes de poder entender de qué hablaban. Por ejemplo, un código muy simple sería que el escrito incluyera algo como «una caja sin bisagras, cerrojo o tapa, pero que de oro un tesoro guarda».

Angela lo miró expectante, pero Bronson se limitó a negar con la cabeza.

—Ni idea.

—Es un huevo, idiota. ¿Qué otra cosa podría ser? —Sacudió la cabeza—. Bueno, el caso es que alguien mucho más listo que tú vería la rima e identificaría correctamente ese objeto con un huevo, para que cuando el autor de la obra más tarde se refiriera a un huevo, y teniendo en cuenta las palabras utilizadas en la rima, se dieran cuenta de que estaba hablando de un cofre del tesoro. El huevo sería la analogía para el cofre del tesoro.

—Eso sí que lo sigo —dijo Bronson—, por muy claro que esté que soy un estúpido policía. Pero ¿qué tiene eso que ver con el Arca de la Alianza?

Angela suspiró.

—Lo que digo es que había dos referencias en el grimorio que empleaban casi las mismas palabras. Pero en la segunda había lo que parecía un error y el autor había sustituido la segunda «r» de *arcarum* por la letra «n».

—Así que en lugar de *arcarum mundi* ponía *arcanum mundi* —dijo Bronson—. Gutenberg no inventó la imprenta hasta el siglo xv, si no recuerdo mal las lecciones de historia. Así que, si tienes razón sobre lo de la fecha del grimorio, la primera versión debió de escribirse a mano. Esas dos letras son muy similares. ¿Seguro que no escribiría la «r» con una pierna ligeramente alargada?

—No lo creo. Las dos frases eran tan parecidas que estoy segura de que se hizo a

propósito. Y no me has hecho la pregunta obvia.

—Lo sé —respondió Bronson—. ¿Qué significa *arcanum*?

—Había pensado que lo adivinarías porque se parece mucho a una palabra que se utiliza ahora. *Arcanum* significa «secreto sagrado», un secreto conocido solo por muy pocas personas o un secreto de la naturaleza, una de esas cosas que se dedicaban a descubrir los alquimistas. Se suele encontrar en la forma plural *arcana*, y es el origen de la palabra «arcano».

—A ver si me aclaro. En el grimorio que encontraste, a este tesoro escondido se le llama tanto *arcarum mundi*, que significa «tesoro del mundo», como *arcanum mundi*, el «secreto sagrado del mundo».

—Exacto. No hay muchas reliquias que se pudieran considerar tanto un tesoro como un secreto sagrado, pero sin duda el Arca de la Alianza tiene que ser una de ellas. —Angela le cogió la mano otra vez—. ¿Seguimos con esta conversación en mi piso?

Era una noche cálida y las calles seguían relativamente animadas mientras Bronson y Angela caminaban por Ealing Broadway.

—Has dicho que habías encontrado dos cosas. Está claro que una era el grimorio, así que ¿cuál es la otra? —preguntó Bronson.

—La otra es la caja de papeles que encontramos bajo ese asqueroso zorro disecado. Ya los he revisado todos. En su mayoría son notas de las expediciones fracasadas de Bartholomew, pero también contienen sus reflexiones y conclusiones. En la última expedición a Egipto escribe que ahora está seguro de que sigue el rastro de la *sakina* y que alguien a quien se refiere como «Sc» la ha llevado a Sinat.

—¿Y qué significa eso exactamente? —preguntó Bronson.

—Bueno, está claro que no quería escribir sus pensamientos en un lenguaje simple —dijo Angela—. A lo mejor le preocupaba que alguien lo leyera y se le adelantara. «Sc» es casi seguro su propia abreviatura para «Sisac», el único faraón que se me ocurre cuyo nombre empieza y termina por esas letras.

—¿Y qué pasa con «Sinat»?

—Verás —dijo Angela, tomándole la mano—, creo que Bartholomew aquí empleó un código muy simple. La palabra «Sinat» es Tanis escrita al revés, y ahí es donde el faraón Sisac tenía su capital, así que si se hizo con algún botín o tesoro, lo habría llevado allí obviamente.

—¿Y la *sakina*?

—Es una palabra árabe que deriva de *sakoon* y que significa «paz» o «tranquilidad». Pero tiene un segundo significado menos conocido, «el cofre donde reside la tranquilidad del Señor». En otras palabras, esa frase dice que Sisac se hizo con el Arca de la Alianza y se la llevó a su capital, en Tanis.

—Y los dos sabemos de cuando estuvimos juntos en Israel que el Arca de la Alianza y las tablas de piedra que protegía existieron de verdad —dijo Bronson lentamente.

—Completamente. Según una historia de la Biblia, Sisac se hizo con el Arca alrededor del año 920 a. C. Según otra fuente, el Arca fue robada del Primer Templo, también conocido como el Templo de Salomón, en Jerusalén, en el 586 a. C., por el rey Nabucodonosor y su ejército. Pero nadie lo sabe con seguridad, y no hay nada en los archivos históricos que sustente o niegue esas elucubraciones. —Se detuvo—. Sin embargo, yo tengo mi propia teoría.

Doblaron la esquina hacia el parque Common y al instante vieron el bloque de Angela.

—Creo que tenemos que descubrir qué decía el texto persa original antes de seguir adelante —dijo Bronson—. Y, a menos que lo hayas encontrado en esa caja de

Carfax Hall, no tengo ni idea de por dónde podríamos empezar a buscar.

—No estaba ahí, Chris. Si lo hubiera estado, ya te lo habría dicho. Pero sí que había algo que indicaba dónde podríamos empezar a buscar.

Angela se detuvo de pronto, como sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó Bronson poniéndole la mano en el hombro.

—Creo que hay alguien en mi piso.

Bronson se detuvo en seco y miró hacia el bloque de viviendas donde inmediatamente vio a qué se refería ella. Las luces de su salón estaban encendidas y sabía que Angela siempre las apagaba todas al salir de casa.

—A ver. —Bronson le pasó la caja de piel, se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves del coche—. Tengo el coche aparcado en la siguiente calle. Entra, bloquea las puertas y ven hasta aquí. Busca un sitio desde donde tengas buena perspectiva del edificio y no dejes de mirar. Ten el móvil a mano y encendido.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a entrar, claro, y voy a ver qué está pasando.

—¿No deberíamos llamar a la policía?

—Mi querida Angela, yo soy la policía. Si llamo a los locales, enviarán un coche patrulla con la sirena y las luces encendidas y quien sea quien está ahí arriba saldrá echando leches antes de que el coche se acerque al edificio.

Muy a su pesar, Angela le dio sus llaves a Bronson.

—Pero ten cuidado —dijo temblando un poco al recordar lo que había pasado en Carfax Hall.

Bronson se echó hacia delante y la besó.

—No tengo intención de que vuelvan a golpearme en la cabeza, así que deja de preocuparte y ve a por el coche.

Después de mirar a los dos lados, Bronson cruzó la calle rápidamente. En la acera opuesta se detuvo, miró atrás para asegurarse de que Angela se había ido, y fue hacia la puerta principal. Miró atentamente el cerrojo. Incluso de pasada habría visto que lo habían forzado.

Angela se detuvo brevemente en una esquina de la calle y miró hacia el edificio. Bronson acababa de entrar en el vestíbulo. Murmuró una oración por él y siguió caminando.

Al hacerlo, una sombra se apartó de una puerta situada al otro lado de la calle y la siguió.

Bronson abrió la puerta del vestíbulo y las luces automáticas se encendieron. Podía elegir entre el ascensor o las escaleras. Subir por las escaleras habría sido la opción más silenciosa, pero sabía que estaría sin aliento para cuando llegara al piso de Angela, y eso no sería nada bueno si tenía que luchar con un par de cacos en el piso. Por eso pulsó el botón del ascensor.

Cuando las puertas se abrieron, entró y subió dos pisos más arriba de donde vivía Angela porque así, si alguien estaba robando en el apartamento, oirían el ascensor pasar esa planta y no se esperarían que él bajara por las escaleras. O, bueno, al menos eso era lo que esperaba que pasara. Después sacó el móvil y marcó tres nueves, aunque no el botón de llamada. Si había un intruso, solo tendría que pulsar el botón y eso podría hacerlo con el móvil en el bolsillo. El sistema de triangulación del móvil marcaría su situación incluso aunque no pudiera hablar, y sabía que sería una forma mucho más rápida de pedir ayuda que hablar con la operadora, sobre todo si el ruido de fondo de la llamada era el de una pelea.

El ascensor se detuvo con una pequeña sacudida y él bajó despacio y en silencio los dos tramos de escaleras hasta la planta correcta.

El piso de Angela tenía la puerta entreabierta. Bronson vio un hilo de luz entre la puerta y la jamba. Parecía como si quien fuera que estuviera dentro hubiera encendido casi todas las luces. Y eso también implicaba que podía haber varios intrusos seguros de poder reducir a cualquiera que intentara interferir.

Si era así, no eran muy buenas noticias.

Angela bajaba la calle corriendo tratando de localizar el BMW de Bronson. Lo vio a unos cien metros y buscó las llaves en el bolsillo de su abrigo.

Pero según se acercaba al coche, una figura vestida de negro salió a la acera de entre dos vehículos aparcados a unos metros por delante de ella y se quedó ahí, inmóvil junto al bordillo, mirándola.

Angela vaciló. Había algo en él, algo amenazante o peligroso que su agudizada intuición captó. Bajó de la acera para cruzar al otro lado de la carretera y poder evitarlo así.

Miró a ambos lados, pero no había tráfico en ninguna de las dos direcciones. Cuando había cruzado la mitad de la carretera, miró atrás y el corazón le dio un vuelco. El hombre también había bajado de la acera y se estaba desviando hacia ella.

—Dios —susurró recordando con demasiada claridad lo que les había pasado a Bronson y a Jonathan Carfax.

Buscando ayuda desesperadamente, miró a ambos lados pero la calle parecía desierta. Ni peatones ni tráfico.

Durante un mínimo instante se planteó las opciones que tenía. Después, se giró y echó a correr.

Bronson tocó el móvil que llevaba en el bolsillo preguntándose si debía o no hacer la llamada al servicio de emergencias antes de entrar.

Después sacudió la cabeza y fue hasta la puerta. Al igual que en el portal, el

cerrojo estaba forzado. Puso la oreja contra la abertura, pero el único ruido que oyó fue el constante tictac del viejo reloj de pie que sabía que estaba en el pasillo.

Respiró hondo y empujó la puerta muy ligeramente, lo suficiente para poder mirar dentro por el hueco.

En cuanto Angela empezó a correr oyó el golpeteo de unas pisadas tras ella. Se arriesgó a mirar atrás y con eso confirmó lo que ya sabía: el hombre que la perseguía era mucho más rápido que ella y estaba ganándole terreno a cada paso que daba. En cuestión de segundos lo tendría encima.

Sabía que nunca llegaría a la carretera principal. Respiró hondo y gritó; fue un grito fuerte y de pánico que retumbó por los muros de los edificios. Pero cuando el sonido se extinguió, el único ruido que pudo oír fueron las pisadas del hombre tras ella. Estaba acercándose a cada segundo que pasaba.

A su derecha había un bloque de apartamentos y el vestíbulo iluminado le ofrecía un refugio seguro... contando con que la puerta estuviera abierta y pudiera llegar allí antes de que el hombre la cogiera.

Cambió de dirección bruscamente y cruzó la calle hacia el portal, pero cuando se encontraba a unos veinte metros, una mano la agarró del hombro.

Angela volvió a gritar y dio un bandazo hacia la derecha, apartando la mano del hombre e intentando esquivarlo. Pero casi de inmediato volvió a agarrarla. Ella se dio la vuelta, le agarró la cara y le arañó la mejilla, hundiéndole las uñas todo lo que pudo.

Después, echó a correr otra vez.

La entrada del piso estaba vacía y parecía como si no hubieran tocado nada. Bronson abrió más la puerta y entró. A un lado estaba la cocina, con la luz encendida pero claramente vacía. A su derecha, la puerta abierta conducía al salón, y desde donde él se encontraba ya quedaba claro que habían registrado esa habitación a conciencia. Todos los cajones del aparador estaban abiertos y su contenido esparcido por el suelo. Pero, de nuevo, la habitación parecía vacía y no se oía ningún ruido por el piso.

Haciendo el mínimo ruido posible, fue hacia la puerta del salón y miró dentro. Allí no había nadie. Moviéndose con más seguridad ahora, se adentró en el pasillo y fue comprobando todas las habitaciones. Sin embargo, al cabo de unos minutos ya había confirmado sus sospechas iniciales: los ladrones se habían marchado.

Angela sintió un golpe en un costado que la lanzó con fuerza hacia la derecha. Al instante, estaba intentando respirar mientras el hombre la sujetaba con su mano

izquierda contra el muro de ladrillo de un edificio. Miró a su asaltante, en silencio y aterrorizada.

Era un hombre bajo y fornido con un vendaje que le cubría un lado de la cabeza. El alzacuello no la engañó ni por un instante. Suponía que los perversos adoptaban cualquier disfraz que pudiera hacer que sus víctimas bajaran la guardia y lo cierto era que la mayoría de la gente respetaba a los sacerdotes, incluso la gente que no iba nunca a la iglesia.

Pero lo que pasó a continuación la asombró por completo.

—Tienes algo que quiero, Angela —dijo el hombre con calma y una voz comedida y serena. Gotas de sangre resbalaban por su cuello de los arañazos que le había propinado ella—. Dame esa caja.

—¿Cómo sabe mi nombre? —tartamudeó.

—Tú dame la caja —le contestó con brusquedad y agarrando la caja de piel con los papeles que Angela había sacado de Carfax Hall.

Pero ella no la soltaba. Al contrario, tiró de ella intentando quitársela de la mano y soltarse de él.

El hombre se metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja automática y apretó el botón. El sonido del cuchillo al abrirse sonó inquietantemente fuerte en la silenciosa calle. Él echó el brazo hacia atrás y acercó el cuchillo en un ataque por debajo del brazo dirigido al estómago de Angela.

Bronson sacó el móvil, borró los tres nueves que aparecían en la pantalla y marcó el número de Angela. No obtuvo respuesta.

Inmediatamente supo que algo iba mal. Se guardó el teléfono en el bolsillo, salió corriendo del piso ignorando el ascensor y bajó las escaleras enérgicamente hacia la planta baja.

En cuanto vio el cuchillo dirigiéndose hacia ella, Angela reaccionó instintivamente. Agarró la caja de piel con las dos manos y la llevó hacia abajo para repeler el ataque.

Sintió un brusco golpe cuando la navaja chocó contra la madera y se tambaleó con la fuerza del impacto. Miró abajo. La hoja había penetrado ambos lados y sobresalía un par de centímetros.

El hombre tiró del cuchillo intentando sacarlo, pero la hoja estaba atascada.

Angela sacudía la caja de un lado a otro, aunque no podía hacer que el hombre se soltara. Así que hizo lo siguiente mejor que podía hacer. Dio una patada hacia arriba todo lo fuerte y certeramente que pudo y sintió su bota en firme contacto con la ingle del atacante.

El hombre gruñó sorprendido y los ojos se le nublaron de dolor, y por un

momento pareció como si fuera a soltar el cuchillo. Pero entonces agarró el arma con más fuerza y echó atrás el brazo izquierdo para golpear a Angela en la cara.

En ese momento ella hizo lo único que podía hacer. En cuanto él le soltó el brazo, ella soltó la caja de piel y lo esquivó, agachándose bajo su brazo estirado. Después echó a correr por la calle para ponerse a salvo.

Corriendo todo lo deprisa que podía, Bronson llegó a la esquina de la calle donde había aparcado y se giró. Angela tenía que estar por allí, en algún lado.

Apenas había recorrido diez metros cuando la vio, despeinada, jadeando y corriendo en la dirección opuesta.

—¡Angela! —gritó, y fue hacia ella.

Ella se detuvo en seco y se dejó caer en sus brazos, buscando aliento y temblando por el esfuerzo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Bronson mirando tras ella mientras la sujetaba. La calle estaba desierta.

Durante unos segundos, Angela no pudo hablar y al final pronunció una única frase con la voz entrecortada.

—Sabía mi nombre, Chris. —Estiró un brazo y señaló la calle tras ella—. El sacerdote, ahí al fondo.

Pero exceptuando un par de chicas que acababan de aparecer por una calle perpendicular a unos cien metros, no se veía a nadie más.

—Gracias a Dios —susurró.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntarle Bronson sujetándola contra su pecho.

En breves frases entrecortadas, Angela le explicó lo que le había pasado desde que se habían separado fuera de su bloque.

—¿Y has creído que era un sacerdote? —preguntó Bronson.

Angela sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir es que lo parecía. Llevaba un traje negro y un alzacuello.

—¿Lo reconocerías si volvieras a verlo?

Angela asintió con decisión.

—Absolutamente. Nunca olvidaré esos ojos fríos y apagados. Y le he dejado un regalito de recuerdo. —Levantó las manos y Bronson vio la sangre bajo sus uñas.

—Bien por ti —le dijo abrazándola.

Ella se apartó sin bajar las manos de los hombros de Bronson.

—Me ha llamado «Angela», pero no lo había visto en mi vida. Quería la caja de los papeles y me temo que se la ha llevado. Pero me ha salvado la vida. Si no la hubiera puesto entre mi cuerpo y su cuchillo, ahora estaría muerta. —Se giró y miró hacia el final de la calle—. ¿Qué ha pasado en el piso?

—Te han robado —respondió Bronson con rotundidad—. Será mejor que

compruebes qué se han llevado.

—¡Oh, mierda! —dijo Angela recuperando su ímpetu—. ¿Por qué cojones siempre roban en mi casa?

Mientras Angela echaba un vistazo por su piso, Bronson encontró un par de tornillos largos en la pequeña caja de herramientas que guardaba bajo la pila y volvió a fijar la cerradura de la puerta.

—Tendrás que llamar para que te arreglen bien esta puerta —le advirtió—, pero te aguantará un día o dos. Y tengo buenas noticias.

—¿Qué?

—El que ha hecho esto era un profesional, no un yonqui colocado buscando algo que vender para poder comprarse el próximo chute.

—¿Cómo lo sabes?

—Por esos cajones de ahí. —Bronson señaló al aparador—. Los aficionados suelen empezar a buscar por el cajón de arriba, pero eso implica que tengan que cerrarlo después para poder mirar en el de debajo. Los ladrones profesionales siempre empiezan por el de abajo y van subiendo. Así pueden ir dejando cada uno abierto cuando terminan.

Angela se puso derecha y apoyó las manos en las caderas.

—Eso hace que me sienta mucho mejor.

—Pues deberías. A los ladrones aficionados les encanta dejar una mierda en el suelo, preferiblemente en mitad de la alfombra, antes de salir del lugar. Se piensan que con eso dejan toda su mala suerte en la propiedad y que así no los pillarán.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Bueno, dime, ¿qué se han llevado?

—Solo mi portátil y la vasija de barro rota de Carfax Hall. El portátil no era caro y esos trozos rotos de cerámica no son valiosos desde un punto de vista comercial.

—Entonces el que se los ha llevado buscaba eso y nada más.

Angela asintió.

—Qué raro, ¿verdad? Sobre todo porque por aquí hay cosas de mucho más valor.

—Está muy claro lo que ha pasado. El hombre que te ha atacado ha entrado primero aquí y se ha llevado esos fragmentos. Después te ha esperado al final de la calle. Y eso genera otra pregunta.

Angela asintió con gesto serio.

—Sí. Alguien debe de haberle dicho qué aspecto tengo.

—Ya hemos pasado por esto antes, Angela —dijo Bronson lentamente—. Está claro que hay alguien más buscando este «tesoro del mundo» y no tenemos ni idea de quién es ni de por qué lo busca.

—Si no me equivoco y se trata del Arca de la Alianza, el porqué es una pregunta

muy fácil de responder: el valor de la reliquia es incalculable. Quiero decir, estaríamos hablando de decenas de millones de libras, tal vez incluso cientos de millones.

—Hay mucho en juego y eso implica que hay muchos riesgos. Y ahora que has perdido todas tus notas sobre la búsqueda y la caja de documentos, supongo que nos encontramos en una situación bastante pésima como para seguir buscando, ¿no?

Angela sacudió la cabeza con firmeza.

—Claro que no. Lo que había en el portátil lo tengo también en el escritorio del ordenador del museo y tengo copias de seguridad de toda la información en un lápiz de memoria que llevo en el bolso. Lo duplico todo. Y haber perdido los papeles no tiene importancia porque esta mañana en cuanto he llegado al museo los he escaneado todos. —Se detuvo y sonrió por primera vez desde que había escapado de ese hombre en la calle—. Puede que ese cabrón crea que va un paso por delante de nosotros, pero no es así. Por otro lado, ahora tiene exactamente la misma información y acabará estableciendo las mismas conexiones así que tenemos que llegar allí primero.

—¿Llegar adónde? —Bronson parecía confuso.

—A Egipto, para ver a un hombre llamado Hassan al Sahid y también para visitar El Hiba y el templo de Amón, el Padre de Todos los Vientos. Deja que coja mi bolsa de viaje y nos marchamos en cinco minutos.

# Egipto

—Bartholomew y Oliver eran unos viejos cabrones bien astutos —dijo Angela al sentarse en la sala de embarque de Heathrow a la espera de que dieran el aviso para su vuelo—. Lo sabemos por cómo escondió Bartholomew sus documentos y por cómo Oliver hizo testamentos distintos. Así que me parece que Bartholomew había dejado un reguero de pistas en Carfax Hall para que su hijo las siguiera. El problema es que no creo que a Oliver eso se le diera muy bien. Hace un mes o así dijo que estaban planeando una expedición para seguir los pasos de su padre por Oriente Medio, así que dudo que de haber encontrado el cajón oculto bajo el zorro disecado hace poco, no hubiera establecido las conexiones. Tal vez solo pretendía seguir la ruta que tomó su padre en una de sus expediciones basándose en las notas de Bartholomew.

—¿Y qué conexión has establecido tú? —le preguntó Bronson.

—He encontrado un contrato de venta de Bartholomew Wendell-Carfax a un hombre llamado Hassan al Sahid y una frase garabateada al final de una de las páginas de las notas de expedición. Decía: «Los Montgomery tienen la clave». Junta esas dos cosas, ¿y qué tienes?

—¿Un dolor de cabeza? —sugirió Bronson sonriéndole.

Angela suspiró.

—El contrato de venta es de dos retratos al óleo, pero los términos son algo inusuales porque el comprador, Al Sahid, accedía a mantener los cuadros a salvo dentro de su familia durante cincuenta años o hasta que Bartholomew o su hijo le solicitaran la devolución, una vez el precio de compra le fuera reembolsado junto con el interés acumulado. Así que más bien fue como un préstamo extendido. Las dos fotografías que encontramos en la caja de documentos eran de los retratos y también tengo las copias escaneadas. Eso es lo primero. Lo segundo es que el nombre del artista era Edward Montgomery. Creo que Bartholomew encargó que le pintaran esos dos retratos para poder ocultar el texto del antiguo escrito persa en su interior. A eso se refería con lo de «Los Montgomery tienen la clave». Creo que se los arrendó a Al Sahid como una forma de póliza de seguro para que siempre existiera otra copia del texto del pergamino por si Bartholomew perdía su versión.

—O por si le pasaba algo —añadió Bronson con gesto pensativo.

—Sí, y Hassan al Sahid debía de ser especial para él. Su casa estaba en El Cairo y fue el jefe de cuadrilla en todas sus expediciones por Egipto y probablemente el único hombre en el que Bartholomew confiaba incondicionalmente; su mejor amigo, de hecho. Sus notas de expedición lo dejan muy claro. El texto de ese fragmento de escritura persa tiene que estar oculto en uno de esos dos retratos y es lo que vamos a buscar en El Cairo.

—¿Y qué pasa con eso del Amón de los vientos?

—Amón, el Padre de Todos los Vientos —dijo Angela con paciencia—. Todo lo que he descubierto hasta ahora sugiere que «el tesoro del mundo» es en realidad el Arca de la Alianza y que uno de los que más compitieron por hacerse con la reliquia fue el faraón Sisac.

—Vale —respondió Bronson sin más, decidido a ser práctico; además, sabía que esas discusiones eran las que los convertían en una pareja tan buena—. Vamos a aceptar que la reliquia a la que se refieren el grimorio y los otros documentos es en realidad el Arca de la Alianza. ¿Qué sabemos de eso? ¿Cómo es el Arca, por ejemplo? ¿Y qué se supone que le ha pasado?

—Según la Biblia, era una caja hecha de madera de acacia. La acacia era conocida por los israelitas como *shitta* y tenía varios usos en la medicina tradicional. El Arca se construyó siguiendo la proporción áurea, y tenía dos codos y medio de largo, uno y medio de alto y uno y medio de ancho. Si damos por hecho que estaban empleando el codo real egipcio, eso sería aproximadamente un metro treinta de largo y setenta y ocho centímetros de ancho y de alto. Después se revistió la caja de oro puro y la tapa, que en hebreo era llamada la *kaporet*, era probablemente de oro macizo o, al menos, tenía la moldura de oro. Estaba decorada con dos querubines esculpidos mirándose el uno al otro y con las alas extendidas hacia arriba. En cada uno de los costados largos de la caja había dos anillos de oro por los que se insertaban unos varales con los que se alzaba el objeto porque se suponía que nadie debía tocarlo.

Bronson sonrió para sí: Angela estaba cogiendo el ritmo.

—Ya hemos tocado este tema antes, cuando estuvimos en Israel. Según la Biblia, el faraón Sisac saqueó Jerusalén sobre el año 920 a. C. y se llevó los tesoros del templo, que podrían haber incluido el Arca. Según la leyenda, escondió el Arca en Tanis, su capital, que se encuentra a unos veinticinco kilómetros de El Cairo. No se sabe dónde está el Arca ahora, obviamente. Tal vez la ubicación más aceptada sea la iglesia de Nuestra Señora María de Sión en Aksum, Etiopía. Pero existe el problema de la evidencia: no se le permite a nadie acceder al edificio para ver o fotografiar el objeto y nunca se ha sacado, así que es como si dijeran que ahí dentro tienen metidos también alienígenas, naves espaciales y a Elvis. —Angela fruncía el ceño, no había duda de que se sentía frustrada.

—¿Y tú qué crees que le pasó?

—Bueno, el Arca estuvo casi seguro en el Segundo Templo de Jerusalén en el 920 a. C. y creo que solo hay dos cosas que le podrían haber pasado. O fue trasladada a un lugar protegido antes de que Sisac y su ejército llegaran o la robó el faraón. Y estoy empezando a pensar que Bartholomew tenía razón, puede que Sisac se hiciera con ella. El problema de que el Arca se hubiera sacado clandestinamente de Jerusalén

para esconderla es dónde podrían haberla llevado. Era el objeto más sagrado del templo y seguro que los sacerdotes no se lo habrían entregado a cualquiera. La tuvo que tener gente en quien confiaran sin reservas y esos solo podrían haber sido otro grupo de judíos. Además, existe una muy buena razón por la que no se la habrían dado a la otra única comunidad de judíos que había cerca de Jerusalén.

Angela se echó hacia delante con una mirada distante en sus ojos marrones.

—El hijo de Salomón se llamaba Roboam y cuando ascendió al trono decidió cobrar más impuestos todavía que su padre. Eso fue alrededor del 930 a. C... las fechas del reinado de Roboam son tema de discusión..., y no es de extrañar que hubiera una revuelta. Bajo el liderazgo de un hombre llamado Jeroboam, diez de las tribus del norte se separaron y formaron un reino que pasó a ser conocido como Israel o el Reino del Norte, y algo más tarde Samaria. El reino de Roboam se llamaba Judea o, a veces, el Reino del Sur, y ocupaba la zona al oeste y al sur del mar Muerto, lo que en términos generales sería la zona del Israel actual. Roboam quería ir a la guerra contra Israel, aunque le advirtieron de que no lo hiciera porque entonces habría estado luchando contra sus propios compatriotas, pero las dos naciones judías se encontraron en un estado de conflicto, si bien a un bajo nivel, durante los diecisiete años de su reinado. Así que sin duda las últimas personas a las que Roboam les habría confiado el Arca serían las tribus del Reino del Norte de Jeroboam y, por lo que sé, no había otros grupos cerca de Jerusalén en los que hubiera podido confiar tanto como para entregársela. Y entonces, alrededor del 920 a. C., el faraón egipcio Sisac invadió Judea y sitió Jerusalén. Eso fue terrible para Roboam, pero lo que lo empeoró fue que Sisac le había proporcionado refugio a Jeroboam, el enemigo acérrimo de Roboam, así que su invasión fue en apoyo a su aliado. Y se sabe que para sobornar a Sisac y a los egipcios, Roboam les entregó todos los tesoros del templo.

—¿Y eso habría incluido el Arca?

—A menos que los sacerdotes de Roboam hubieran logrado esconderla en alguna otra parte, sí. Y si habían logrado esconder el Arca, ¿por qué no escondieron también los otros tesoros del templo de los que se apoderó Sisac?

—Ya te entiendo.

Angela asintió.

—Si quieres te puedo dar un argumento en contra y sería que el Segundo Libro de las Crónicas dice que el Arca se encontraba en el templo de Jerusalén durante el reinado de Josías, entre el 640 y el 609 a. C.

—Entonces, si se sigue ese razonamiento, ¿la historia que aparece en la Biblia sobre que Sisac se apoderó del Arca y la ocultó en Tanis debería ser errónea?

—No necesariamente. La Biblia es imprecisa en prácticamente todo, pero sobre todo en fechas y en lo que parezca un hecho histórico.

—¿Entonces cómo sabes que lo de Sisac es cierto?

Angela sonrió y se echó hacia atrás.

—Muy sencillo. No está solo en la Biblia. Los egipcios eran unos documentalistas compulsivos y la conquista de Judea por parte de Sisac también aparece recogida ahí. El primer paso que tenemos que dar es ir a comprobar las únicas fuentes primarias relevantes que conozco. Y con eso me refiero a fuentes primarias sin traducir.

Estaban dando aviso de su vuelo y Bronson se levantó.

—¿Y dónde están esas fuentes primarias sin traducir?

—En el lugar que te he dicho en mi piso: las tallas en bajorrelieve de un pequeño templo dedicado a Amón, el Padre de Todos los Vientos en El Hiba. Si no encuentro nada claro allí, puede que tengamos que ir al sur para ver el relieve de Sisac en el portal de Bubastis. Está fuera del templo de Amón, en Karnak. Pero primero tenemos que dar con el hombre que tiene los retratos, Hassan al Sahid.

Cuando Bronson y Angela desaparecieron de su vista, un hombre alto de pelo oscuro se levantó de su asiento en el otro extremo de la sala de embarque. Se dirigió hacia donde se encontraba la azafata de tierra y se puso al final de la cola. Cuando llegó su turno, le mostró el pasaporte y le entregó la tarjeta de embarque. Ella rasgó un lado, le entregó el resto y le deseó buen viaje.

El hombre asintió y le sonrió antes de seguir al último de los pasajeros por la rampa hacia el avión.

El aeropuerto de El Cairo había resultado ser una sorpresa. Bronson se había esperado un lugar lleno de polvo, abarrotado e ineficiente y bastante destartado, pero en realidad estaba resplandeciente y era ultramoderno, una catedral de acero y cristal de alta tecnología dedicada a las necesidades del viajero internacional.

Al igual que todos los ciudadanos no egipcios, habían necesitado visados para entrar, pero no habían tenido el tiempo suficiente para conseguirlos antes de salir de Reino Unido. Por suerte, después de unos minutos haciendo cola en un mostrador de la terminal, les vendieron a cada uno un par de sellos, de entrada y salida, que adjuntaron a una página de sus pasaportes. Después volvieron a hacer cola en un mostrador diferente para que les sellaran el visado de entrada. Eso les daba derecho a catorce días de residencia en Egipto.

Tras un breve trayecto en taxi se habían registrado en su hotel en el distrito de la Heliópolis, en el lado noreste de la ciudad, no demasiado lejos del aeropuerto, y antes de meterse en la cama habían comido algo en un restaurante local que aún servía comida a esas horas.

A primera hora de la mañana siguiente Bronson pidió en recepción un listín telefónico de El Cairo y empezó a buscar a Hassan al Sahid; sin embargo, descubrió que Al Sahid era un nombre bastante común en la zona y que en el listín aparecían unas cuarenta o cincuenta entradas.

—Tenemos que estrechar un poco la búsqueda. ¿Había alguna indicación en lo que te llevaste de Carfax Hall sobre dónde podría vivir Al Sahid?

—Espera un segundo. —Angela puso sobre la mesa el portátil que se había comprado en Heathrow, y al que había pasado todos sus archivos y programas mientras habían esperado a que despegara su vuelo, y lo encendió. Después buscó entre las imágenes escaneadas hasta que encontró el contrato de compra de los retratos y amplió el punto de interés de la imagen—. Aquí lo tenemos. Está escrita a mano, así que la dirección no está muy clara, pero me parece que dice que vive en Al Gabal el Ahmar, que creo que es un distrito de El Cairo.

Angela le deletreó el nombre y Bronson deslizó el dedo sobre la página correcta del listín.

—Nada, no aparece nada. Oh, espera un segundo. ¿Podría escribirse Al Gebel en lugar de Al Gabal?

Angela miró detenidamente la imagen de su portátil.

—Está un poco borroso, pero supongo que podría ser.

—Bien. Si es así, entonces allí hay tres Al Sahid, uno se llama Hassan, el segundo

solo tiene la inicial «M» y el tercero es Suleiman. —Bronson anotó sus números y direcciones y cerró el listín—. Lo que no sabemos, claro, es si Hassan al Sahid sigue vivo después de todo este tiempo o si sigue viviendo en la misma casa. ¿Quieres llamar o nos plantamos en su puerta directamente?

—Creo que iremos allí. No puede haber muchos egipcios que se hubieran pasado la mayor parte de su vida laboral escoltando a arqueólogos ingleses por yacimientos del país. Y no olvides que Al Sahid no solo trabajaba para Bartholomew, era un jefe de cuadrilla profesional. —Se levantó y apagó el ordenador—. Al menos encontraremos a alguien que lo recuerde.

Diez minutos más tarde salieron a la calle. Hacía un calor brutal, Bronson suponía que ya estarían cerca de los treinta grados, y el tráfico que pasaba frente al hotel era muy denso; por todas partes se oía la discordante melodía de las bocinas, y había polvo y humo.

La recepcionista les había dicho dónde estaba la agencia de alquiler de coches más cercana y solo se encontraba a un breve paseo del hotel. Para Bronson, lo único que el coche tenía que tener sin falta era aire acondicionado, aunque lo cierto era que todos los vehículos disponibles estaban equipados o con aire o con climatizador, así que al final se decidió por un Peugeot 309 blanco; todos los coches de la agencia eran blancos.

Había un mapa de Alejandría y de El Cairo en la guantera y otro mapa de carreteras que abarcaba todo Egipto. Mientras esperaba sentado en el asiento del conductor y con las puertas abiertas a que el aire acondicionado bajara la temperatura interior hasta un nivel que resultara soportable, Bronson consultó el último. Comparado con la mayoría de los mapas, era extraño, porque casi todas las carreteras, pueblos y ciudades estaban apiñados en forma de una T cuya parte superior recorría la costa mediterránea desde la frontera de Libia, al este de Alejandría, hasta el límite con Israel. La pierna de la T se extendía por el inmenso río Nilo hasta Sudán. Al oeste del Nilo había una amplia extensión de desierto salpicada por algún que otro asentamiento y un extraño campo de aviación. Al este del Nilo, entre el río y el mar Rojo, había un grupo de carreteras y asentamientos, pero la mayoría de las zonas construidas se ubicaban en el norte, donde el Nilo se encontraba con el Mediterráneo, formando una uve que abarcaba Alejandría, Puerto Saíd y El Cairo.

Pasó a centrar su atención en el mapa de El Cairo y rápidamente encontró Al Gebel al Ahmar.

—Aquí está —dijo señalando una zona al lado más oriental de la ciudad, justo al este del cementerio Norte—. No está demasiado lejos. ¿Me haces de copiloto?

—Claro —respondió Angela inmediatamente.

Bronson cerró la puerta, se abrochó el cinturón de seguridad, salió del aparcamiento de la agencia de alquiler e intentó incorporarse a la circulación.

«Intentó» fue la palabra clave. El tráfico era caótico. Coches, autocares y furgonetas por todas partes, con sus conductores decididos a no dejar paso ni permitirle a otro conductor la oportunidad de pasar o ponerse delante. Bronson miró la corriente de vehículos durante un par de minutos y después decidió que el único modo de vencerlos era unirse a ellos.

—Espera —dijo mientras esperaba a ver el más mínimo hueco entre la hilera de vehículos que bajaba por la calle. Después aceleró con fuerza. Por detrás oyó el repentino chirrido de unos frenos y los inevitables bramidos de las bocinas de coches y furgonetas.

—Por Dios, Chris, ¿hacía falta esto? ¿No podías haber esperado? —Angela estaba pálida.

—Si hubiera esperado —dijo Bronson con una sonrisa— aún seguiríamos ahí a un lado de la calle y nos quedaría un rato. Solo estaba siendo práctico.

—¿Y qué significa eso, exactamente, en este contexto? —preguntó Angela—. ¡Oh, mierda! —murmuró cerrando los ojos cuando un autocar salió disparado de una calle lateral directamente delante de ellos y obligando a Bronson, y a otros tantos conductores, a pisar el freno.

—Significa que estamos en Egipto —respondió él—, así que creo que la mejor opción es conducir como un egipcio. Y eso significa que todas las normas sobre ceder el paso y dejar distancia de seguridad con el coche que tienes delante, todo eso que me enseñaron como policía conductor, sale volando por la ventana. Aquí, si dejas un hueco de más de un metro delante de ti, un conductor se te colará a la fuerza.

—¿Es que aquí no hay normas?

Bronson asintió.

—Lo he comprobado y básicamente hay una: el coche de delante tiene derecho de paso. Así que si el tipo que llevamos al lado mete el parachoques un centímetro por delante del mío y se me cruza, tiene prioridad. Por eso nunca ceden el paso y nunca dejan hueco.

Angela apartó la mirada del enjambre que tenían delante y miró a su exmarido, que cambió de carril, frenó bruscamente, aceleró y volvió a cambiar de carril antes de detener el coche detrás de una fila de vehículos parados que, sorprendentemente, estaban esperando en un semáforo. Los semáforos habían llegado a Egipto alrededor de 1980 y la mayoría de los locales normalmente seguían ignorándolos.

—¿Estás disfrutando con esto, verdad? —le preguntó Angela con tono acusatorio.

Bronson apartó la mirada de la carretera un instante y le sonrió.

—Totalmente. Es como los coches de choque, pero con vehículos grandes. Es divertidísimo. Ahora, deja de quejarte acerca de mi forma de conducir y dime adónde

quieres que vaya.

A unos cien metros por detrás, un Mercedes con las ventanillas tintadas los seguía. En el asiento del conductor, J. J. Donovan abrió una cajetilla de Marlboro y sacó uno antes de acercarlo al encendedor del salpicadero. Una vez lo tuvo encendido, bajó la ventanilla un poco para dejar que saliera el humo y se concentró en el tráfico que tenía delante.

Había visto a Bronson y a Angela Lewis salir de su hotel esa mañana, los había seguido hasta la agencia de alquiler de coches y después se había quedado esperando en su propio vehículo hasta que arrancaron. A continuación, sencillamente los había vigilado mientras se dirigían hacia el centro de El Cairo.

Bueno, eso de «sencillamente» no era exacto del todo. Donovan estaba acostumbrado a conducir en los Estados Unidos, pero ni abrirse paso por el tráfico de Los Ángeles un par de veces cada día lo había preparado para la realidad de la hora punta en el centro de El Cairo. Las dos cosas buenas eran que el Mercedes tenía marchas automáticas, así que lo único que tenía que hacer era girar el volante, y que estaba acostumbrado a conducir por la derecha, aunque los conductores egipcios parecían conducir más o menos como y por donde querían.

Donovan sabía que era Bronson el que conducía y parecía que lo hacía bastante bien. En un par de ocasiones, el Peugeot se había colado por huecos en los que no habría entrado el Mercedes, ya que el coche francés había cabido por poco, pero el tráfico era tan denso que las probabilidades de perder de vista a su presa habían sido muy escasas.

Y aun perdiendo al coche de Bronson, no sería tanto problema. A Donovan le encantaba la tecnología. Después de haber interrogado a Jonathan Carfax en la cocina de la vieja casa de Suffolk, había salido de la habitación con el móvil de Bronson en la mano. En el vestíbulo lo había abierto y le había instalado un chip localizador con GPS; después había vuelto a la cocina y había dejado el Nokia en la mesa. No creía que Carfax se hubiera dado cuenta siquiera de lo que había hecho.

Alimentado por la propia batería del teléfono y prácticamente indetectable a menos que el usuario conociera a la perfección el aspecto del circuito del móvil, el chip calculaba la posición mediante señales recibidas de los satélites GPS y radiaba esa posición hasta la red móvil GSM. Entonces Donovan podía monitorizar la señal del chip desde su portátil usando un programa combinado de rastreo y localización. El chip era de última generación y le permitía identificar la posición del teléfono, y consecuentemente la de su dueño, en cualquier lugar de la superficie de la tierra con un margen de error de unos diez metros.

Eso le había permitido seguirlos hasta Heathrow y, ya que ni Bronson ni Angela Lewis le habían visto la cara, había podido acercarse lo suficiente como para oír qué

se decían. De hecho, había volado hasta El Cairo con ellos en el mismo avión.

Y así se dispuso a seguir el Peugeot de Bronson. Tenía el depósito lleno, el portátil en su funda en el asiento de al lado, y llevaba instalado en el ordenador un adaptador WWAN, una tarjeta de red inalámbrica de área extensa que le permitía acceso a la red móvil para navegar por internet. Así que fuera donde fuera Bronson, podría seguirlo siempre que estuviera dentro del alcance de un móvil.

Donovan se recostó en su asiento, cogió una botella de agua del portavasos situado en el centro de la consola y dio un trago. Estaba intentando evitar beber demasiado porque no quería tener que parar mientras Bronson y Angela no pararan. Debía descubrir lo antes posible adónde se dirigían y qué buscaban.

Angela consultó el mapa de El Cairo y miró por la ventanilla.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

Bronson desvió la mirada de la carretera durante el segundo que tardó en mirar una señal de dirección.

—Esa señal dice que estamos a punto de llegar a Abbasiya. Si fuera tú, me olvidaría de nombres de carreteras y números y me centraría en los distritos que tenemos que atravesar.

—Bien pensado —respondió Angela, y volvió a mirar el mapa—. Si tienes razón y estamos en Abbasiya, eso significa que hemos estado dirigiéndonos al suroeste, más o menos. Cuando puedas, toma cualquier calle a la izquierda porque tenemos que cruzar la carretera principal, la Salah Salem. Si no, sigue las señales hasta Al Gebel al Ahmar, claro, o hacia el cementerio Norte, Manshiet Nasser o incluso Muqattam. Cualquiera de ellas nos llevará hasta la zona correcta.

Unos segundos después, un pequeño hueco se abrió en el tráfico a su izquierda y Bronson coló el coche con destreza, recibiendo a cambio una cacofonía de atronadoras bocinas. Después, bajó por una calle bastante estrecha, esquivando coches aparcados, perros y niños, y al final giró a la derecha. Ahí la carretera era más ancha, estaba mejor asfaltada y apropiadamente señalizada, y casi toda llena de vehículos prácticamente parados.

—Mierda —murmuró Bronson. Estaba completamente rodeado.

—No importa. Una vez salgamos de la carretera principal, seguro que habrá mucho menos tráfico.

—Bueno, sería difícil que hubiera más, ¿no? Se supone que esta es una carretera de tres carriles, pero veo cuatro filas de coches en cada dirección.

Justo en ese momento todo empezó a moverse otra vez, lentamente, pero se movía, y Bronson avanzó sin separarse más de cincuenta centímetros del abollado parachoques trasero del coche que tenía delante. Volvieron a parar y avanzaron unos centímetros más.

—Esto es más moderno de lo que me esperaba —dijo al cabo de unos momentos, mirando los rascacielos ligeramente sucios situados a ambos lados de la carretera.

—En el centro y en El Cairo supongo que sí, pero imagino que si saliéramos de la ciudad verías casas que apenas han cambiado en medio milenio.

Aproximadamente un cuarto de hora después, Angela vio una señal hacia Al Gebel al Ahmar, y Bronson se abrió paso entre el tráfico para efectuar el giro. Angela tenía razón; una vez salieron de la carretera principal y se dirigieron al sur, el tráfico disminuyó sensiblemente.

Cruzaron una línea ferroviaria y siguieron moviéndose mientras ella se fijaba en las indicaciones que iban pasando.

—Esa es la primera dirección —dijo señalando a la izquierda cuando Bronson pasó por delante de una calle secundaria—. Ahí es donde vive Hassan al Sahid, o al menos un Hassan al Sahid.

—Vale —respondió Bronson haciendo un cambio de sentido—. Vamos a averiguarlo.

—¿Es usted Suleiman al Sahid?

El joven de pie en la puerta de la gran casa encalada situada en la zona este del distrito Al Gebel al Ahmar parecía atónito. No debía de esperarse visita y, mucho menos, la de un sacerdote norteamericano vestido de negro que llevaba una maleta grande y con pinta de pesar mucho. Un grueso vendaje le cubría prácticamente la oreja izquierda.

—Sí —respondió con un marcado acento—, pero yo...

—No me conoce —lo interrumpió el sacerdote—, pero conozco a su padre, Hassan. ¿Cómo se encuentra de salud últimamente?

Suleiman sacudió la cabeza.

—Murió hace unos años, pero yo...

—Lamento oírlo. También conozco a la familia Wendell-Carfax, de Inglaterra. Tengo un mensaje importante que darle de su parte. ¿Me permite pasar?

Suleiman asintió y se hizo a un lado. El sacerdote agarró la maleta y lo siguió hasta el interior de la casa.

—¿Dice que tiene un mensaje para mí? ¿Y cómo se llama usted?

—Daniels. Soy el padre Michael Daniels. —El sacerdote extendió la mano—. Tiene una casa preciosa —añadió mirando el espacioso vestíbulo.

—Gracias.

—Veamos, Bartholomew Wendell-Carfax le confió a su padre dos grandes retratos al óleo. ¿Está usted al tanto de eso?

Suleiman asintió.

—Sí. Mi padre me dejó unas instrucciones muy específicas al respecto. Están colgados en esta habitación.

Se giró y entró en una sala dominada por una enorme mesa rodeada por ocho sillas.

—Mi padre compró este comedor en Inglaterra —dijo Suleiman—. No es de mi gusto, pero le encantaba el estilo de vida británico. Y ahí están los retratos. —Señaló la pared opuesta a la puerta donde colgaban los dos óleos.

El sacerdote sonrió.

—Me han pedido recoger los dos retratos y tenerlos listos para cuando Oliver Wendell-Carfax llegue a El Cairo y dé comienzo a su expedición. ¿Le ha avisado de que vendría?

Una sombra de duda cubrió de pronto el rostro de Suleiman, que sacudió la cabeza.

—No. Es más, en su último mensaje me dijo específicamente que vendría en persona para inspeccionarlos. También me dijo que no debía entregárselos a ningún

tercero bajo ninguna circunstancia.

El sacerdote se mostró perplejo.

—Qué extraño. Tengo una carta aquí —dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un papel arrugado y doblado— en la que me autoriza a hacerme con ellos.

Le entregó el papel a Suleiman, pero cuando el joven alargó la mano para cogerlo, el sacerdote ejerció un suave y rápido movimiento con el que le agarró la muñeca derecha y tiró de él, haciéndole perder el equilibrio. Después, le dio un puñetazo en el estómago con el brazo derecho.

Lo inesperado del ataque cogió a Suleiman por sorpresa, pero era un hombre joven y fuerte y el golpe lo hizo tambalearse, más que derrumbarse. Se puso derecho, se echó atrás apartándose de su atacante y levantó los puños, preparado para la siguiente embestida.

Sin embargo, el sacerdote aún tenía el factor sorpresa de su lado y él también era muy fuerte, además de un luchador entrenado. Arremetió hacia delante, apartó los brazos de Suleiman y le propinó dos puñetazos más en el estómago.

El joven se giró, con una mirada de loco en sus ojos, y golpeó a su atacante en el lado izquierdo de la cabeza.

El sacerdote bramó cuando el golpe alcanzó su maltrecha oreja, reabriendo la herida y provocando un palpitante e intenso dolor que le recorrió el cráneo. Durante un instante se le nubló la visión y levantó el brazo izquierdo para evitar cualquier otro golpe de Suleiman.

El joven, viendo que la reacción del hombre a su golpe había sido extrema, se dio cuenta al instante de que su mejor opción para vencer al sacerdote era apuntar de nuevo a su cabeza. Y así, levantó el puño derecho una vez más en dirección al vendaje, que ahora estaba lleno de sangre.

Si hubiera dado en el blanco, habría sido suficiente, pero el sacerdote lo vio venir y, con destreza, bloqueó el ataque con la mano izquierda y golpeó con la derecha directo a la mandíbula de Suleiman. Este echó la cabeza hacia arriba y se tambaleó, chocando contra una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor. Sacudió la cabeza en un intento de disipar esa especie de niebla que se había posado ante sus ojos, pero el sacerdote no le dio oportunidad. Avanzó y le propinó dos golpes más en la cara, abriéndole unos profundos cortes en los labios y rompiéndole los vasos sanguíneos de la nariz.

Suleiman alzó los brazos débilmente para intentar protegerse del ataque, pero el sacerdote lo remató con otros dos fuertes puñetazos en la cara. Después lo agarró de la camisa, lo puso derecho, giró su lánguido cuerpo y le golpeó la frente contra el borde de la mesa. El egipcio cayó al suelo, inconsciente.

Killian se quedó de pie, mirando al hombre un par de segundos antes de levantar la mano izquierda y palparse la oreja. Parecía que el vendaje estaba intacto, aunque le

brotaba sangre de la herida abierta que tenía en la parte alta del órgano herido y sabía que tendría que cambiarse las gasas. Pero eso podía esperar. Tenía cosas más importantes que hacer. Le dio una fuerte patada en las costillas a Suleiman y se giró.

Fue hasta la pared donde estaban colgados los retratos y rápidamente los descolgó. No sabía dónde estaría escondido el pergamino, pero suponía que sería en algún compartimento secreto del marco de uno de los dos. Necesitaría tiempo para inspeccionarlos a conciencia.

Los sacó al pasillo y abrió la puerta delantera de la casa; miró en ambas direcciones, no vio a nadie y bajó la acera hasta su coche alquilado. Abrió el maletero y los metió.

Miró hacia la casa preguntándose si debía marcharse ya, pero entonces se encogió de hombros y volvió. Mejor terminar el trabajo como era debido.

—No sé nada de nadie llamado Wendell-Carfax —dijo el anciano egipcio con tono educado, pero con cierta crispación subyacente.

Bronson y Angela estaban delante de una pequeña casa blanca en una calle lateral de la zona norte de Al Gebel al Ahmar. No habían recibido respuesta en la primera propiedad donde habían probado, la que aparecía en el listín como la residencia de Hassan al Sahid, así que habían pasado a probar suerte en la segunda, la casa de un tal M. al Sahid. El nombre de pila del hombre había resultado ser Mahmoud y estaba claro que no le había hecho ninguna gracia la interrupción.

—Siento que le hayamos molestado —dijo Bronson hablando despacio y con claridad. El inglés de Mahmoud al Sahid estaba muy lejos de ser fluido y su acento era fuerte y marcado—. Está claro que no es la persona que estamos buscando. Nuestras disculpas. Imagino que no sabrá dónde vive Hassan al Sahid.

—Hassan al Sahid está muerto, como ya le he dicho al otro hombre. Pero su hijo, que se llama Suleiman, aún vive en la casa de su padre.

—¿Qué otro hombre? —preguntó Bronson, alarmado.

—Un sacerdote —respondió el anciano—. Un sacerdote también estaba buscando a Hassan al Sahid.

Angela agarró con fuerza el brazo de Bronson.

—¿Un sacerdote?

—¿Dónde vive Suleiman al Sahid? —preguntó Bronson.

De nuevo en la casa, Killian abrió la maleta que se había llevado. Dentro tenía tres latas de gasolina de siete litros cada una. Cogió la primera, desenroscó el tapón y lo tiró.

Miró a su alrededor para elegir dónde esparcirla. En la casa había mucha madera,

así que suponía que tampoco importaba demasiado dónde la derramara; la casa ardería de todos modos. Fue hasta donde aún yacía inconsciente Suleiman, lo miró y se santiguó. Después le echó gasolina sobre la camisa y los pantalones, alrededor de todo su cuerpo y vertió más formando un reguero que conducía a la puerta de la habitación y llegaba hasta el pasillo. A continuación, cerró la puerta del comedor desde fuera.

Esperaba que Suleiman volviera en sí antes de que las llamas lo alcanzaran y pasó unos minutos imaginando la mirada de terror que cubriría su rostro mientras la hilera de fuego se colara bajo la puerta y fuera directa hacia él. Sabía que sería dolorosa y demasiado larga, pero también una muerte totalmente purificadora. La Iglesia siempre había creído que el fuego limpiaba hasta a los pecadores y herejes más impenitentes, y había utilizado las llamas de los fuegos sagrados para salvar miles de almas de una condena eterna durante las distintas inquisiciones extendidas por toda Europa.

Vertió el contenido de las otras dos latas por todo el suelo de la casa, terminando justo en la puerta de entrada. Se sacó del bolsillo una bolsa de plástico pequeña y extrajo una vela gruesa a la que le había hecho un agujero de lado a lado a unos tres milímetros por debajo de la mecha. Después cogió un trozo de cordel que había empapado en parafina y lo pasó por el agujero. Colocó un extremo del cordel sobre una balsa de gasolina y puso la vela a unos centímetros. Había probado con distintos tipos de vela y sabía que la mecha ardería hasta el cordel en unos cinco minutos, lo cual le daría tiempo suficiente para alejarse de la zona antes de que el combustible estallara.

Encendió la vela, se aseguró de que estaba ardiendo, fue hacia la puerta y salió de la casa.

—¿Dónde cojones está? —preguntó Bronson, buscando desesperadamente alguna indicación, cualquiera, que les dijera dónde se encontraban de ese laberinto de calles que conformaban Al Gebel al Ahmar.

—¡Para! —gritó Angela señalando—. Ahí hay un cartel.

Bronson pisó el freno a fondo y echó el coche a un lado; retrocedió unos seis metros para que Angela pudiera verlo con claridad.

Ella leyó las letras, comprobó el mapa y señaló al frente.

—Sigue por esta calle y gira por la segunda a la izquierda.

En el vestíbulo de la casa de Suleiman al Sahid la llama de la vela ardía sin cesar y titilaba ligeramente con las corrientes de aire que se colaban por debajo de la puerta. Cuatro minutos después de que Killian hubiera encendido la mecha, la llama había

alcanzado el cordel. Saltó una chispa cuando la cuerda se prendió y entonces la llama inició su camino hacia el combustible.

Killian había elegido la parafina para su mecha porque ardería más despacio. Aun así, la llama alcanzó el charco de gasolina en menos de treinta segundos. En cuanto lo hizo, se oyó un ruido sordo y al instante el vestíbulo estaba ardiendo y las hileras de gasolina en llamas se extendían en todas las direcciones.

—¿Estás segura de que es la dirección correcta? —preguntó Bronson—. Parece que está todo muy tranquilo. —Apagó el motor del coche y abrió la puerta. Se quedó mirando la casa encalada durante un momento. Después olfateó.

—¿Hueles a humo?

Antes de que Angela pudiera responder, se oyó un ruido seco en el interior de la casa y las primeras lenguas de fuego se colaron bajo la puerta principal, incendiando la vieja madera y haciendo que la pintura se cubriera de burbujas.

—¡Mierda! —murmuró Bronson, y empezó a correr hacia la casa—. ¡Llama a los bomberos!

Tras él, Angela gritó alarmada.

—¡No, Chris! ¡Vuelve!

Bronson sabía de fuegos y de cómo se propagaban. Si abría la puerta, probablemente se vería envuelto en llamas de inmediato. Pero tenía que haber una puerta trasera, algún otro modo de acceder a la casa. No le importaba si los retratos sobrevivían o no al fuego, pero sí que le preocupaba cualquiera que estuviera dentro. Desconocía si Suleiman al Sahid o su familia estaban ahí, pero haría lo que pudiera por registrar la casa antes de que las llamas se apoderaran de todo el lugar.

Corriendo, bordeó un lateral de la casa y fue parándose en todas las ventanas para ojear dentro. No vio nada hasta que miró por el cristal de una puerta de madera que había en la parte trasera y localizó el cuerpo de un hombre tirado en el suelo, inmóvil.

Giró el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Derribar una puerta tiene su técnica; cargar contra ella casi nunca funciona, por mucho que los detectives de la tele siempre lo hagan. Por el contrario, hay que concentrar la energía lo más cerca posible de la cerradura, que es el punto débil de cualquier puerta.

Bronson respiró hondo, dio un paso atrás y lanzó una patada, haciendo que la suela de su zapato tocara la puerta junto a la cerradura. Ni se movió ni parecía que fuera a hacerlo nunca. La puerta era maciza.

Desesperado, miró a su alrededor buscando algo para derribarla. En un lado del jardín había unos escombros, tal vez restos de alguna obra reciente. Corrió hacia allí, agarró el trozo de piedra más grande que creía que podía levantar y corrió de nuevo hasta la puerta cerrada. Sujetando la piedra firmemente con las dos manos, la

balanceó con tanta fuerza como pudo y la lanzó contra el cerrojo.

La madera se astilló y se rasgó, pero la puerta seguía cerrada. Volvió a mirar dentro de la sala y, al hacerlo, se fijó en que el hombre se movía ligeramente en el suelo; fue poco más que un espasmo en la pierna, pero demostró que seguía vivo. Bronson redobló sus esfuerzos y lanzó la piedra todo lo fuerte que pudo.

Al tercer impacto, por fin la puerta se abrió, dando un fuerte golpe y, al instante, Bronson captó el olor a gasolina. La repentina ráfaga de aire en la habitación avivó el fuego con un intenso bramido. Una llamarada subió por la cara interna de la puerta interior que veía enfrente, seguida casi de inmediato por un río de fuego que serpenteaba por la habitación, dirigiéndose como una flecha hacia la figura inerte.

Bronson soltó la piedra, entró corriendo y agarró al hombre inconsciente un segundo antes de que lo alcanzara la gasolina prendida. Lo cogió del brazo y tiró de él hacia la puerta del jardín, alejándolo de las llamas.

Mientras lo arrastraba por el suelo, el bajo de los pantalones de Al Sahid rozó uno de los charcos de gasolina y se prendió al instante.

Bronson oyó el repentino quejido de dolor del hombre al que intentaba rescatar y bajó la mirada. Se quitó la chaqueta y se la echó sobre las piernas, apretándola con fuerza para aplacar las llamas. Después lo agarró por los hombros, lo arrastró todo lo rápido que pudo hasta la puerta y juntos salieron de la habitación en llamas acechados por las lenguas de fuego.

Una vez fuera, Bronson se detuvo a tomar aliento, se agachó, puso al hombre de pie y le echó el brazo sobre su hombro para sostenerlo.

—¿Habla inglés? —le preguntó mientras iba llevándolo hacia la carretera, medio a cuestras, medio a rastras.

—Sí —respondió con la respiración entrecortada—. Mis piernas...

—Se ha quemado —le dijo Bronson con rotundidad— y tiene la ropa empapada en gasolina. Alguien ha intentado matarlo y han estado a punto de lograrlo. ¿Queda alguien más en la casa?

—No. Nadie.

—¡Chris! —gritó Angela mientras corría hacia él—. ¡Gracias a Dios que estás vivo! —El olor a gasolina era fuerte—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —respondió, dejando al hombre apoyado contra un lado del coche—. ¿Has llamado a los bomberos?

Angela asintió y señaló al otro lado de la calle, donde una pareja egipcia estaba fuera de la casa presenciando el espectáculo.

—Les he pedido que llamaran.

Bronson se giró hacia el hombre.

—¿Puede hablar?

Suleiman asintió tembloroso.

—Sí. Gracias. Le debo la vida.

—Supongo que usted es Suleiman al Sahid —dijo Angela—. Tiene un aspecto terrible. ¿Por qué no se sienta aquí en el bordillo para que podamos echarle un vistazo a su pierna?

Al Sahid se sentó obedientemente y Bronson le subió la pernera del pantalón; la tela estaba muy chamuscada. La quemadura le recorría gran parte de la pantorrilla, pero estaba claro que Bronson había apagado las llamas antes de que le causaran un daño grave al tejido.

—No está demasiado mal —dijo, y pasó a centrar su atención en las heridas de la cabeza de Al Sahid—. Tiene un labio partido, parece que le han dado un puñetazo en la nariz y en la frente tiene un chichón con mala pinta, pero no creo que haya ninguna lesión grave. Las heridas de la cara y la cabeza siempre sangran mucho y parecen más de lo que son en realidad.

Un repentino bramido proveniente de la casa captó su atención.

El tejado acababa de hundirse y, aunque los bomberos aparecieran inmediatamente, a Bronson le parecía que de la casa no se salvaría nada.

Al Sahid miraba la maltrecha propiedad.

—Crecí ahí —dijo con la voz entrecortada— y era la casa de mi padre. Mi madre y él murieron ahí.

—Y usted ha estado a punto de reunirse con ellos hoy —contestó Bronson en voz baja—. ¿Qué ha pasado?

—¿Un sacerdote ha tenido algo que ver con esto? —preguntó Angela.

Suleiman giró la cabeza con brusquedad.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque a mí también ha intentado matarme, en Inglaterra.

Suleiman se estremeció.

—Parecía un sacerdote, y se le veía sonriente y simpático hasta que entró en la casa. Pero sus ojos... nunca olvidaré esos ojos negros. Oigan, ¿quiénes son ustedes?

—Chris es policía y yo soy una especie de arqueóloga. Somos ingleses. Nos hemos topado con la familia Wendell-Carfax de manera accidental y estamos intentando seguir las pistas que dejó Bartholomew. Imagino que sabría usted algo sobre las expediciones que llevó a cabo aquí.

Suleiman asintió.

—Mi padre era el jefe de cuadrilla de Bartholomew. —Soltó una pequeña carcajada—. Puede que no me agradezcan que diga esto, pero están perdiendo el tiempo. Mi padre intentó convencer a Bartholomew de que abandonara las expediciones, que dejara de gastarse el dinero, pero no quiso escucharlo. Seguía convencido de que el tesoro estaba casi en sus manos y que lo encontraría en la siguiente expedición, o en la que viniera después de esa.

Los tres se giraron cuando dos camiones de bomberos anunciaron su ruidosa presencia y fueron directos a ellos. Estaba empezando a congregarse una multitud de gente que observaba la casa en llamas.

—¿Y los cuadros? —preguntó Bronson.

Suleiman asintió.

—Mi padre accedió a guardárselos aquí. Wendell-Carfax le dijo que las pistas sobre la ubicación del tesoro estaban escondidas en los retratos. Yo mismo busqué compartimentos ocultos donde podría haber metido una copia de ese viejo pergamino, pero nunca encontré nada, así que siempre me he preguntado si habría sido una más de las excentricidades de Bartholomew. Sin embargo, esos cuadros eran lo que interesaba al sacerdote.

—¿Se los ha llevado?

—No tengo ni idea. Estábamos en el salón cuando me atacó. He intentado resistirme, pero no ha servido de nada. Al final me ha dado un golpe en la cabeza con el borde de la mesa y he caído inconsciente. Supongo que sí que se los habrá llevado.

—Si no —dijo Bronson mirando la casa—, ya estarán totalmente destruidos.

—¿Qué tesoro creía Bartholomew que estaba buscando? —preguntó Angela.

Suleiman se encogió de hombros.

—El mayor y más famoso de todos. Mi padre estaba convencido de que iba detrás del Arca de los Judíos, el Arca de la Alianza.

Angela miró a Bronson.

—¿Y por dónde estaba buscando?

—Por distintos sitios, porque no dejaba de interpretar las pistas de diferentes formas y eso lo llevaba a diversos lugares cada vez. Mi padre nunca supo cuáles eran las pistas porque Bartholomew siempre se guardó esa información, pero al menos sí que sabía el punto de inicio de cada búsqueda que llevó a cabo porque siempre era el mismo. Moalla.

Suleiman sonrió ligeramente ante la expresión de asombro de Bronson.

—Estaba convencido de que el faraón Sisac se había apoderado del Arca cuando invadió Judea y que la había llevado a Egipto como parte del botín de guerra. Creía que más adelante durante su reinado, Sisac ordenó que el tesoro se escondiera en un punto alejado, en la rivera del Nilo, en un valle secreto, donde permanecería para siempre. Según Bartholomew, las pistas que había encontrado decían que la escolta del tesoro había dado comienzo a su viaje desde Moalla, así que ahí es donde siempre daban comienzo sus expediciones.

De pronto a Angela se le iluminó la cara.

—Debe de referirse a El Moalla —dijo.

—¿Qué está dónde? —preguntó Bronson.

—En la orilla este del Nilo, a unos treinta kilómetros al sur de Luxor. Es un

cementerio muy antiguo —dijo Suleiman. Miró al otro lado de la calle, donde los bomberos estaban luchando contra el fuego.

—Escuchen, tengo que ir a hablar con el jefe de bomberos. ¿Necesitan algo más de mí?

—De momento no —respondió Bronson, sacándose una tarjeta del bolsillo—. Aquí está mi móvil. Si se le ocurre algo más, por favor, llámeme.

—Lo haré —dijo Suleiman, estrechándole la mano—. Y gracias de nuevo por regalarme el resto de mi vida.

Killian condujo ocho kilómetros desde Al Gebel al Ahmar en dirección este, alejándose de El Cairo y de los barrios de la periferia hasta que encontró un tramo de carretera desierta. No había querido llevarse los retratos a su habitación de hotel porque algún empleado podría recordarlo llegando con unos objetos poco habituales y no quería que lo molestaran mientras los examinaba. Además, necesitaba privacidad para cambiarse el vendaje de la oreja.

Un camino sin asfaltar, estrecho y accidentado, se desviaba por un lado de la carretera y serpenteaba alrededor de una serie de dunas bajas que le proporcionarían la intimidad que quería. Condujo por el camino hasta que estuvo a unos cien metros de la carretera y paró el coche.

Salió del vehículo y miró a su alrededor. El aire estaba quieto y silencioso. Gruñendo de satisfacción, sacó una manta del maletero del coche y la extendió en el suelo. Colocó encima los dos retratos, boca abajo, para examinarlos, pero al hacerlo, un punzante dolor le atravesó el cráneo y un par de gotas de sangre cayeron a sus pies sobre el polvoriento suelo. Se estremeció y sacó el botiquín del coche; lo abrió y se sentó en el asiento del copiloto para cambiarse las vendas. No le fue fácil, al tener solo el espejo retrovisor interior para guiarse, pero al final terminó y salió con un vendaje nuevo cubriéndole la oreja maltrecha. El golpe de Suleiman le había arrancado la costra de la parte superior de la herida y sabía que eso retrasaría aún más el proceso de curación.

Al menos, la herida seguía limpia y no mostraba signos de infección, lo cual era sorprendente teniendo en cuenta el modo en que había resultado herido. Aún podía recordar los dientes amarillentos de Oliver Wendell-Carfax, manchados con su sangre y fragmentos de carne, cuando por fin había logrado soltarse. A saber qué bacterias o cosas peores había tenido en la boca. Además de limpiar la herida dos veces al día, había estado rociándola con agua bendita y pensaba que tal vez esa, más que sus rudimentarios cuidados médicos, había sido la razón por la que seguía limpia. Era una manifestación más del poder de Dios y del modo en que protegía a su siervo en la tierra.

Esbozó una adusta sonrisa. Tanto Oliver Wendell-Carfax como Suleiman habían pagado más que suficiente por su osadía al resistirse a la voluntad de Dios. Y Wendell-Carfax y el hombre gordo del museo habían sentido antes de morir los dientes del látigo, el más antiguo y sagrado instrumento de castigo. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, le habría dado a Suleiman una buena y completa lección utilizando también ese instrumento. Pero su prioridad había sido sacar los retratos de la casa.

Al menos esa fase de la búsqueda había finalizado. Tenía las últimas pistas que

necesitaba para recuperar el tesoro y, aunque alguien más estuviera buscando, su modo de proceder le había asegurado que no pudieran llegar más lejos de Egipto. Lo único que tenía que hacer ahora era encontrar el lugar donde Bartholomew había escondido la copia del pergamino.

Miró los dos retratos. Después se santiguó y se arrodilló durante unos minutos a rezar ante el pequeño crucifijo de plata que se sacó del bolsillo. Era su constante compañero, guía y consuelo en momentos de tensión y problemas.

A continuación dio comienzo a un exhaustivo examen de los marcos de los retratos. No importaba dónde hubiera escondido el texto Bartholomew porque Killian estaba totalmente seguro de que lo podría encontrar. Y una vez lo hiciera, destruiría los retratos e iniciaría la última fase de su búsqueda. Se relamió los labios. Ya prácticamente podía ver el tesoro.

Bronson y Angela estaban en el coche, fuera de la casa, que seguía ardiendo lentamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó él arrancando el motor para hacer funcionar el aire acondicionado—. Hemos venido aquí para encontrar los retratos y no lo hemos logrado, así que ahora no tenemos idea de cómo seguir con la búsqueda.

—Tienes razón —dijo Angela con resignación—. Incluso la referencia a El Moalla, de la que no sabíamos antes, no nos es de mucha ayuda porque no sabemos qué especificaba el pergamino.

Se detuvo un momento a pensar y el rostro se le iluminó ligeramente.

—Hay una cosa que podríamos hacer mientras estamos aquí. Según Suleiman, Bartholomew creía que Sisac se había hecho con el Arca de la Alianza y que después, durante su reinado, ordenó que la ocultaran en un valle secreto, en algún punto a lo largo del Nilo. Sigo pensando que es un buen candidato para haberse llevado el Arca, pero hay un par de cosas que no me encajan con el hecho de que después la escondiera río arriba, cerca de Luxor. En primer lugar, la capital de Sisac estaba situada en Tanis, muy cerca de El Cairo, así que ¿por qué iba a esconder el Arca tan lejos de la zona que tenía bajo su control? Y, en segundo lugar, los egipcios eran unos documentalistas compulsivos y me habría esperado que hubiera algunos documentos que reforzaran esta teoría. Si los hay, nunca los he visto, pero estoy empezando a preguntarme si Bartholomew de verdad encontró una referencia en alguna parte y sí por eso estaba tan seguro.

Se echó hacia delante y disfrutó del golpe de aire frío que le dio en la cara.

—Creo que deberíamos hacer lo que teníamos planeado cuando vinimos aquí. Deberíamos ir hasta El Hiba y, dependiendo de lo que encontremos allí, tal vez tomar un vuelo hasta Karnak.

—¿Y estás segura de que tenemos que ir a esos sitios en persona? ¿No puedes mirar por internet las fotografías de las inscripciones o consultar sus traducciones en algún libro?

—Las imágenes que he encontrado en internet no se ven lo suficientemente claras como para descifrarlas adecuadamente, y no creo que nadie haya hecho una traducción completa de los jeroglíficos de ninguno de los dos sitios. Yo al menos no he podido encontrar ninguna.

—¿Sabes leer jeroglíficos? —le preguntó Bronson, algo dubitativo.

—Sé leerlos lo suficientemente bien como para comprobar algo como esto, creo, y también sé un poco de hierático y demótico.

—¿Qué es eso?

—Técnicamente no son escrituras jeroglíficas, son más una especie de taquigrafía

y siempre se escribían de derecha a izquierda. El problema con los jeroglíficos es que cada carácter es muy detallado, un pájaro, una hoja, una serpiente, esas cosas, y lleva mucho tiempo dibujarlos correctamente. Las escrituras hierática y demótica se desarrollaron para que los escribas pudieran producir textos rápidamente sobre los papiros, con mucha más facilidad que empleando jeroglíficos. Lo que vamos a encontrarnos serán jeroglíficos, que se utilizaron para las inscripciones de los monumentos durante todo el período faraónico. Pero tengo un programa de ordenador que debería ayudarnos; analiza y traduce caracteres jeroglíficos.

Bronson miró el reloj.

—¿Quieres ir ahora?

—Sí, podríamos ir —respondió Angela abrochándose el cinturón de seguridad—. Debería darnos tiempo a ir y volver en el día.

Iban hacia el norte y tomaron la carretera de Salah Salem que recorría la zona suroeste hacia el centro de El Cairo. El tráfico era mucho más fluido y pudieron avanzar a buen ritmo.

—¿Dónde están las pirámides? —preguntó Bronson según se aproximaban al centro de la ciudad—. Me gustaría verlas, ya que estamos aquí. Están muy cerca de El Cairo, ¿no?

—Sí que lo están, pero se encuentran en la orilla oeste del Nilo, a unos ocho o diez kilómetros por delante de nosotros. Puede que veas algo entre los edificios cuando empecemos a dirigirnos hacia el sur. Eso es —dijo consultando el mapa—, quédate en la orilla este del río y sigue por ahí.

—Entendido. ¿Después, por qué lado del Nilo tenemos que ir?

—No creo que importe. Según este mapa hay dos carreteras principales que recorren el Nilo por el sur, una por cada orilla y hay varios puentes por donde podemos cruzar al otro lado si nos hace falta.

El tráfico seguía algo congestionado, pero la mayor parte de los coches se dirigía hacia el centro de El Cairo, así que Bronson conducía a contracorriente y, en cuanto llegaron al distrito de Tura, la carretera giró hacia el sur y pudo acelerar un poco cuando el tráfico se redujo. Los altos edificios de apartamentos y los bloques de oficinas iban quedando sustituidos poco a poco por estructuras más viejas, más bajas y mucho más decrepitas. En un par de ocasiones sí que pudieron ver las cúspides de las pirámides en la distancia, hacia el oeste. A su derecha, el Nilo fluía hacia el norte; era una ancha masa de agua marrón verdosa abarrotada de distintos tipos de embarcaciones que incluían un par de grandes cruceros, lanchas y faluchos de vela latina, los icónicos barcos del antiguo Egipto.

En el lado oeste del Nilo, la zona urbanizada parecía haber desaparecido y solo quedaba alguna que otra vivienda, pero la carretera que estaba siguiendo Bronson, que estaba pegada a la orilla del río, tenía amplias urbanizaciones que se extendían

hacia el este. Eso le extrañó y lo compartió con Angela.

—Existe una buena razón —respondió ella—. A nuestra izquierda hay una gran urbanización, pero la tierra del lado oeste del río tiene muchos yacimientos antiguos. Estamos a punto de llegar a un lugar llamado el monasterio de San Jeremías y justo debajo de eso está Saqqara.

—Ese nombre me suena.

—Y debería. Es una zona de enterramiento enorme y muy antigua, creo que tiene ocho kilómetros de largo y algo más de uno y medio de ancho, y ahí se encuentra el complejo de construcciones en piedra tallada más antiguo que se conoce. Es la pirámide escalonada de Zoser, que data aproximadamente del 2600 a. C., es decir, que tiene más de cuatro mil años de antigüedad. Los egiptólogos creen que es la primera pirámide de piedra y que se construyó erigiendo una enorme mastaba, una especie de tumba rectangular con el techo plano sobre un lecho rocoso, y que después se fueron construyendo encima otras cada vez más pequeñas.

—Y eso serían los escalones.

—Claro. Pero lo cierto es que las pirámides escalonadas se encuentran en distintas partes del mundo donde no se conocen las mastabas, así que podría haber sido también un diseño que a los antiguos les gustaba admirar. Las más conocidas son los zigurats de la antigua Mesopotamia, lo que hoy es Irak, y las de las civilizaciones precolombinas de Suramérica.

—¿Los incas y los aztecas?

—Sí, y los mayas y los toltecas también. Todos probaron a construirlas. Bueno, el caso es que además de la pirámide escalonada de Zoser, hay pirámides que pertenecen a otros quince o dieciséis reyes egipcios en Saqqara y que se encuentran en distintos estados de deterioro. Y como a los altos oficiales de la corte les gustaba que los enterraran lo más cerca posible del rey, hay tumbas de fosa y mastabas por todas partes. Y allí también hay una cosa llamada el serapeum, que fue el lugar de enterramiento para los toros momificados de Apis.

—¿Los egipcios momificaban a los toros? —preguntó Bronson sorprendido—. Creía que solo lo hacían con los gatos.

Angela asintió.

—Momificaban a muchos animales. Los toros y las vacas eran los más grandes y los gatos, probablemente, los más comunes, pero también momificaban pájaros, sobre todo halcones e ibis.

La carretera en la que estaban se llamaba Cornish el Nile, que suponían significaba «la rivera del Nilo», y al dejar a su izquierda la zona urbanizada, la vía se apartó ligeramente de la orilla del río antes de volver hacia ella. Al salir de la urbanización pasaron de largo un puente sobre el río.

—Es el primer punto para cruzar el río que hemos visto desde que hemos salido

de El Cairo —dijo Bronson.

—Sí. Según este mapa, ese es el puente El Marazeeek, pero hay muchos otros puentes más al sur. Tú sigue por esta carretera.

Al cabo de unos kilómetros, el río se les había quedado algo alejado al oeste, y la carretera los estaba llevando hacia el este, así que dejaron de ver el Nilo. El tráfico se había reducido considerablemente, aunque aún podían ver varios coches por delante y otros tantos por detrás, además de un constante flujo de vehículos dirigiéndose hacia ellos. La carretera abierta y unas condiciones de conducción menos frenéticas hicieron que Bronson se relajara un poco. Miró a Angela, que parecía perdida en sus pensamientos; supuso que estaba pensando en su búsqueda y en los peligros que los rodeaban. Sabía que tendría que estar extremadamente alerta si quería que permanecieran a salvo.

En el lado derecho de la carretera vio un cartel que mostraba el universalmente conocido símbolo de una botella con cintura de avispa y una palabra debajo escrita en árabe que supuso significaría «Coca-Cola».

—No me vendría mal beber algo después de todo por lo que hemos pasado esta mañana, y parece que un poco más adelante hay una cafetería. ¿Paramos?

Tras aproximadamente medio kilómetro, Bronson se detuvo fuera de un bar que era poco más que una vieja y polvorienta chabola. Pero oyeron el sonido de un generador en alguna parte detrás de la estructura, así que al menos las bebidas estarían frías y esa era una prioridad. Si iba a pasarse el día siendo chófer y guardaespaldas, tendría que asegurarse de no estar sediento.

El sol estaba alto para cuando Killian al fin consiguió sacar los retratos de sus marcos y hacerlos añicos. El lugar más obvio donde esconder un pequeño fragmento de pergamino era dentro de un compartimento secreto en alguna parte de la madera, profusamente decorada con pan de oro, que rodeaba y sostenía cada cuadro, así que había empezado examinando los marcos y buscando alguna letra o marca que pudiera ser relevante. Pero tanto los frontales como las partes traseras de los dos estaban prácticamente intactos. Había comprobado cada grieta y línea que había visto en busca del compartimento que estaba seguro que estaría ahí, pero por mucho que tocó, ningún panel ni cajón se abrió.

Después había roto el primer marco, desmontando las juntas y separando las cuatro partes. Las había examinado una a una y había roto los pedazos de madera hasta que se vio rodeado de astillas y desconchones de pintura dorada que cubrían la manta como si fueran confeti. Pero no había encontrado nada.

Repitió el proceso con el otro marco y obtuvo exactamente el mismo resultado. No había nada oculto dentro de ninguno. Solo entonces pasó a centrar su atención en los propios retratos.

Las partes traseras de los dos óleos parecían ser normales en todos los sentidos. Los lienzos estaban montados sobre bastidores de madera rectangulares y la tela estaba bien tensa y fijada mediante tachuelas cortas. Por lo que podía ver, en la madera no había marcas ni tampoco nada en la parte trasera del lienzo. El único otro sitio que podría haber ocultado el texto era el frente del bastidor, la parte que se encontraba bajo el lienzo del propio cuadro.

Sacó un destornillador de punta ancha de la pequeña caja de herramientas que siempre llevaba encima, pero al momento se detuvo y sacudió la cabeza. Había muchas tachuelas, tal vez cincuenta o sesenta, por la parte trasera del bastidor, y tardaría años en quitarlas con el destornillador. El cuadro no le interesaba nada, así que podría arrancarlo mucho más rápido con un cuchillo.

Eligió una navaja, sacó la hoja y, con un rápido movimiento, arrancó todo un lado de un bastidor. Después giró el cuadro e hizo lo mismo con los otros tres. La tela cayó y Killian observó con avidez la madera que había dejado al descubierto.

De nuevo, no encontró ningún tipo de marca. Agarró el destornillador y metió la punta bajo la tira de lienzo que seguía enganchada al bastidor. Levantó la tela hasta que pudo agarrarla bien y tiró de ella. En la madera no había nada; ninguna marca.

Se quedó mirando el bastidor y dándole vueltas en sus manos. Sabía que algo se le debía de haber escapado. La frase de Bartholomew solo se podía interpretar de un modo. La traducción del pergamino perdido tenía que estar oculta en alguna parte de los cuadros, en los «Montgomery». Era lo único que tenía sentido.

Gruñendo de frustración, tiró el bastidor y cogió el retrato que había arrancado. Examinó la parte trasera del lienzo, pero no encontró ninguna marca. Y entonces le dio la vuelta a la tela y observó el retrato en sí.

Diez minutos después, hizo una bola con el lienzo. No había nada, ninguna pista en ninguna parte del retrato. Solo pudo sacar una conclusión, y era algo tarde para descubrir que había una pregunta vital que no le había hecho a Suleiman al Sahid.

Había subestimado a Bronson y a Lewis. Estaba claro que habían estudiado el contenido de la caja de cuero antes de que se la hubiera quitado y que habían relacionado las mismas cosas que él. Después habían volado hasta Egipto, habían visitado a Al Sahid y se habían llevado las pistas que Bartholomew había ocultado en los retratos años antes. Ahora se daba cuenta de que su exhaustiva y destructiva búsqueda de los retratos había sido una absoluta pérdida de energía y, peor aún, de tiempo. Lo más probable era que Bartholomew hubiera anotado la traducción completa del texto persa en unos pedazos de papel, que los hubiera metido en sobres y los hubiera colado por detrás de los retratos.

Y entonces había llegado Bronson, había engatusado a Suleiman y se había apropiado de lo que todos estaban buscando.

Killian soltó una buena sarta de improperios y con una patada a los restos de madera hizo volar los trozos de los marcos en todas las direcciones. Las pistas no estaban allí.

Se agachó y rebuscó una vez más entre los pedazos; después se metió la mano en el bolsillo, sacó un mechero y acercó la llama al extremo del lienzo. Con el calor del mediodía, la vieja y seca tela ardió casi de inmediato. Killian esperó un momento para asegurarse de que el fuego estaba bien prendido, añadió los restos de los marcos y bastidores a las llamas y volvió a su coche.

Al menos ahora sabía exactamente lo que tenía que hacer. Estaba claro que Bronson y Lewis tenían la información que necesitaba y tenían que estar en alguna parte de El Cairo. Debía encontrarlos y recuperar las pistas. Y después los mataría. Sonrió, el dolor de su oreja estaba disminuyendo un poco. Las muertes que estaba planeando serían largas y lentas.

J. J. Donovan había visto el revuelo del incendio de la casa, al que no le encontraba sentido, y la llegada de los bomberos, y después había arrancado el coche y había ido tras Bronson mientras este se alejaba de la desoladora escena.

Ahora veía con enfado cómo Bronson se salía de la carretera. No se había atrevido a parar también porque era un lugar demasiado pequeño y él era policía, lo que significaba que estaba entrenado y había desarrollado técnicas de observación. Sabía que si paraba en la cafetería, Bronson se fijaría y lo recordaría, y eso no lo quería bajo ningún concepto.

Así que siguió avanzando durante medio kilómetro aproximadamente y se paró en el arcén. Apagó el motor y esperó unos segundos mientras observaba por el espejo retrovisor. Cuando le quedó claro que Bronson y su acompañante iban a tomar algo, supo que tendría que esperar, y que lo único que podía hacer era fingir una avería.

Bajó todas las ventanillas del Mercedes, porque el calor subiría mucho con el motor y el climatizador apagados, pero también porque los cristales tan tintados podrían ser un rasgo identificativo. Con las ventanillas bajadas, no era más que otro Mercedes de tamaño medio y color claro, uno de los miles que se encontraban por las carreteras de El Cairo.

Después bajó del coche y levantó el capó. Había poco que ver dentro del compartimento, a excepción de una enorme plancha de aluminio troquelada que cubría el motor, pero no importaba. Con el capó levantado, cualquiera que pasara daría por hecho que el coche estaba parado por alguna avería, ya fuera mecánica o eléctrica.

A continuación volvió a meterse en el Mercedes y se sentó, centrando toda su atención en el establecimiento que tenía a unos quinientos metros por detrás. Lo otro que tenía que hacer era asegurarse de que Bronson no viera la matrícula del coche al pasar, y eso significaba que también tendría que levantar la puerta del maletero. Pero eso no podía hacerlo hasta que el Peugeot empezara a moverse, porque para ver bien la cafetería tenía que utilizar el retrovisor interior y, cuando alzara la puerta del maletero, esa vista desaparecería.

Así que lo único que podía hacer era esperar. Esperar y observar.

Bronson apagó el motor y, cuando bajaron del coche, los golpeó una ráfaga de calor como salida de un horno. Había unos cuantos hombres, todos ataviados o con el típico traje árabe o con camisas y pantalones blancos. Estaban sentados en las mesas con bebidas delante. Miraron a los dos occidentales con una mezcla de curiosidad y desconfianza cuando pasaron entre ellos hacia un par de asientos libres cerca del

fondo del local, donde el ruido del generador era más fuerte.

—¿Qué quieres beber? —le preguntó gritando a Angela.

—Lo que de verdad me apetece es un gin tonic bien frío con mucho hielo, pero imagino que eso no es una opción aquí. Pídeme algo sin alcohol, una Coca-Cola, o una Fanta, o algo así. Sin vaso ni hielo, claro.

—Vale —respondió y unos minutos después volvió a la mesa con dos botes de Coca-Cola cubiertos de gotitas de humedad. Se sentó a su lado y bebieron con avidez —. Así que El Hiba. ¿Por qué no me cuentas lo que sabes de este lugar?

—Lo llamaban Tayu djayet, que significaba «sus muros» por los impresionantes muros de piedra que hay fuera. Espera un segundo... —Rebuscó en su bolso, sacó una libreta y pasó las páginas llenas de su limpia y precisa letra hasta que encontró lo que estaba buscando. Cogió un lápiz y una hoja en blanco y dibujó una formas—. Es hora de tu primera clase de jeroglíficos —dijo girando el papel para que Bronson pudiera verlo.

Había dibujado una media luna, un buitre, dos hojas, algo que parecía un pollo pequeño, un obelisco, dos hojas más y una media luna encima de una cruz metida en un círculo.

—¿Y esto qué es?

Angela le sonrió.

—Es el equivalente en jeroglífico a Tayu djayet. El primer símbolo, esta media luna —dijo señalando la forma con la punta del lápiz— es una «t», el buitre es una «a» o «ah», una hoja es «i», pero dos juntas son «y».

—Espera, deja que lo resuelva. Eso forma «tay». ¿Y el pollo?

—Eso no es un pollo. Es una codorniz y equivale a la «w». Todos esos símbolos son consonantes, parte del alfabeto egipcio, en el que casi todo son consonantes, pero el siguiente es un fuego de arado o taladro y eso es un determinativo. Como la lengua jeroglífica es gráfica, puede haber dos o más significados distintos de una serie de símbolos.

—¿Cómo un rebus, quieres decir?

Angela lo miró, perpleja.

—Estoy impresionada, aunque tengo que confesar que no sé qué es un «rebus» exactamente, además del nombre del detective de Ian Rankin, claro.

—Es un tipo moderno de frase gráfica. Cosa de niños, en realidad. Como si dibujas una taza de té y al lado un perro con su dueño y señalas a este con una flecha. Significaría «Te amo» —dijo mirando firmemente a Angela al pronunciar esas dos palabras.

Ella se sonrojó y desvió la mirada.

—Bueno... vamos a volver al tema de los jeroglíficos. Los determinativos eliminaban cualquier confusión sobre cómo sonaban y qué significaban las

consonantes. —Volvió a señalar el papel—. Lo siguiente son dos hojas, una «y», y por último una «t» con otro determinativo, la cruz en el círculo que significa «ciudad».

—Has dicho que la escritura hierática y la demótica se leían de derecha a izquierda, ¿pero los jeroglíficos se leen de izquierda a derecha?

—No necesariamente. Es más, solían escribirse de derecha a izquierda, pero también se podían leer de izquierda a derecha o hacia abajo.

—Maravilloso. ¿Y entonces cómo sabía la gente por dónde empezar?

—Muy fácil —respondió Angela, y señaló el dibujo que había hecho—. ¿Ves el buitre y la codorniz?

Bronson asintió.

—Había muchos símbolos de animales que se utilizaban en los jeroglíficos, pájaros y serpientes y cosas así, y siempre se dibujaban de perfil. Los dos pájaros de esta palabra están mirando a la izquierda, así que desde ese extremo empiezas a leer. Si hubieran estado mirando a la derecha, tendrías que leer de derecha a izquierda. — Se terminó la Coca-Cola y se levantó—. Vamos. Te lo seguiré contando mientras conducimos. Aún nos queda mucho camino por delante.

Donovan se sentía más acalorado e irritado a cada minuto que pasaba, pero mantenía la mirada clavada en el espejo retrovisor. Ahora dos figuras se movían lentamente por el polvoriento aparcamiento de la cafetería en dirección a su coche.

Pulsó el botón para abrir el maletero, se aseguró por el espejo de que se había abierto, de modo que no se pudiera leer la matrícula, y salió del Mercedes para situarse junto a la matrícula delantera y ocultarla también. Cuando el coche de Bronson pasó por delante de él en dirección al sur, levantó el brazo para asegurarse de que los ocupantes del vehículo no podían verle la cara. Esperaba que con su camisa blanca y sus pantalones claros pasara por un conductor más con un vehículo averiado preguntándose qué hacer.

Una vez lo hubieron rebasado, bajó el capó y la puerta del maletero y con mucho gusto se sentó dentro y arrancó el motor, deleitándose en la ráfaga de aire helado que casi de inmediato salió por los orificios de ventilación del salpicadero.

Esperó a dejar pasar tres coches y se incorporó a la carretera. El Peugeot de Bronson ahora se encontraba a unos quinientos metros, pero seguía claramente visible.

Lo único que tenía que hacer era descubrir adónde se dirigían.

La carretera se extendía ante ellos con un brillo trémulo bajo el calor del mediodía.

Angela ajustó uno de los ventiladores para dirigirse el aire directamente a la cara.

—El Hiba es uno de esos lugares que se conoce por diferentes nombres. Además de Tayu dijayet y El Hiba, en copto se llamaba Teudjo y mucho después, en el periodo grecorromano se llamaba Ankyronpolis.

Bronson se acomodó en su asiento.

—Entiendo que el copto y la palabra egipcia son muy similares, pero ¿cómo surgió la de Ankyronpolis?

—Era un nombre griego. Alejandro Magno conquistó Egipto en el 332 a. C. y fundó la ciudad de Alejandría. Cuando murió, sus generales dividieron su vasto imperio y uno de ellos, un hombre llamado Ptolomeo I Sóter, acabó haciéndose con el poder en Egipto y creó una dinastía que gobernaría el país durante casi trescientos años. Se llamó periodo ptolemaico porque todos los reyes o faraones fueron adoptando el nombre de Ptolomeo, uno tras otro. Sin embargo, hubo algunos periodos breves en los que reinaron mujeres, que solían adoptar el nombre Arsinoe, Berenice o Cleopatra. La última fue Cleopatra VII, la amante de Antonio. Su muerte en el 30 a. C. puso fin a la dinastía ptolemaica. El Hiba no podía competir con lugares como Tebas, Luxor o Guiza, pero desde aproximadamente el 1200 a. C. hasta alrededor del 700, que fue el periodo que cubrieron las dinastías de la XX a la XXII, fue una importante ciudad fronteriza. Marcó la división de Egipto entre los altos sacerdotes de Amón, que se encontraban río arriba en Tebas, el Luxor de ahora, y los reyes de Egipto que gobernaban desde Tanis. Como ciudad fronteriza, El Hiba era vulnerable a los ataques, y por eso se construyó un enorme muro allí que rodeaba el asentamiento y que, por supuesto, dio lugar a su nombre egipcio. Ahora nuestro interés en la ciudad se debe a que el primer rey de la dinastía XXII, Sheshonq I, construyó un templo en honor a Amón allí.

—¿No habías dicho que el nombre del faraón era Sisac?

Angela suspiró.

—La verdad es que nunca existió un faraón llamado Sisac, tal como lo nombran en la Biblia, y es uno de los problemas, pero la mayoría de los expertos ahora están de acuerdo en que lo que probablemente encaje mejor con Sisac sea Sheshonq I, y una razón para ello, aparte del parecido de los nombres, es lo que Sheshonq le hizo a El Hiba. Hacia el final de su reinado, probablemente alrededor del 930 y el 920 a. C., hizo que decoraran los muros del templo con una lista de las ciudades que sus fuerzas capturaron durante su campaña en Palestina. Y eso sí que coincide con el registro bíblico de la invasión de Judea a manos del faraón al que en la Biblia llamaron Sisac.

—Sí, eso tiene sentido.

La carretera recorría la orilla este del Nilo en dirección al suroeste. Había alguna que otra carretera en dirección al este que, supuestamente, conducía hasta asentamientos cercanos y habían atravesado algunas aldeas pequeñas ubicadas en la carretera principal también. La carretera estaba razonablemente tranquila, pero había varios coches y unas cuantas furgonetas hacia cada dirección con el mayor volumen de tráfico por el norte, hacia El Cairo.

—¿Dónde estamos ahora?

La carretera giró ligeramente a la izquierda y, cuando Bronson viró el volante para tomar la curva, vio un cartel en el lado derecho.

—El Kuddaya.

—Ya está. —Angela miró el mapa y trazó la ruta con su dedo—. Lo creas o no, en unos dieciséis kilómetros viene otra curva. Eso te despertará.

Bronson se rio.

—Y cuando lleguemos allí, querrás ver las inscripciones jeroglíficas, ¿a qué sí?

—Exacto. Ya sé que las inscripciones incluyen una lista de las ciudades que Sheshonq ocupó en Judea, eso está documentado, pero lo que no he podido descubrir es si también habrá una lista de los botines de guerra.

—¿No solían poner eso también?

—Normalmente sí, porque eso mostraba al faraón como un líder poderoso e invencible, como un dios en vida, de hecho. Con frecuencia las inscripciones del templo lo representaban en un carro de guerra y cargando personalmente contra sus enemigos, o ejecutando a cautivos con una espada o una maza después de una batalla, esa clase de cosas. Si las fuerzas egipcias lograron hacerse con un tesoro tan importante como el Arca de la Alianza, el faraón querría que eso quedara registrado en piedra también.

Bronson suspiró y estiró los hombros.

—Pues vamos allá.

—Ya estamos aquí —dijo Angela doblando el mapa y guardándolo en la guantera—. Ahí arriba en la colina está El Hiba.

Delante de ellos, una amplia zona de muros de barro derruidos y otras estructuras se extendían desde el río Nilo a su derecha hasta la colina, dorada con el brillante sol de la tarde. La carretera subía hasta la aldea y atravesaba una zona de edificios en ruinas.

—No parece para tanto —dijo Bronson decepcionado.

—Ahora no es para tanto, pero en su apogeo fue un lugar concurrido y populoso. Varios miles de personas vivían aquí, pero ahora habrá solo un puñado. Vamos a encontrar algún sitio para aparcar y después echaremos un vistazo.

La aldea no estaba tan desierta como parecía. Había unos cuantos egipcios caminando por allí con su ropa blanca teñida por el polvo que se arremolinaba cada vez que un vehículo cruzaba el asentamiento. Algunos estaban sentados junto a la carretera, fuera de un pequeño establecimiento, fumando pipas o bebiendo café solo en unos diminutos vasos. No fue difícil encontrar sitio para aparcar. Bronson paró en un terreno baldío.

—Me esperaba que fuera mucho más grande y que estuviera más concurrido —murmuró al cerrar el coche.

—No está entre los itinerarios turísticos más populares. Es más, no creo que aparezca en ninguna guía, así que además de los locales, los únicos que podrían andar por aquí son arqueólogos y ni siquiera veo a ninguno. En alguna parte leí que un equipo norteamericano vino hace cinco o seis años a excavar este yacimiento, pero no he oído nada más desde entonces. Este es uno de los pocos lugares históricamente importantes de Egipto que aún no ha sido estudiado a fondo por los arqueólogos.

—Supongo que estaban excavando el templo de Sheshonq.

—Probablemente no solo el templo. Este lugar era una fortaleza y también una necrópolis. En alguna parte de por aquí hay miles de tumbas que tienen alrededor de cuatro milenios. Supongo que el equipo habrá estudiado el yacimiento, y no solo una zona.

—¿Entonces nadie ha estudiado este sitio antes que ellos?

—La verdad es que no, aunque se ha informado de uno o dos hallazgos espectaculares aquí. El ejemplo de escritura demótica más antigua se encontró aquí, en un fragmento de papiro, y data de alrededor del 660 a. C. Pero como El Hiba es un lugar tan antiguo y ha recibido tantas influencias como la egipcia, la griega, la romana y otras más, cualquier excavación que se llevara a cabo aquí tendría que ser larga y de gran alcance.

Siguieron caminando en dirección a una zona abierta en lo más alto del

asentamiento, desde donde imaginaban que tendrían buenas vistas.

—Espectacular —dijo Bronson cuando pararon y miraron a su alrededor.

Bajo ellos, las ruinas de los muros marrones rojizos de ladrillo de barro descendían en gradas hacia la llanura que los rodeaba y hacia la orilla este del Nilo con su lento fluir.

—¡Vaya sitio! —apuntó Angela—. El terreno alto les habría dado a los defensores una ventaja significativa en cualquier conflicto y estar tan cerca del río significaba que estaban protegidos de los ataques por cada lado. Bueno, ahora vamos a buscar el templo.

En el extremo más alejado de El Hiba, J. J. Donovan observaba a sus objetivos con unos prismáticos junto a una parte de los viejos muros de la ciudad.

A unos cien metros, Bronson y Angela estaban de espaldas a él y parecían estar mirando algo. Después, de pronto, se giraron hacia él y durante un breve e inquietante instante, le pareció que estaban viéndolo; sus rostros aumentados se veían claramente por las lentes de los prismáticos.

Al momento vio a Angela gesticular, se dieron la vuelta y empezaron a bajar la colina lentamente, alejándose de él.

Los muros eran enormes. No solo de varios centímetros de grosor, sino de metros, y aún se veían intactos.

—Debían de ser las defensas de la vieja ciudad —dijo Angela—. No se encuentran en mal estado teniendo en cuenta lo antiguos que son. Datan de la dinastía XXI, alrededor del año 1000 a. C., así que llevan en pie tres milenios.

Bronson miró a su alrededor. La aldea estaba abrigada por un palmeral (tan cerca del Nilo el suelo era bastante fértil, claro) y más palmeras tachonaban el lugar. Pero la carretera principal estaba muy concurrida, coches y camiones pasaban por delante de ellos a intervalos regulares, y tenían que tener la precaución de mantenerse lejos de ella.

—No tenemos ni una guía ni nada —dijo Angela—, así que tendremos que movernos por aquí hasta que encontremos lo que quede del templo que construyó Sheshonq. Lo único que sé es que está dentro de los antiguos muros, razón por la que se me ocurrió empezar a buscar por aquí.

Lentamente empezaron a volver sobre sus pasos, fijándose con atención en todas las estructuras por las que pasaban. En un par de ocasiones a Angela le pareció haberlo visto, pero se equivocaba. Después miró al frente y murmuró algo en voz muy baja.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué? —Bronson miró hacia donde señalaba.

—Creo que los idiotas de los egipcios han hecho pasar la jodida carretera por el templo. Mira, por allí se ve el mismo tipo de muros de piedra a ambos lados.

Bronson no lo veía tan claro.

—Puede que tengas razón, aunque a lo mejor los ingenieros no tuvieron otra opción. Tal vez no tenían otro sitio donde construir la carretera.

—¿Así que han demolido la mitad de un templo irremplazable para plantar una franja de asfalto? En estas situaciones siempre existe una alternativa, Chris. Esto es vandalismo arqueológico motivado por la pura desidia. Podrían haber desviado la carretera alrededor de la colina bajando por el valle. Solo le habría añadido unos cuantos metros de longitud e incluso habría sido más sencillo de hacer.

—Sí, pero cuando se construyó esta carretera tal vez el gobierno no se dio cuenta de que era un lugar tan importante. Creía que la mayoría de las excavaciones de por aquí las llevaron a cabo arqueólogos extranjeros. Básicamente, Egipto ha sido excavado por británicos, franceses y norteamericanos, no por los propios egipcios. Probablemente ellos no vieron más que un puñado de viejas piedras y pensaron que les vendrían muy bien como base para la carretera. No creo que sea la primera vez que haya pasado algo así.

Angela asintió lentamente.

—Es una valoración muy acertada, la verdad, y tienes razón, ha sido algo muy común. Mucha gente no sabe que cuando se estaba construyendo la Basílica de San Pedro, en Roma, muchas de las piedras que se utilizaron las tomaron del Coliseo y esa es una de las razones por las que ahora se encuentra en ese estado. Hasta mucho después, los italianos no se dieron cuenta de que el Coliseo era un importante yacimiento arqueológico, al menos tan importante como San Pedro, o quizá incluso más, y empezaron a movilizarse para darle la protección que merecía.

Bronson le echó una reconfortante mano sobre el hombro.

—Vamos a ver qué queda del templo.

Subieron la pendiente hacia la estructura que quedaba en pie junto a la carretera. Los muros eran muy bajos y la mayoría eran poco más que pilas de escombros. Angela se agachó junto a uno de ellos y señaló la talla de un pie y la parte baja de una pierna. El resto de la estatua habría desaparecido cuando el muro se derrumbó, o lo demolieron, pero aún quedaban algunos caracteres jeroglíficos visibles a un lado.

—¿Hay algo útil por aquí? —preguntó Bronson agachándose junto a ella.

—No mucho. La talla podría haber sido de Sheshonq o incluso del dios Amón, pero no hay forma de saberlo ahora. —Se agachó y miró con más detenimiento los caracteres donde se podía ver una incisión curvada en el extremo de una línea vertical de símbolos—. Eso parece el borde superior de un cartucho, así que esta inscripción puede que esté relacionada con un faraón.

—¿Un cartucho? ¿Eso es la especie de borde que dibujaban alrededor de un nombre importante, no?

—Sí. Los nombres de los faraones siempre estaban metidos dentro de un cartucho. Es más, estos tres símbolos que hay encima confirman que la inscripción habla de un faraón.

Bronson miró los caracteres que estaba señalando. Podía ver lo que parecía el símbolo de un cayado con dos líneas curvadas que salían a cada lado de su extremo inferior, una forma de media luna y una línea ondulante.

—¿Eso es una palabra, no? ¿Qué significa el cayado?

Angela asintió.

—En realidad es un junco y se utiliza como determinativo. Las letras deletreadas son «n», «s» y «w» y eso significa «nesu» o «rey». La única palabra que podría seguirla sería el nombre del faraón y, ya que este templo lo construyó Sheshonq en honor al dios Amón, el cartucho casi seguro contendría su nombre.

Bronson miró al otro lado del muro derruido, un espacio que estaba lleno de piedras, ladrillos y escombros.

—Parece que fue un edificio enorme.

Angela sacó una pequeña libreta y la hojeó rápidamente.

—Sí que lo fue. Según los pocos registros que existen, originariamente estaba compuesto de un recinto de ladrillo y dentro estaba el templo propiamente dicho, de casi veinte metros de ancho y treinta de largo. No olvides que Amón fue un importantísimo dios creador de quien se creía que vivía dentro de todo. Podía presentarse como un ganso o un carnero con los cuernos curvados, lo cual demostraba que era un dios de la fertilidad, o más comúnmente como un hombre con cabeza de carnero y a veces incluso como un hombre con dos altos penachos sobre la cabeza. Más tarde se unió al culto de Re o Ra y se formó Amón Ra, el dios sol. Fue muy importante para los antiguos egipcios.

Bronson volvió a mirar el muro derruido.

—¿Hay algo aquí que nos diga si Sisac o Sheshonq verdaderamente se hizo con el Arca de la Alianza?

—No puedo estar segura. Voy a fotografiar lo que hay y lo traduciré después.

Había unas cuantas inscripciones bien conservadas en distintos puntos del muro e incluso en algunas de las piedras que habían caído, y Angela sacó fotos de todas las que encontró comprobando cada imagen en la pantalla de su cámara para asegurarse de que eran claras y válidas antes de pasar a la siguiente.

Al final se guardó la cámara en el bolso y echó un último vistazo al lugar.

—¿Ya está? —preguntó Bronson.

—Sí. Es una pena. Esperaba que aún hubiera en pie muros completos con las inscripciones intactas. No me imaginaba para nada que el templo se encontraría en

tan mal estado.

—¿Has visto algo útil?

—La verdad es que no —respondió—. He visto un par de cartuchos con el nombre de Sheshonq en ellos y algunas menciones a Amón, pero no mucho más. Aunque está claro que aún tengo que comprobar las fotos que he sacado.

—¿El nombre de Amón consiste en esos tres símbolos, la pluma, u hoja o lo que sea, y los otros dos dibujos?

—La hoja o caña, un tablero de damas y unas ondas de agua, sí. —Angela suspiró y Chris vio que estaba cansada—. Echaré un vistazo a las fotos de vuelta a Heliópolis, aunque no tengo esperanzas de encontrar nada útil. Tenía pensado hacer el trabajo aquí, pero hay tan poco material que no le veo sentido a intentar hacerlo ahora. Y al menos nuestra habitación tiene aire acondicionado.

Bronson asintió y se dio la vuelta, alejándose de las ruinas en dirección a la carretera. Al hacerlo, vio una figura con una camisa blanca y pantalones claros agachándose detrás de un muro al otro lado de la vía.

Se quedó sorprendido. A diferencia de los ciudadanos de El Cairo, los residentes de El Hiba claramente no veían muchos turistas extranjeros y Angela y él habían sido objeto de su interés desde que habían llegado allí. Pero la mayoría de la gente que habían visto se había limitado a mirarlos con una curiosidad abierta, no hostil. Tal vez ese hombre, porque Bronson estaba seguro de que era un hombre, era tímido, sin más. La otra cosa extraña era que parecía como si tuviera unos prismáticos o quizá una cámara en la mano, estaba claro que sujetaba un objeto pequeño y negro. Y su atuendo occidental no era habitual en un lugar donde la mayoría de la gente parecía vestir los tradicionales caftanes o chilabas egipcios.

—¿Qué pasa? —preguntó Angela.

—Creo que allí hay un hombre observándonos.

—Yo no veo nada.

—Sé lo que he visto. Tú quédate aquí. Voy a mirar.

Pero Angela lo agarró del brazo con las dos manos y lo detuvo.

—No, Chris. Vamos a marcharnos de aquí ahora mismo. Puede que sea ese sacerdote otra vez.

Bronson asintió con reticencia y miró hacia la carretera donde estaba aparcado el coche.

—Empieza a correr. Yo voy detrás.

Angela echó a correr volviendo por el camino por donde habían llegado.

Bronson se quedó mirando hacia el otro lado de la carretera unos segundos más y la siguió.

Dos minutos después, giró el volante del coche alquilado y se alejó de El Hiba levantando una nube de polvo y dirigiéndose a la carretera abierta y a El Cairo.

Mientras Bronson conducía, Angela, sentada en el asiento del copiloto del Peugeot, metió la tarjeta de memoria de la cámara en la ranura del portátil y copió en el disco duro del ordenador todas las fotografías que había tomado de los jeroglíficos. La pantalla LCD de su cámara tenía una calidad bastante buena, pero necesitaba la resolución de la pantalla del portátil para estar segura de lo que estaba viendo.

Y lo que estaba viendo no era lo que se había esperado. No había nada en ninguna de las secciones de las inscripciones que habían sobrevivido en el templo que sugirieran que Sheshonq se había apropiado del Arca de la Alianza. Más bien, todo lo contrario.

—Joder —murmuró al mirar una imagen en particular.

—¿Qué pasa?

—En esta imagen hay una sección legible de jeroglíficos, solo unas cuantas palabras salidas de la mitad y el final de una frase... El resto de la inscripción lleva perdido mucho tiempo. Si lo estoy interpretando bien, la línea de arriba dice algo como «el oro del templo». Me suena como una parte de una descripción de la incursión de Sheshonq en Judea. Sabemos que lo sobornó Roboam, quien les entregó a los egipcios los tesoros del templo. Pero la segunda línea termina con «caja sagrada que permaneció»; es la traducción más aproximada que puedo sacar. Por lo que sabemos, el Arca de la Alianza estaba en el templo de Jerusalén cuando las fuerzas de Sheshonq entraron en Judea y «caja sagrada» sería una descripción razonable. Eso significaría que tal vez los egipcios no se hicieron con el Arca. Dejaron que los sacerdotes la conservaran en el templo: «la caja sagrada que permaneció». Así que...

—Hemos estado buscando en el sitio equivocado —dijo Bronson terminando por ella—. Sheshonq no se apoderó del Arca, así que no pudo haberla llevado ni a Tanis ni a ninguna otra parte. ¿Hay algo más ahí? —preguntó mirando de soslayo hacia la pantalla del portátil—. Espera, me estoy distraendo con las fotos. Creo que será mejor que pare unos minutos.

Paró el coche a un lado de la carretera. El conductor de un camión que iba muy cargado, y que los había estado siguiendo muy de cerca, hizo sonar el claxon furioso, pero Bronson lo ignoró y se giró hacia Angela.

—No hay nada más en los jeroglíficos que mencione siquiera el Arca —dijo ella—. Estas inscripciones, por ejemplo, parecen ser parte de unos textos bastante comunes en honor a Amón, y hay un par que creo que están elogiando el valor y el liderazgo de Sheshonq. De nuevo, básicamente lo que te podrías esperar encontrar en un templo erigido por el faraón reinante en honor a uno de los dioses egipcios más importantes.

Ella presionó el cursor y empezó a ojear las otras imágenes del disco duro. Una

de ellas mostraba a un hombre de pelo negro junto a una silla.

—¿Quién es ese? —preguntó Bronson al mirar la fotografía.

Angela ya había pasado a otra imagen, pero retrocedió y miró la pantalla. Después se rio.

—Ese es el hombre que dio comienzo a todo esto. Es uno de los retratos de Bartholomew Wendell-Carfax de joven, uno de los dos que estábamos buscando. Ya te dije que había fotografías de los retratos con una calidad bastante decente en la caja de Bartholomew. Eran casi de tamaño A3 y de hecho estaban dobladas; las escaneé en mi despacho del museo.

Bronson miró la pantalla del portátil que sostenía Angela y de pronto se le ocurrió algo.

—Nunca hemos descubierto por qué mandó hacer esos retratos, ¿verdad? Quiero decir, supusimos por ese comentario sobre «los Montgomery» que Bartholomew había escondido el texto del pergamino en ellos, en una cavidad en el marco o algo así, pero ¿por qué eligió esa temática? Él de joven ataviado con ¿qué? Un traje de indio piel roja en uno y vestido como un príncipe indio en el otro.

—Parece que nadie sabe nada. Tal vez no fue más que una vanidad del viejo que quería tener una imagen de cuando rondaba los treinta.

—Tal vez. O tal vez fue otra cosa. Deja que eche un vistazo.

Angela lo miró sorprendida, pero obedientemente le pasó el portátil.

Bronson se quedó mirando a la pantalla unos segundos.

—¿Dónde está la otra? Esa en la que va vestido de piel roja.

Angela se acercó y buscó entre las imágenes hasta dar con la correcta.

—Aquí está.

Bronson estudió la fotografía, asintió con satisfacción y le devolvió el ordenador. Comprobó los espejos y se incorporó a la carretera, acelerando para ponerse a la misma velocidad del tráfico que se les acercaba por detrás.

—¿Y? —preguntó ella.

—Creo que sé dónde escondió Bartholomew el texto del pergamino que encontró —dijo, y parecía muy complacido consigo mismo.

—Pero eso ya lo sabemos; lo escondió en esos retratos. Los retratos que no tenemos ni la más mínima oportunidad de encontrar.

—No. Lo que quiero decir es que sé exactamente dónde escondió el texto Bartholomew.

Killian había tenido suerte. Había vuelto al hotel, había cogido una copia del listín telefónico local en recepción y se lo había subido a su habitación junto con un callejero de la zona este de El Cairo. Después, y empezando por el aeropuerto, había ido llamando a los principales hoteles que localizó pidiendo que lo pasaran con la habitación del señor Bronson. No era el apellido más común del mundo y la recepcionista del decimoquinto hotel al que llamó le dijo que el huésped que buscaba llevaba fuera todo el día.

Tan sencillo como eso.

Hizo las maletas, pagó la cuenta y se puso en marcha hacia el hotel donde ahora sabía que Bronson y Angela estaban alojados. Pasó conduciendo por delante del edificio, aparcó a un lado de la carretera, a unos cien metros del hotel, y miró atrás.

Estaba situado en un tramo bastante recto que ofrecía buena visibilidad en los dos sentidos y Bronson, por supuesto, podía llegar desde cualquier dirección. Pero la carretera principal se extendía por un extremo de la calle y sería ese punto, lógicamente, por donde Bronson aparecería con más probabilidad, de modo que ahí fue donde Killian decidió esperar. Era esencial que viera a su presa antes de que llegaran al hotel, ya que una vez entraran en el edificio, dejaría de tenerlos a su alcance.

Se incorporó al tráfico y eligió un hueco vacío cerca de la carretera principal desde donde vería a cualquier coche que girara para entrar en la calle del hotel. Cerró el habitáculo y fue hasta una pequeña tienda donde compró agua embotellada y varios paquetes precintados de galletas y pastelitos antes de volver al vehículo. Bajó todas las ventanillas y colocó la comida y la bebida en el asiento del copiloto. Abrió el capó y, hábilmente, desactivó el airbag del Renault. Después se sacó unos prismáticos del bolsillo y los puso sobre el salpicadero, donde podía alcanzarlos con facilidad. Finalmente, se abrochó el cinturón de seguridad y dejó la llave en el contacto para poder arrancar y ponerse en marcha en cuanto viera algo.

Y entonces, se acomodó para esperar.

Bronson se detuvo y miró a Angela, que estaba prestándole toda su atención.

—Venga, sigue —le dijo, claramente irritada—. No me tengas en vilo. ¿Dónde está?

En ese momento le sonó el móvil y rebuscó en su bolso para sacarlo. Antes de responder, miró la pantalla.

—Mierda —murmuró—. Es Roger Halliwell, seguro que llama para saber dónde estoy.

—¿No le habías dejado un mensaje en el museo diciéndole que te ibas a tomar unos días libres?

—Y se lo dejé. A lo mejor ese es el problema. Hablando con propiedad, primero debería haber esperado a que me diera su aprobación.

—Eso es lo que se suele hacer —respondió Bronson.

—Bueno, pero puede esperar. Lo llevo todo al día y, que yo sepa, nunca ha pasado nada en el museo que se pudiera calificar como urgente. Ya lo llamaré mañana.

Pero al volver a meter el móvil en el bolso, oyeron el familiar pitido que indicaba la llegada de un mensaje.

Angela volvió a mirar la pantalla.

—Es de Roger y parece muy cabreado. «Llámame ahora. Es vital». Tal vez sea mejor que le dé un toque. ¿Puedes parar un momento? Esto no tiene muy buena pinta.

Mientras Bronson volvía a sacar el Peugeot de la carretera, Angela seleccionaba el número de Halliwell de su lista de contactos.

—Roger, soy Angela. He recibido tu... —Se detuvo y escuchó atentamente durante unos segundos—: ¿Qué? ¡Por Dios! ¿Es una broma? Porque si...

Bronson intentó darle sentido a la mitad de la conversación que estaba oyendo, pero se rindió.

—No, Roger. Ni siquiera estuve allí el último día. Estaba en el museo, ¿te acuerdas? Me viste, por lo menos, dos veces. —Otra pausa—. No, estoy en Egipto. Unas vacaciones cortas. Te avisaré cuando regrese.

Volvió a escuchar durante unos segundos y colgó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Bronson.

Angela se quedó mirando el teléfono un momento y después lo miró con gesto de preocupación.

—Es el pobre Richard Mayhew. Está muerto. Alguien le dijo a la policía local que se había quedado un coche aparcado en Carfax Hall después de que ya nos hubiéramos marchado todos y fueron a investigar. Lo encontraron en la cocina.

—¡La hostia! —exclamó Bronson—. ¿Sufrió un infarto?

Angela negó con la cabeza.

—No. Lo habían atado a ese vieja butaca y golpeado con algo parecido a un látigo antes de dispararle. Sucedió el viernes por la tarde, según la policía. Quieren que vaya a prestar declaración cuando vuelva.

Bronson estaba impactado y durante tal vez medio minuto se quedó ahí sentado, estableciendo conexiones y explorando las repercusiones de lo que Angela le había dicho.

—Creo que eso explica cómo ese cura de pega pudo llamarte por tu nombre —dijo finalmente— y cómo sabía las cosas que te habías llevado de Carfax Hall. Torturó a Richard Mayhew y lo obligó a revelarle tu nombre y tu dirección, y después, cuando tuvo lo que quería, lo mató. Entonces asaltó tu piso y te atacó en la calle. Y también debió de matar a Oliver, o al menos fustigarlo hasta que el corazón del viejo ya no pudo más. Ha estado yendo detrás de nosotros todo el tiempo.

Angela sacudió la cabeza.

—Pues creo que ahora está un paso por delante, porque después del ataque a Suleiman al Sahid en El Cairo, él tiene los retratos y nosotros no.

Bronson se giró hacia ella.

—Esto me preocupa. Está claro que este tío es totalmente despiadado. Ha matado a dos personas, que sepamos, y habrían sido cuatro si no te hubieras librado de él en Londres y si no hubiéramos sacado a Suleiman de su casa. Tenemos que decidir si esta búsqueda de verdad merece el riesgo que supone.

—Pero ahora mismo no estamos participando en ninguna búsqueda —dijo Angela—. Admitamos los hechos, Chris. Tiene los retratos y nosotros no y sin ellos, perfectamente podemos hacer las maletas y marcharnos a casa.

Bronson sacudió la cabeza.

—Una pregunta. Si pudiera darte el texto entero del pergamino, ¿aún querrías seguir adelante? ¿Sabiendo que el sacerdote sigue suelto y que en algún momento tendremos que volver a enfrentarnos a él?

—Yo no querría tener que volver a verlo —dijo Angela—, pero sería distinto si estuvieras conmigo. Aunque eso no importa ahora, ¿verdad? No tenemos los retratos, así que no podemos encontrar el texto del pergamino.

—¿Entonces, seguirías adelante con la búsqueda?

—Sin duda; el premio es demasiado grande como para ignorarlo.

Bronson sonrió.

—Sabía que dirías eso. Tengo otra pregunta para ti. ¿Cómo es la escritura persa? Quiero decir, ¿tiene unas fuentes sencillas o algo más elaboradas?

—Es bastante elaborada. Supongo que se la podría calificar como florida. Tiene muchas curvas y espirales. ¿Por qué?

—Es lo que esperaba que dijeras. Si no me equivoco, Oliver Wendell Carfax

estaba perdiendo el tiempo arrancando paneles de las paredes buscando el escondite donde Bartholomew había escondido el texto del pergamino. Creo que debió de desintegrarse poco después de que lo sacara de la vasija sellada; es muy frágil, ¿no?

—Si no se guarda en las condiciones apropiadas, sí. Y Bartholomew no debía de tener ni el conocimiento ni la experiencia necesarios para saberlo. Ni el equipo, claro. Si no lo guardó en un sobre sellado, y sobre todo si lo manipuló en exceso, no debió de durarle mucho.

—Ya. Así que lo que creo es que copió con mucho esmero la inscripción persa en cuanto vio que el pergamino iba a deteriorarse. Después, más adelante, decidió crear un registro más permanente y por eso mandó pintar los dos retratos.

—Eso lo sabemos. Se supone que hay un compartimento secreto en el marco de uno u otro. Si el cajón debajo de ese zorro disecado cuenta, parecía que a Bartholomew le gustaban esas cosas.

Bronson sacudió la cabeza.

—No creo que hiciera algo tan complicado. Creo que decidió ocultarlo a simple vista. Mira el retrato. Se ve a un joven llevando una túnica india llena de bordados, y si te fijas en el cuello y las solapas, puede parecer un patrón aleatorio, aunque no creo que lo sea. Pienso que es una forma de escritura, una forma que la mayoría de la gente no reconocería como tal.

Durante un momento, Angela se quedó mirando la imagen que aparecía en la pantalla del ordenador.

—Dios mío, Chris, creo que podrías tener razón —dijo lentamente—. Ahora que sé lo que estoy buscando, no parece ser un patrón aleatorio. De hecho, creo que puedo distinguir algunas letras individuales aquí. —Miró a su exmarido—. Eres brillante, ¿lo sabes?

Bronson sonrió. Había sido una suposición, pero una muy acertada.

—Y el retrato de Bartholomew llevando un traje de piel roja —dijo buscando el retrato—. Supongo que estará en la cinta del tocado que lleva alrededor de la frente, ¿no?

Bronson miró la pantalla y asintió.

—Y tal vez recorre la parte delantera de la túnica también. ¿Puedes leer la letra?

—Eso espero. Por lo que veo, las fotografías que Bartholomew había sacado estaban hechas con mucha profesionalidad, y supongo que debió de insistir en que se pudieran leer las letras. Si no, ¿para qué iba a haber encargado que se tomaran las fotografías? Después envió los retratos a El Cairo para salvaguardarlos. Si tienes razón, y creo que la tienes, estas dos fotografías habrían sido su registro personal del texto persa para que solo lo pudiera leer aquel que sabe lo que está buscando.

—¿Y las imágenes que escaneaste? ¿Al hacerlo perdiste algunos de los detalles de las fotografías?

—Tal vez un poco, pero nada importante. Puede que estas imágenes sean tan buenas como tener las fotografías originales, y también tenemos una ventaja, y es que usando el ordenador puedo ampliar las zonas que nos interesen y mostrarlas en la pantalla, que es mucho más fácil que intentar hacer lo mismo con una lupa delante de un lienzo que cuelga de una pared.

Angela se acercó y besó a Bronson.

—Vamos a volver al hotel lo antes posible. Tendré que transcribir las letras y buscar un programa de traducción persa en línea para averiguar qué dice el texto. Con suerte, podría hacerlo todo hoy.

Miró a Bronson con los ojos brillando de emoción.

—Nos estamos acercando, Chris. Puedo sentirlo. Para cuando llegue la noche tal vez podamos hacernos ya una muy buena idea de dónde está enterrada el Arca de la Alianza.

Cerca del centro de El Cairo, Bronson señaló a la izquierda y llevó el coche alquilado hacia la línea que separaba ambos sentidos buscando un hueco entre el tráfico que venía en sentido opuesto. Nadie parecía muy dispuesto a frenar por él, así que fue abriéndose paso hasta que un par de vehículos, por fin y con cierta reticencia, se detuvieron lo suficiente para dejarle girar delante de ellos.

—Nunca me acostumbraré a la forma que tienen de conducir aquí —murmuró Angela mientras Bronson enderezaba el volante y bajaba la calle en dirección al hotel.

A unos cincuenta metros por delante del coche de Bronson, Killian soltó los prismáticos y giró la llave del contacto. El motor cobró vida de inmediato. En cuanto el Peugeot se acercó, Killian metió primera y aceleró con fuerza, saliendo del aparcamiento en dirección al vehículo de Bronson.

—¡Cuidado! —gritó Angela al ver otro coche abalanzarse hacia ellos; parecía que el conductor no los había visto.

Bronson vio el vehículo en cuestión en ese mismo instante y reaccionó tal como le habían enseñado, girando el volante para esquivar la inminente colisión y acelerando mucho para apartarse del vehículo.

Angela miró fijamente al conductor y vio la oreja vendada, la piel pálida y esos ojos oscuros casi negros.

—¡Es ese sacerdote! —gritó—. ¡Está intentando matarnos!

Bronson miró a su derecha, pero estaba concentrado en el tráfico, no en el conductor del otro vehículo.

Las opciones que tenía eran limitadas. Había una fila de vehículos, coches y furgonetas dirigiéndose hacia ellos, pero solo un par de coches por delante en su carril. No había calles laterales, o al menos no en unos cuatrocientos metros, y por lo que Bronson veía, todos los giros que podía hacer eran hacia callejones sin salida. Lo último que quería era que se quedaran atrapados en algún lugar donde el sacerdote pudiera atacarlos. No sabía si iba armado y no tenía ningún deseo de descubrirlo.

Pero un coche es un arma. Una tonelada de metal capaz de viajar a gran velocidad y en manos expertas, o tal vez más en manos inexpertas, puede ser letal. Tenía que seguir avanzando y colocarse delante del otro coche.

Aceleró con fuerza por la carretera. El único as que tenía en la manga era que su coche ya estaba en movimiento y eso le daba algo de velocidad de ventaja.

Miró el retrovisor de lado del copiloto. El coche del sacerdote ahora estaba como a unos tres metros y se iba quedando ligeramente atrás. A unos cincuenta metros por delante había una enorme furgoneta gris con las puertas traseras abiertas que dejaban ver una variopinta colección de alfombras y otros materiales no identificables dentro. A la izquierda, un torrente casi ininterrumpido de coches se dirigía hacia ellos.

Angela miró atrás, se tensó, se pegó al asiento y apoyó los brazos en el salpicadero mientras Bronson cambiaba de marcha y volvía a acelerar.

El sacerdote seguía todavía muy cerca, a unos cinco metros tal vez, y Bronson podía verlo claramente por el retrovisor y acelerando hacia él.

Por delante, la parte trasera de la furgoneta estaba cada vez más cerca. En el último segundo, Bronson giró el volante a la izquierda en dirección al tráfico del sentido opuesto, apostando por que los conductores le cedieran el paso.

Pero no dieron muestras de ir a hacerle hueco y en el último segundo antes de que fuera inevitable una colisión, pisó a fondo el freno y giró hacia el lado derecho de la carretera.

Se oyeron un golpe y el alarido del metal retorcido cuando la parte delantera del coche del sacerdote impactó contra su maletero. El sacerdote también había frenado, aunque demasiado tarde.

—¡A la mierda mi bonificación por ausencia de siniestros! —murmuró Bronson.

Angela se giró para mirar atrás.

—Aún nos sigue —dijo con la voz estrangulada de miedo.

Bronson se había esperado que los airbags del coche del sacerdote hubieran saltado por la colisión, pero no había señales de que eso hubiera pasado. Tras el volante podía ver los ojos negros del hombre mirándolo fijamente.

Giró a la derecha, incorporándose de nuevo al sentido correcto, y avanzó un poco más. Miró por un instante hacia el lado derecho de la furgoneta, que progresaba lentamente para intentar ver qué tenía delante; después, pisó el acelerador de nuevo.

—Agárrate —murmuró cuando las ruedas derechas de su coche se subieron a la acera. Tocó el claxon con fuerza. Con las ruedas izquierdas sobre la carretera y las derechas rebotando por las losas desiguales del pavimento, rebasó a la furgoneta mientras peatones, gallinas y perros se dispersaban a su paso.

Al alcanzar la parte delantera de la furgoneta, descubrió un montón de cajas apiladas en cuatro alturas frente al coche.

—Sujétate —dijo, y fue hacia ellas cerrando los ojos en el momento del impacto. Cartón y objetos salieron volando en todas las direcciones, pero mientras los pisaba pudo ver que las cajas solo habían contenido bolsas de patatas fritas.

Giró el volante para incorporarse de nuevo a la carretera. Rebotó con fuerza al bajar de la acera y la suspensión resonó como protestando. Tras ellos se levantó un clamor de gritos de furia a la vez que una multitud de gente salía a la calle. El

conductor de la furgoneta tocó el claxon y gesticuló coléricamente. Pero Bronson ya lo había rebasado y eso era lo único que importaba.

Después, al enderezar, vio al Renault bordear por la izquierda a la furgoneta gris; el sacerdote había encontrado un hueco por el que colarse entre el tráfico que avanzaba en la otra dirección.

Angela vio el vehículo en ese instante y gritó para advertírselo.

—Ya lo sé —dijo Bronson buscando una salida desesperadamente. Pisó los frenos y torció a la derecha de la carretera, hacia un pequeño espacio abierto. Tras él, el conductor de la furgoneta gris también frenó, pero Bronson esperaba que él tardara más en parar.

Giró todo el volante, virando el coche hasta colocarlo en el sentido contrario de la marcha, y aceleró detrás de la furgoneta gris cruzando hacia el otro lado de la carretera. El coche del sacerdote ahora estaba delante de la furgoneta y Bronson esperaba que tardara, al menos, un minuto o dos en volver a la persecución.

El tráfico seguía siendo denso, pero se abrió paso en una hilera de vehículos manteniéndose en el extremo exterior y adelantando cada vez que veía un hueco.

—¿Dónde está? —preguntó inquieta Angela, girándose en el asiento para mirar atrás. Estaba pálida y su mirada era de pánico.

—Con suerte aún estará intentando dar la vuelta —respondió Bronson.

Volvió a comprobar los espejos, y seguía sin haber rastro del otro coche. El tráfico empezó a aminorar la velocidad por algún obstáculo que hubiera más adelante y que no se podía ver, y Bronson empezó a relajarse. Ahora el suyo era uno más en una hilera de coches blancos, eficazmente invisible.

Y entonces, unos segundos después, el sacerdote volvió a aparecer por una calle lateral a su derecha y se abrió un hueco para incorporarse de nuevo al tráfico unos cuantos coches por detrás.

—¡Mierda! —exclamó Bronson. Redujo una marcha y aceleró para adelantar a un par de coches.

—¿Cómo cojones...?

—Ha debido de usar una calle paralela —contestó Bronson con brusquedad—. O se conoce bien la zona o ha tenido suerte. Tenemos que perderlo.

Salió del carril haciendo que chirriaran los neumáticos y se coló delante de un Mercedes para meterse por una calle a la derecha rezando por qué no fuera un callejón sin salida.

No lo fue, y pasaron varios segundos hasta que el otro coche apareció tras ellos. Pero Bronson sabía que no podía seguir huyendo. Tenía que poner fin a la persecución como fuera y detener al sacerdote. Y se le estaba empezando a ocurrir una idea.

A unos ochenta metros por detrás, Killian sonreía. Tenía delante el coche de Bronson y, a pesar del previo impacto, el suyo no parecía tener daños. Además, en esas calles más tranquilas, debería poder terminar el trabajo fácilmente.

Aceleró, empezando a cerrar el espacio que los separaba, y miró adelante fijamente en busca de un lugar donde poder echar a Bronson de la carretera. Una vez lo hubiera forzado a detenerse, podría matarlo; aún tenía la navaja automática en el bolsillo; después de eso Angela sería pan comido. Qué pena que no pudiera tomarse su tiempo para matarlos y hacer que apreciaran de verdad la exquisita belleza de la divina agonía que podía ofrecerles antes de que la muerte terminara con su gozo.

Bronson vio al sacerdote acercarse y aceleró para mantener la distancia entre ellos. Tenía que efectuar unos giros rápidos, aunque no tanto como para perder de vista al sacerdote.

Eligió una calle ancha a la izquierda y giró haciendo que los neumáticos bramaran a modo de protesta. A unos cincuenta metros por delante, giró a la derecha, justo cuando el otro coche apareció por la esquina anterior. Había calles estrechas a ambos lados. Tendría que servir.

Pisó a fondo el freno, echó marcha atrás y se metió en una de las calles de la derecha, deteniéndose a unos pocos metros del cruce.

—Agáchate —ordenó bruscamente, agarrando a Angela del hombro. Se agacharon por debajo de la luna y esperaron atentos al sonido del motor del coche que los perseguía.

El sacerdote pasó a toda velocidad e, inmediatamente, Bronson metió primera y salió de la calle lateral.

—Gracias a Dios. Vámonos de aquí —dijo Angela con la respiración entrecortada, pero entonces vio a Bronson girar a la derecha para seguir al sacerdote en lugar de ir a la izquierda, como se había esperado—. ¿Qué estás haciendo?

—Terminar con esto —respondió sencillamente.

Killian miró al fondo de la calle y levantó el pie del acelerador. Por un momento había perdido el rastro de Bronson, aunque sabía que debía de estar cerca, por alguna parte.

Aminoró la marcha más todavía, comprobando cada cruce a ambos lados de la calle y asomando la cabeza en busca de su presa.

—¿Es que no podemos volver al hotel y olvidarlo? —le suplicó Angela.

—Debe de haber descubierto dónde estamos alojados. Por eso estaba esperando

en la calle. Es el único sitio al que no podemos volver.

—¿Y si vamos hasta el aeropuerto?

—Ahí es adonde iremos, más tarde. Pero primero voy a asegurarme de que ese sacerdote se quede aquí en El Cairo lo suficiente como para que podamos salir de Egipto sin que nos vuelva a ver.

Dobló la siguiente esquina y, tal como se había esperado, vio al sacerdote conduciendo muy despacio por la calle delante de ellos.

—Agáchate. Estará mirando por los retrovisores y buscando a dos personas en un Peugeot blanco.

Angela se agachó todo lo que pudo.

Bronson miró al frente, sopesando la situación. Estaba acercándose rápidamente al sacerdote y sabía que era cuestión de tiempo que se diera cuenta de quién estaba detrás.

Se había acercado unos diez metros cuando, de pronto, el sacerdote aceleró. Sabía que lo había reconocido.

Bronson pisó el acelerador para aumentar la velocidad y avanzó hasta que el frontal de su coche estaba a la misma altura que la parte trasera del otro. Después giró el volante con fuerza hacia la derecha sin dejar de acelerar. En Estados Unidos a eso se le llama «maniobra de bloqueo». Bronson no tenía ni idea de cómo la llamaban en Egipto, pero funcionaba igual de bien.

Mientras seguía sujetando el volante, las ruedas traseras del coche del sacerdote de pronto perdieron adherencia y comenzó a dar vueltas en el sentido contrario a las agujas del reloj. Rápidamente, Bronson giró el volante a la izquierda para que el frontal de su coche golpeará contra la parte trasera del otro, dando por finalizada la maniobra.

El coche del sacerdote dio vueltas por la carretera mientras los neumáticos chirriaban y trozos de goma se soltaban de la rodadura y golpeaban contra el borde dentado de la acera en el lado izquierdo de la carretera. Cuando el coche impactó, Bronson pudo oír claramente el estallido de uno de los neumáticos. Sonrió con satisfacción.

—Ya puedes incorporarte —le dijo a Angela—. Ya no nos molestará más.

Por el espejo retrovisor vio una figura salir del averiado Renault. Después, dobló una esquina y se alejó de allí.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Angela.

Bronson sacudió la cabeza.

—Iremos hasta el aeropuerto y subiremos al primer avión que salga de este país, a ser posible uno que se dirija a Inglaterra.

Para su sorpresa, Angela negó con la cabeza.

—Aún no he terminado con esto —dijo con firmeza—. Ir al aeropuerto es una

buena idea, allí habrá guardias armados y policía por el tema del terrorismo. En cuanto lleguemos voy a empezar a traducir el texto y después decidiremos adónde ir, pero puedo garantizarte que no será a Inglaterra.

A unos ochocientos metros, Killian recogió sus bolsas y salió del accidentado coche ignorando los gritos y protestas de la multitud de gente que se había congregado ante la escena.

Aunque podía imaginarse que un oficial de policía inglés sería un conductor competente, la jugada de Bronson lo había pillado completamente por sorpresa. Su coche ya no se podía conducir; no solo le había estallado un neumático, sino que el impacto con la acera le había arrancado una de las suspensiones laterales y esa rueda también había quedado ladeada.

Tendría que encontrar un taxi y marcharse de la zona lo más rápido que pudiera antes de que un montón de policías aparecieran allí y empezaran a hacer incómodas preguntas. Después tendría que decidir qué hacer. Intentó ponerse en la piel de Bronson. Suponía que Angela y él intentarían o volver al hotel o, tal vez más probablemente, ir directamente al aeropuerto para seguir las pistas que hubieran encontrado en los retratos Montgomery. Y si estaban siguiendo las pistas, él podría seguirlos.

Un taxi se detuvo con un chirrido de neumáticos en respuesta al brazo que había levantado.

—¡Al aeropuerto! —dijo con brusquedad—. Y que sea rápido.

—Seré todo lo rápida que pueda con esto —dijo Angela sentándose en una mesa de una de las cafeterías y encendiendo el portátil.

Bronson compró algo de comida y bebida en el mostrador y se sentó junto a Angela mientras ella descargaba un diccionario persa-inglés, introducía las letras y palabras que podía ver en las fotografías y anotaba los resultados en un trozo de papel.

Pero no fue un trabajo rápido. Estuvieron sentados en la cafetería durante una hora antes de que ella, por fin, se recostara en la silla y dijera:

—Creo que ya está.

—Bien —respondió Bronson con entusiasmo—. ¿Qué dice?

Pero, por raro que pareciera, Angela se mostró algo reticente a leer el texto.

—Mira, hay un par de palabras que podrían tener significados alternativos y unas cuantas que ni siquiera están en el diccionario, así que tal vez sean nombres propios. Las he transcrito exactamente tal y como están escritas. Toma. A ver qué te parece.

Le dio la vuelta a la hoja para que Bronson pudiera ver lo que había escrito y se la pasó por la mesa.

Él miró las líneas que Angela había escrito.

—Reconozco parte de lo que me habías contado antes, lo que encontraste en la guía, quiero decir. Pero no se menciona ni Judea ni ningún templo, que eran las otras dos palabras que encontraste en el fragmento de Hillel, si no recuerdo mal. Así que, ¿qué crees que significa todo esto?

—Ese es el problema. Estoy bastante segura de que está completo, pero aún no me queda claro adónde o a qué hace referencia. Parece como si la primera estrofa fuera una declaración de intenciones, por así decirlo. Después la segunda parece ser una descripción general de lo que hizo la gente implicada y la tercera parece que esté ofreciendo algún detalle sobre la ubicación que eligieron.

Bronson volvió a mirar el texto y después lo leyó en voz baja y con un tono casi reverente mientras recitaba la traducción de Angela de los versos de dos milenios de antigüedad.

*Y entonces el hijo de Yús de los purificados  
ordenó que la luz que se había convertido  
en el tesoro se sacara de Mohalla  
y se devolviera ahí de dónde había venido.  
E Isaac hizo un largo y lejano viaje  
con sus leales discípulos hasta  
el valle de las flores y allí construyeron  
con sus propias manos un espacio de piedra  
donde juntos ocultaron el tesoro del mundo  
para toda la eternidad hasta que los cielos se hagan pedazos*

*y todos temblemos ante el juicio.  
Con sus sombras siempre ante ellos  
desde el amanecer al crepúsculo  
más allá del punto de encuentro donde las aguas caen  
hacia el grandioso río que nunca fluye.  
Después se giraron hacia la gloria  
entre los pilares y más allá de sus sombras  
y se sumieron en el silencio y en la oscuridad hecha por el hombre  
para descansar para siempre.*

—Más información, pero también un puñado de nuevos interrogantes —murmuró Bronson—. ¿Por qué no podía haber sido fácil por una vez?

—Si fuera fácil, no sería divertido —dijo Angela—, aunque no me importaría tener algo «fácil» por una vez.

—¿Cuáles son las dos palabras que tienen múltiples significados? —preguntó Bronson.

—En la primera línea, «purificado» parece ser el mejor significado de la palabra, pero también tiene algo que ver con los leprosos y no lo puedo precisar del todo. Después en la cuarta, eso que «había venido» podría referirse a «él» o a «ella», aunque en ese contexto tiene que hacer referencia a un objeto.

—¿Y las últimas dos líneas del segundo párrafo? Son un poco apocalípticas, ¿no? Angela asintió.

—Sí, pero eso es algo que se encuentra con frecuencia en escritos antiguos. Si el autor del texto quería resaltar que se refería a una gran cantidad de tiempo, podría haber incluido alguna referencia al Día del Juicio. No olvides que esa idea del fin del mundo y de las almas de los vivos y los muertos sometidas a juicio por alguna especie de dios es algo muy común en la mayoría de las civilizaciones. En la Biblia es el apocalipsis, y en el islam...

—Sí, lo recuerdo —la interrumpió Bronson—. Todos los muertos se reunirán en el Pozo de las Almas en el Monte del Templo para esperar su juicio.

—Exacto. Creo que casi todas las civilizaciones creen que el mundo terminará, de un modo u otro, pero la mayoría parecen creer que habrá una explosión, con alguna especie de dios creador implicado que separará a los buenos de los malos. No estoy segura de que ese pasaje sea significativo; a mí me parece que es más bien una licencia poética por parte del autor.

Bronson volvió a mirar el texto.

—Bueno, a mí me parece que hay, al menos, tres nuevas pistas que vale la pena seguir. Los tres nombres propios, Yus, Isaac y Mohalla. Y has escrito mal «Mohalla». Debería ser Moalla o El Moalla, ¿no?

—Así se escribe en persa, con la «h». —Sacudió la cabeza—. Tal vez el autor original del texto escribió mal el nombre, aunque me había esperado que llevara el prefijo «el».

—O a lo mejor no se refería a El Moalla, sino a un sitio completamente distinto.

—Supongo que es posible.

Bronson volvió a mirar la traducción.

—Está claro que dos son nombres de persona.

—Y son la clave de todo este misterio. Isaac aún se utiliza, por supuesto, y fue un nombre muy común en época bíblica, así que probablemente ni siquiera merece la pena consultarlo. Habrá cientos o tal vez miles de referencias. Pero no me resulta familiar el nombre Yus, así que espero que sea lo suficientemente inusual como para darnos alguna pista.

—¿Y sigues pensando que este fragmento de texto hace referencia al Arca de la Alianza? —le preguntó Bronson.

—Sí. En los primeros relatos bíblicos los israelitas creían que el Arca era un arma letal además de un tesoro. Decían que era tan peligrosa que con solo tocarla podía matarte, y que el Arca emitía una poderosa luz que destruía a sus enemigos. A mí eso me parece que encaja muy bien con la primera parte de este texto, donde dice «la luz que se había convertido en el tesoro».

—Sí, suena como si hubiera cambiado de algún modo —sugirió Bronson—. ¿Podrían haber menguado los poderes del Arca, suponiendo que hubiera tenido alguno? ¿Podría ese arma tan peligrosa haberse convertido en una caja profusamente decorada? ¿O crees que hay otro significado?

—Bueno, hay una teoría que sugiere que el Arca pudo haber contenido una fuente altamente radioactiva desconocida, algo tan poderoso que tocarlo podía matarte literalmente, no en cuestión de segundos o minutos, claro, sino en unos días.

Bronson le sonrió.

—Creo que esto ya empieza a resultarme demasiado estrambótico, Angela, eso sin mencionar las preguntas que genera. Como, por ejemplo, de dónde procedía esa fuente, cómo lograron manipularla los israelitas y qué era. Los elementos radioactivos más peligrosos son cosas como el plutonio y no puedes encontrarte trozos de plutonio tirados por ahí. Tiene que tratarse en un reactor. Fíate de mí en esto: no hay elementos radioactivos desconocidos que pudieran existir en la tierra de manera estable.

—De acuerdo —dijo Angela suspirando—. Descartemos esa idea, pero puede que lo que quisiera decir el autor del texto era que el Arca en sí no había cambiado, sino lo que estaban haciendo con ella. Supón que ya no necesitaban utilizarla como arma. Eso encajaría bien con la frase «la luz que se había convertido en el tesoro». Ya no estaban librando guerras, así que ya no necesitaban el poder destructivo del Arca, de la «luz», pero, por supuesto, reconocerían su valor como reliquia y por eso la considerarían un tesoro.

—¿Pero qué pasa con Mohalla?

—Creo que lo importante es que la reliquia, el tesoro, se sacó de Mohalla y «volvió ahí de donde había venido». Así que no tenemos que encontrar Mohalla, sino el lugar de donde se sacó el Arca. Y esa frase sugiere que se llevó de nuevo al lugar donde se creó.

—¿Entonces de dónde provenía?

—Según la Biblia, la construyó Moisés siguiendo las órdenes de Dios para depositar ahí los Diez Mandamientos, así que supongo que se podría decir que ese lugar «de donde había venido» es, probablemente, el monte Sinaí. Ahí es donde se supone que Moisés recibió la Alianza.

—¿Y dónde está, exactamente, el monte Sinaí?

—En algún lugar de Oriente Medio, pero hay distintas sugerencias respecto a dónde se encuentra exactamente.

—Entonces, si se hubieran llevado el Arca y la hubiera ocultado en algún lugar de una montaña en Oriente Medio, ¿por dónde cojones empezarías a buscarla? Supongo que cuando investigaste no encontraste nada que se llamara «el valle de las flores».

—La verdad es que encontré muchos —respondió Angela—, pero ninguno estaba situado en ningún sitio que pudiera haberse confundido con el Monte Sinaí.

Bronson asintió.

—Y con tanta actividad en Oriente Medio, tanto por parte de arqueólogos como de ejércitos invasores, tendría que haber sido un «espacio de piedra» muy bien escondido como para que no lo hayan encontrado en los dos últimos milenios. Porque si alguien hubiera encontrado el Arca, supongo que ya lo sabríamos.

—Casi seguro.

—A ver —dijo Bronson—. Se me ocurre esto: sé que has dicho que no importa mucho que descubramos dónde estuvo Mohalla, pero creo que podría merecer la pena hacerlo. Estamos hablando de hace dos mil años, cuando el modo más rápido de trasladar algo como el Arca sería en un carro tirado por caballos que podría recorrer entre treinta y cinco y cincuenta kilómetros al día. Sé que el fragmento de texto dice que Isaac y sus compañeros «hicieron un largo y lejano viaje» en el contexto de aquella época. Si viajaron durante toda una semana haciendo cincuenta kilómetros al día, que sería ir bastante deprisa, solo habrían cubierto unos trescientos cincuenta kilómetros. Creo que si podemos descubrir dónde está Mohalla, nos haremos una idea mucho más precisa de por dónde empezar a buscar «el espacio de piedra».

Angela se quedó en silencio unos minutos y después lo miró con una ligera sonrisa.

—La verdad, Chris, es que eso está muy bien pensado. Hoy en día estamos tan acostumbrados al concepto de viajar en alta velocidad, ochocientos kilómetros al día en un coche rápido y diez veces esa distancia en un avión, que hay que echarle imaginación para valorar de verdad las dificultades que podían surgir a la hora de

cubrir cualquier distancia hace tanto tiempo. Pues muy bien, tendremos que encontrar Mohalla.

Bronson se recostó en la silla y estiró las piernas. Había sido un día largo y complicado, y sabía que aún quedaba mucho por recorrer.

—Se me acaba de ocurrir otra cosa, y haré una predicción.

—¿Qué?

—¿Me dijiste que Bartholomew Wendell-Carfax murió de manera repentina?

—Sí. Sufrió un infarto en su casa cuando estaba preparando otra expedición para buscar el tesoro.

—¿Y hacía poco tiempo que le habían hecho esos dos retratos?

Angela asintió.

—A lo mejor la mayor pista de todas nos ha estado mirando a la cara todo este tiempo. ¿Por qué crees que Bartholomew eligió esos dos temas para los retratos?

—Porque tenía que ser capaz de esconder el texto persa en los retratos y esos dos trajes eran ideales para ese propósito.

—Bueno, pues yo creo que Bartholomew tenía mucho sentido del humor. Pienso que estaba deseando mostrarle a su hijo el texto persa en los cuadros y también creo que había descubierto, por fin, dónde está o estaba exactamente Mohalla, y los retratos también nos lo dicen.

—¿Cómo? —preguntó Angela.

—Lo tienes justo delante. Tú mira los retratos otra vez.

Angela rebuscó entre las imágenes de su portátil, encontró las de los retratos y las miró, una a una.

—Puede que para ti esté muy claro, Chris, pero no para mí.

—Piensa en ello. Bartholomew podría haber elegido cualquier temática que le hubiera permitido ocultar el texto persa, así que, ¿por qué eligió estas dos?

—No tengo ni idea, y si no me lo dices ahora mismo, voy a...

—India —respondió Bronson sencillamente—. En un retrato parece un marajá indio, y en el otro un jefe indio. Los retratos tienen relación, claramente, porque cada uno tiene aproximadamente la mitad del texto persa, pero además de eso el único rasgo en común es la temática. Ambos retratos muestran a Bartholomew y ambos lo relacionan con India.

Angela sacudió la cabeza.

—Lo siento, Chris, pero es demasiado obvio.

Bronson sonrió.

—No estoy de acuerdo. Y me juego lo que sea a que cuando investigues referencias a Mohalla, encontrarás que se encuentra en alguna parte de la India.

Sentado en una silla de plástico en el otro extremo de la sala del aeropuerto, y

totalmente oculto tras un ejemplar del *Wall Street Journal* que había comprado allí, J. J. Donovan ajustó ligeramente la posición del micrófono direccional que tenía sobre el regazo cuando el sonido de sus auriculares, que se parecían a los que se utilizan con un iPod, se perdió por un instante.

El equipo que estaba utilizando era de última tecnología. El micro era diminuto, aunque con la suficiente potencia para permitirle escuchar y grabar una conversación que estuviera teniendo lugar a un máximo de cincuenta metros. Bronson y Lewis estaban mucho más cerca de eso, pero el aeropuerto no era, ni por asomo, el lugar ideal para una vigilancia exhaustiva. El problema era la gente; los pasajeros que llegaban y se marchaban, que cruzaban el espacio abierto entre el asiento de Donovan y la mesa de la cafetería en la que estaban sentados sus objetivos. En ocasiones la gente incluso se paraba en su línea de visión para charlar, y en esos casos no había mucho que pudiera hacer. La ubicación no era perfecta, pero su equipo había demostrado ser lo suficientemente bueno como para captar unos tres cuartos de la conversación que Bronson y Lewis acababan de mantener; una conversación que ahora tenía almacenada en una grabadora digital.

Una vez estuvo seguro de que Bronson y Lewis se dirigirían a su hotel de El Cairo desde El Hiba, rápidamente había alcanzado al Peugeot en su Mercedes de alquiler y lo había adelantado. Después los había seguido por las calles de El Cairo y hasta el aeropuerto.

Aún no conocía la historia al completo, pero había logrado grabar la traducción de la mayor parte del texto persa que Bronson había leído, y ahora probablemente tendría suficiente información para descubrir exactamente dónde debería buscar a continuación.

Angela y Bronson estaban mirando la pantalla del ordenador cuando apareció la primera página con los resultados de la búsqueda.

—No parece que sea un lugar real —dijo Angela—. O, al menos, no aparece ningún sitio llamado «Mohalla» en ninguno de los diccionarios geográficos. Si existiera, imagino que en la Wikipedia o en cualquier otra Web enciclopédica habría aparecido su localización.

—El primer resultado es de la Wikipedia —apuntó Bronson.

—Lo sé, pero no es una ubicación. Es una especie de descripción. —Clicó en el resultado—. ¿Lo ves? Da el nombre «Mohalla», o «Mahalla» como forma alternativa, pero la palabra significa barrio o distrito de algunas de las aldeas y pueblos de Asia Central y Asia del Sur. Y esta segunda frase no tiene sentido en el contexto que estamos investigando.

—¿Qué dice?

—Que «Mohalla» se suele describir como una zona musulmana y que también puede ser un término despectivo. Bueno, una cosa que sí sabemos con absoluta certeza es que el Arca de la Alianza es un milenio anterior al Islam; y este texto persa con el que estamos trabajando es, al menos, quinientos años más antiguo que la religión musulmana.

—¿Y qué pasa con esta última parte? —Bronson no podía ver la pantalla tan bien como Angela.

—Dice que la palabra podría ser una referencia a Shahi Mohalla, y que eso está en alguna parte de Lahore, en Pakistán. —Miró a Bronson—. Sí, vale, ya sé lo que vas a decir. India y Pakistán son vecinas, así que tal vez tengas razón. Pero yo sigo sin estar muy convencida.

—Vamos a tratar esto como una hipótesis provisional —sugirió Bronson—. Lo que has encontrado ya apunta a que Mohalla podría ser el nombre de un lugar indio. Aún no sabemos dónde está, o dónde estaba, así que ¿por qué no damos por hecho que Mohalla sí que está en India hasta que logremos demostrar que no es así?

—De acuerdo —asintió Angela con cautela—. Solo hará falta echarle un vistazo rápido al resto de los resultados para ver si hay algo más.

Observó la página de resultados generados por el buscador de Google, clicó en todo lo que le pareció interesante, y después pasó a la segunda página, aunque ahí no encontró nada.

—Voy a cambiar los parámetros ligeramente —continuó, añadiendo un par de palabras a «Mohalla» y comprobando los resultados de la nueva búsqueda.

Aproximadamente a mitad de la página, un resultado le pareció interesante. Lo clicó, lo leyeron, y después Angela se recostó en el asiento y giró ligeramente el

ordenador hacia Bronson.

—¿Podría ser esto? —Lo miró frunciendo el ceño.

Bronson sacudió la cabeza.

—No creo.

—Si esto es correcto, entonces explica exactamente quién era «Yus de los purificados», y dónde se encontraba Mohalla.

—Sí, pero después de tanto tiempo... quiero decir... ahora no quedaría nada, ¿verdad?

—Eso no lo sabemos. Todo depende de qué hicieran, cómo lo hicieran y dónde terminaran.

—¿Entonces todo este tiempo hemos estado buscando la reliquia equivocada? —preguntó Bronson.

—Hemos estado buscando el tesoro equivocado, del periodo equivocado y del país equivocado. —Angela se frotó los ojos—. ¿Cómo leches he podido confundirlo todo tanto?

—Solo estábamos siguiendo las pistas —dijo Bronson con voz suave y tomándole la mano—. Hemos hecho deducciones basándonos en las mejores pruebas que hemos podido encontrar. El problema ha sido que una vez creíamos que sabíamos lo que estábamos buscando, nos resultaba muy sencillo hacer que las nuevas pruebas encajaran con nuestras ideas preconcebidas. Eso pasa todo el tiempo en el trabajo policial.

—Pero que nos hayamos equivocado tanto...

—Al menos ahora sabemos qué estaba buscando Wendell-Carfax. ¿Pero merece la pena seguir investigando después de todo este tiempo? ¿No nos iría mejor si hiciéramos las maletas y volviéramos a casa?

Angela se quedó impactada.

—¡Pero si no hemos hecho más que empezar! —Señaló a la pantalla del portátil—. Si esta información cuadra, este sería el mayor descubrimiento en la historia mundial, más que el de la tumba de Tutankamón, más que cualquier otra cosa. Aunque solo tengamos una posibilidad entre un millón de encontrar este tesoro, sin duda merece la pena que lo intentemos.

Durante los siguientes minutos, Angela peinó internet, copió la información que encontró en algunas webs y descartó otras. Al final encontró una que ocupó su atención durante unos minutos.

—¿Alguna vez has oído hablar de alguien llamado Holger Kersten?

Bronson negó con la cabeza.

—¿Y de Nicolai Notovitch?

—No, pero suena a ruso.

—Es ruso. ¿Y qué me dices de Hemis Gompa?

—Tampoco he oído hablar de él nunca.

Angela suspiró.

—Es un lugar, no una persona.

—¿Puedes dejar de hacerme preguntas y decirme qué has encontrado?

Y Angela lo hizo.

Diez minutos después, Bronson se recostaba en su asiento con el rostro cubierto por una expresión de incredulidad.

—Estás decidida, ¿verdad?

Angela se echó hacia delante y le agarró las manos.

—Decididísima. La mayor parte de la información lleva años siendo de dominio público, aunque sin la traducción del texto persa de Wendell-Carfax no es más que una historia, un cuento chino. Pero cuando le añades el texto persa a la ecuación, todo cambia. Solo tenemos que comprobarlo.

—¿Y qué pasa con el «valle de las flores»?

—Si Mohalla está donde creo que está, me puedo hacer una idea de dónde está el valle también. La dificultad será lograr entrar allí. No es que sea la zona más acogedora del mundo.

Bronson asintió lentamente, reconociendo su mirada de determinación.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo.

# India

En su piso de Nueva York, un hombre llamado Nick Masters se incorporó y miró la pantalla iluminada del despertador. Las 3:17. No llevaba ni dos horas metido en la cama.

—¿Tienes idea de qué hora es?

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —le preguntó J. J. Donovan.

—¿Qué? ¿Me despiertas en mitad de la noche para preguntarme eso?

—Es importante. ¿Cuánto hace?

—Diez años, tal vez doce, supongo. ¿Por qué?

—¿Y confías en mí?

—Tanto como puedo confiar en cualquier otra persona en este puto país, sí.

—Y yo confío en ti, Nick, y por eso te estoy llamando. Es mucho tiempo, nos conocemos y ya hemos trabajado juntos. Necesito ayuda. Necesito alguien que pueda ocuparse de la que se va a desatar aquí.

—¿Dónde estás? —preguntó Masters.

—En la India. Te necesito y también necesito a algunos de tus hombres, hombres que sepan lo que hacen. Tipos con experiencia en combate.

—Toda mi gente sabe lo que hace. Por eso los recluto. A ver, ¿qué quieres de mí?

En su pequeña habitación de hotel en Bombay, Donovan miró la lista que había preparado, preguntándose si habría otro modo de alcanzar sus objetivos. Después se encogió de hombros. Tenía que estar preparado para todo lo que pudiera surgir, y eso significaba dar por hecho que podrían tener que luchar cuando llegaran a la zona de búsqueda. Por eso suponía que cuanto más potencia de fuego pudiera reunir su equipo, mejor.

—Necesito, al menos, media docena de hombres sobre el terreno, además de armas y dos o tres todoterrenos o camionetas.

Masters estaba anotando mientras lo escuchaba.

—¿Cuál es el objetivo?

—Eso te lo contaré en un momento. Estoy siguiendo a dos personas, y se están acercando mucho a algo que he estado buscando.

Rápidamente Donovan le habló de Bronson y Angela Lewis y de la pista que había estado siguiendo.

—¿Y a qué zona de la India se dirigen?

—Tendrán que volar o a Bombay o a Delhi, pero van a ir a Cachemira, justo en el norte, en dirección a un lugar llamado «el valle de las flores». Lo que no sé exactamente es dónde deberíamos buscar en ese valle. Por eso tienes que localizarlos lo antes posible. Te enviaré un e-mail con toda la información que tengo. Incluso tengo una foto de Bronson. Comprueba tu bandeja de entrada en unos cinco minutos.

—A ver... —respondió Masters pensando a toda velocidad—. La forma más rápida de llegar a Cachemira es volando a Islamabad o a Lahore y después cruzar la frontera. Tengo un par de amigos en el ejercito de Pakistán que podrían resolvernó el problema de meter armas y vehículos en la India. Les pediré prestado todo lo que necesite y después buscaré un lugar tranquilo por el que cruzar. Intentaré llevar a un par de mis hombres a Bombay o Delhi ahora mismo para ver si pueden seguirle la pista a Bronson. Pase lo que pase, en cuestión de veinticuatro horas tendré a algunos de mis hombres allí.

—Bien, pero ándate con pies de plomo. Esa zona de la India es muy conflictiva. No quiero líos oficiales.

—Yo siempre me ando con pies de plomo —respondió Masters—. Como dice el refrán, despacito y con buena letra, aunque últimamente eso suele traducirse en un rifle de asalto o una Browning del calibre 50.

Miró las notas que había tomado en la libreta que tenía junto a la cama.

—Aún no me has dicho cuál es el objetivo.

Incluso a pesar de tratarse de una llamada vía satélite, pudo captar sin duda el entusiasmo contenido en la voz de Donovan.

—¿Recuerdas ese diminuto fragmento de papiro que compré en una subasta hace años? ¿Ese al que llamé «Códice Hircania»?

—Sí —respondió Masters conteniendo un bostezo—. Creías que podría ser una pista para... —Su voz se apagó cuando recordó lo que Donovan le había dicho un par de años antes y por un momento se quedó ahí sentado en silencio. De pronto supo exactamente de qué hablaba su viejo amigo y, muy a su pesar, sintió un escalofrío al darse cuenta de lo que implicaba—. ¿Estás diciendo que has encontrado algo que podría conducirte hasta ahí?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Ya sabes que llevo buscándolo desde que leí la traducción del texto del papiro, sabes que he tenido a mi gente rastreando internet, buscando en bases de datos de museos, haciendo todo lo posible para poder dar con ello. Ahora estoy muy cerca de encontrarlo, o lo están Bronson y Lewis, porque tienen más información que yo. Y cuando lo encuentren, yo se lo voy a arrebatar.

—¿Pero no habrá quedado reducido a polvo después de tanto tiempo?

—Por un momento yo también lo pensé, pero ahora creo que podría seguir siendo viable por el lugar donde está escondido. Si no me equivoco, este sería el mayor descubrimiento arqueológico en la historia del mundo, más importante que nada que se haya encontrado antes. Y las implicaciones en el terreno de la ciencia serían alucinantes.

—¿Vas en serio con esto, verdad J. J.? —preguntó lentamente Masters.

—Y tanto que voy en serio. Lo arriesgaré todo por recuperar ese objeto. Ha sido

una búsqueda larga, pero ahora, ahora mismo, acaba de dar comienzo la fase final.

Bronson acababa de despertarse en su hotel del centro de Bombay. Después de darse una ducha y afeitarse, dijo que se encontraba un poco mejor, aunque Angela no vio mucha mejoría y así se lo hizo saber.

—Sigues pareciendo un zombi con jet lag —le contestó, abrazándolo—. Un zombi recién afeitado, eso sí. Anda, vamos a buscar la sala multimedia.

Abajo, la recepcionista los mandó a una pequeña habitación situada en un lateral del vestíbulo. Dentro había dos ordenadores de sobremesa, un fax y una impresora láser. Angela se sentó frente a uno de los ordenadores e introdujo un lápiz de memoria en uno de los puertos USB. Un momento después, la impresora zumbó y empezó a soltar páginas sobre la bandeja.

Angela y Bronson sabían que tenían que comportarse como turistas y juntarse con los cada vez más numerosos occidentales que llegaban al distrito de Leh, en la India, atraídos por su poderosa y salvaje belleza. Pero se dieron cuenta de que dos occidentales vagando por ahí sin escolta en algunas partes de la zona, que tenía una gran presencia militar dada la susceptibilidad en las cercanas fronteras de China y Pakistán, podrían llamar la atención, tanto a nivel oficial como de otra clase. También sabían que tendrían que salirse de las rutas turísticas para encontrar lo que estaban buscando, así que a Angela se le había ocurrido una tapadera que podría servirles.

Ya había redactado una declaración de objetivos en el ordenador basándose en uno de los documentos previos que tenía almacenados en su disco de seguridad.

La impresora se quedó en silencio. Angela sacó el lápiz de memoria, juntó las páginas con un clip y se las guardó en el bolso. El documento acabado alcanzaba unas doce páginas y, junto con la identificación del museo Británico, esperaba que fuera suficiente para convencer a cualquier oficial que los detuviera. Según la declaración, el propósito de su viaje era elaborar un estudio preliminar sobre las evidencias de civilizaciones anteriores a la del valle del Indo en las áreas de Jammu y Cachemira, en la India, y determinar si se podría justificar una investigación a gran escala en la zona. Ya que el valle del Indo se extendía hasta el sur de Leh, era una explicación verosímil.

Esa clase de exploraciones iniciales se llevaban a cabo de manera habitual por todo el mundo y, con suerte, bastaría para evitar que se metieran en problemas. Sin embargo, una llamada al museo Británico acabaría con su tapadera inmediatamente, porque allí nadie tenía ni la más mínima idea de dónde estaba Angela o qué estaba haciendo. Además, tampoco existía ninguna aprobación oficial para una investigación ni en Cachemira ni en ninguna otra parte del norte de la India.

Como el restaurante del hotel estaba cerrado, salieron a la calle. Bronson se quedó sorprendido al ver que ya casi era de noche; su reloj biológico estaba diciéndole algo

completamente distinto. El aire de la tarde resultaba de un frío agradable, y sin tener que alejarse mucho encontraron un restaurante con pinta bastante decente que seguía sirviendo cenas.

—Lo primero que tenemos que hacer es llegar a Leh —dijo Angela desplegando un mapa del subcontinente Indio sobre la mesa del restaurante y señalando un punto situado justo encima de los territorios de Jammu y Cachemira, en la punta más al norte de la India. Esa zona limitaba al este con China y al norte y al oeste con Pakistán—. Creo que tendremos que utilizar Leh, o algún lugar cercano, como base de operaciones.

Bronson estudió el mapa, midiendo las distancias a ojo y utilizando la escala que recorría la parte baja de la hoja.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Volamos hasta Delhi y ahí cogemos un tren?

—No, podemos volar directamente hasta allí. Leh está abierta desde los años setenta a los visitantes, y con eso me refiero a los turistas, y es una ciudad bastante grande. Toda la zona se ha vuelto muy popular por los «turistas aventureros», podríamos llamarlos; esa gente a la que no le importa no tener agua caliente ni camas cómodas en los lugares donde se aloja. Hay un aeropuerto para vuelos nacionales solo a unos kilómetros al sur de la ciudad.

—A ver si podemos conseguir un vuelo para mañana por la mañana. Una vez estemos en Leh, tendremos que alquilar un cuatro por cuatro porque creo que habrá muy pocas carreteras y caminos una vez empezemos a subir. Y ahora dime, porque llevas un montón de tiempo metida en internet y aún no me has contado qué has encontrado —añadió, mirándola fijamente.

Angela suspiró.

—Sé quién fue «Yus de los purificados» y cómo recibió ese nombre. Es más, lo llamaban Yus Asaph o a veces Yuz Asaf. *Yus* o *Yuz* a secas significa «líder», así que su nombre se traduce como «el líder de los sanados» o «líder de los purificados», y eso específicamente se refiere a los leprosos que se habían curado.

—No sabía que se podía curar la lepra.

—Solo te digo lo que he encontrado o, al menos, lo que me dicen los documentos a los que he tenido acceso.

—¿Y qué pasa con Mohalla? ¿Has descubierto dónde estaba?

—Sí, y ganas la apuesta. El único «Mohalla» que tiene sentido en este contexto es Mohalla Anzimarrah, que se encontraba en una zona llamada Khanyar o Khanjar, que está cerca de Srinagar, en Cachemira. —Señaló el mapa—. Está lejos de Leh, tal vez a algo más de trescientos kilómetros, así que eso encaja bastante bien con tu estimación de cuánto pudo recorrer un grupo de viajeros en una semana.

—¿Y el hombre al que llamaban Yus Asaph de verdad estuvo allí? —preguntó Bronson.

—Según dos fuentes completamente distintas, y una de ellas se puede considerar fidedigna, sí. Estuvo. Y existe un elemento algo espeluznante sobre el que he leído que podría estar relacionado. De acuerdo con otra fuente, más o menos en la época en que se escondió el tesoro empezó a circular una leyenda sobre los llamados Fantasmas de la Ruta de la Seda. Ese nombre se le puso a la leyenda algo más tarde, claro, porque no se la llamó Ruta de la Seda hasta el siglo XIX, pero esta fuente decía que un grupo de bandidos atacó a una pequeña caravana según subía el valle. A los jefes de la caravana los alcanzaron flechas en varias ocasiones, pero no les hicieron ningún daño y los bandidos salieron corriendo aterrorizados.

—Supongo que podría ser una leyenda que se ha ido adornando con los años —sugirió Bronson—. Tal vez las heridas fueron superficiales o llevaban alguna especie de armadura. O tal vez incluso eso no llegó a suceder jamás.

Angela frunció el ceño.

—Pero para que la leyenda haya sobrevivido tanto tiempo, tuvo que tener algo de cierto. Lo que me ha resultado interesante no ha sido en sí la historia sobre los hombres a prueba de flechas, sino el hecho de que la caravana estuviera subiendo las colinas hacia el noreste de lo que más tarde pasó a ser conocido como Leh, porque esa zona no formaba parte de la ruta de comercio habitual. Creo que es posible que la historia se base en lo que haya contado algún testigo que viera cómo la caravana transportaba el tesoro.

—¿Y sigues convencida de que merece la pena seguir con esto?

—Totalmente. Si existe la más mínima oportunidad de encontrarlo, tenemos que aprovecharla.

A la mañana siguiente, Bronson y Angela salían de su hotel para coger un taxi que los llevara al aeropuerto.

Sus sentidos se vieron atacados de todas las formas y desde todas las direcciones posibles. Sobre ellos, el sol ardía abrasando el inmóvil aire hasta el punto de que casi dolía respirar. Nubes de polvo los rodeaban levantadas por los pies de lo que parecían cientos de personas dando vueltas por allí, por los neumáticos de decenas de vehículos de toda clase, desde camiones y autobuses hasta coches o motocicletas, y por, literalmente, cientos de bicicletas. Y por encima de todo eso estaba la cacofonía de alaridos y gritos de mendigos, vendedores ambulantes, taxistas y gente de muchas otras profesiones que, entremezclados con el bramido y el murmullo de los motores de coches, camiones y autobuses, prácticamente los dejaron sordos.

—¡La hostia! —murmuró Bronson colocando las dos maletas en un lado de la irregular acera. Se quedó ahí un instante con Angela, simplemente observando la escena que tenían delante.

—A mí esto me parece un caos total —asintió ella.

—Bueno, cuanto antes nos subamos a un taxi, mejor, así que mantén los ojos bien abiertos.

Se aseguró de que Angela estuviera agarrando con fuerza su bolso y la bolsa del portátil, y después cogió las dos maletas y se acercó al borde de la acera para mirar la carretera en ambas direcciones. Los peatones atestaban las aceras y el mismo borde de la vía, muchos de ellos agitando pañuelos delante de sus caras sin lograr nada o abanicándose con sus sombreros. Algunos incluso llevaban paraguas para protegerse del sol.

—No somos solo nosotros —dijo Angela—. Hasta la gente de aquí está sintiendo el calor.

—No nos podemos meter en ningún taxi a menos que tenga aire acondicionado —le indicó Bronson—. No pienso asfixiarme de calor en una cajita de hojalata.

—¿Y cómo lo voy a saber?

—Muy sencillo. Si lleva todas las ventanillas subidas, entonces tiene aire acondicionado. Si las lleva bajadas, no tiene.

Un par de minutos después, vieron un viejo Mercedes pararse junto a ellos con las ventanillas bajadas del todo.

—Ignóralo —dijo Bronson mirando al fondo de la calle en busca de otro taxi.

El siguiente también tenía las ventanillas bajadas, pero después vio uno bastante nuevo que se acercaba en dirección contraria con todas las ventanillas subidas. Tras silbar y hacer señales con la mano, se vio recompensado por las luces de freno cuando el conductor hizo un cambio de sentido, probablemente ilegal.

—Aquí viene nuestro transporte —dijo Bronson. Agarró las maletas y avanzó cuando el coche se detuvo. El conductor bajó, abrió el maletero y lo ayudó a meter el equipaje. Angela subió al asiento trasero y Bronson se sentó junto al conductor, disfrutando del golpe de aire frío que salía de las rejillas del salpicadero.

—¿Adónde, señor? —preguntó el conductor incorporándose al tráfico con un acento muy marcado, pero con un inglés que se entendía claramente.

—Al aeropuerto —respondió Bronson—. Tenemos que volar a Delhi.

—Muy bien. Terminal nacional. Sé camino muy bien. Ustedes disfrutan viaje.

Pero el trayecto no fue, tal vez, la experiencia más agradable de sus vidas. La hora punta en Bombay hacía que el caos de El Cairo resultara algo poco reseñable en comparación. En varias ocasiones, Bronson estuvo completamente seguro de que iban a colisionar e incluso había cerrado los ojos, aunque al instante solo había oído el chirrido de los frenos y bocinas bramando al mismo tiempo y se había dado cuenta de que habían logrado abrirse paso por los pelos y sin golpearse contra nada. Pero el aire acondicionado del taxi funcionaba bien y, a pesar del aterrador baile de coches que los rodeaba, casi se lamentaron cuando se terminó el trayecto y tuvieron que enfrentarse al calor y la humedad una vez más.

Bronson pagó al conductor, sacó las maletas del maletero y, juntos, entraron en el edificio de la terminal que tenían delante.

El vuelo a Delhi salió a su hora, sorprendiéndolos un poco, y después tuvieron que esperar dos horas en la terminal nacional antes del siguiente vuelo a Leh.

Una vez se anunció el aviso para su vuelo, volvieron a coger las maletas y fueron hacia la puerta de embarque para emprender la última etapa de su viaje.

Cuando se levantaron, dos hombres de mediana edad y aspecto europeo que habían estado sentados a unos seis metros de ellos hicieron el mismo movimiento. Uno volvió a mirar la fotografía que aparecía en la pantalla de su móvil y comparó esa diminuta imagen, de un hombre aparentemente inconsciente tirado en el suelo de baldosas de una habitación, con el rostro del hombre que tenía delante. Después asintió hacia su compañero. La identificación era correcta.

Cuando Bronson y Angela echaron a andar, los dos hombres los siguieron, manteniendo una distancia de unos quince metros, y se pusieron a la cola para subir al vuelo con destino Leh, para el que ya habían sacado los billetes. Mientras esperaban a pasar por la puerta de embarque, el hombre que sujetaba el Nokia lo abrió y efectuó una llamada de veinte segundos a un móvil de Estados Unidos.

Nick Masters, con los ojos rojos por el agotamiento después de varios vuelos de larga distancia, dio otro trago de su cargado café solo y miro al otro lado de la mesa, hacia el alto y esbelto hombre ataviado con un traje gris claro impecable. A pesar de su forma de vestir occidental, su acompañante de piel oscura, pelo negro y ojos penetrantes era claramente de la zona. Es más, Rodini era un teniente coronel del ejército pakistaní.

Se habían reunido en una pequeña cafetería cerca del centro de Islamabad. Masters le había explicado qué clase de ayuda necesitaba, aunque no por qué la necesitaba, y Rodini sabía muy bien que no debía pedir detalles.

—Dime exactamente a qué parte de Cachemira tienes que ir —preguntó Rodini apartando los cubiertos y los platos para desplegar un mapa militar sobre la mesa.

—A la zona norte de Ladakh —respondió Masters señalando el área cerca de Panamik.

Rodini asintió.

—Bien. Aún controlamos Baltistán y las Áreas del Norte, así que llevaros a tus hombres y a ti hasta Skardú o Hushé, que están justo aquí en el centro de Baltistán, no sería problema. Cruzar la frontera y adentrarnos en la zona controlada por India será más difícil, por supuesto, porque hay una gran presencia militar a lo largo de la frontera a ambos lados. Tendremos que pensar en el mejor método para lograrlo, pero habrá que entrar de manera encubierta porque todas las carreteras entre el valle de Nubra y Baltistán llevan cerradas desde mil novecientos cuarenta y siete.

Rodini tocó el mapa con el índice para recalcar lo que decía.

—Entrar es una cosa, pero salir podría ser otra muy distinta. Dependiendo de lo que tengas pensado hacer en territorio indio, tu mejor ruta para salir podría ser simplemente bajar conduciendo hasta Leh y sacar un billete de avión a Delhi o Bombay. Por otro lado podríamos intentar que un helicóptero os recogiera, pero tendríamos que elegir la ubicación con mucho cuidado. ¿Cuántos hombres forman tu equipo?

—Ocho en total, contándome a mí —respondió Masters—. Pero dos ya están en Leh, o al menos están en camino, así que supongo que podrán salir igual que entren. Eso significa que el equipo de infiltración lo formarán seis hombres.

En realidad solo había reclutado un equipo de seis hombres, pero Donovan volaría a Islamabad esa misma mañana con intención de cruzar la frontera para entrar en India con ellos. Masters también había enviado a dos hombres a Delhi que habían visto a Bronson y a Angela en el aeropuerto y habían logrado subir en el mismo vuelo.

—También necesitaremos armamento —continuó Masters—, pero nada

demasiado pesado. Algunas pistolas de 9 mm, algunos Kalashnikovs y, si es posible, un rifle de francotirador con silenciador, además de munición. ¿Supondrá algún problema? ¿Podemos comprarlos aquí en Islamabad?

Rodini tomó nota en un trozo de papel y sacudió la cabeza.

—El rifle de francotirador podría ser difícil de conseguir porque es algo especializado, y si encuentras uno sería muy caro, pero por lo demás no hay problema, y menos con los Kalashnikovs. Puedes comprarlos en cualquier parte. Puedo recomendarte comerciantes que ofrecen armamento de buena calidad y que son honestos, o al menos todo lo honesto que puede ser alguien metido en ese negocio. ¿Algo más?

Masters se detuvo unos segundos para pensar cómo formular su última petición.

—Sí —respondió inclinándose hacia delante—. Queremos recuperar un objeto de esa zona y necesitaremos transporte para ayudarnos a hacerlo.

—¿Qué clase de objeto?

—Eso no te lo puedo decir, pero te aseguro que no tiene ningún significado militar ni valor intrínseco. No es más que una reliquia que ha localizado mi director y con la que quiere hacerse. Colecciona esa clase de cosas.

—¿Siempre necesita un equipo de mercenarios de élite armados hasta los dientes para hacerse con los objetos que codicia? —preguntó Rodini con una leve sonrisa.

—No siempre, no.

El militar gruñó como muestra de su incredulidad.

—¿Y puedo preguntar si esa reliquia pertenece al gobierno indio?

Masters sacudió la cabeza.

—No. No pertenece a nadie. Lleva perdida miles de años.

—Muy bien. ¿Y cómo es de grande? ¿Cuánto pesa?

—En este momento no lo sé con seguridad, pero estimo que no será un peso superior a ciento ochenta kilos, y que será una caja que pueda entrar en la parte trasera de un Jeep o de una camioneta.

Rodini seguía sin parecer muy convencido, pero Masters decidió que la situación ya era bastante complicada como para tener que decirle exactamente qué intentaba recuperar, porque toda su credibilidad se vendría abajo en cuanto se lo contara. Ni siquiera los hombres que había reclutado tenían idea de cuál era su verdadero objetivo, solo sabían que era una reliquia que llevaba perdida dos mil años.

Rodini volvió a mirar sus escasas notas.

—De acuerdo —dijo finalmente—. El único problema es haceros cruzar la frontera. Llámame cuando hayan llegado todos tus hombres.

Después del ruido y la suciedad de Bombay, la paz y la tranquilidad relativas de Leh ofrecían a Bronson y Angela un claro y grato contraste. El aeropuerto estaba abarrotado por grupos de indios ataviados de blanco que iban de un lado para otro o permanecían de pie en grupos, y también por varios occidentales, la mayoría de los cuales vestía ropa cómoda, gruesas botas de caminar y llevaban mochila. Un alboroto de voces hablando en una amplia variedad de idiomas los recibió, aunque parecía que el inglés era una de las lenguas dominantes.

Por otro lado, no daba la misma sensación de frenesí que Bombay, y fuera de la terminal aumentaba esa sensación de tranquilidad. El paisaje era espectacular, con esas montañas, colinas y valles que se extendían en todas las direcciones. Había lo que parecía un monasterio a un lado de una colina que Bronson ya había visto antes al otro lado del ala del avión cuando este había pasado alarmantemente cerca al aterrizar.

Pero no había señal de la ciudad de Leh.

—¿Es este el sitio? —preguntó Bronson con la respiración algo entrecortada.

—Sí. El aeropuerto está a unos once kilómetros al sur de la ciudad, así que tendremos que coger un taxi hasta allí. Pero una advertencia: aquí estamos a unos tres mil quinientos metros, así que no hagas demasiados esfuerzos; nos llevará tiempo aclimatarnos a esta altitud. En unas veinticuatro horas volveremos a encontrarnos bien.

—Yo ya estoy sin aliento —le dijo Bronson—, pero al menos aquí no hace tanto calor como en Bombay.

—Eso es porque hay poca humedad. Es probable que la temperatura no sea muy distinta, pero la sensación es más agradable.

El trayecto en taxi no duró demasiado, pero la carretera distaba mucho de aquellas más llanas por las que Bronson había conducido. Gracias a cómo se había documentado antes de salir de El Cairo, sabía que en invierno gran parte de la zona era intransitable por la cantidad de nieve, y suponía que las duras condiciones del invierno contribuían a que la superficie de la carretera estuviera tan rota y llena de baches.

—Es más grande de lo que me esperaba —dijo Bronson mientras el taxi, un viejo Mitsubishi cuatro por cuatro, los llevaba por la calle Main Bazar, donde parecía haber un montón de tiendas y restaurantes entre las que se incluía una de vehículos de alquiler. Después el coche giró hacia Fort Road y paró junto a la acera.

—Hotel, hostel, aquí —dijo el conductor gesticulando en ambas direcciones de la calle mientras sacaba las maletas del maletero.

—*Jule* —dijo Angela inclinando la cabeza levemente.

—¿Dju-lay? —preguntó Bronson imitando la pronunciación de Angela—. ¿Qué significa?

—Puede que sea la palabra más usada en la lengua ladakhí. Es como una palabra comodín que puede traducirse por «hola», «adiós», «por favor» o «gracias». Su significado depende del contexto y de las circunstancias.

Cuando el taxi se marchó, miraron a ambos lados de la calle. Había muchos carteles fuera de los edificios que indicaban dónde se encontraban los hostales, los pequeños hoteles y algunos restaurantes.

—Esto es genial —dijo Bronson—. ¡Este sitio es de los que a mí me gustan!

—No te esperes demasiado, Chris. Estos hoteles no son de cinco estrellas ni tienen suites, pero todas las críticas que he leído dicen que están muy bien y muy limpios y que los dueños suelen ser gente agradable.

Optaron por uno de los hostales más grandes y, después de que Angela hubiera predicho la falta de comodidades, se quedaron sorprendidos al ver que la habitación doble que habían elegido tenía un cuarto de baño dentro, o mejor dicho un aseo con ducha, con agua caliente y fría. Dejaron las maletas en la habitación y salieron. Tenían varias cosas que hacer y no mucho tiempo para hacerlas.

—Lo primero que tenemos que encontrar es una agencia de viajes —dijo Angela—. Tenemos que conseguir los permisos de entrada a zona restringida para poder visitar el valle de Nubra.

Había varias agencias de viaje en la calle Main Bazar. Eligieron una donde les prometieron que tendrían la documentación lista si volvían a última hora de la tarde.

Después fueron a la agencia de alquiler de vehículos que Bronson había visto de camino a Leh. Ya sabían que las dos formas de transporte más alquiladas por los turistas en la zona eran motocicletas, o mejor dicho motos de trial, y Jeeps todoterreno.

Al final Bronson se decidió por un Nissan Patrol con motor diesel, grande, resistente y, con suerte, irrompible, con latas de combustible atadas en el compartimento trasero y dos ruedas de repuesto. Parecía la clase de camioneta que podría cruzar el desierto del Sahara sin el más mínimo problema.

Condujo hasta la gasolinera más cercana, llenó de diesel el depósito y las latas, comprobó la presión de los neumáticos y lo aparcó al final de la calle mientras se ocupaban del resto de cosas que necesitarían. Entraron en una tienda de alquiler de objetos de senderismo y se hicieron con una tienda de campaña, dos sacos de dormir y lonas para el suelo, un infiernillo y artículos para cocinar porque no sabían dónde terminarían cada noche y era mejor ir preparados por si se quedaban tirados en mitad del campo.

Sabían que de noche la temperatura podía caer en picado a valores bajo cero,

incluso en los meses de verano, así que compraron ropa de abrigo, jerseys de lana, anoraks y pantalones acolchados que seguro que necesitarían una vez salieran del cobijo del vehículo para dar comienzo a su búsqueda. Por último, adquirieron varios bidones de agua que llenaron hasta el borde y suficiente comida enlatada y en sobre como para, al menos, cuatro días.

Ya que aún tenían que esperar un poco hasta poder ir a recoger sus permisos, fueron hacia el casco antiguo que se encontraba a los pies de la colina Namgyal. Era un laberinto de estrechos callejones y pasadizos bordeados de casas.

Bronson vio montones de madera apilada fuera de la mayoría de las viviendas y otros montones de una grumosa sustancia marrón que era más difícil de identificar.

—Supongo que es leña para el invierno —dijo señalando las pilas de madera—, ¿pero qué es esa otra cosa?

—Mierda —respondió Angela.

Bronson enarcó las cejas.

—Que sí. Es estiércol seco, principalmente de camello; lo utilizan como combustible en invierno.

—Ah —exclamó Bronson mirando con renovado interés las pilas de esa cosa marrón y grumosa—. ¿Y no apesta un poco cuando lo queman?

—En la guía no lo dicen, pero supongo que en Leh puede que sea mejor no estar en la zona donde sopla el viento cuando prenden esta cosa.

Siguieron caminando y pasaron por un par de pequeñas estructuras de piedra con forma de torres o cúpulas en miniatura.

—Eso son *chortens* —dijo Angela—. Contienen reliquias sagradas de distintos tipos. Y eso es un muro *mani*.

Angela señaló una pared situada directamente frente a ellos. Estaba enmarcada por un par de losas de piedra y cada una de ellas tenía tallada una especie de inscripción.

—Ese es el mantra *Om mani padme hum*, que se traduce como «La joya que está en el loto». Se supone que tienes que pasar por los muros *mani* en el sentido de las agujas del reloj y hacer lo mismo con las ruedas de oración, con lo cual las estás dejando a tu derecha. No sé por qué.

Después, mientras el sol se colaba bajo lo alto de las colinas situadas al oeste, volvieron a la agencia de viajes. Solo unas semanas atrás, Bronson estaba conduciendo por la campiña inglesa para ir a reunirse con Angela y ahora ahí estaba, en el techo del mundo, buscando un tesoro de valor incalculable que llevaba perdido dos milenios. Sintió una oleada de emoción ante lo que les esperaba.

—Aquí tienen sus permisos —les dijo el agente con una sonrisa y un inglés sorprendentemente bueno—. Y estas fotocopias son para ustedes.

Les pasó varias hojas y Angela y Bronson las miraron con interés.

—¿Por qué tantas fotocopias? —preguntó Bronson.

—Para los controles —les explicó el agente—. En cada control miran el original y se quedan una copia. Les doy diez copias a cada uno. Con eso debería bastar. Si necesitan más, vuelvan a verme, ¿de acuerdo?

Bronson asintió.

—Tienen una validez de siete días a partir de mañana —dijo cuando salieron de la agencia—. ¿Será suficiente?

—Joder, eso espero. El valle es bastante grande, pero creo que sé dónde deberíamos empezar a buscar.

—Todo listo —dijo Rodini cuando Nick Masters se sentó frente a él en otra cafetería en una tranquila calle del centro de Islamabad; un establecimiento distinto esta vez por si estaban despertando el interés de alguien. Rodini había preparado el encuentro mediante una llamada de cinco segundos, realizada media hora antes, al móvil de Masters—. ¿Ya han llegado todos tus hombres? ¿Y ya has conseguido las armas que necesitas?

—Sí, todos están aquí. Los rifles de asalto y las pistolas no han sido un problema, y hasta hemos encontrado un fusil de francotirador. Estamos listos —respondió Masters.

Rodini asintió.

—Bien. Ahora, como ya te he dicho, lo más lejos que podemos llevaros es al norte de la frontera india. Por supuesto, una vez allí podemos sugeriros lugares por los que cruzar, pero toda esa zona está sometida a una fuerte presencia militar india por los problemas con la frontera; China les preocupa tanto como nosotros.

—¿Y qué sugieres?

—Bueno, la opción más segura habría sido que hubierais entrado de manera legítima en la India, aunque está claro que eso no podríais haberlo hecho con armas encima.

—Habría preferido hacer eso —dijo Masters—, pero el ajustado plazo no nos lo ha permitido.

Rodini asintió.

—La única alternativa que tenemos es pasaros al otro lado de la frontera por una de las zonas menos patrulladas. Aquí el mayor problema estará en convencer a las tropas indias que os encontraréis en la zona del valle de Nubra. He hecho lo que he podido para ayudarte con esto, y tengo otra idea en la que aún estoy trabajando. En lo que respecta al transporte, tengo unos cuantos vehículos con los que se hicieron nuestras tropas mientras patrullaban la frontera. He elegido un par de cuatro por cuatro matriculados en India que podéis usar. Lo bueno es que los utilizaron para hacer contrabando, así que los suelos falsos y otros compartimentos ocultos servirán para esconder la mayoría de las armas que habéis comprado. Haré que los lleven a una de nuestras bases en el sureste de Hushé, en la región oriental de Baltistán, que está solo a unos dieciséis kilómetros de la frontera india. Puedo hacer que os lleven a ti y a tus hombres hasta allí en helicóptero, pero antes necesitaré vuestros pasaportes. Si queréis tener la más mínima oportunidad de sobrevivir al escrutinio del ejército indio, tenéis que tener visados indios en vuestros pasaportes y, además, los permisos de zona restringida que os permitirán viajar por el valle de Nubra y otras zonas cercanas a la frontera.

—No hay problema —dijo Masters—. Iré a por ellos en cuanto vuelva al hotel.

—Entonces, una vez que hayáis cruzado la frontera, podréis moveros por ahí sin dificultad siempre que vuestros permisos estén en orden y las tropas indias no se den cuenta de que lleváis armas. El siguiente problema son las comunicaciones. Puedo proporcionaros un emisor y receptor de radio, pero lo más seguro es que no funcione bien en ese terreno montañoso, así que un teléfono satélite es la mejor opción. Puedo daros dos y además os conseguiré dispositivos GPS insertados en el salpicadero para los Jeeps y algunos de mano también.

—Esto está empezando a sonar caro —comentó Masters.

—Lo será, amigo mío, pero no temas. Seguro que tu jefe, sea quien sea, se lo puede permitir. —Una sonrisa fue extendiéndose lentamente por el rostro de Rodini.

—Ahora, la última cuestión es la operación de recuperación. Sé que no me dirás de qué objeto se trata, o dónde esperáis encontrarlo, así que he tenido que suponerlo. Imagino que está enterrado en el suelo o escondido en una cueva, ¿no?

Masters asintió.

—Y supongo que vuestro plan es recuperarlo y cargarlo en la parte trasera de uno de los vehículos.

—Si cabe, sí. Lo ideal sería recuperarlo, trasladarlo únicamente hasta el helipuerto más cercano y después llevarlo hasta Islamabad y subirlo directamente a un avión con rumbo a Estados Unidos. La última parte del viaje la podemos organizar fácilmente, pero ¿nos puedes conseguir un helicóptero grande? ¿Algo como un Sikorsky o un CH-53? Tendrá que ser un transporte militar, lo suficientemente grande para llevar dentro el objeto recuperado. Lo último que quiero es que termine colgando del extremo de una eslinga. Y el helicóptero tiene que estar avisado y ser puntual. No vamos a tener tiempo de estar esperando.

Rodini meditó sobre lo que le había pedido y después asintió. Es más, ya había destinado un helicóptero para la operación, sabía a qué piloto encargaría la misión, y se había asegurado de que él mismo estuviera también en el aparato una vez pusiera rumbo al punto de recogida.

Quería ver la reliquia con sus propios ojos porque no se creía para nada eso de que, según Masters, no tuviera ningún valor. Ningún coleccionista, por muy rico que fuera, montaría una operación del calibre de la que Masters estaba dirigiendo para hacerse con algo que no valiera nada.

—Tenías razón. Esto se va encareciendo a cada minuto que pasa —dijo Rodini.

—¿Me das una cifra aproximada? —preguntó Masters.

El pakistaní volvió a consultar sus notas y le dio a Masters la cifra que había tenido en mente desde el principio.

—Cien mil dólares. Y eso incluye los vehículos, que os podéis quedar o destruir, como queráis, y el helicóptero a vuestra disposición a partir de las nueve de la

mañana de mañana.

—¡Es un puto abuso y lo sabes! —le contestó Masters con brusquedad—. Me había imaginado cincuenta mil como mucho. Son dos Jeeps, un par de viajes en helicóptero, dos teléfonos satélite y unos pocos documentos falsos. ¿De dónde cojones te has sacado esa cantidad?

—Ya sabes de dónde. Porque puedo daros todo lo que necesitáis y porque no os haré preguntas que no queréis responder. Pero si te parece que es demasiado caro, eres libre de intentar encontrar a otro. Y quiero la mitad ahora mismo.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Significa que harás una transferencia a mi cuenta suiza hoy o el precio se incrementará en diez mil. Querré la segunda mitad a la finalización de la operación.

Masters sabía que Rodini lo tenía entre la espada y la pared. No conocía a ningún otro oficial de alto rango en esa zona de Pakistán y, si intentaba utilizar a uno de sus otros posibles contactos, Rodini se enteraría y lo impediría. Además, un oficial subalterno no podía hacer aparecer un helicóptero solo chasqueando los dedos; sin embargo, Rodini sí que podía y lo hacía con frecuencia. Por otro lado, tal y como pensó Masters, ¡tampoco es que fuera a pagarlo él!

—De acuerdo, cabrón chupasangre, trato hecho. Le diré a mi jefe que te envíe el dinero. Puedo garantizarte que se ejecutará la orden en menos de una hora, pero no puedo asegurarte cuándo llegaran los fondos a Suiza. Eso no está en mis manos.

—Me fío de ti —dijo Rodini—. En cuanto la orden de los primeros cincuenta mil llegue a mi banco, cumpliré con mi parte del trato. Pero si no llega, tus hombres y tú estaréis esperando al helicóptero mucho rato.

Un Dhruv, el helicóptero utilitario construido en India por la compañía HAL, se quedó suspendido en el aire antes de posarse en una zona asfaltada de una pequeña base del ejército indio a las afueras de Karu, en la orilla este del Indo y a unos cincuenta kilómetros al sur de Leh.

El bramido de los motores disminuyó cuando el piloto cerró los estranguladores y bajó el colectivo; los patines de aterrizaje paralelos se separaron ligeramente a la vez que el peso de la aeronave se posaba sobre ellos. Una vez a salvo en tierra, el piloto inició el procedimiento de parada y el ruido del motor descendió aún más. El rotor principal de cuatro palas fue perdiendo velocidad hasta detenerse del todo; las palas se inclinaban y sacudían ligeramente bajo el viento que soplaba en la base. Solo entonces se abrieron las puertas del Dhruv.

Dos hombres bajaron: uno con la agilidad que daba una larga familiaridad con la aeronave, y el otro, una figura más baja y fornida ataviada con un mono verde descolorido, con clara dificultad. El piloto bordeó el morro del helicóptero para ayudarlo y después los dos avanzaron hacia un edificio adyacente de una planta. El hombre más bajo cargaba con una voluminosa mochila de piel.

Algo menos de una hora después, el padre Michael Killian estaba sentado en una silla de madera de la sala de reuniones y preguntándose una vez más por qué ese sitio no disponía de aire acondicionado. No era el calor pegajoso y sofocante que lo había asaltado cuando había salido del avión en Delhi, pero aún hacía demasiado calor en la habitación como para poder estar cómodo, a pesar de la relativa frescura de primera hora de la mañana.

Se había bebido dos botellas de agua helada y picoteaba con impaciencia de una bandeja de aperitivos que había visto en una barra situada a un lado de la sala mientras esperaba a hablar con el oficial al mando.

La puerta finalmente se abrió y entró un oficial del ejército indio elegantemente vestido. Killian no estaba familiarizado con los rangos militares norteamericanos y no sabía prácticamente nada sobre las insignias de las fuerzas militares extranjeras, pero solo con ver el porte del hombre tuvo claro que se trataba de un oficial superior.

—¿Es usted el padre Killian? —preguntó el hombre en un fluido inglés.

Killian asintió.

—Coronel Mani Tembla —respondió el oficial extendiendo la mano—. He recibido órdenes de atenderlo en todo lo que pueda necesitar. Pero primero tengo unas cuantas preguntas, si no le importa.

—La verdad es que sí que me importa, coronel —contestó Killian—. En este asunto el tiempo es esencial y es imprescindible que encontremos a estas dos personas antes de que den comienzo a su búsqueda.

A Tembla parecía divertirle ligeramente el tono de Killian.

—Ya sabemos dónde están y qué están haciendo exactamente —respondió con tranquilidad—. ¿Qué le ha pasado en la oreja? —añadió.

—Tuve un accidente —contestó bruscamente, tocando con la mano el vendaje que llevaba en el lado izquierdo de la cabeza. Se palpó la mejilla sintiendo las cicatrices infligidas por Angela Lewis. Al menos esas sí que estaban curando bien.

—¿Y dónde están?

—En Leh, en un hostel.

Killian se levantó, frustrado.

—¿Qué?

—Hoy a primera hora he dado órdenes de que se localizara a Bronson y a Lewis en cuanto llegaran a Leh. No ha sido difícil; no llegan muchos vuelos hasta aquí y mis hombres han visto a la pareja inglesa casi de inmediato. Yo ya había advertido a la policía local y, rápidamente, han descubierto dónde estaban alojados y han identificado el vehículo que habían alquilado. Le aseguro que todo es mera rutina, aunque sí que ha suscitado una importante pregunta.

—¿Y qué pregunta es esa? —preguntó Killian.

—Todo a su debido tiempo. Ahora siéntese y cálmese —le ordenó Tembla—. Mis órdenes han sido a la vez específicas y poco precisas, lo cual no es habitual. Soy consciente de que rastrear a esta pareja tiene una alta prioridad para algunas personas del gobierno; el hecho de que usted, un ciudadano norteamericano, esté sentado aquí en esta base es prueba suficiente de ello, pero nadie se ha molestado en decirme por qué. El modo en que se me han dado las órdenes indicaba que podía tratarse de terroristas y esta es una zona muy vulnerable por las fronteras con Pakistán y China. Pero eso no explica por qué los siguen. Somos perfectamente capaces de seguir e interceptar terroristas sin ninguna ayuda. Si alguna vez trabajamos con entidades con base fuera de la India, siempre es con las agencias militares o de inteligencia de otros países. Usted, según tengo entendido, no tiene ninguna autoridad ni rango oficial. Por lo que sé, no es más que un sacerdote norteamericano. Así que, ¿qué están haciendo esas personas aquí exactamente?

Killian miró a Tembla con gesto apreciativo.

—¿Es usted cristiano, coronel?

Tembla negó con la cabeza.

—Soy hindú, como el ochenta por ciento de la población de este país.

—¿Pero aquí en India existe una comunidad cristiana, no es así?

—Sí, por supuesto. Los sijs y los cristianos forman alrededor del cinco por ciento de la población y la iglesia siria de India es la segunda iglesia cristiana más antigua del mundo, después de la de Palestina. Se cree que uno de los primeros santos, Santo Tomás, llegó a Kerala, en la punta suroeste del país, en el 54 d. C. Así que el

cristianismo es una religión muy antigua aquí y muy importante, al menos para una pequeña parte de nuestra población. ¿Adónde quiere usted llegar?

—Quiero llegar a algo muy simple, coronel. El hombre que firmó sus órdenes es un general de división, pero también es un cristiano. Emitió esas órdenes después de recibir una llamada de teléfono de un hombre sentado en un despacho del estado más pequeño del mundo.

—¿Usted trabaja para el Vaticano? —le preguntó Tembla.

Killian sacudió la cabeza.

—Para quién trabaje yo es irrelevante. Lo único que tiene que saber es que hace muy poco tiempo cayó en mi poder cierta información que tenía el potencial de causar un daño irreparable a la iglesia católica y que informé de ello a un oficial del Vaticano.

—¿Qué información?

—Se me ha prohibido revelarlo.

Tembla lo miró con ecuanimidad.

—Si quiere hacer uso del equipo y del personal de esta base que yo dirijo, va a tener que esforzarse un poco más. Tengo que saber exactamente qué está buscando para poder encomendar los recursos apropiados a la labor.

—Usted tiene sus órdenes, coronel —dijo Killian. Aún estaba de pie y consciente de que tenía la sartén por el mango—. Órdenes muy claras, creo. ¿Por qué no puede obedecerlas?

—Sin saber exactamente qué está buscando, no estoy preparado para destinar ni mis tropas ni mi equipo —contestó Tembla con aspereza—. Y eso es lo que dirá mi informe para mi superior en Delhi cuando lo redacte.

Killian se lo quedó mirando unos instantes antes de sacudir la cabeza.

—Muy bien. Lo que estoy a punto de contarle no debe salir de esta habitación, coronel. ¿Me da su palabra?

Tembla inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

Killian se echó hacia delante y comenzó a hablar en voz baja.

Dos minutos después, se sentó y esperó la respuesta de Tembla.

El hombre asintió un par de veces como si no pudiera asimilar las implicaciones de lo que acababan de contarle, y se sentó lentamente.

—Entiendo el problema —dijo al cabo de un instante—. Y de verdad que entiendo la crisis a la que se enfrentará su religión si se recupera esta reliquia. —Suspiró—. Tendrá lo que necesite.

—Gracias. ¿No tenía otra pregunta para mí?

—Sí. Ordené a uno de mis hombres que ocultara un rastreador en el Jeep que ha alquilado Bronson, pero cuando intentó colocar el dispositivo, encontró que ya había

uno instalado y amarrado a una de las partes del chasis. Alguien más está siguiendo a este hombre. ¿Sabe quién es?

Killian asintió.

—Un hombre llamado Donovan. Sé algo de él, y es incluso más peligroso que Bronson. Pero entonces, ¿qué ha hecho su hombre? ¿Retirar el otro dispositivo de rastreo?

Tembla negó con la cabeza.

—Le dije que lo dejara y que utilizara un escáner de mano para identificar la frecuencia que el dispositivo estaba usando. Esto nos permitirá rastrear el vehículo desde un helicóptero. Y también le ordené que usara un bote de espray rojo para dibujar un pequeño círculo en el techo del Jeep. Así será más fácil todavía seguirlo desde el aire.

Se levantó.

—Me avisarán en cuanto Bronson o Lewis salgan del hostel. Tengo un equipo de hombres vigilando el establecimiento. Ahora le sugiero que duerma un poco. Puede que mañana sea un día muy largo.

Bronson y Angela se despertaron temprano a la mañana siguiente y se pusieron en marcha por la carretera que salía de la ciudad en dirección noreste y que empezaba a ascender casi de inmediato.

Tras ellos apareció un Land Rover gris lleno de polvo procedente de una calle lateral que giró en la misma dirección.

Había dos hombres sentados en la cabina del Land Rover y el equipo que llevaban en la parte trasera del vehículo era casi un reflejo de lo que Bronson y Angela habían comprado en Leh, pero en mayor cantidad. El compartimento trasero contenía cuatro tiendas de campaña, no una, y mucha más comida y agua de la que habían comprado ellos, además de un montón de tablones de madera y una pequeña caja de herramientas de carpintería.

Frente al copiloto, en el salpicadero, había un mapa topográfico de Ladakh que este ni siquiera se había molestado en abrir. Por el contrario, había centrado toda su atención en un dispositivo electrónico fijado al parabrisas mediante una ventosa. Parecía una especie de navegador por satélite y constaba de una pantalla de cinco pulgadas con los mandos situados alrededor del marco. Pero a diferencia de un navegador normal, además del símbolo que marcaba el vehículo donde estaba instalada la unidad, en el mapa electrónico se mostraba un punto adicional en movimiento. Era ese símbolo el que estaba captando su atención.

Aunque la carretera que salía de Leh en dirección noreste era bastante recta, en realidad era poco más que una pista terraplenada, a pesar de su superficie accidentada y llena de baches, distinguida solo por su superficie ligeramente llana. A ambos lados, rocas y peñas marcaban los límites de un modo mucho más claro y tajante que cualquier valla quitamiedos. La suspensión del gran Jeep Nissan que Bronson había alquilado era terriblemente firme, así que el trayecto no fue de lo más cómodo, pero prefería la fiabilidad a la comodidad, sobre todo, en la clase de terreno que sabía que se encontrarían más tarde.

—¿La ruta que hemos trazado te convence? —le preguntó a Angela después de haber salido de la ciudad.

—Más o menos —respondió ella—. Seguimos subiendo por esta carretera hasta que cruzamos la parte alta del desfiladero Khardung La, que hasta hace poco estaba considerado como el más alto del mundo accesible por carretera, y después seguimos rectos hasta la parte baja del valle. Luego deberíamos girar a la izquierda y seguir el

río que recorre el valle hasta que lleguemos a Thirit. Debe de haber un modo de poder cruzar el río por ahí. El problema es que no tengo ni idea de cómo será el río de grande y no tenemos forma de saberlo hasta que lo veamos. Según el mapa, en él desembocan afluentes desde ambos lados del valle, así que supongo que es bastante grande y que cruzarlo, incluso en esta camioneta, puede que no sea muy buena idea.

—Tiene sentido.

—Bueno, el caso es que cruzaremos el río o en Thirit o cerca, y después cogeremos la bifurcación al norte y nos dirigiremos hacia Panamik, que se encuentra cerca del extremo sur del valle de Nubra. La palabra *nubra* significa «verde» en el dialecto local porque se supone que tiene el mejor clima de todo Ladakh, imagino que su propio microclima. Y *ladakh*, como dato interesante, significa «el valle de los altos desfiladeros». —Señaló las colinas y los valles visibles a su alrededor.

Bronson asintió, concentrándose en la carretera, que ahora había empezado a ascender con una pendiente muy pronunciada.

—Ahora que estamos en la última etapa, ¿puedes explicarme por qué estás tan segura de que el valle de Nubra es donde deberíamos mirar?

—Porque todo encaja muy bien con el texto persa. El primer verso se refiere concretamente a Mohalla, y el segundo dice que enterraron el tesoro en el «valle de las flores».

—Creía que me habías dicho hace un momento que *nubra* significa «verde».

—Sí, te lo he dicho y significa eso. Pero el antiguo nombre del valle de Nubra era Ldumra, que significa «valle de las flores». Hay gente que piensa que *nubra* significa «flores», pero no es así; eso es solo un eco lingüístico del nombre antiguo en el dialecto local. Y una pequeña caravana probablemente podría llegar al valle de Nubra desde Mohalla en unos diez días, cosa que vuelve a encajar con el texto persa.

—Vale —asintió Bronson—. Y supongo que no hay otro lugar que hayas identificado en la zona que encaje tan bien con la descripción. Pero yo también he mirado el mapa y el valle de Nubra tiene la forma de un triángulo de unos sesenta y cinco kilómetros de largo y una base de unos cuarenta. Eso significa que cubre un área de unos mil trescientos kilómetros cuadrados y que su extremo norte se encuentra en territorio controlado por Pakistán, no India, lo que añade una nueva complicación. Así que lo que te pregunto es, ¿dónde sugieres que empecemos a buscar?

—Tus cálculos son correctos, e intentar localizar una cueva en una zona de semejante tamaño sería una absoluta pérdida de tiempo y de esfuerzo sin tener algún tipo de indicación. Pero resulta que sí que tenemos algunas indicaciones —dijo sonriéndole—. Gracias al tercer verso del escrito persa.

Killian se despertó antes del amanecer y caminó de un lado a otro de su pequeña habitación mientras esperaba ansioso a recibir noticias de los vigilantes de Tembla situados a varios kilómetros, en dirección a Leh. Al final, cuando ya no podía esperar más, bajó a la sala de reuniones donde había estado la tarde anterior y se sirvió una taza de café.

Tembla entró unos treinta minutos después; lo saludó y se sirvió otra taza.

—¿Y bien? —preguntó Killian.

—Ya se han puesto en camino —respondió Tembla.

—¿Qué? —Se levantó—. Tengo que llegar hasta allí.

—Paciencia, padre. De madrugada hemos enviado un Searcher; es un vehículo aéreo no tripulado y está programado para merodear sobre Leh. Ha localizado a Bronson y a Lewis en cuanto han salido del hostel y desde entonces ha estado siguiendo su vehículo. Los está siguiendo visualmente mediante una cámara de alta definición y está recibiendo la señal electrónica del rastreador, así que sabemos exactamente dónde están. He recibido el último informe justo antes de entrar aquí, y en este momento están subiendo por la carretera que se dirige al desfiladero de Khardung La.

Tembla desplegó un mapa de la zona y lo extendió sobre uno de los escritorios.

—Nosotros estamos aquí —dijo señalando el asentamiento marcado como Karu en el mapa—. Leh está justo aquí, y Khardung La está hacia el norte del pueblo. Al otro extremo del desfiladero se encuentran el río Shyok y los pueblos de Khalsar y Diskit. Esta zona, el valle de Nubra, en un principio se llamaba Ldumra y es lo que mejor encaja con el «valle de las flores», como usted lo ha llamado. Pero yo conozco ese valle y allí no hay mucho, solo un puñado de viejas edificaciones en un extremo, así que ¿cómo de seguro está de que esa información es correcta?

—Todo lo seguro que puedo estar y, en cualquier caso, tengo que llegar allí lo antes posible. ¿Puede conseguirme un Jeep o algo?

Tembla negó con la cabeza.

—De nada sirve marcharse hasta que Bronson y Lewis se detengan, y aún les queda un largo camino antes de llegar a Khalsar. Como mucho estarán avanzando a cincuenta kilómetros por hora. Cuando paren, utilizaremos helicópteros que pueden llegar hasta ellos en cuestión de minutos.

—¿Y las armas? Donovan estará siguiéndolos también e irá armado.

Tembla sonrió ligeramente.

—Eso no será ningún problema. Usted puede volar en el Dhruv hasta el valle de Nubra, pero yo tengo un par de Hinds también y enviaré uno con usted.

—¿Hind?

—Un helicóptero de combate construido en Rusia. Puede derribar un tanque, así que independientemente de cuántos mercenarios o qué tipo de armas haya reunido Donovan, puedo prometerle que el Hind los sobrepasará en potencia de fuego.

—¿Estás segura de que has descifrado el párrafo? —le preguntó Bronson.

Una mínima sombra de duda oscureció el rostro de Angela, aunque se desvaneció tan pronto como había aparecido.

—Creo que sí. He intentado analizar lo que el autor estaba describiendo y relacionar su descripción con los rasgos geográficos que sé que existen en el valle de Nubra.

—¿Y ha funcionado?

—Sí, creo que sí —repitió—. A ver si estás de acuerdo.

Sacó una hoja de su bolsa y la desdobló.

—A ver, el primer verso dice «Con sus sombras siempre ante ellos». ¿Alguna idea de lo que puede significar?

Bronson se quedó pensando un momento.

—Supongo que significa que estaban caminando hacia el norte con el sol tras ellos porque eso proyectaría sus sombras hacia delante, así que siempre estarían visibles.

—¡Muy bien! —aplaudió Angela—. Eso es exactamente lo que yo he pensado también. El segundo verso es algo más sencillo. Dice «desde el amanecer al crepúsculo».

—Eso tiene que referirse a la salida y a la puesta del sol, así que lo que el autor está diciendo en esos dos versos es que estuvieron todo un día caminando hacia el norte, lo que significa que, probablemente, cubrieron entre treinta y cincuenta kilómetros, no más. Pero para encontrarle sentido a eso, obviamente necesitas saber el punto de inicio, el lugar del que partieron.

—Y eso —prosiguió Angela— nos lo cuentan en el tercer verso. Dice «más allá del punto de encuentro donde las aguas caen». Lo interpreto o como un cruce cerca de una cascada o, más probablemente, como un lugar donde se unen dos arroyos o ríos. El problema es que toda esta zona, incluyendo el valle de Nubra, está salpicada de ríos y arroyos, así que con eso puede hacer referencia a casi cualquier parte de por aquí.

—¿Y? —preguntó Bronson.

—He supuesto que lo mismo debió de pensar el autor de este texto así que hay que mirar el siguiente verso para ver qué nos dice. «Hacia el grandioso río que nunca fluye» y eso marca el fin de la primera frase, así que ahí está toda la descripción.

—¿A lo mejor se refería a un río seco? —sugirió Bronson—. ¿Has comprobado si hay alguno por la zona?

Angela negó con la cabeza.

—Al principio he pensado lo mismo que tú, pero después me he dado cuenta de

que no tenía sentido. Si de verdad estaba describiendo un río seco, ¿por qué iba a usar una palabra como «grandioso» para describirlo? Lo cierto es que hay un río enorme cerca del valle de Nubra que nunca fluye. O, para ser exactos, fluye increíblemente despacio.

Bronson apartó los ojos de la carretera un par de segundos para mirar el punto que ella señalaba en el mapa. Junto al extremo de su dedo había una pequeña mancha blanca.

—¿Qué es eso?

—Eso es el glaciar de Siachen, en la cordillera de Saltoro. Desemboca en el río Nubra y por las dimensiones que aparecen en el mapa topográfico, parece como si en algunas zonas tuviera más de kilómetro y medio de ancho. Creo que encaja con la descripción bastante bien. Sin duda es «grandioso» y fluye tan despacio que es casi como si no se moviera.

—Si lo sumamos todo, lo que sacamos es una descripción de un grupo de gente caminando hacia el norte durante un tramo de entre treinta y cincuenta kilómetros en dirección a un glaciar y empezando en un punto donde se unen dos arroyos o ríos.

—¿Y has encontrado algún sitio que encaje con esa descripción?

Angela asintió.

—Ahí es adonde nos dirigimos ahora mismo. He dicho que cruzaríamos el río en un lugar llamado Thirit. Justo al norte de esa aldea se juntan los dos ríos que definen el valle de Nubra, el Nubra y el Shyok —dijo pronunciándolo como «shay-ock»—. La carretera que seguiremos va casi directamente hacia el norte desde ahí, así que eso encaja con la descripción de sus sombras delante; y a unos cuarenta kilómetros al norte de Thirit hay una carretera que se bifurca hacia el este y creo que eso encaja con la primera parte de la estrofa.

Echó otro vistazo al papel que tenía en la mano.

—A continuación viene el verso «Después se giraron hacia la gloria». Creo que eso tiene que ser otra referencia al sol, el sol que está saliendo, y significa que cuando partieron al día siguiente se dirigieron al este, hacia la salida del sol, y eso más o menos encaja con la dirección que sigue la carretera actual. Por lo que veo en el mapa topográfico, no hay muchas otras rutas que pudiera seguir la carretera, así que es razonable pensar que la senda que siguieron hace dos mil años sigue prácticamente la misma dirección que la carretera actual.

Angela se detuvo un instante. Hasta ese punto había quedado bastante satisfecha con la interpretación del significado de las estrofas, pero estaba pensando en el final de la última y, por supuesto, ese era el fragmento más importante.

—A ver, los tres últimos versos, que dicen «entre los pilares y más allá de sus sombras/y se sumieron en el silencio y en la oscuridad hecha por el hombre/para descansar para siempre», están, por así decirlo, más sujetos a interpretación.

—Vamos, que no sabes lo que significan —sugirió Bronson.

—Yo no he dicho eso —objetó Angela—. El último verso, «para descansar para siempre», es bastante simple y es una repetición de la última parte de la segunda estrofa. Y creo que el anterior es más bien una referencia a una cueva, bien hecha por la mano del hombre, o más probablemente, una estructura hecha por el hombre dentro de una cueva. Eso es lo que creo que quiere decir «un espacio de piedra» en la segunda estrofa. No creo que Isaac y sus discípulos hubieran tenido tiempo o el equipo necesario para excavar una cueva. Eso les habría supuesto meses o semanas martilleando la piedra maciza. Es mucho más probable que encontraran una cueva natural apropiada y crearan una especie de cámara dentro. O tal vez incluso escondieron la reliquia en el fondo de una cueva y simplemente construyeron un muro de piedra delante para ocultarla.

—Entonces, ¿por dónde deberíamos mirar una vez empezamos a dirigirnos hacia el este por esa carretera al norte de Thirit? ¿Qué crees que significa ese verso?

—Es un poco ambiguo. La primera parte, «entre los pilares», resulta descriptiva desde el punto de vista geográfico. En algún punto de la carretera, y supuestamente al norte, porque el río corre al sur por la parte baja del valle, debe de haber un par de pilares de piedra o una especie de formación que se asemeja a un par de columnas. Tal vez sean unas brechas verticales de la roca o algo así. Solo espero que cuando pasemos por allí reconozcamos los rasgos que ellos pudieron haber visto hace dos mil años.

—¿Y la segunda parte del verso? —preguntó Bronson.

—Esa es la parte más complicada. La frase «más allá de sus sombras» podría referirse a los pilares, tal vez, si fueran unas estructuras independientes. Así que podría significar que la entrada a la cueva está cerca de los pilares, justo tras el punto más alejado de donde el sol proyecta sus sombras. Pero supongo que también es posible que «sus sombras» se refiera a Isaac y a sus acompañantes, en cuyo caso podría significar simplemente que siguieron avanzando hacia el norte en dirección a un punto «más allá de sus sombras». O podría ser una descripción de algo completamente distinto, algo que hasta ahora no se me ha ocurrido. —Suspiró, frustrada.

—Mira, estamos arriba —dijo Bronson señalando a través del parabrisas.

Habían estado ascendiendo a ritmo constante desde que habían salido de Leh por una carretera pronunciada y accidentada, pero ahora parecía como si por fin hubieran llegado a la cima del desfiladero Khardung La. Mientras hablaba, vio una señal en un lado de la carretera con caracteres que no reconocía, pero debajo estaban las palabras Khardung La y más abajo la altitud, 5.380 metros. La palabra *La* significa «desfiladero».

—La última vez que estuve a tanta altitud fue en un avión —dijo Bronson,

asombrado.

Sin duda, las vistas eran espectaculares. Una perspectiva ininterrumpida se abría en todas las direcciones desde el punto en que se encontraban, y Bronson tuvo la sensación de estar, literalmente, en lo alto del mundo, porque casi todo lo que podía ver a su alrededor estaba por debajo de ellos. En ese instante entendió los motivos por los que a los alpinistas les resultaba tan emocionante la escalada.

—Supongo que a partir de ahora todo es cuesta abajo, al menos geográficamente hablando —dijo Angela mientras Bronson metía la segunda para el largo descenso por el lado este del desfiladero hasta el río Shyok, que recorría la parte baja del valle. Si utilizaba los frenos para mantener la velocidad de bajada, se quedaría sin ellos, el líquido herviría y los discos se desgastarían mucho antes de que llegaran al final de la cuesta.

La carretera de subida a Khardung La había sido pronunciada e impresionante, pero en cuanto Bronson miró al frente vio que el descenso sería todavía más espectacular. Podía ver un estampado de empinadas caídas, curvas muy cerradas y algunas ligeramente más abiertas que marcaban la ruta hasta el punto donde los ríos Shyok y Nubra se precipitaban para reunirse en la parte baja del valle.

Habían cubierto aproximadamente cuatrocientos metros de bajada por la colina cuando un Land Rover cubierto de mugre coronó la cima tras ellos y dio inicio al mismo descenso hacía el río del valle.

En las afueras de Hushé, en la región oriental de Baltistán, Nick Masters bajó del helicóptero del ejército y comenzó a supervisar cómo sus hombres descargaban el equipo.

Las armas estaban envueltas en arpillera para evitar que se estropearan durante el traslado, aunque estropear un Kalashnikov con algo más pequeño que una almádena era complicado, y la munición y las pistolas estaban empaquetadas en cajas de acero pintadas de verde. Masters incluso había encontrado un rifle de francotirador Barret.

En un lado de la zona de aterrizaje había dos cuatro por cuatro, con pinta de estar excesivamente usados, matriculados en India y, junto a ellos y observando su llegada estaba Rodini.

—¿Vienes a comprobar tu inversión? —le preguntó Masters caminando hacia él.

—Solo a asegurarme de que todo está en orden —respondió Rodini mirando a los hombres que habían acompañado a Masters—. Deja que te enseñe estos coches.

Fue hasta los Land Cruisers y abrió la puerta trasera de uno de ellos. Era una puerta pesada, dada la rueda de repuesto que llevaba atornillada.

—Esto es lo mejor. El parachoques se ha bajado unos ocho centímetros, que apenas se notan en un vehículo de este tamaño, y justo por encima se ha insertado una bandeja de poca profundidad que queda oculta en el interior del Jeep. Así es como se extrae.

Levantó lo que parecían un par de tuercas desgastadas en la parte trasera de la plataforma de carga, pero cuando las posó en el suelo, Masters vio que no tenían rosca, sino que eran completamente lisas, como unos simples pasadores de bloqueo, que era lo que en realidad eran.

Entonces Rodini sacó un cuchillo, introdujo la punta en un diminuto hueco en el extremo de la plataforma del suelo y la levantó. De ella asomaron unos tres centímetros de lo que parecía una bandeja, y él tiró para extraerla del todo. Tenía el ancho del parachoques trasero y la habían hecho de modo que encajara con las juntas del panel haciendo que resultara invisible. La bandeja no era grande. Tenía, tal vez, unos quince centímetros de profundidad, noventa de largo y casi metro y medio de anchura.

—Genial —dijo Masters—. Aquí dentro se puede meter mucha cocaína.

Rodini asintió.

—Y eso es exactamente lo que hicieron. Por desgracia para los contrabandistas, no sobornaron a quienes debían y por eso ahora tú eres el orgulloso dueño de estos dos vehículos. Tus armas y tu munición entrarán ahí dentro sin problema.

—Seguro —respondió Masters mirando atrás donde sus hombres estaban reunidos y rodeados de cajas de armas, munición y demás equipo—. ¡John! —gritó

—. ¿Puedes traer un par de AK y algo de artillería?

Un hombre corpulento con aspecto de oso, que tenía gran parte del rostro cubierto por una gruesa barba negra, cogió dos de los Kalashnikovs y echó a andar hacia la parte trasera del Land Cruiser.

Masters asintió para darle las gracias a Rodini, extendió la tela de arpillera sobre el fondo de la bandeja y colocó los dos Kalashnikov. A simple vista quedaba claro que había espacio para, al menos, media docena de armas en la bandeja, siempre que tuvieran quitadas las recámaras.

—Bien —dijo y, alzando la voz ligeramente, añadió—: De acuerdo, chicos. Quitad las recámaras de los AK y ponedlas en las dos bandejas. El Barrett también. Colocad la munición alrededor.

—¿Y las pistolas? —preguntó el hombre fornido—. ¿También las quiere ahí dentro?

Masters negó con la cabeza.

—No, las pistolas las llevaremos encima por si necesitamos métodos adicionales de persuasión en algún control.

Rodini sacudió la cabeza.

—Yo os recomiendo encarecidamente que no os metáis en tiroteos con las patrullas del ejército indio en la frontera. Puedo garantizaros que saldríais perdiendo.

—Tomo nota —dijo Masters—. Pero, por si nos metemos en algún lío, no quiero que todas nuestras armas estén guardadas e inaccesibles. —Vio a sus hombres apartarse de las armas y la munición y cerrar las dos bandejas secretas de la parte trasera de los Land Cruiser.

—A ver, en cuanto al tema de cruzar la frontera, ¿todos lleváis vuestros pasaportes y permisos?

Masters asintió. Él mismo había comprobado los documentos cuando Rodini se los había entregado después de que los falsificadores hubieran hecho su trabajo y también tenía unos preparados para cuando por fin llegara J. J. Donovan.

—Nosotros estamos aquí. —Rodini abrió un mapa, lo extendió sobre el capó del Land Cruiser y señaló un punto a unos veinte kilómetros de la frontera entre Pakistán e India—. Siguiendo los caminos, que en esta zona equivalen a carreteras, la frontera se encuentra a media hora de camino en dirección sureste. Lo que propongo es bastante sencillo. Quiero escoltaros a todos hasta ahí abajo y después entregaros a las tropas indias.

—Aún estamos muy alto, ¿verdad? —preguntó Bronson.

Habían descendido todo el camino hasta la parte baja del desfiladero Khardung La y cruzado el puente sobre el Shyok, el río que recorría la parte baja del valle. En el cruce al otro lado de las rápidas aguas, giraron a la izquierda y de nuevo comenzaron a descender, pero en esa ocasión más despacio.

—Sí —respondió Angela—. Toda esta zona se encuentra a más de tres mil metros. —Miró el mapa—. Pronto llegaremos a otro cruce y una parte de la carretera se bifurcará hacia el sur hasta el otro lado del Shyok. Nos tenemos que quedar en este lado, el lado este del río, y seguir dirigiéndonos más o menos hacia el noroeste hasta que llegemos a la ciudad de Panamik.

En cuestión de minutos llegaron al cruce.

—¿Puedes parar un segundo? —preguntó Angela.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—No, nada —respondió Angela—. Tú solo baja y sígueme.

Bajó del asiento del copiloto del Nissan y esperó delante del vehículo mientras otros dos cuatro por cuatro, un Land Rover y un Toyota, pasaban por delante de ellos en dirección noroeste levantando nubes de polvo. Cruzó al otro lado de la carretera seguida por Bronson y señaló al suroeste, hacia el río.

—Por ahí —dijo indicando un ancho tramo del río— es donde el Nubra, que también se conoce como Siachen, el mismo nombre del glaciar que lo alimenta, se junta con el Shyok.

Bronson miró al otro lado del pedregoso suelo, hacia la parte baja del valle. Incluso desde la distancia podía ver dónde se encontraban las agitadas aguas de los dos ríos.

—¿Y crees que ese es el «punto de encuentro donde las aguas caen»?

Angela asintió.

—¿Asombroso, no? —dijo Bronson—. No creo que el paisaje sea muy distinto de como era hace dos mil años.

Volvieron a subir al Jeep.

—Si no nos equivocamos, la carretera que estamos siguiendo ahora habría sido la misma ruta que Isaac y sus acompañantes siguieron —dijo Angela, también asombrada por la magnitud de todo ello—. Habrían tardado, al menos, un día entero en llegar a la bifurcación principal del camino, pero nosotros deberíamos tardar una hora. Y entonces, nos pondremos a buscar.

Mientras Bronson seguía conduciendo, pasó por delante de varios cuatro por cuatro aparcados sobre el accidentado terreno que bordeada la carretera. La mayoría estaban rodeados de turistas ataviados con ropa cálida, plumas, parcas y anoraks de

colores vivos, consultando mapas y tomando fotos del paisaje.

Pero un Land Rover gris lleno de polvo destacaba ligeramente, porque dentro había únicamente dos hombres, sentados, con el motor en marcha y aparcados a unos metros de la carretera terraplenada. Bronson sabía que nunca había visto a esos hombres, pero anotó mentalmente el número de matrícula al pasar por delante con el Nissan... por si acaso.

—A menos que se trate de un chiste malo —dijo Masters—, más vale que expliques lo que quieres decir.

Rodini le sonrió.

—Piénsalo bien. Estáis conduciendo vehículos cuatro por cuatro con matrículas indias. Todos tenéis visados indios en vuestros pasaportes, sí, visados indios falsificados, lo sé, pero son de muy buena calidad, y lleváis los permisos para zona restringida además de varias copias cada uno. El modo más sencillo de introducirse en India es decir que ya estabais dentro, pero que os habéis perdido y habéis entrado en territorio pakistaní. Cuando llegemos a la frontera reprenderé a los indios por haber permitido que un puñado de norteamericanos crucen a Pakistán con tanta facilidad. También les diré que os hemos interrogado, así que si alguno puede aparecer con un buen hematoma, fingir algunas heridas y, tal vez, uno o dos cortes, eso le añadiría realismo. Imagino que estarán tan avergonzados que comprobarán vuestros papeles, os gritarán, y después os soltarán. Y sí, por alguna razón, deciden no hacerlo, entonces podré decir que acabo de recibir instrucciones de arrestaros para interrogaros más a fondo.

Masters asintió lentamente. La propuesta de Rodini era de una genialidad tan simple que tuvo que aplaudir. En todo momento había sabido que intentar cruzar la frontera iba a ser difícil y peligroso, pero conducir hasta un control y decir que habían cruzado a Pakistán por error eliminaba ese problema. Y Rodini tenía toda la razón, tenían los papeles y la documentación que necesitaban para estar en la zona del valle de Nubra así que, siempre que los falsificadores hubieran hecho bien su trabajo, los indios no tendrían motivos para detenerlos.

—¿Tienes buena relación con las tropas indias? —preguntó.

—Bastante —respondió Rodini—. Hay alguna que otra refriega, pero la mayor parte del tiempo no pasa nada en la zona fronteriza, así que sí que hablamos y esas cosas. Antes de que intentemos cruzar la frontera, llamaré a uno de los oficiales superiores del ejército indio y les explicaré que hemos arrestado a un grupo de intrusos solo para tantear su reacción.

—¿Y no querrá dar parte y decirles a sus superiores lo que está pasando?

—Lo dudo. Si admite que dos Jeeps cargados de turistas norteamericanos han logrado cruzar la frontera en su sector, y durante su guardia, y que tropas pakistaníes

los han capturado y devuelto, va a parecer que sus hombres y él han cometido una negligencia. Lo último que querrá será contárselo a alguien.

Rodini sonrió a Masters.

—Es hora de ponerse en marcha. Próxima parada, la frontera india.

—¿Sabes? Entiendo por qué la gente viene aquí —dijo Bronson contemplando por el parabrisas la extensión del valle de Nubra—. A esta altitud y en esta clase de terreno, no te esperas ver nada así.

La vasta planicie se extendía ante ellos, llana y relativamente uniforme, pero a pesar de la altitud, era en su mayor parte una especie de tapiz de vegetación con manchas de intenso verde que contrastaban bastante con el marrón verdoso de las laderas de las montañas que la limitaban por ambos lados. Motas de color, amarillas, rosas y rojas señalaban la posición de las rosas silvestres, y otras más oscuras y verdes grisáceas marcaban matas de lavanda esperando a que llegara el calor de agosto para empezar a florecer.

Y no era solo por los distintos colores. Había un contraste enorme entre la llanura y las montañas, que parecían alzarse casi verticalmente desde el borde del terreno llano. Ni cerros ni suaves pendientes elevándose para encontrarse con las montañas. En cierto sentido le recordaba a los fiordos noruegos, donde los pronunciados laterales de las cumbres se desploman directos a las aguas heladas.

—Este valle tiene el mejor clima de todo Ladakh —dijo Angela— y, como puedes ver, son tierras cultivadas y muy fértiles. Ya te he dicho antes que en la lengua antigua de esta zona se conocía como Ldumra, que significa el «valle de las flores». Existe incluso una teoría que dice que esta zona fue la fuente del mito del Jardín del Edén.

—Bueno, está claro por qué —contestó Bronson—. Imagínate a alguien recorriendo exhausto los caminos que conducen aquí sin ver nada más que rocas y montañas y que, de pronto, se topa con estas vistas. Quiero decir, ¿cómo no se iban a pensar que habían encontrado una especie de paraíso?

—Pero lo cierto es que este valle se ha recorrido mucho a lo largo de los siglos. Es en la época actual cuando se ha convertido en una especie de callejón sin salida por las disputas entre India y Pakistán y, por supuesto, con China. Ahora mismo no estamos muy lejos de la frontera china. Pero en un principio esto formaba parte de la llamada Ruta de la Seda que salía de la capital del antiguo Imperio Chino, Chang'an, que ahora se llama Sian, y llegaba a distintas zonas del Mediterráneo, como Alejandría, Estambul y otros lugares.

Un animal grande y marrón se movió entre unos matorrales situados a un lado de la carretera que estaban siguiendo.

—¿Qué era eso? —preguntó Bronson, echándole un rápido vistazo antes de volver a centrar la atención en la carretera.

—Es un camello bactriano, de los que tienen dos jorobas —respondió Angela girándose en su asiento para verlo mejor.

—¿Un camello? No me habría esperado que hubiera camellos a esta altitud.

—Son unas bestias muy fuertes y bien equipadas para resistir condiciones duras, ya haga mucho calor o mucho frío. Es más, prácticamente los únicos animales que te puedes encontrar por aquí arriba son camellos y cabras.

Al otro lado del río, sobre un asentamiento bastante grande rodeado de plantaciones de albaricoques, un edificio con un extraño aspecto moderno estaba ubicado en la ladera. Era cuadrado y de color blanco en su mayoría, aunque con algunas partes pintadas de rojo, marrón y amarillo, y con unas altas y finas banderas aleteando desde su tejado. Parecía casi como un bloque de apartamentos.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Bronson.

Angela consultó sus notas y miró el mapa.

—El último lugar que hemos atravesado se llamaba Khalsar, pero era solo una pequeña aldea, así que esto debe de ser el pueblo de Diskit. Es uno de los mayores asentamientos de la región. Tiene unos cuantos hoteles y hostales, y hasta algunas tiendas.

—Me refería al edificio que hay en esa ladera. —Bronson levantó una mano del volante y señaló a su izquierda.

Angela volvió a consultar el mapa.

—¡Ah! Eso es Diskit Gompa. Es el monasterio más antiguo y más grande de todo el valle de Nubra. Tiene unos trescientos cincuenta años.

—¿Entonces la palabra *gompa* significa «monasterio»?

—Sí. Creo que la mayoría de los pueblos de por aquí tienen uno, aunque algunos se han dejado de usar a medida que la población se ha ido moviendo por la zona. Muchos parecen tener el mismo tipo de construcción: las esquinas cuadradas, los tejados planos y las ventanas cuadradas o altas y estrechas son típicos. También pueden tener mucho colorido. Además, los monjes que viven en ellos llevan atuendos muy vistosos; suelen vestir túnicas rojas oscuras y a veces tocados dorados.

—¿Y las banderas?

—Tienen oraciones escritas en ellas. Creo que el viento, al azotarlas, envía el mensaje de la oración directamente a Buda.

Atravesaron Sumur y continuaron en dirección norte viendo de vez en cuando el río a su izquierda.

—Bueno —dijo Angela al ver bloques aquí y allá a ambos lados de la carretera, frente a ellos—. Eso de ahí delante debe de ser Panamik. Tenemos que comprobar el estado de la carretera en el extremo norte del pueblo.

—¿Qué estás buscando?

—Controles —respondió sin más—. A los que no son de por aquí no se les permite ir más al norte que Panamik, y el sitio al que tenemos que ir está bastante más lejos, así que, o tenemos que convencer a alguien para que nos deje cruzar o

debemos volver e ir campo a través para bordear las patrullas.

—¿Y si nos paran por el campo? —preguntó Bronson.

—Pues haremos de extranjeros tontos. Diremos que nos hemos perdido y que no nos habíamos dado cuenta de dónde estábamos.

—Vale —dijo Bronson no muy convencido—. Con tal de que no nos disparen primero.

Panamik era igual que la mayoría de los otros pueblos que habían visto desde que habían llegado a Ladakh, aunque tal vez un poco más grande. Bronson disminuyó la marcha según se acercaban al extremo norte y ambos miraron al frente. Casi habían salido del poblado cuando vieron la barrera al fondo de la carretera y a un montón de soldados del ejército indio situados al lado con las armas colgándoles de los hombros y actitud despreocupada.

—Supongo que es hora del plan B —dijo Bronson con un suspiro—. Espero que lleves un buen mapa ahí. —Paró el cuatro por cuatro a un lado de la carretera y apagó el motor. Angela desdobló el mapa que había estado usando y con un boli señaló un punto al noreste de Leh.

—Ahí está Panamik y aquí es donde tenemos que llegar.

Señaló un cruce a la derecha de la carretera a unos quince o veinte kilómetros de la aldea.

—¿Y desde ahí? —preguntó Bronson.

—Desde ahí hacemos uso de nuestros ojos y nuestra imaginación porque creo que ese cruce es a lo que se refería el autor del texto cuando escribió eso de «Después se giraron hacia la gloria». Así que una vez que lleguemos allí, tendremos que buscar lo que sea que pueda encajar con la expresión «entre los pilares», que podría estar en cualquier parte al norte de la carretera.

—¿Por lo de «más allá de sus sombras»? —preguntó Bronson.

—Exacto.

Bronson estudió el mapa calculando las distancias y comprobando las curvas de nivel. Si iban a salirse de la carretera e ir campo a través, tenía que estar seguro de que su Jeep podría con el terreno. Si se quedaban tirados, no habría nadie a quien poder llamar, obviamente.

Ese era un factor que había que tener en cuenta. El otro era que no podían elegir sin más una ruta y seguir por ella porque el coche levantaría una nube de polvo que sería visible a kilómetros, y eso atraería sin duda la atención de una patrulla del ejército indio. Así que tenían que ir despacio y conducir por valles o barrancos, eso suponiendo que pudieran salir de ellos cuando tuvieran que hacerlo.

—Creo que tenemos que volver a bajar por la carretera y dirigirnos al sur —dijo Bronson—. Cuando salgamos de la carretera no podemos ir al oeste porque tendríamos que atravesar la aldea Arann para volver a incorporarnos a la vía. Así que

una vez salgamos de Panamik, tendremos que girar al este y seguir por las faldas de esta montaña de aquí, creo que se llama Saser, en la Cordillera del Karakórum. Después podremos girar al norte e incorporarnos a la carretera que sale de Arann hacia el este sin tener que entrar en la aldea.

Angela asintió.

—Hay que dar una vuelta enorme —dijo, no muy convencida—, pero no veo otras opciones, a menos que vayamos hasta el control, les enseñemos la carta a los soldados y les digamos que somos un equipo de reconocimiento del museo Británico. Eso podría funcionar.

—Sí, claro, y también podría no funcionar. Preferiría que nos ciñésemos al plan y usarla si nos para una patrulla en las colinas. Si los soldados del control no nos permiten cruzar, los habremos puesto en alerta y sabrán que estamos intentando ir más al norte. Puede que avisen por radio a otras patrullas que tengan merodeando por la zona para advertirles que estén atentos a este Jeep y eso es lo último que queremos. Lo mejor es ir por la ladera de la montaña y esperar que nadie nos vea. Si nos paran, recurriremos a la ignorancia, y después les enseñaremos la carta.

Miró el reloj.

—¿Quieres empezar ya o buscamos algún sitio por aquí para pasar la noche?

—Vámonos ya. Preferiría salir de Panamik y, al menos, intentar entrar en la zona adecuada.

Mientras Bronson arrancaba el Nissan, tres hombres pasaron caminando por delante del cuatro por cuatro mirándolo con curiosidad. Dos tenían los rasgos típicos que se habían acostumbrado a ver desde su llegada a Ladakh, pero el tercero tenía una tez mucho más clara, casi rubicunda, y el pelo caoba.

—¿Es un turista? —le murmuró Bronson a Angela mientras los tres hombres pasaban por delante.

—No del modo que piensas. Lo más seguro es que sea de Baigdandu, una aldea a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de aquí. De vez en cuando nace allí algún niño o niña con el pelo rojo y los ojos azules. Hay una leyenda local de siglos de antigüedad que dice que una tribu de griegos llegó y se asentó allí y que son sus genes los que causan la anomalía.

—¿Griegos? —preguntó Bronson—. Pero ¿por qué...?

—Lo sé —lo interrumpió Angela—. La historia no tiene sentido. Aunque un puñado de griegos sí que se hubieran presentado ahí y se hubieran casado con los locales, eso sigue sin explicar lo de la piel. Quiero decir, ¿a cuántos griegos pelirrojos has visto?

—Pero, sobre todo, ¿qué iba a hacer aquí un grupo de griegos? Estamos lejísimos del Mediterráneo.

Angela se detuvo y se frotó la nuca para quitarse de encima un poco de tensión.

—Pues exactamente lo mismo que nosotros.

Bronson silbó.

—Estás de coña.

—Eso es lo que dice la leyenda.

—¿Pero no lo lograron?

—Si creyera que existe la más mínima posibilidad de que alguien lo hubiera logrado, no estaríamos aquí, Chris.

A tres mil seiscientos cincuenta metros por encima de Panamik, el Searcher II UAV construido por los israelíes trazó lentamente un círculo en el cielo; era poco más que una mota casi invisible con un motor sorprendentemente silencioso. Después, la aeronave se enderezó y comenzó a volar hacia el sur, conectada mediante la señal electrónica del dispositivo de rastreo al Nissan Patrol que iba avanzando despacio.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Donovan desde el asiento trasero del Land Cruiser que iba a la cabeza. Había volado desde el Cairo el día anterior y se había unido al grupo en el aeropuerto militar de Hushé, en la región oriental de Baltistán, justo antes de que los vehículos se hubieran puesto en marcha hacia la frontera india.

—Joder —farfulló el hombre situado en el asiento delantero antes de mirar atrás—. Estamos aquí, entre Lhayul y Gompa. —Señaló hacia el mapa que tenía sobre las rodillas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al cruce?

Donovan ya había hecho la misma pregunta al menos unas cuatro veces. Estaba claro que no le estaban gustando las sacudidas y los bandazos del trayecto.

—Está a unos treinta kilómetros, así que tal vez nos queden cuarenta minutos sobre esta clase de terreno. ¿Está seguro de que ahí es adonde irán estos dos ingleses, jefe?

Masters, sentado junto a Donovan en el asiento trasero, sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no estoy seguro de nada, pero según los tipos que los siguieron hasta Panamik, van a ir campo a través y parece que se dirigirán hacia la carretera que sale de Arann hacia el este y que llega más allá del desfiladero de Saser. Así que ahí es adonde iremos nosotros también.

Cruzar la frontera había sido mucho más sencillo de lo que Masters había pensado. El plan de Rodini había funcionado tal como habían esperado, y lo único que habían tenido que aguantar los norteamericanos había sido una dura reprimenda del oficial superior del ejército indio apostado allí.

Ahora solo tenían que localizar a Bronson y a Angela Lewis y después podrían terminar. Avisarían al helicóptero de Rodini y saldrían echando leches de la India para volver a entrar en Pakistán, donde no tendrían que estar tan pendientes de nada. Y una vez estuvieran allí, por fin podrían entregarle la reliquia a Donovan, que la cargaría en la bodega de su jet privado. Y después recogerían su dinero.

Masters se acomodó en su asiento. Buena organización, ahí estaba. Atención al detalle. Si todo salía según el plan, su plan, estaría de vuelta en Nueva York para finales de semana.

Si se habían pensado que las carreteras polvorientas y llenas de baches de Ladakh eran una especie de preparación para lo que sería viajar campo a través, se habían equivocado. Bronson había intentado seguir la ruta menos accidentada, pero hiciera lo que hiciera, el Jeep no dejaba de dar sacudidas y bandazos, lanzándolos de un lado a otro.

—Esto es demasiado —murmuró Bronson cuando las ruedas delanteras del todoterreno se levantaron por completo del suelo y volvieron a caer sobre la superficie rodada un segundo después, sacudiendo todo el vehículo.

La buena noticia era que no estaban levantando ninguna nube de polvo porque el suelo era de piedra. Bronson estaba bastante seguro de que su avance resultaría invisible para cualquiera que estuviera observando desde Panamik.

—Estoy mirando por todas partes —dijo Angela—, pero no hay rastro de ninguna patrulla del ejército indio delante de nosotros. Ni detrás, tampoco.

—Supongo que solamente habrán puesto controles y estarán patrullando las carreteras. Puede que se piensen que nadie sería tan estúpido como para conducir campo a través por aquí. Y casi tendrían razón —añadió Bronson cuando el Nissan se sacudió de un modo especialmente violento.

Tenían razón; no había tropas del ejército indio cerca de ellos más que el control que ya habían visto por el extremo norte de la carretera que salía de Panamik. Pero no estaban del todo solos en la montaña. A casi un kilómetro y medio por detrás, un Land Rover gris cubierto de polvo iba avanzando a ritmo lento sin seguir exactamente la misma ruta del Jeep de Bronson porque al conductor no le hacía falta hacerlo. El dispositivo de rastreo, bien sujeto a una de las partes del chasis, aseguraba que supieran exactamente dónde estaba Bronson. Eso lo habían hecho la primera noche en Leh, después de que el policía hubiera recogido el Jeep de la empresa de alquiler de vehículos y lo hubiera aparcado fuera de su hostel.

—¿Cuánto queda? —preguntó Bronson con voz temblorosa por la violenta sacudida del coche.

—No más de quince kilómetros —respondió Angela intentando sonar animada por la distancia que les quedaba—. Ya hemos cubierto ocho.

Casi una hora después, Angela vio una tenue línea horizontal en la ladera de la montaña, justo delante de ellos.

—Esa tiene que ser la carretera que estamos buscando —dijo consultando el mapa.

Miró a la izquierda y señaló.

—Y creo que eso deben de ser las afueras de Arann.

Unos diez minutos después, Bronson se incorporó a la carretera con el Nissan y suspiró aliviado.

—Voto por que desde aquí vayamos por la carretera. Preferiría intentar atravesar un puto control que volver a hacer esto.

—Puede que no pienses lo mismo cuando acabemos en la cárcel —contestó

Angela—. Ahora dirígete al este, pero ve despacio. Estamos buscando algo que se parezca a un par de columnas.

A unos ochocientos metros de allí, el conductor del Land Rover gris detuvo el vehículo detrás de unas rocas que lo ocultaban por completo desde la carretera. Los dos hombres bajaron y se sacaron unos prismáticos de los bolsillos. A lo lejos, el Nissan de Bronson se dirigía al este lentamente.

—¿Crees que han encontrado algo? —preguntó el conductor.

—No parece —respondió el copiloto—. Va muy despacio. Voy a ir a por el teléfono vía satélite para hablar con Masters.

Marcó un número y mantuvo una breve conversación.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Que nos quedemos aquí y vigilemos el Jeep. Si se sale de la carretera, se lo decimos a Masters, y después vamos hacia allí, dejamos el Rover escondido y seguimos a pie ocultándonos. Masters se va a emboscar con los demás cerca de Arann hasta que sepa adónde van Bronson y la mujer. No quiere que se asusten, no cuando estamos tan cerca.

Observaron cómo el Jeep continuó extremadamente despacio por la carretera hasta que no fue más que una mota en la distancia.

—¿Crees que deberíamos seguirlos ahora?

—No hace falta. El rastreador nos dirá dónde están si tenemos que movernos. Masters parece creer que lo que están buscando debe de descansar en alguna parte de este extremo del valle.

Los dos hombres enfocaron los prismáticos hacia el lejano vehículo.

—Parece que se han parado.

Y momentos después vieron el Nissan cuatro por cuatro dar la vuelta en la carretera y avanzar en su dirección.

En diez minutos el Jeep había cubierto gran parte de la distancia hasta el punto donde lo habían visto incorporarse a la carretera.

El conductor miró por los prismáticos y después se los bajó a la altura del pecho.

—Parece que Masters tenía razón, y puede que esto esté llegando a su fin, porque el Nissan ha vuelto a parar.

Bronson detuvo el Jeep junto a la carretera y miró a su derecha, hacia donde Angela estaba señalando.

—¿Podría ser eso? —preguntó ella con la voz turbada por la duda.

Al norte, en el lado de la carretera que subía hacia la colina, se abría un barranco bastante estrecho cuya entrada quedaba parcialmente bloqueada por unas rocas.

—No veo nada ahí que se parezca a un par de columnas.

—Yo tampoco. Vale, avanza un poco más a ver si hay algo más cerca de Arann que se parezca un poco.

Bronson arrancó el Jeep y se incorporó a la carretera, pero apenas había cubierto diez metros cuando, de pronto, Angela le agarró el brazo.

—Para —dijo señalando de nuevo.

A unos doscientos metros más allá de la ladera, al otro lado de la entrada al barranco, una grieta vertical dividía la roca en dos.

—¿Qué? —preguntó Bronson.

—Mira, allí. Es lo más parecido que hemos visto hasta ahora. —La voz de Angela sonó fuerte por la emoción—. Las lenguas antiguas no disponían del enorme vocabulario que tenemos hoy en día. «Pilares» podría haber sido la palabra más precisa que el autor pudo encontrar para describir lo que veía. Sea como sea, creo que merece la pena comprobarlo. ¿Podemos subir hasta allí y acceder al barranco?

Bronson observó el suelo cubierto de piedra y asintió.

—Probablemente, aunque no estoy seguro de cuánto podré avanzar por el camino. Supongo que tendremos que caminar el último tramo hasta esa grieta.

Dio marcha atrás unos veinte metros y después giró a la derecha y se dirigió a la entrada del barranco, entre las rocas que habían caído al suelo. Al otro lado de la estrecha entrada, las rocas se dispersaban levemente y había menos piedras que esquivar. Pudo conducir unos noventa metros hacia la grieta, más de lo que creía que podrían lograr.

Pero entonces el terreno se volvió demasiado empinado y la superficie muy irregular como para seguir conduciendo. Dio marcha atrás hasta un hueco entre dos grandes peñas y apagó el motor.

—Así no se verá desde la carretera. Ahora, a caminar.

En una zona llana junto a la carretera, a aproximadamente un kilómetro y medio de Arann, Masters terminó la llamada por su teléfono satélite y cogió un mapa topográfico de Cachemira. Después de extenderlo sobre el capó del Land Cruiser, lo estudió unos minutos con Donovan a su lado. A continuación, les hizo una señal a los hombres, que se agruparon a su alrededor.

—A ver, Bronson y Lewis acaban de parar su vehículo y se han salido de la carretera justo aquí. Según el equipo de vigilancia, el Jeep ha subido por ese estrecho barranco hace unos diez minutos y no ha vuelto a aparecer.

—Entonces lo que no podemos hacer es subir con el coche por ese barranco. Eso sería una estupidez. Tenemos que seguirlos con mucho sigilo.

John Cross, el fornido hombre situado en un extremo del grupo, sacudió la cabeza.

—Esto no tiene sentido, Nick. Puede que estos dos ingleses no lleven encima más que una navajita. Nosotros tenemos rifles de asalto y pistolas. No entiendo por qué no subimos con los coches hasta ellos, le ponemos una pistola a la mujer en el cuello y le decimos al tipo que apretaremos el gatillo si no nos dice lo que sabe.

Un par de hombres asintieron mostrando su acuerdo.

—Ah, y por cierto, Nick, seguimos sin tener ni idea de qué cojones tenemos que buscar en este agujero perdido de la mano de Dios —añadió Cross—, porque hasta ahora no nos has dicho ni una mierda.

Masters asintió.

—Todavía no voy a deciros por qué estamos aquí —contestó con brusquedad— porque ese tipo de ahí —señaló a Donovan, que se había alejado un poco del grupo de mercenarios— es el hombre que paga vuestro sueldo y quiere que así sea. Y la razón por la que a Angela Lewis no le vamos a hacer una amigdalectomía con una nueve milímetros es que ella es la persona que más probabilidades tiene de encontrar lo que buscamos. Si esto no os convence, descargad las armas, metedlas en la camioneta y echad a andar.

Miró a los hombres. Ni uno se movió.

—¿Nadie? Vale, pues entonces preparaos. Nos vamos en dos minutos.

Bronson se echó una mochila a la espalda. Dentro llevaban botellas de agua y media docena de barritas de chocolate, además de un par de sudaderas y unas cuantas herramientas que había comprado en Leh pensando que podían serles útiles. Dejaron el resto de su equipo de supervivencia en el Nissan; si había que pasar la noche al raso, tendrían que volver al coche.

—¿Estás lista?

—Lista y con ganas de ponerme en marcha —respondió Angela con una sonrisa.

Bronson marcó el camino mientras subían por una suave pendiente, trepando alrededor de peñas y por encima de rocas caídas. Se detuvo para ayudar a Angela en el último tramo. Al extender la mano, vio que tenía los ojos como platos mientras miraba algo detrás de él; algo que, claramente, había pasado por alto.

Bronson se giró.

—¿Qué pasa?

—Ahí —dijo Angela señalando justo detrás de él—. Al otro lado de esas rocas. Hay una línea recta. Parece la pared de un edificio o, al menos, algo hecho por el hombre.

Bronson miró lo que ella había señalado. Las rocas que tenían más cerca se curvaban ligeramente hacia fuera y, así, solo la parte baja de lo que hubiera al otro lado de la esquina era visible desde donde estaban. Pero por lo que podía ver, sí que parecía la base de una pared de piedra vertical.

—Vamos a verlo —contestó Bronson.

—Allí —dijo Masters señalando una zona a la izquierda del camino que llevaban siguiendo durante medio kilómetro desde la carretera.

El conductor giró el volante y frenó en seco.

Masters le indicó al conductor del segundo cuatro por cuatro que aparcara al lado. Sus cuatro hombres bajaron y permanecieron a la espera de órdenes.

—De acuerdo. Sacad los rifles de asalto. Aseguraos de que todas vuestras recámaras están llenas ahora mismo, pero no, repito, no carguéis ni una sola bala ni en los AK ni en vuestras pistolas. Ahora mismo no nos podemos permitir un disparo ejecutado por descuido. Dejad dos de los Kalashnikovs y un par de pistolas además de munición entre los Jeeps para que las recoja el equipo de reconocimiento.

—¿Y si alguien pasa por aquí? —preguntó Cross.

Masters se lo quedó mirando.

—¿Aquí? —contestó con brusquedad—. ¡Espabila! Lo peor que podría pasarles a las armas es que una cabra pase por aquí y se cague en ellas. ¡Venga, dame ese teléfono!

Cinco minutos después habían cerrado con llave los vehículos y se dirigían al barranco donde Bronson y Angela habían aparcado el vehículo.

A un lado de la montaña Saser, el Land Rover gris había retomado la marcha por la misma ruta que Bronson había seguido. Su plan era recoger las armas que Masters les había dejado, pasar el barranco por la carretera y detenerse a unos diez kilómetros por

delante. Después se situarían en las colinas al oeste, demasiado lejos como para intervenir en lo que iba a pasar en el valle, aunque con ello se asegurarían de que nadie pudiera salir por esa dirección.

Rodeados por dos grupos de hombres armados, Bronson y Angela estaban metiéndose de cabeza en la boca del lobo.

—Tiene que prepararse —dijo Tembla al entrar en la sala de reuniones. Llevaba un mono de vuelo y un cinturón de supervivencia que incluía una pistola enfundada—. Bronson y Lewis están adentrándose en el valle a pie.

Killian se acercó a la mesa y miró el mapa.

—Están aquí, cerca de estas ruinas —añadió—, no lejos de esta carretera que va por el este desde Arann. Parece que están dirigiéndose hacia el centro del valle.

Fuera del edificio, Killian oía el sonido del motor de un jet arrancando y se apreciaba un ligero olor a queroseno quemado.

—¿Cuándo nos marchamos?

—Aún no. En cuanto volemos dentro del valle, todos sabrán que estamos ahí. Hasta que estemos seguros de que han encontrado algo, es mejor ver lo que pasa por la cámara del Searcher. Pero he ordenado que los pilotos estén ya en los helicópteros y que arranquen los motores para poder salir en cualquier momento.

Killian asintió con cierta reticencia.

—¿Puedo ver las imágenes?

—Por supuesto. Sígame.

Unos minutos más tarde, Killian estaba sentado en una sala adyacente mirando una pequeña pantalla. En ella había una imagen que se movía ligeramente mientras el Searcher maniobraba en el aire, aunque la zona mostrada se veía bastante bien.

—Este es el Jeep —dijo Tembla señalando en la esquina inferior derecha de la pantalla una forma rectangular que, más o menos en el centro, tenía un pequeño círculo de color, la marca que el hombre de Tembla había pintado en el techo del vehículo—. Bronson y Lewis están aquí, junto a estas ruinas. Pero me temo que si creen que lo que están buscando está en el interior de ese edificio, se van a quedar muy decepcionados.

Bronson bordeó la roca saliente. Después se giró a la derecha y paró.

—¿Qué cojones es este sitio?

La estructura que tenían delante era claramente antigua, pero al mismo tiempo tenía un aspecto extrañamente moderno, con paredes de piedra rectas marrones grisáceas carentes de decoración. Se elevaba desde una zona llana del suelo, tenía unos cuarenta metros cuadrados y dos pisos coronados por un tejado plano que, en gran parte, parecía haberse hundido dentro del edificio. Todas las ventanas y las dos puertas que veían no eran más que aberturas en los muros, solo eso. Podían ver el interior del edificio a través de una de las puertas, donde escombros y tierra se esparcían por el suelo de piedra.

—Sé a qué se parece —dijo Angela sacando el mapa.

—¿A un monasterio abandonado? —sugirió Bronson—. ¿Uno pequeño?

—Has dado en el blanco. Sí. Es, o al menos era, un monasterio. Es más, hasta está marcado en el mapa.

—Justo ahí. Es ese símbolo y la nota que tiene al lado.

Bronson leyó las palabras en alto.

—Hay una especie de símbolo de un castillo con las palabras «Namdis Gompa» al lado. Me sorprende un poco que esté desierto. No es de extrañar que algún cabrero errante se hubiera apropiado de un lugar así para su uso.

—Los habitantes de esta zona son muy supersticiosos. Esto fue un monasterio, un lugar sagrado, y eso lo respetarían. Jamás se les ocurriría ocuparlo.

—¿Crees que podría ser aquí? —preguntó Bronson mirando el viejo edificio—. El texto dice algo sobre oscuridad hecha por la mano del hombre, que podría significar que dentro hay una habitación oculta.

—Ojalá fuera así de fácil, Chris, pero no hemos pasado la grieta de la roca de ahí arriba, la que el texto describe como «pilares».

—A lo mejor el escritor se refería a las rocas que hay a cada lado del barranco, junto a la carretera.

—Sin embargo, las fechas no encajan. No sé exactamente cuándo se construyó este monasterio, pero parece que la mayor parte de ellos se construyó entre trescientos y quinientos años atrás. Aunque seamos generosos con las fechas, y supongamos que este se construyó hace medio milenio, lo que estamos buscando se había ocultado mil quinientos años antes. No tiene ningún sentido mirar aquí.

—Vale —dijo Bronson mirando hacia la pendiente—. Pues en marcha y para arriba.

El barranco que Bronson y Angela estaban explorando empezaba como poco más que una fractura en la pared de roca. Justo al norte de ahí había una zona de terreno en pendiente a cuyo lado, y detrás de una roca saliente, se había construido el monasterio de Namdis Gompa. Más adelante estaba la grieta en las rocas que había visto Angela. En el lado norte y noreste del valle había una zona más empinada y ancha salpicada de pequeñas mesetas donde matorrales enanos y demás maleza se habían afianzado precariamente.

Nick Masters, tumbado boca abajo cerca de la cima de una de las colinas que lo bordeaba, lo veía todo muy claro. Estaba mirando por unos prismáticos la escena que se desarrollaba bajo él mientras a unos cuarenta y cinco metros por detrás el resto de los hombres que lo habían acompañado estaban o sentados o tumbados en el suelo con las armas en sus manos, aburridos y a la espera de órdenes. La excepción era Donovan, que estaba caminado de un lado a otro claramente nervioso... y furioso.

Masters tuvo la precaución de situarse en la sombra de una roca porque lo último que quería era que un rayo del sol de la tarde se reflejara en el cristal de sus prismáticos y alertara a Bronson de su presencia. Se mantuvo lo más agachado y quieto que pudo, tal y como lo habían entrenado.

Ya había identificado la posición de su Jeep y ahora se centró en los dos objetivos. A juzgar por sus gestos, parecían estar hablando del edificio derruido que tenían enfrente, y por un momento se preguntó si podría ser el fin de la operación, si esa vieja ruina era el lugar de descanso de la reliquia que Donovan estaba tan desesperado por recuperar. Pero entonces vio a la mujer sacudir la cabeza con rotundidad y señalar más arriba de la colina. Un momento después, se habían girado y estaban empezando a ascender por la pendiente.

—No me esperaba esto —murmuró Bronson al atravesar la grieta en la pared. Delante tenían una extensión de rocas y afelpada hierba—. Podríamos tardar días en registrar bien toda la zona. ¿Hay alguna información que pudiera ayudar a estrechar la búsqueda?

Angela sacudió la cabeza en un gesto de impotencia; después sacó su cuaderno y volvió a leer los versos del texto.

—Dice: *«entre los pilares y más allá de sus sombras/y se sumieron en el silencio y en la oscuridad hecha por el hombre»*. Hemos pasado entre los pilares. —Señaló el hueco dentado en las rocas unos metros tras ellos—. Lo siguiente significa o que caminaron hacia el norte o que tenían sus sombras delante, o tal vez que tuvieron que ir un poco más allá de donde se proyectaban sus sombras junto a las rocas que forman esos pilares. Cualquier significado valdría, supongo.

—Ya —dijo Bronson—, pero ninguno nos ayuda de verdad. Es como buscar una aguja en un pajar.

—No seas tan negativo, Chris.

—Estoy siendo realista. —Sacudió la mano señalando el valle que tenían ante ellos—. Esto debe de cubrir entre seis y ocho kilómetros cuadrados y durante los últimos dos milenios, cientos, e incluso miles de personas, deben de haber caminado por aquí. Si aún hubiera algo que encontrar, seguro que lo habrían encontrado ya.

Angela asintió.

—Pero nadie lo ha hecho. Cuando se escondió esta reliquia, está claro que la gente implicada la ocultó muy bien.

—De acuerdo. —Bronson se puso derecho—. Vamos a verlo desde un punto de vista lógico. Estamos en una ladera rocosa e inclinada. Las dos únicas posibilidades, por lo que veo, son que el tesoro esté o en alguna especie de edificio u oculto dentro de una cueva. —Se giró hacia Angela—. Vamos a separarnos. Así podremos cubrir más terreno.

Masters vio desde arriba cómo las dos personas que estaban en el valle se separaban y se movían en direcciones distintas. Los observó durante unos minutos más y después se apartó del borde del precipicio y fue hasta donde esperaban sus hombres.

—Están subiendo más, así que podéis moveros en paralelo a ellos. —Señaló unas rocas salientes a unos cuatrocientos metros al noreste de donde se encontraban—. Id allí sin hacer ruido y aseguraos de que no os vean. Tened el teléfono satélite encendido, pero en silencio, y esperad hasta que os dé la orden. Tú quédate conmigo, J. J.

Cuando sus hombres cogieron sus armas y se movieron, Masters volvió a tumbarse en el punto estratégico que había elegido y siguió observando el valle.

—¡Chris! —gritó Angela, agitando el brazo—. Ven aquí.

Con el constante aullido del viento, Bronson estaba demasiado lejos como para oír su grito, pero la vio haciéndole señas y corrió hacia ella.

—¿Recuerdas el texto? —le preguntó cuando se detuvo a su lado.

—Casi todo, sí.

—¿Has visto algo?

Bronson miró a su alrededor.

—No.

—La verdad es que no es que yo haya visto algo, más bien lo he oído. Escucha.

Durante unos segundos Bronson escuchó con atención. Después sacudió la cabeza.

—Lo siento. No puedo oír nada.

—A eso me refiero —dijo Angela—. En esta zona no se oye el viento y no sé por qué. Supongo que tendrá que ver con la forma del valle.

Bronson se dio cuenta de que tenía razón. Se había acostumbrado tanto al constante gemido del viento que su subconsciente había dejado de captarlo. Pero ahora su cerebro no estaba filtrando nada; se encontraban en un silencio absoluto.

—El texto dice «entre los pilares y más allá de sus sombras/ y se sumieron en el silencio». Hemos atravesado los pilares e ido al norte, hemos caminado más allá de sus sombras, y creo que acabamos de «sumirnos en el silencio».

Bronson dio un paso hacia ella y la abrazó.

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres?

Angela sonrió.

—Aún no hemos llegado —dijo apartándolo—. Y esta zona de «silencio» es bastante grande. Podría cubrir una gran parte de este lado del valle. —Señaló hacia la pared del valle que daba al oeste—. Lo más probable es que sea ese acantilado el que

desvíe el viento. Seguro que está soplando sobre nuestras cabezas.

—Pero debemos de estar cerca —dijo Bronson—. Vamos a seguir buscando.

Siguieron avanzando por el suelo del valle, comprobando allí por donde pasaban, buscando lo que fuera que pudiera encajar con la segunda mitad del penúltimo verso del texto que los había hecho recorrer medio mundo: «y en la oscuridad hecha por el hombre». Resumiendo, algo fabricado por seres humanos en lugar de un producto de la naturaleza.

Bronson lo vio primero. En una meseta a su izquierda había una pequeña estructura cuadrada. Se detuvo en seco.

—No puede ser eso —dijo Angela firmemente. A su izquierda había una pequeña construcción cúbica. Las piedras que conformaban la estructura eran de la misma textura y color que las rocas que la rodeaban, razón por la que ninguno se había fijado antes. Pero ahora que podían verlo, también vieron una única abertura rectangular en su pared frontal; un portal sin puerta.

—¿Qué?

—Tengo que explicarte algo sobre los monasterios lamaístas —dijo ella sentándose enfrente—. La mayoría, y todos los que son más grandes, constan de dos edificios o grupos de edificios en dos lugares distintos. Está la estructura principal, como el Diskit Gompa que hemos visto abajo, donde convergen los dos ríos, y un segundo edificio mucho más pequeño. Este suele estar a cierta distancia del monasterio en sí, a unos cinco o seis kilómetros, y normalmente a una mayor altitud. Es como una simple celda sin apenas instalaciones y solo ofrece refugio y un lugar para dormir. Antes de que un monje se pueda convertir en un lama, se le pide que pase un largo periodo de tiempo en una construcción como esta. Tiene que meditar en soledad, sin ningún tipo de distracción. El monasterio le proporciona la comida y la bebida básicas, que se le entrega una vez al día, para que el monje no tenga que interrumpir sus meditaciones cocinando. Es un poco como los cuarenta días y cuarenta noches de soledad que se supone que pasó Cristo en el desierto de Judea después de que lo bautizaran. Y estoy muy segura de que lo que estamos viendo aquí es la casa de meditación que pertenecía al monasterio de Namdis Gompa.

—¡Mierda! —murmuró Bronson—. ¡Pero si encaja muy bien con el texto! Está en esta zona tan rara de silencio y está claro que lo ha hecho el hombre, eso sin hablar de la oscuridad de dentro.

—Estoy de acuerdo. Seguro que lo construyeron aquí porque este lugar en particular está dentro de esta especie de cono de silencio y así ni el ruido constante del viento podría importunar la meditación de los monjes. Pero tenemos exactamente el mismo problema con las fechas, Chris; no encajan. Podemos echar un vistazo dentro, aunque está claro que lo construyeron demasiado tarde como para ser lo que estamos buscando.

Avanzaron hasta la pequeña construcción y miraron dentro, pero estaba vacía; eran solo cuatro muros de piedra desnudos. Había un diminuto cubículo en una esquina que posiblemente habría sido una letrina, y un banco de piedra plano que habría sido la cama. Aparte de eso, no había nada más.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bronson sentándose al lado de Angela en el banco. Ella suspiró.

—Sigo pensando que no tenemos que buscar un edificio porque ahora no seguiría

en pie, no después de tanto tiempo. Esperaba que encontráramos una cueva o algo así.

Bronson se puso tenso.

—He pasado por delante de una hace unos minutos.

—¿Dónde? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque me has llamado para que viniera —le respondió con suavidad; se puso en pie y levantó a Angela del banco—, y he creído que habías encontrado algo aquí. —Señaló al este, por donde había venido—. Vamos a ver lo que he encontrado, ¿vale?

Dos minutos después, Bronson entraba en lo que parecía ser poco más que una grieta en la roca. Pero dentro la cueva se extendía bastante.

—Es mucho más grande de lo que parece —dijo Angela, mirando a su alrededor bajo la luz de la linterna.

—Aunque no hay ni rastro de nada que pudiera interpretarse como «la oscuridad hecha por el hombre» —señaló Bronson iluminando con la linterna el interior del espacio vacío.

Frente a ellos había un muro de roca plano, piedras y escombros de madera amontonados contra él. A la derecha del muro de roca se abría un túnel corto de la altura de la cueva, pero terminaba en otro muro sólido de piedra al cabo de unos tres metros. A la izquierda había un túnel más corto todavía, de aproximadamente un metro y medio de profundidad.

—No —dijo Angela con tristeza—. Para mí esto es solo una cueva.

Se giró para marcharse, pero Bronson la frenó, agarrándola del brazo.

—¿No ves nada raro en este sitio?

Angela sacudió la cabeza.

—No, es solo una cueva, un agujero en la roca.

—Pero sabemos que aquí ha habido alguien.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Bronson señaló la pared de enfrente.

—¿Qué ves ahí? —preguntó él.

—Rocas y trozos de madera. ¿Por qué?

—Exacto. La única forma de que en una cueva entre madera es si la mete una persona o un animal. Y eso significaba que aquí dentro también ha habido alguien más. La pregunta es, ¿cuándo estuvieron aquí? ¿Y qué estaban haciendo?

Bronson se acercó a la pared y miró los escombros.

—Algunos trozos parecen madera trabajada.

Se arrodilló y, después de rebuscar, agarró un trozo de madera, pero se desmenuzó hasta quedar reducido a prácticamente nada en sus manos.

—Estos pedazos de madera deben de llevar aquí mucho tiempo —dijo

lentamente, sacudiéndose el polvo y las astillas de las manos. Se echó hacia delante y examinó más detalladamente los fragmentos—. Creo que podría ser parte de una rueda —murmuró—. Parece el borde de una rueda de madera maciza. Es totalmente redondo. —Dio un paso atrás y volvió a mirar—. Esto podrían ser los restos de un carro o algo así.

—Tiene sentido —dijo Angela algo desalentada—. Cuando los monjes del monasterio de Namdis Gompa construyeron esa casa de meditación en la que acabamos de estar, habrían tenido que subir piedra tallada hasta aquí y habrían necesitado alguna especie de carro. Cuando terminaron, probablemente lo dejaron aquí en lugar de volver a bajarlo por la montaña.

—Podrían haber tallado la piedra aquí —sugirió Bronson—. Habría sido más sencillo que hacerlo en el valle y después subirla hasta aquí desde el monasterio.

—A lo mejor... —dijo Angela, aún no muy convencida.

Bronson les echó otro vistazo a los pedazos de madera que había en el suelo, y después se giró hacia la entrada. Se detuvo de pronto.

—¿Puedes venir aquí? —le preguntó en voz baja.

Angela se acercó adonde estaba.

—¿Qué pasa?

Bronson no respondió, simplemente señaló hacia arriba.

—¿Qué? —volvió a preguntar Angela.

—Ahí, en el techo. ¿Ves esas dos líneas paralelas? Es imposible que sean naturales. Alguien las ha tallado en la piedra con un martillo y un cincel.

En el lado derecho de la pared de roca, la cueva se extendía durante una breve distancia hacia la ladera en forma de túnel corto y sin salida. Lo que Bronson estaba señalando eran dos líneas rectas que se extendían desde el lateral de la pared vertical a su derecha a una distancia de entre metro y medio y algo menos de dos metros.

—¿Qué son? —preguntó Angela.

—Sé a qué se parecen —dijo Bronson—, aunque eso es casi increíble. Pero hay una forma de comprobarlo.

—¿Cómo?

—Deja que te lo enseñe.

Desde su punto estratégico en los acantilados, Nick Masters vio cómo las dos figuras desaparecían dentro de lo que parecía una cueva.

Apartó los prismáticos unos segundos y miró el reloj. Después miró hacia donde estaba Donovan apoyado contra una roca, con pinta de estar incómodo.

Se apartó del borde del acantilado y le indicó a Donovan que se uniera a él. J. J. se agachó y fue hacia él efectuando una torpe parodia del avance de un soldado que, en otra situación, habría resultado divertida. Cuando se acercó, Masters le indicó que

se detuviera y se arrodilló a su lado.

—Bien —le dijo secamente y en voz baja e insistente—. Quédate agachado y en silencio. Sé que el viento está soplando muy fuerte, pero te asombraría lo lejos que puede volar el sonido en momentos así.

—¿Qué está pasando?

Masters le explicó lo que había visto.

—Si siguen en la cueva diez minutos más, daré la señal para actuar.

Donovan asintió. Las instrucciones que le había dado a Masters habían sido muy claras: que Bronson y Lewis encontraran la reliquia, pero que bajo ningún concepto se les dejara llegar a tocarla.

—¿Crees que la tienen? —preguntó nervioso, con el corazón golpeteándole el pecho.

—No lo sé —respondió Masters—. Pero si la tienen, no dudo ni por un puto segundo que los detendremos.

En Karu, Killian y Tembla miraban fijamente la pantalla de vídeo. A través del enlace del Searcher UAV habían visto dos figuras diminutas mirando el monasterio en ruinas, adentrándose más en el valle y entrando en otra pequeña estructura de la que habían vuelto a salir casi de inmediato. Pero ahora habían desaparecido por completo.

—Han encontrado una cueva —murmuró Killian.

—En ese valle hay muchas cuevas —apuntó Tembla—. A ver si vuelven a salir.

Cinco minutos después seguía sin haber señal de las dos figuras.

—Han encontrado algo —dijo Killian levantándose—. Tenemos que irnos.

Tembla se inclinó hacia el soldado que manejaba el UAV y le dio una serie de órdenes. La imagen se amplió inmediatamente cuando el hombre pasó de la lente telefoto a una visión de gran angular que cubría las paredes del valle además del suelo. Después, comenzó a ampliar una zona en concreto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Killian.

—Vigilando a los adversarios. —Mientras la imagen se extendía, Tembla señaló unos cuantos puntos que se movían despacio y que empezaban a enfocarse—. Ahí están los hombres que ha reclutado Donovan. Incluyéndolo a él, hay seis en el valle, los cuatro que puede ver ahí y otros dos que siguen vigilando desde la pared del valle. Hay otro par que son los que hemos visto conduciendo un cuatro por cuatro, pero están a cierta distancia, y aún no sabemos si forman parte del grupo. Y tiene razón, por cómo se mueven, son mercenarios y además llevan rifles de asalto, lo cual nos beneficia.

—¿Por qué?

—Porque nos da la excusa perfecta para eliminarlos. Usted sabe lo que estamos viendo aquí, pero me aseguraré de que todas las imágenes procedentes del Searcher solo muestren a un grupo de hombres excesivamente armados que casi seguro han entrado en la India de forma ilegal. Tenemos todo el derecho de embestirlos. Puede que utilizar el Hind sea una exageración, pero ya hablaré del tema más adelante.

Tembla dio otra orden y la imagen cambió de nuevo para centrarse en las rocas por donde Bronson y Lewis habían desaparecido.

—Están dentro de la cueva —dijo Tembla—. Marca ese punto y pasa las coordenadas a los pilotos del helicóptero. Bueno, padre, ha llegado la hora de despegar.

Dentro de la cueva, Bronson estaba apartando las rocas y los fragmentos de madera. En pocos minutos había retirado gran parte de los escombros de una pequeña zona y lo único que quedaba debajo era una gruesa capa de polvo y tierra.

—Mira esto —le dijo a Angela. Cogió un cuchillo de su cinturón, uno de los distintos objetos para ir de acampada que se había llevado a Leh. Hundió la hoja en el suelo y la punta penetró no más de cinco milímetros. Después la sacó y repitió la operación. En esa ocasión, la hoja se deslizó en el barro unos quince centímetros. Retiró la hoja, la desplazó y de nuevo la punta tocó fondo en menos de un centímetro y medio—. ¿Lo ves? Hay un surco que va desde el extremo de la pared de roca hacia el lado derecho de la cueva. Está justo debajo de esas líneas del techo. —Se detuvo y miró a Angela—. Es más, lo que estás viendo ahí no son un par de líneas paralelas, sino un surco hecho en la misma piedra, y es exacta a la ranura tallada en el suelo de la cueva.

—¿No estarás diciendo que...? —La voz de Angela se apagó mientras miraba del techo al suelo de la cueva y de ahí a la pared de piedra. Dio un paso adelante y palpó la piedra, deslizando la mano por el borde de la pared.

Bronson asintió.

—Eso no es una pared de roca. Es una puerta corredera hecha de piedra maciza que a alguien le costó mucho ocultar. Lo que tenemos que encontrar ahora es el modo de abrirla.

Nick Masters miró el reloj una vez más; habían pasado diez minutos y dieciocho segundos desde que Bronson y Lewis habían desaparecido. Barajó sus opciones unos segundos más y tomó una decisión. Haciéndole una señal a Donovan, se apartó del borde del acantilado y llamó por el teléfono satélite al pequeño grupo de mercenarios que esperaban a una corta distancia un poco más arriba de la pendiente.

—Los objetivos se han adentrado en una cueva. Hay una pequeña construcción de piedra en el suelo del valle, la veréis cuando bajéis. La entrada de la cueva puede que se encuentre a unos sesenta y cinco metros al este. Avanzad ahora, lentamente y en silencio y después quedaos a unos treinta metros de la entrada de la cueva.

A continuación llamó a los dos hombres que estaban en el Land Rover para darles también unas cuantas órdenes.

Finalmente, comprobó que su Kalashnikov estuviera completamente cargado, se echó al hombro el rifle de francotirador y, seguido cautamente por Donovan, comenzó a descender cuidadosamente hacia el valle.

—¿Una puerta de piedra, Chris? ¡Ni en sueños! ¿Cómo podrían haberlo hecho?

—Eres tú la que siempre está dando la tabarra con lo avanzadas que estaban tecnológicamente las culturas antiguas —dijo Bronson mientras seguía cavando la tierra con el cuchillo de monte—. Las pirámides siguen en pie desde hace... ¿cuánto? ... ¿Unos cinco mil años? Y me has dicho que hoy nadie sabe a ciencia cierta cómo

lograron construirlas los egipcios.

Angela asintió casi con reticencia.

—Es verdad. Y algunos de sus pasadizos estaban cercados deliberadamente por bloques de piedra impresionantes para protegerse de los ladrones de tumbas, así que está claro que la tecnología ya existía, o al menos existía en Egipto. Lo que pasa es que no es algo que te puedas esperar aquí arriba en las montañas, en este país.

Bronson señaló al suelo, donde había dejado al descubierto una larga ranura de lados rectos.

—Después de cerrar la puerta, metieron piedras debajo de la base para impedir que se moviera, llenaron el surco del suelo con tierra y lo cubrieron, y taparon la parte frontal de la puerta de piedra con piedras y madera. Pero no pudieron hacer nada para ocultar el surco que tuvieron que tallar en el techo.

Alzó la mirada y volvió a mirar al suelo.

—Debieron de usar algún tipo de rodillo —dijo casi hablando para sí—, probablemente lubricado con grasa animal o algo parecido. Solo espero que usaran piedra en lugar de madera por el peso de la puerta. Sí, sí que debieron de usar piedra. Después de dos milenios los rodillos de madera se habrían desintegrado directamente y la puerta se habría caído, y tal vez incluso se habría desprendido de la ranura superior.

—¿Podemos abrirla? —preguntó Angela con la voz temblorosa por la emoción.

—Podemos probar. Primero tendremos que mover todo esto de delante para que tengamos la menor resistencia posible cuando intentemos deslizarla.

Juntos, apartaron todas las rocas y fragmentos de madera de delante del muro. Una vez lo hubieron hecho, el borde de la ranura donde estaba instalada la puerta de piedra se veía claramente en el suelo.

Bronson abrió su mochila y sacó un martillo y un cincel. Fue hasta el extremo derecho de la puerta, se agachó y empezó a golpear las rocas que se habían metido debajo y que actuaban como cuñas para evitar que la puerta se abriera. En un par de minutos las había apartado todas y había mirado debajo del borde para asegurarse de que no había nada más entorpeciendo el paso.

—No veo que haya nada más sujetando la puerta —dijo—. A lo mejor se fiaban de esos pocos calces de piedra y del propio peso de la puerta.

Se acercó más a la roca en busca de algún agujero u otro calce, pero no encontró nada. Parecía que la puerta de piedra se deslizaría hacia la derecha en cuanto encontrara el modo de hacer palanca lo suficientemente fuerte como para que empezara a hacerlo, aunque estaba claro que no sería fácil.

Rebuscó en su mochila y sacó una palanqueta, totalmente consciente de que su propia fuerza y una herramienta tan enclenque no servirían de nada. Miró al lado izquierdo del muro de piedra intentando decidir por dónde debería probar a hacer

palanca. Vio que había algunos huecos lo suficientemente anchos para meter el extremo de la palanqueta, pero sabía que todo dependía de cuánto pesara la puerta de piedra y del estado de los rodillos que, estaba seguro, tenían que estar debajo, en la ranura del suelo. Después miró a Angela, que al igual que él, estaba totalmente absorta en la labor a la que se enfrentaban.

—¿Estás lista?

—Puede que ella no, pero yo sí —dijo J. J. Donovan al entrar en la cueva, seguido por dos hombres armados.

—¿Cuánto queda? —preguntó Killian. Estaba en el asiento trasero del Dhruv con el cinturón de seguridad puesto y la correa de goma del micrófono clavándosele en el cuello. Le vibraba la voz al hablar, pero los demás hombres que iban en el helicóptero, los dos pilotos situados en los asientos delanteros, uno de los cuales manejaba los mandos, y Tembla, que estaba sentado a su lado, no parecían tener problemas para entenderse.

—Doce minutos hasta el extremo del valle —respondió el piloto—. Y desde ahí treinta segundos hasta el objetivo.

El Dhruv volaba a unos noventa nudos, alrededor de ciento setenta kilómetros por hora, en dirección norte, y acababa de llegar al valle del río Shyok. El piloto modificó la trayectoria muy ligeramente hacia el oeste para seguir el curso del río; escarpadas colinas marrones y montañas se alzaban sobre el helicóptero a ambos lados.

Detrás, y ligeramente a la derecha del Dhruv, se encontraba el Hind, con su forma extraña y amenazadora, sus achaparradas alas cargadas de armamento y la luz reflejándose en los parabrisas individuales de la cabina doble. Tembla le había dicho que las cabinas y los sistemas vitales del Hind estaban blindados y que lo máximo que podía hacerles la bala de un rifle de asalto era una abolladura.

Por supuesto, Tembla tenía razón. Si la única oposición que habían encontrado en el valle de Nubra era media docena de hombres armados con Kalashnikovs, usar el Hind era una exageración. Pero esas eran las rarezas que le gustaban a Killian. Sonrió de satisfacción al imaginar el terror que seguiría a la aparición totalmente inesperada del helicóptero de combate.

Tembla le dio al piloto una palmadita en el hombro.

—Ponme al día —le ordenó.

Se oyó un clic cuando el hombre desactivó el intercomunicador para usar la radio. Un momento después recibía respuesta del operador del UAV en la base, a las afueras de Karu.

—Bronson y Lewis siguen dentro de la cueva —dijo Tembla—. Y tres de los otros hombres que hemos estado vigilando acaban de ir tras ellos.

Bronson y Angela se giraron, impactados ante el inesperado sonido de la voz nasal del norteamericano y la repentina presencia de esos tres hombres, dos de los cuales llevaban armas automáticas.

—Así que volvemos a vernos —dijo Donovan—. He estado siguiéndote desde aquella noche en la casa de campo, en Inglaterra.

Bronson los miró. El hombre que hablaba no iba armado, pero estaba claro que

era el que tenía el poder. La figura situada a su lado parecía un soldado, duro, sosegado y seguro de sí mismo; llevaba un pesado rifle colgado al hombro y tenía pinta de sentirse muy cómodo con el Kalashnikov en sus manos.

—Eres el tío que me golpeó —le dijo Bronson al norteamericano, afirmando, no preguntando.

Donovan asintió.

—¿Pero cómo cojones nos has seguido?

—Tras oírte decirle a Jonathan Carfax que tu mujer trabajaba en el museo Británico, te puse un chip rastreador en el móvil. He estado justo detrás en todo momento mientras habéis estado perdiendo el tiempo buscando por Egipto.

—¿Eras el del Mercedes color crema de la carretera a El Hiba? —aventuró Bronson.

—Has acertado. Y ahora, satisface mi curiosidad: ¿cómo lo relacionasteis todo para dar con este sitio?

Bronson miró a Angela. Desde que habían aparecido los intrusos, ella no había pronunciado ni una palabra, pero una mirada bastó para decirle que estaba furiosa y asustada. Básicamente la regla número uno de Bronson era no cabrear nunca a un hombre con un rifle de asalto, y mucho menos, a un hombre que contrataba a gente que llevaba rifles de asalto. Así que antes de que ella fuera a decir algo que pudieran acabar lamentando, intervino.

—Creíamos que estábamos buscando el Arca de la Alianza —dijo poniendo una mano sobre el brazo de Angela como para contenerla—. Al principio todas las pistas parecían apuntar a eso.

—Entonces eso explica vuestro viaje a Egipto —dijo Donovan satisfecho—. ¿Pensabais que el faraón Sheshonq se la habría llevado del Templo de Jerusalén hasta Tanis? ¿Pero por qué coño pensabais que estabais buscando el Arca?

Fuera quien fuera ese hombre, quedó inmediatamente claro que sabía de lo que hablaba.

Angela se relajó muy ligeramente.

—Encontré una referencia en un grimorio.

—¿En cuál?

—En el *Liber Juratus* o *Liber Sacratu*s —respondió—. Data del siglo XIII —añadió.

Donovan asintió.

—Ah, el *Libro jurado de Honorio*, también conocido como el *Liber Sacer*.

—¿Entonces sabes lo que podría haber en esta cueva? —preguntó ella.

—Totalmente —respondió Donovan sonriendo—. Por eso estamos aquí.

El hombre armado situado al fondo de la cueva, John Cross, movía los pies, claramente irritado.

—¿Va alguien a decirme de qué coño va todo esto? —murmuró.

Angela lo miró, y después miró a Donovan.

—¿No se lo has contado?

Donovan negó con la cabeza.

—¿Qué os convenció de que no estabais siguiendo la pista del Arca?

—Dos cosas —respondió Angela con tirantez—. La primera fue la expresión «la luz que se había convertido en el tesoro». Era complicado encajar eso en el contexto del Arca de la Alianza aunque, aun así, lo intentamos. Pero si el «tesoro» se convierte en la «luz», como dice el texto persa, entonces todo cambia. La frase «el tesoro del mundo» es una cosa, pero «la luz del mundo» significa otra completamente distinta. Y después estaba una frase sobre cómo la reliquia se trasladó desde Mohalla.

Se detuvo y miró expectante a Donovan, que se limitó a sacudir la cabeza.

—Hay una referencia a eso en el Corán —añadió Angela—. El nombre completo del lugar es Mohalla Anzimarrah. ¿Te dice algo?

De nuevo Donovan sacudió la cabeza.

—Anzimarrah está en Cachemira, en el antiguo distrito de Srinagar, en el barrio de Khanjar. Allí hay un edificio llamado el Rozabal, abreviatura de Rauza Bal. La palabra *rauza* significa «la tumba del profeta». Dentro del edificio hay dos tumbas y dos lápidas. Una de ellas es la del santo islámico Mir Sayyid Naseeruddin, que fue enterrado allí en el siglo v. La segunda tumba, más grande, es para otro hombre. Ahora mismo Srinagar se encuentra en mitad de una zona de guerra, pero hace años varias personas investigaron el Rozabal y los misterios sobre su construcción quedaron resueltos.

Respiró hondo. Nadie la interrumpió.

—Las dos lápidas apuntan al norte y al sur, según la costumbre musulmana, pero las tumbas en sí están situadas en una cripta debajo del suelo del edificio. En la cripta, el sarcófago de Mir Sayyid Naseeruddin también apunta al norte y al sur, como era de esperar, pero la otra tumba apunta hacia el este y el oeste, lo cual significa que el ocupante no era ni un santo islámico ni un hindú. Colocar una tumba de este a oeste es una costumbre judía. En otras palabras, su ocupante habría sido un discípulo de Moisés.

Miró a Bronson, que asintió para que continuara.

—El nombre en la segunda tumba es Yuz Asaf, pero también era conocido como Yus Asaph, que se traduce como «líder de los purificados», y eso hace referencia específicamente a los leprosos que se habían curado de la enfermedad. Las primeras líneas del texto persa explicaban cómo el hijo de «Yus de los purificados» iba a trasladarse de Mohalla de vuelta al lugar al que pertenecía. Supuse que eso significaba que la luz, o el tesoro, se encontraba por aquí en algún lugar de este valle. La siguiente parte del texto describía cómo el tesoro estaba escondido en un «espacio

de piedra» en el «valle de las flores». Si lo juntas todo, tienes una descripción de un grupo de hombres llevándose algo de Mohalla y ocultándolo aquí. Solo hay una referencia generalmente aceptada para la expresión «la luz del mundo» —añadió Angela y, a juzgar por el gesto de emoción en su cara, Bronson vio que se había olvidado prácticamente de que la estaban apuntando con una pistola—. Creo que hace dos milenios el hijo de Yus Asaph y una banda de devotos discípulos sacaron uno de los cuerpos de la tumba de Srinagar y lo transportaron aquí, al interior de esta cueva especialmente preparada en las montañas, donde lo ocultaron con la esperanza de que se mantuviera así por toda la eternidad.

—¿Pero por qué iban a hacer eso? —preguntó el hombre situado junto a Donovan.

—Tal vez lo promovieron los monjes budistas. El budismo empezó alrededor del año 500 a. C., y en siglo I d. C. ya había monjes visitando la India y el Tíbet. No habrían querido que se supiera dónde estaba la tumba por miedo a que se convirtiera en lugar de peregrinaje y puede que también les preocupara que eso pudiera debilitar el mensaje de su religión. También pienso que es posible que hicieran correr la leyenda de que el hombre no murió aquí, sino que había vuelto a su país y había muerto allí años antes, mientras que en realidad vivió sus últimos días en Cachemira. Y, según el texto persa, sabemos que aquí tuvo un hijo, un hombre llamado Isaac. Es más, creo que Isaac o fue el autor de ese texto o una persona muy cercana a quien lo escribió.

—Y luego está la anomalía de Baigdandu —interpuso Donovan.

—Ese es un factor más, sí —asintió Angela—. Fuera cual fuera el origen de los genes que dieron algún que otro niño de piel clara y ojos azules en esa aldea, puedes estar seguro, y con razón, de que no fueron tribus de griegos. Es mucho más probable que hubiera sido una única fuente, una línea de sangre muy distinta que se mezcló con la composición genética local.

—No lo entiendo —interrumpió John Cross—. ¿De qué va todo esto?

Angela le sonrió, medio girada y señalando a la pared que tenía detrás.

—Al otro lado de esa puerta de piedra encontraremos una tumba y en ella estará el cuerpo de un hombre de mediana edad o anciano que en su tiempo adquirió una cierta reputación, tanto aquí como en su país de nacimiento, que se encuentra muy lejos al oeste de aquí. En India lo llamaban Yus Asaph o Yus Asaf y de manera ocasional también Isa Masih, pero todos lo conocéis mejor por otro nombre que resulta mucho más familiar.

Miró a su alrededor y se tomó su tiempo. Respiró hondo.

—Creo que en esa caverna, justo detrás de mí, se encuentra el lugar de descanso de Isa Masih o Jesús el Mesías, el hombre mejor conocido por todos vosotros como Jesucristo.

—Cuatro minutos —murmuró el piloto.

—De acuerdo. Ya es hora de que mandemos el Hind —dijo Tembla antes de dar la orden con frialdad.

Casi de inmediato, el piloto del Dhruv escoró el helicóptero a la izquierda efectuando un cerrado giro.

Mientras daba comienzo la maniobra, Killian miró a su derecha y vio el morro del helicóptero de combate hundirse ligeramente a la vez que el piloto iba acelerando y situándose delante de ellos. Se concentró en mantener dentro de su estómago lo poco que había desayunado mientras el Dhruv dio una vuelta completa sobre sí mismo; el sonido de las hélices cortando el aire fue en aumento y el ruido le atravesó el cráneo cuando el helicóptero pareció desafiar la gravedad y las leyes de la física.

Por debajo, el suelo giraba a una velocidad vertiginosa, creando una imagen borrosa marrón grisácea. Después el piloto lo puso derecho y el morro fue hundiéndose según aumentaba la velocidad.

Killian miró por el parabrisas y vio que el Hind estaba ahora delante de ellos, tal vez a unos ochocientos metros.

—Bien —dijo Tembla—. Dejaremos que el helicóptero de combate se cargue a los mercenarios; después entraremos y veremos lo que Bronson y Lewis están tramando.

Durante un largo momento, en la cueva se produjo un silencio absoluto y después John Cross murmuró:

—Gilipolleces.

Donovan comenzó a aplaudir lentamente con actitud irónica.

—Bravo. Impecable razonamiento basado en una interpretación ingeniosa y experta de las pruebas disponibles. Es una pena que nunca vayáis a saber si estabais o no en lo cierto.

Angela se sobresaltó.

—Lo que hay detrás de esa pared puede ser el hallazgo arqueológico más importante que se haya encontrado nunca —continuó Donovan—, pero para mí significa mucho más que eso. Si lo que narra la Biblia es cierto, y creo que lo es, entonces Jesús tuvo el poder de sanar a los enfermos y resucitar a los muertos. Por eso llevo tanto tiempo siguiendo esta pista. Pensad en lo que podría hacer yo hoy con esa clase de poder.

—¿Pero cómo pueden los huesos de un cadáver de dos mil años...? —La voz de Bronson se fue apagando a medida que iba atando cabos.

—Eres genetista —dijo Angela rotundamente movida por la intuición—. Y el propósito de todo esto —señaló a los hombres armados que había en la cueva— es que puedas echarle el guante a ese cuerpo. O, para ser más precisos, a una muestra del tejido de los restos.

Donovan asintió.

—Eso es lo que llevo buscando todo este tiempo, el ADN de Jesucristo. ¿Os hacéis idea de lo que esto podría significar hoy en día? ¿Para la ciencia? ¿Para la investigación genética más vanguardista? Para conseguir esto, cualquier riesgo, cualquier precio y cualquier sacrificio está totalmente justificado. Y por eso me temo que los dos vais a morir. No puede haber testigos que presencien lo que va a pasar a continuación.

—¿Y qué pasa con los dos hombres que van contigo? —preguntó Bronson, desesperado por mantener cualquier clase de diálogo—. ¿Les has hablado del sacrificio que esperas que hagan?

Donovan sonrió.

—Estos hombres forman parte de mi ejército privado. Les confiaría mi vida, pero me temo que vosotros dos sobráis. —Se dirigió a Masters—. Mátalos, Nick, y después empezaremos con esto.

Unos metros más arriba de la entrada de la cueva, uno de los hombres de Masters estaba sentado en una roca con el Kalashnikov apoyado en su regazo y sujetando la empuñadura. En la pendiente, a unos cincuenta metros por debajo, otros dos mercenarios miraban hacia el pie del valle con sus AK-47 colgados a los hombros. Los tres hombres estaban cubriendo los dos posibles accesos a la cueva.

Todos oyeron el inconfundible bramido, el estruendo de un helicóptero, y por un instante ninguno de ellos se inmutó. Sabían que se encontraban en una zona fronteriza en litigio y habían oído y visto varios helicópteros desde que habían entrado en India, así que un helicóptero de combate no era exactamente algo nuevo. Pero entonces el Hind apareció sobre la pared lateral del valle, con el morro hacia abajo y apuntando directamente hacia la cueva.

—¡Cubríos! —gritó uno de los hombres, moviendo el arma para apuntar al helicóptero que se acercaba mientras su compañero abría fuego.

El mercenario que se encontraba más cerca de la cueva miró a su alrededor, buscando desesperadamente algún sitio, el que fuera, donde esconderse. Sabía que no llegaría a la entrada de la cueva, pero era el único refugio posible. Tenía que intentarlo.

Deslizó el dedo sobre el gatillo de su AK-47 y disparó antes de girarse y echar a correr. Pero en ese mismo momento la tripulación del helicóptero de ataque abrió fuego. Del morro de la aeronave salió un destello y un torrente de balas creó un

profundo surco por el rocoso suelo mientras en todas las direcciones salían volando rocas y fragmentos de los proyectiles.

Media docena de balas alcanzaron en el pecho al hombre que corría y casi lo partieron en dos. Su impulso le hizo dar un par de pasos más, pero murió antes de dejar de moverse.

La tripulación del Hind cambió de objetivo y en menos de dos segundos las armas de los demás soldados se quedaron en silencio, cuando sus cuerpos acribillados a balazos cayeron entre las rocas.

La cueva retumbaba con el sonido de las armas automáticas. Los hombres armados situados al fondo reaccionaron de inmediato, descolgando las suyas y empezando a moverse. Bronson pasó a centrar su atención en Masters.

El antiguo soldado lo miró, después a John Cross y finalmente lo poco que se podía ver de la pendiente de la montaña fuera de la cueva. Después se metió la mano en su parka y sacó una semiautomática.

Por un instante, a Bronson le pareció que iba a dispararles a los dos, pero el soldado se giró y con un único movimiento rápido le dio la vuelta al arma y se la lanzó a Bronson. A continuación, le quitó el seguro al Kalashnikov y fue hacia la entrada de la cueva.

Donovan estaba pálido de miedo y rabia.

—¿Qué está pasando?

—¡Apártate, J. J., y cierra la puta boca mientras soluciono esto! —gritó Masters antes de darse la vuelta—. ¡No salgas! —le espetó a Cross.

Pero había elegido bien a sus hombres, todos eran exmilitares y lo último que haría John Cross era salir corriendo de una cueva oscura hacia la brillante luz del sol donde probablemente estarían esperando tropas enemigas para cargárselo.

Bronson no preguntó, no vaciló. Cogió el arma al vuelo, agarró a Angela de la mano y la alejó de la entrada todo lo posible.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella sin aliento y agachándose a su lado en la oscuridad del fondo del corto túnel, a la derecha de la cueva.

Bronson retorció el cuello para intentar ver fuera.

—Me han parecido dos armas distintas. Está claro que una era una ametralladora grande, y eso podría significar... —Se detuvo cuando un nuevo estallido de disparos sonó desde fuera seguido de un profundo ruido aplacado por el bramido de los motores—. Eso es un helicóptero de combate —dijo desplazando la corredera del arma para insertar un cartucho en la recámara—. A lo mejor han aparecido las tropas del ejército indio.

Miró a su alrededor. No había donde esconderse. No sabía cuántos hombres tenía a su servicio el norteamericano, aunque estaba claro que se había dejado al menos a uno o dos fuera de la cueva, porque de lo contrario no se habrían oído disparos. Además, desconocía el número de efectivos de su enemigo y cuál habría sido el resultado del tiroteo.

Pero sí que había una cosa que podía hacer y que podía ayudarlos un poco. Y tenía que hacerlo de inmediato.

Nick Masters se situó en la entrada de la cueva. Al final de la pendiente podía ver el cuerpo inmóvil de uno de los tres hombres que había designado como centinela. A su derecha, y efectuando un cerrado giro a la izquierda, la perversa forma gris clara del Hind era inconfundible.

—¡Mierda! —murmuró.

—¿Qué coño hace ese helicóptero aquí fuera? —preguntó John Cross.

Justo cuando habló, el Hind se preparó para su siguiente ataque y un breve disparo de su cañón destrozó de inmediato la entrada de la cueva, haciendo que los dos hombres volvieran a entrar.

Masters miró a su alrededor. No había otra salida, eso seguro, ni ningún sitio donde refugiarse de las armas del helicóptero.

A pesar de todo, sabía que tenían que anular al Hind. ¿Pero cómo? Con tres hombres muertos, y un amigo que, como estaba viendo ahora, era demasiado avaricioso y ambicioso para su propio bien, se quedaba sin opciones.

—Espera aquí —le siseó Bronson a Angela, y avanzó.

J. J. Donovan estaba encogido de miedo (era imposible que pudiera encogerse más) detrás de una pila de rocas y mirando fijamente a la entrada.

Bronson se situó tras él, lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la pistola y lo agarró por el cuello para arrastrarlo hasta el fondo de la cueva.

—¿Qué cojones estás haciendo, Chris? —le preguntó Angela, cuya indignación ante el ataque de Bronson a un hombre que no estaba armado superó a su miedo por un instante.

—Estoy dándonos un poco de ventaja —respondió Bronson, apoyando el cañón de la semiautomática en el hombro de Donovan, de modo que el extremo quedara contra su cuello—. Por lo que veo, hay dos grupos de hombres armados luchando ahí fuera. No sé quién es este tipo, pero si su gente sale vencedora, el hecho de que sea mi rehén hará que podamos pactar nuestra salida de aquí.

—¿Y si gana el otro grupo?

Él suspiró.

—Pues entonces nos dará igual.

Cuando Masters había visto el Barrett en oferta en el bazar de armas de Islamabad, de inmediato había decidido comprarlo. No creía que fueran a llegar a utilizarlo, pero era una buena póliza de seguro. Ahora se alegraba de haberse dado el capricho.

El Barrett es probablemente el rifle más potente del mundo. En manos expertas es capaz de alcanzar con una bala de media pulgada a un objetivo del tamaño de un hombre a una distancia de más de un kilómetro y medio.

Y Masters era un experto. Un antiguo SEAL y diestro tirador. Treinta segundos después de que el Hind hubiera aniquilado a tres de sus hombres, tenía el arma cargada y apuntada, y observaba a su objetivo por la mira óptica.

Pero, por supuesto, eso era solo la mitad del problema. Masters no tenía duda de que podía alcanzar el Hind, pero alcanzarlo no sería suficiente. La bala supersónica dejaría una buena abolladura en la capa metálica blindada del helicóptero, aunque no la penetraría. Tampoco tenía sentido apuntar a la cabina, porque estaba muy bien protegida y los motores también serían un objetivo complicado, sin garantía de que el disparo los destruyera o dañara.

Pero el Hind tenía sus debilidades, como todos los helicópteros, y eso era a lo que Masters apuntaría. Y solo tendría una oportunidad. Si fallaba y la tripulación veía que estaba disparando desde la cueva, abrasarían la zona y ahí acabaría todo.

Tenía que hacer que ese disparo contara.

Se giró hacia John Cross.

—Tengo que alcanzar a ese helicóptero y el único modo de hacerlo es si la tripulación está mirando a otro lado. ¿Puedes salir de la cueva con las manos en alto y moverte a la izquierda?

Cross se quedó impactado.

—Me parece una idea jodidamente mala.

—Si se te ocurre algo mejor, dímelo ahora mismo.

Cross dio un paso al frente y se asomó con cuidado hacia la entrada. El Hind estaba escudriñando la zona y parecía que la tripulación buscaba si quedaba alguien más fuera de la cueva.

—De acuerdo, Nick —dijo finalmente—. Más vale que esto funcione.

Dejando el Kalashnikov en el suelo, fue hacia la boca de la cueva lentamente.

Un repentino ruido desde su izquierda captó su atención. Otro helicóptero, uno pequeño y utilitario, se acercaba. Mientras miraba, el piloto aterrizó a unos cien metros.

Cross dio un paso al frente y levantó los brazos por encima de la cabeza en un claro e inequívoco gesto de rendición. Solo esperaba que la tripulación del helicóptero de combate no tuviera órdenes de destruir la zona y que estuvieran dispuestos a hacer prisioneros.

Y pronto lo descubriría, pensaba mientras el morro del Hind se giraba hacia él.

En cuanto el Dhruv aterrizó, Michael Killian se desabrochó el cinturón de seguridad y agarró el tirador de la puerta.

—¡Espere! —le ordenó Tembla—. Aún no hemos asegurado la zona.

—Se han rendido —contestó Killian señalando al hombre que había fuera de la cueva—. Todo ha terminado. Tengo que ver lo que han encontrado.

Se quitó el micrófono, salió del helicóptero y echó a andar rápidamente hacia la cueva.

—¿Qué ordena, señor? —preguntó el piloto.

—Nos quedaremos aquí por si acaso. No llevamos armas encima y aún no estoy seguro de que la situación esté bajo control. Había seis hombres en la zona, además de Bronson y Lewis, pero lo único que puedo ver son tres cuerpos y un hombre que tiene los brazos en alto. Con eso nos faltan cuatro personas. Hasta que sepamos dónde están, no me pienso mover. Y si los mercenarios siguen sueltos, puede que uno de ellos me haga un favor y dispare a ese exasperante sacerdote.

Tal y como Masters había esperado, cuando Cross salió de la cueva y se giró a la izquierda, el Hind se movió ligeramente para seguirlo. El piloto colocó la aeronave a unos quince metros por encima del suelo y tal vez a unos veinte de la cueva. Después activó el sistema de megafonía y conectó el micrófono.

—¡Dé cinco pasos al frente y tumbese boca abajo! —ordenó.

Cross obedeció, moviéndose despacio y pausadamente.

En la cueva, Nick Masters respiró hondo y se concentró en la imagen. El Hind se había girado ligeramente en el sentido de las agujas del reloj y ahora podía ver casi todo el lateral izquierdo del aparato.

Los helicópteros tienen varios puntos débiles, pero los tres principales son esas partes de la máquina que lo mantienen en el aire, el rotor principal, el rotor de cola y las cajas de cambio. Las cajas de cambio estarían probablemente ocultas detrás del blindaje, pero Masters no conocía el diseño del Hind lo suficiente como para estar seguro de dónde se encontraban y, como estaba mirándolo de lado, el rotor principal era casi invisible. Así que el objetivo que podía elegir, en realidad el único, era el rotor de cola.

Lentamente y con cuidado, Masters apuntó, esperó a tener la imagen totalmente clara y apretó el gatillo con suavidad.

El Barrett golpeó contra su hombro; casi se había olvidado del retroceso tan fuerte

que tenía el arma. Una vez recuperado, miró por el visor telescópico. Había un agujero atravesando la parte trasera del fuselaje, a unos quince centímetros por delante del disco del rotor de cola. *Joder*, pensó. El helicóptero se había movido muy ligeramente cuando había disparado, estaba claro, pero el Hind seguía en la misma posición, así que suponía que la bala simplemente había atravesado una parte del fuselaje sin blindaje y la tripulación no había notado nada y seguía ajena a lo sucedido.

Se calmó, el arma era semiautomática y tenía otra bala en la recámara, y de nuevo centró toda su atención en la imagen que tenía a través del visor. Un momento después, volvió a apretar el gatillo.

Volando a una velocidad supersónica, la bala de media pulgada alcanzó casi el mismo centro del disco del rotor de cola. Los rotores estaban diseñados para soportar el impacto de pequeñas armas de fuego e incluso balas de rifles de asalto, pero el Barrett M82 estaba a otro nivel.

La bala arrancó por completo una hélice del eje y astilló y dobló la de al lado. Ya eso solo habría bastado para destrozar el helicóptero, pero la bala no había terminado aún su recorrido. Atravesó la fina película de aluminio del fuselaje para colarse en la caja de cambios del rotor de cola y se arrugó y deformó al perder su energía cinética; las consecuencias en la caja de cambios resultaron catastróficas. La carcasa se partió lanzando fragmentos de metal entre los engranajes en rotación. En poco menos de una décima de segundo después de que la bala impactara, la caja de cambios dejó de funcionar.

Mientras el helicóptero caía de lado, Masters vio una sección de una de las palas del rotor de cola desprenderse del fuselaje. El ruido aumentó cuando el piloto intentó controlar la aeronave que de pronto no respondía como debía. Intentó recuperar altura, que era lo que no debía haber hecho, porque eso empeoró la situación. Mientras el morro iba subiendo, la aeronave empezaba a dar vueltas sobre su propio eje.

Y entonces ya no hubo nada que el piloto pudiera hacer. En cuanto se detuvo el rotor de cola, perdió el control de la dirección. Giró de un modo más violento incluso y de pronto estaba cayendo en picado hacia el suelo mientras las palas del rotor principal chocaban con las rocas y en todas las direcciones salían volando restos del fuselaje al impactar. Se produjo un breve silencio y después se incendiaron los tanques de combustible, convirtiendo el siniestro en una enorme bola de fuego.

Exhausto, Masters retrocedió hacia la cueva. Todo había terminado. La tripulación del interior del Hind no podía haber sobrevivido ni al impacto ni al fuego. No tenía nada más que hacer.

Sentado en el asiento trasero del Dhruv, Tembla vio cómo la catástrofe se desató ante

sus ojos. Tenía que salir de ahí. La abrumadora superioridad táctica que le proporcionaba la presencia del Hind había desaparecido, y de pronto fue consciente de que estaba sentado en un helicóptero extremadamente vulnerable y a menos de noventa metros de un grupo de soldados mercenarios armados con rifles de asalto.

—¡Abortamos! ¡Abortamos! —gritó—. ¡Salgamos de aquí ahora!

El piloto reaccionó de inmediato subiendo el colectivo y se alejó de la cueva acelerando todo lo que pudo hacia el extremo del valle.

Killian estaba de pie, con la boca abierta, mirando la escena de devastación que tenía ante sí. Después oyó el ruido cada vez más fuerte de un motor tras él y miró para ver que el Dhruv estaba despegando.

Con impotencia, vio al hombre que había salido de la cueva, y que al parecer se había rendido, sacar una pistola y echar a andar por la pendiente hacia él. Killian miró a su alrededor, pero no había adónde ir, ni dónde esconderse; un cliché que había cobrado vida de modo espantoso. Alzó los brazos y esperó.

Sin embargo, aun viendo al hombre armado acercándose, sonrió ligeramente. Pasara lo que pasara ahora, estaba satisfecho. Si el Señor no hubiera querido que estuviera en ese lugar y en ese momento, no estaría ahí. Estaba claro que Dios tenía una labor para él. Cerró los ojos.

—Hágase tu voluntad, oh Dios mío —rezó.

John Cross se acercó a Killian.

—Al suelo, boca abajo, brazos y piernas separados —ordenó.

Killian obedeció y Cross lo cacheó rápida y diestramente.

—¿Quién es este? —preguntó Nick Masters caminando hacia ellos.

—Ni idea, pero ha bajado de ese helicóptero que ha estallado, así que debe de tener algo que ver con lo que sea que está pasando aquí. A lo mejor a Donovan le gustaría hablar con él. Buen tiro, por cierto.

—Gracias —respondió Masters. Se agachó, agarró por el cuello a la figura tendida y la puso de pie sin muchos miramientos—. ¿Hablas inglés? —preguntó, y su cautivo asintió.

—Vale, vamos a bajar a la cueva. Como intentes escapar, te arrancaré las piernas de un disparo, ¿está claro?

El hombre asintió de nuevo y la breve procesión dio comienzo por la pendiente en dirección a la oscura sombra que describía la entrada a la cueva.

—¡Masters! —gritó Donovan mientras el soldado mercenario volvía a entrar en la cueva—. Bronson tiene un arma. Tienes que ayudarme.

Masters fue hasta donde estaba Bronson sujetando a Donovan con el cañón de la semiautomática contra su cuello.

—¿De dónde ha sacado el arma? —preguntó Donovan.

—Se la he dado yo —respondió Masters.

—¿Qué tú qué? ¿Y por qué cojones has hecho eso?

—Porque soy un soldado, no un asesino a sueldo. Eso significa que no disparo a personas desarmadas cuyo único crimen ha sido ser más inteligente que tú, Donovan.

Se produjo cierto alboroto mientras Cross metía a rastras a otro hombre y lo lanzaba contra la pared.

—¿Quién eres? —le preguntó bruscamente, hundiendo la pistola en el torso del cautivo.

El hombre miró a su alrededor a medida que sus ojos se hacían poco a poco a la oscuridad. Sin embargo, no respondió.

—Chris, es el sacerdote —dijo Angela levantándose. Su voz se transportó por toda la cueva—. Es el que intentó matarme.

—¿Es que lo sabía? —murmuró Masters—. Pues no es exactamente lo que me esperaba de un cura.

—Soy el padre Michael Killian y soy un ministro ordenado de la Iglesia. —Su voz sonaba áspera y ronca—. Haga lo que haga, estaré haciendo la obra de Dios. Te conozco —dijo mirando a Donovan, que aún seguía sujetado por Bronson—. Y aunque sea lo último que haga, detendré esta blasfemia espantosa que habéis estado planeando. Eso es lo que me ha enviado a hacer.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó Bronson.

—El mismísimo Dios —respondió Killian con orgullo—. Soy su mensajero y lo represento.

—¡Dadme un respiro! —murmuró Masters.

—Esto no es una blasfemia, lunático —gritó Donovan—. Podría ser el mayor avance en la historia de la medicina desde la invención de la anestesia o el descubrimiento del antibiótico.

—Y de paso te convertiría en multimillonario, aunque no creo que eso haya condicionado tu decisión, ¿no? —contestó Killian.

Masters miró a los dos hombres, casi sonriendo ante la mordacidad del comentario.

—Bueno, a mí no me parece que ninguno estéis en posición de hacer mucho. —Se detuvo y fue hacia la pared—. Vamos a echar un vistazo, a ver qué tenemos aquí.

¿Es este el lugar que querías encontrar, J. J.?

Donovan asintió mientras Killian se resistía, furioso, al modo en que Cross lo estaba sujetando.

—¡Esto es un sacrilegio, blasfemia!

—No pueden ser las dos cosas, ¿no? —comentó Masters observando la pared detenidamente—. No pueden ser las dos al mismo tiempo, quiero decir. Resulta interesante que tú y tus hombres nos siguierais encantados hasta aquí en ese puto Hind para intentar matarnos, pero que cuando se trata de abrir una tumba nos saltes con el Viejo Testamento. Me parece que estás lanzando un mensaje ambiguo.

—¡Vuestras vidas son irrelevantes! —gritó Killian—. Lo que intentáis hacer aquí podría condenar vuestra alma inmortal para toda la eternidad.

—A eso me refiero —dijo Masters—. El Viejo Testamento, está claro. —Se giró hacia Cross—. Si ese idiota dice algo más, métele una bala en el estómago y échalo fuera. Está empezando a levantarme dolor de cabeza.

—Con mucho gusto —murmuró Cross. Le apuntó con la pistola—. Dame un solo motivo y lo hago.

—Pensamos que se desliza —dijo Angela fulminando a Killian con la mirada y situándose junto a Masters—. Chris ha encontrado ranuras hechas en el suelo y en el techo. —Señaló hacia el extremo del muro de piedra.

—Entendido —apuntó Masters—. Así que supongo que tenemos que hacer palanca en el lado izquierdo para que empiece a moverse.

—En el suelo, junto a la pared, hay una palanqueta —dijo Bronson sin soltar el cuello de Donovan—. Y si miras en mi mochila, Angela, verás también un par de destornilladores grandes.

—Un hombre preparado, si señor —apuntó Masters cuando Angela le pasó la mochila.

—Nos esperábamos alguna especie de tumba —dijo ella—, no una pared de piedra maciza. No sé si una palanqueta va a ser suficiente para mover eso.

—Debieron de montarla sobre rodillos —observó Bronson—. Es lo único que tiene sentido. Una vez haya empezado a moverse, debería ser fácil desplazarla.

—Sí, el truco está en hacer que empiece a moverse. —Masters señaló a Cross—. Toma, John. Eres más fuerte que yo. Yo vigilaré al sacerdote. ¿Quieres probar a abrir esta cosa?

Mientras Cross cogió la palanqueta y empezó a dar golpecitos en la pared de piedra para ver por dónde insertar el extremo de la herramienta, Bronson observaba las expresiones de la gente que ocupaba la cueva. Donovan estaba temblando con lo que parecía una mezcla de rabia y expectación, mientras que Killian ardía de impotencia y furia contra la pared del fondo. Entre ellos Masters y Angela, uno al lado del otro, estudiaban el muro de piedra con serenidad.

—Aquí hay una especie de muesca —dijo Cross—. Imagino que puedo meter el extremo de la barra.

Se oyó un sonido metálico cuando introdujo el extremo de la palanqueta en el estrecho hueco que había encontrado en la roca, y a continuación un profundo gruñido cuando tiró del otro extremo de la herramienta.

—Nada. No se mueve nada. ¿Seguro que no hay un candado o algo que la tenga fijada?

—Había algunas piedras a modo de calce debajo del lado derecho —dijo Bronson—, pero creo haberlas retirado todas.

Masters se giró para mirarlo.

—Quédate la pistola, aunque creo que podrías soltar a Donovan. No causará problemas.

Bronson lo soltó con mucho gusto, flexionó los dedos y se levantó. Se metió el arma en la cinturilla de los pantalones y se situó junto a Angela.

—Viéndolo desde un punto de vista mecánico, creo que tendría sentido que hubieran hecho algo más para bloquear la puerta. Lo último que querrían sería que un terremoto la abriera a base de sacudidas.

Se inclinó hacia delante y pasó unos minutos arrastrando los dedos sobre la vieja piedra. En el lado derecho de la puerta sintió algo y dio un paso atrás para verlo de lejos.

—Sí, podría ser eso —murmuró señalando una marca en la piedra con forma ovalada y a unos dos metros del suelo—. Eso podría ser el extremo de un calce de piedra que atraviesa la puerta y que aquí en este lado está recortado. Parece estar hecho de la misma piedra que la puerta, aunque la veta, o como se llamen las marcas que hay dentro de una roca, va en el otro sentido.

Cogió el martillo y el cincel, se acercó al muro, colocó la punta del cincel contra la marca ovalada y la golpeó con el martillo. Saltaron lascas de piedra. Repitió la operación y de nuevo esquirlas de piedra salieron despedidas a su alrededor. Se detuvo un instante y miró el muro.

—He roto el extremo, pero ahora veo que hicieron un agujero en la piedra y por él colaron este calce.

Bronson colocó el cincel en el centro de la marca y volvió a golpearlo. En esa ocasión, muy pocas lascas de piedra salieron volando, pero el fragmento entero que se había insertado por el agujero se metió hacia dentro ligeramente.

—¡Así está mejor! —dijo con aire triunfante. Retiró el martillo y volvió a golpear.

El cincel atravesó casi todo el agujero en el momento en el que el calce de piedra desapareció de su vista. Se oyó un golpe sordo cuando aterrizó en algún lugar del suelo de la cueva, por la cara interna de la puerta.

—¡Genial, Chris! —exclamó Angela cuando él dio un paso atrás.

—Eso de ahí parece otro —dijo Masters, señalando un punto situado a un metro del suelo y justo debajo de donde Bronson había movido el primer calce.

—Yo lo haré —se ofreció Cross cogiendo el martillo y el cincel.

Bronson se apartó, fue hasta donde Angela estaba observándolo y, de pronto, se le ocurrió algo.

—¡Un momento! —Cogió su mochila y sacó una linterna. Después fue hacia el agujero que había dejado al descubierto y miró dentro de la cámara oculta.

—¿Qué ves? —le preguntó Angela.

—No mucho —respondió—, excepto tal vez la piedra de la pared del otro lado. Pero no es eso lo que estaba buscando.

—¿Y qué estabas buscando? —preguntó Masters.

—El agujero —respondió apartándose del muro—. Se estrecha. Es más ancho en el interior que por fuera de la puerta.

—¿Y? —preguntó Masters.

Pero Angela ya había entendido lo que quería decir.

—Entonces los calces de piedra...

—Exacto —dijo Bronson—. Los agujeros se estrechan de dentro afuera, así que debieron de colocarlos desde dentro de la propia tumba. A menos que haya otra salida, quien fuera que colocó los calces sigue ahí dentro, al otro lado del muro.

—¡Dios mío! —murmuró Angela, y hasta Masters parecía un poco pálido.

—Sí, bueno, pues entonces estará fiambre, ¿no? —murmuró Cross que, con un impresionante golpe de martillo, coló el segundo calce por la puerta.

De inmediato, el muro de piedra se desplazó muy ligeramente; fue un movimiento que, más que ver, oyeron.

—Parece que hemos despegado —dijo Cross. Soltó el martillo y el cincel y recogió la palanqueta. Metió un extremo por el agujero que había encontrado antes y tiró todo lo que pudo. En esa ocasión, la impresionante puerta se movió poco más de un centímetro hacia la derecha.

Cross cambió ligeramente la posición de la palanqueta y volvió a tirar. Al cabo de quince minutos, los tres, Cross, Masters y Bronson, habían movido la puerta a la derecha de modo que el borde superior quedó apoyado contra otro bloque de piedra.

Masters miró a Bronson y a Angela.

—Os concedo el privilegio, si queréis. Os lo habéis ganado.

—¿Y yo? —gritó Donovan furioso detrás de ellos.

—¡Tú puedes esperar a que llegue tu puto turno! —le contestó Masters con brusquedad.

—Yo iré primero —dijo Bronson. Cogió la linterna y dio un paso al frente. Pero antes de entrar, se agachó y miró el canal en el suelo de piedra que había quedado expuesto cuando la puerta se había deslizado a un lado—. Tenía razón. Utilizaron rodillos de piedra. —Después se levantó y entró en la cámara interna.

Durante tal vez unos dos o tres minutos los demás observaron el destello de la linterna moviéndose alrededor de la cámara, iluminando las paredes y el suelo y una forma de piedra rectangular. Después Bronson salió.

—Es seguro entrar y hay al menos un cadáver muy antiguo ahí dentro, aunque no es más que huesos y harapos. Necesitaremos toda la luz posible.

Masters cogió un par de linternas y siguió a Bronson y Angela.

Los tres se detuvieron en el interior y miraron a su alrededor.

—¿Has tocado algo? —le preguntó Angela moviendo su linterna alrededor de la pequeña sala.

—Nada, quitando el cadáver.

Justo delante de ellos había una estructura de piedra rectangular con la parte superior hecha de grandes losas lisas de piedra y los laterales de cubos de piedra más pequeños. Tenía aproximadamente dos metros sesenta de largo, metro cuarenta de ancho y noventa centímetros de alto, y a primera vista parecía carente de marcas o decoración. Sin embargo, Bronson había visto algo.

—Hay una marca en la losa central.

Angela se acercó a la estructura y apuntó la talla con la linterna.

—Parece una escritura tibetana antigua y creo que las letras son «Y» y «A».

—Yus Asaph —murmuró Bronson.

Pero no era la marca de la losa lo que estaba captando la atención de todos. A los pies de la estructura, en lo que debió ser una posición fetal, yacían los huesos desmoronados de un esqueleto ataviado con jirones de tela.

—Creo —dijo Bronson con una fuerte voz que sonó antinatural en la silenciosa sala— que podría haber muerto de rodillas y haber caído de lado.

—¿Quieres decir que murió rezando? —preguntó Angela con un susurro.

—Tal vez.

—¿Crees que eso es lo que queda del tipo que selló la puerta? —preguntó Masters.

Bronson asintió.

—Los huesos son muy frágiles. He tocado uno y se ha desmoronado hasta quedar en nada.

—¿Y lo que estamos buscando está metido en esa cosa de piedra del fondo? ¿En lo que parece un altar grande?

—Probablemente —respondió Angela con voz demasiado apagada.

—¡Pues muy bien! —dijo Masters enérgicamente—. Seguro que el ejército indio estará aquí muy pronto, así que más nos vale ponernos manos a la obra. Traeré a Cross y supongo que también a Donovan. Después de todo, él ha pagado por esta pequeña aventura.

Con la ayuda de Cross y Masters no llevó mucho tiempo apartar las losas de piedra de la parte superior de esa estructura que parecía un altar.

Cuando levantaron la última y la apoyaron contra la pared, todos dieron un paso adelante y miraron en el interior de la cavidad. Además de Bronson y Angela, Masters había dejado que Donovan y Killian presenciaran lo que él había llamado «el descubrimiento».

La cavidad de piedra parecía ser no más que eso, tres paredes bajas confinando la pared trasera de la cámara, y dentro de ella había una gran caja de madera, mucho más grande que un ataúd convencional.

—¡Pues venga, vamos a abrirlo! —dijo Donovan con actitud bravucona, ahora que no estaba bajo la directa amenaza del arma de Bronson.

Killian abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión al ver que Cross estaba mirándolo fijamente.

—Creo que no deberíamos hacer esto —dijo de pronto Angela.

—¿Por qué no? —preguntó Bronson.

—No digo que no debiéramos hacerlo de ningún modo. Solo digo que creo que

esto habría que hacerlo de forma controlada, en un museo o un laboratorio.

—Esa no es una opción —contestó Donovan—. Estamos en mitad de Cachemira. Esas instalaciones a las que te refieres no existen en ninguna parte a menos de unos trescientos kilómetros de aquí y puede que ni siquiera tan cerca.

—Pero no sabemos lo que hay dentro de la caja... —empezó a decir Angela.

—Yo sí —dijo Donovan—. Una fuente para la industria genética de miles de millones de dólares.

—¡Solo piensas en el dinero, en cómo explotar esta situación en tu propio beneficio! —gritó Killian incapaz de seguir callado.

Cross volvió a sacudir la pistola con gesto amenazante y Killian se calló una vez más.

Masters miró la tumba y asintió como si acabara de tomar una decisión.

—No pienso volver aquí, ni tampoco lo harán mis hombres, así que tenemos que encontrar el modo de descubrir lo que hay aquí dentro y después largarnos. Y, Donovan, si es lo que crees que es, entonces nosotros lo custodiaremos hasta que completes el pago. Y el precio ha subido. Si realmente esto es un recurso de miles de millones de dólares, como has dicho, entonces te cobro cinco millones por la entrega, además de los gastos.

—Hecho —murmuró Donovan—. Pero vamos a ponernos con ello, ¿vale?

—Sigo pensando que deberíamos esperar —repitió Angela.

—Me temo que no tienes voto en esto —le contestó Masters y, girándose hacia Cross, añadió—: Levanta la tapa de esa caja de madera.

El soldado agarró la palanqueta y la introdujo en la caja en el punto donde la tapa se unía con el borde. Pero al hacerlo, la madera de dos mil años de antigüedad se desintegró, dejando ver el brillo apagado del metal. Sacó los restos de madera y los tiró.

Ya sin la madera protectora se pudo ver un ataúd de metal grande y completamente liso, sin ningún tipo de marca, apoyado sobre el suelo de la estructura de piedra rectangular. Cross sacó una navaja y deslizó la punta por la tapa.

—Creo que está hecho de plomo —dijo mirando el destello plateado de la superficie bajo el brillo de su linterna.

—Pues entonces ya está —respondió Donovan—. Aunque queramos sacarlo tal cual y llevarlo a otra parte, pesa demasiado. Jamás lo sacaríamos de esta sala, y mucho menos podríamos llevarlo hasta uno de los coches. Vamos a tener que abrirlo aquí y ahora mismo.

Angela sacudió la cabeza y dio medio paso atrás. Estaba pálida e impactada.

A Bronson lo invadió la preocupación.

—La tapa está sellada —dijo Cross—. Hay varios precintos entre la tapa y la base y hay una especie de sustancia rojiza en la junta. Me parece que hicieron todo lo que

podieron por mantener esto sellado al vacío.

—Pues entonces te podrás llevar una buena muestra, Donovan —dijo Masters.

—Eso espero, ¡joder!, después de todo esto —contestó Donovan, mientras por detrás Killian mostraba su disgusto.

Con su navaja, Cross atravesó los precintos que unían la tapa y la base del ataúd y después la deslizó alrededor de la junta para intentar romper el precinto entre las dos secciones.

—Tendrás que echarme una mano —dijo Cross señalando a Masters para que lo ayudara a levantar la tapa. Los dos hombres se colocaron el uno al lado del otro mientras Cross metía el extremo de la palanqueta en el hueco que había quedado bajo la tapa y empujaba hacia arriba. Se oyó el susurro del aire cuando el precinto se rompió por fin. Agarraron la tapa y la levantaron hacia un lado, haciendo que golpeará con fuerza contra la pared que rodeaba el ataúd. Después, dieron un paso atrás.

Por primera vez en dos mil años, el contenido del ataúd quedaba revelado bajo la luz amarillenta de un puñado de linternas. Durante unos segundos nadie habló.

—Entonces Josefo tenía razón —murmuró Killian.

Se produjo un repentino sonido metálico cuando a Angela se le cayó la linterna. Tomó aire en un gesto que fue casi como un sollozo.

—¡Dios, mío! —susurró y a punto estuvo de caer en los brazos de Bronson.

—No puede ser —murmuró Donovan—. Es un error. Es un error. No puede ser Él. Ese no es Jesucristo.

Tras él, Masters se santiguó.

—No se llamaba Jesucristo —dijo Killian con una voz que resonó por la tumba—. Ahora que por fin estamos en este lugar sagrado, lo menos que podíais hacer es emplear su nombre correcto. Se llamaba Yehoshua o Yeshua, y ese nombre en hebreo significa «Dios es redentor». El apelativo Cristo es solo una traducción del griego *Khristos* o del latín *Christus*, que significa «el ungido». Cuando estuvo vivo nunca lo llamaron así.

Nadie en la cueva prestó atención a lo que estaba diciendo. Todos estaban mirando el ataúd con distintas expresiones de incredulidad.

—No es lo que me esperaba —murmuró Bronson—. Para nada es lo que me esperaba.

—Lo único que estáis haciendo todos es mostrar vuestra ignorancia —prosiguió Killian—. ¿Qué os esperabais? ¿El esqueleto de un hombre de metro ochenta con los restos de un pelo y una barba largos? ¿La imagen que casi todo el mundo, ya sean cristianos o no, tiene de Jesucristo? ¿La imagen que no tiene ni la más mínima evidencia histórica en la que apoyarse? ¿La imagen que se aceptó como representación auténtica ochocientos años después de su muerte? ¿Esa imagen?

Todos seguían sin responder.

Lo que contenía el ataúd no era un esqueleto. Era un cuerpo. El cuerpo de un hombre que parecía tan fresco que casi era posible pensar que seguía vivo. Estaba envuelto en una tela descolorida que probablemente habría sido blanca, tenía los brazos extendidos a cada lado, y los pies desnudos contra el extremo del ataúd.

Pero el cuerpo no medía metro ochenta, nada de eso. Bronson, que por su trabajo como oficial de policía estaba acostumbrado a estimar alturas y distancias, suponía que ese hombre debió de medir poco más de metro y medio. Tenía la piel muy bronceada y estaba casi afeitado por completo, apenas unas briznas de grueso vello salpicaban sus mejillas y su barbilla. Y su pelo claro y ralo era casi rojizo y estaba peinado con la raya en medio.

Sin embargo, fue el rostro lo que más les impactó. Todas las personas presentes en la cueva, incluso Bronson, que era ateo, tenían una imagen mental de Jesús como un hombre de porte noble, incluso patricio, pero el cuerpo dentro del ataúd de plomo tenía un rostro que era poco atrayente hasta un punto casi sorprendente. Era un rostro demacrado y estrecho, dominado por una nariz larga y fina bajo unas espesas cejas que casi se unían en el centro dotando a esa cara de un aspecto basto y desagradable, casi caballuno. El cadáver no tenía nada que ver con la imagen tradicional de

Jesucristo.

—Debe de ser un error —murmuró Donovan sacudiendo la cabeza.

—Aquí el único error es el que habéis cometido vosotros —contestó Killian. De toda la gente en la cueva, era el único que no parecía impactado por el cadáver. Es más, desde el momento en que se había levantado la tapa del ataúd, había actuado como si el cuerpo hubiera sido exactamente lo que esperaba.

—¿Qué quería decir cuando ha dicho «Josefo tenía razón»? —le preguntó Angela mirando el cadáver con los ojos como platos. Parecía haberse recuperado un poco y estaba inclinándose hacia delante sobre la base del ataúd abierto.

—No existen relatos contemporáneos de primera mano en referencia al aspecto de Jesús —respondió Killian—, pero en una copia eslava de *La Caída de Jerusalén*, Josefo, que espero que sepáis quién es, describe a Jesús como una persona de pequeña estatura con «rostro largo, nariz larga y cejas juntas». Además decía que tenía la piel oscura, pelo escaso y con la raya en medio como un nazareno, y apenas barba. Y creo que esa es una descripción bastante buena de este hombre, ¿no os parece?

Se produjo otro largo silencio.

—¿Podría ser de verdad este el fundador del cristianismo? —preguntó finalmente Donovan—. Miradlo. Es bajo, casi un enano, y feo.

—¡Su aspecto no es lo importante! —dijo Killian alzando la voz con furia—, sino lo que hizo, lo que dijo y las lecciones que nos dio. Esas son las bases de la religión más grande que ha conocido el mundo.

—Mirad sus manos —advirtió Donovan de pronto, y todos se fijaron en ellas—. ¿Veis alguna marca de clavos? ¿Veis estigmas?

Pero las manos del cadáver y las muñecas no tenían marcas.

—Eso no demuestra nada —dijo Killian—. Los clavos eran caros. Los romanos solían atar a sus víctimas a la cruz con cuerdas. Así aguantaban un poco más y su sufrimiento era aún mayor.

—¿Y los pies? —preguntó Bronson, que no podía llegar a ver la base del ataúd—. ¿Es que los romanos también les ataban las piernas a la cruz?

Masters se agachó para mirar más de cerca. Cuando se puso derecho, su rostro se veía pálido bajo la oscuridad de la cueva, y se santiguó de nuevo antes de hablar.

—Tiene dos heridas cicatrizadas. Parece como si algo le hubiera atravesado los talones. Caminar le habría resultado muy doloroso.

Todos miraron a Killian, que asintió.

—Era una práctica común. Solían colocar a sus víctimas de lado, les metían los pies dentro de una caja de madera atada a la cruz y les atravesaban los tobillos con un clavo.

Su pragmática explicación de la mecánica del que tal vez fuera el método de

ejecución más cruel ideado por el hombre resonó por toda la cueva.

—Dios bendito —susurró Angela.

—Pero has dicho que son heridas cicatrizadas —dijo Bronson mirando a Masters, y el mercenario asintió—. Entonces este hombre debió de vivir después de ser crucificado. ¿Cómo?

—La crucifixión no siempre era terminal —dijo Killian—. Existen algunos casos documentados de víctimas a las que se les concedió un indulto y se bajó de la cruz. Si después sobrevivían o no, era algo que dependía de cuánto tiempo estuvieran ahí colgados y de cómo los hubieran fijado a la cruz. Si se habían utilizado tres clavos, acabarían muriendo por la conmoción, la pérdida de sangre o la infección, pero si les habían atado los brazos al *patibulum*, el travesaño, entonces habrían tenido oportunidad de vivir. Y está claro que este hombre lo hizo.

—Pero si este hombre de verdad fue Jesucristo —dijo Angela—, eso demuestra que no murió y resucitó, lo cual acabaría con los fundamentos de la religión cristiana.

—Exacto —respondió Killian—. Por eso estoy aquí.

Volvió a hacerse el silencio en la cámara y después todos oyeron un suave crujido, casi como una descarga eléctrica repetida. Parecía provenir de algún punto dentro de la cueva, aunque no se sabía de dónde.

Masters dio un paso atrás y se apartó del ataúd de plomo, totalmente pálido.

Los párpados del cadáver se abrieron y los ojos de un azul oscuro puro, brillante e inmaculado, miraron fijamente al techo de la cueva.

—Deberíais haber esperado —dijo Angela con tono calmado.

—¿Qué? —preguntó Donovan sin dejar de mirar el cuerpo.

—Deberíais haber esperado. Deberíais haber abierto el ataúd en un entorno controlado, no aquí fuera. Ahora ya no se puede parar esto.

—¿Parar qué?

—Has oído ese ruido igual que lo hemos oído todos. Y ahora es demasiado tarde. Demasiado.

—¡Mirad! —dijo Masters—. ¡Mirad el cuerpo!

Ante sus ojos, el cadáver había empezado a cambiar, la carne se encogía y cambiaba de color y un repentino hedor a descomposición, intenso y desagradable, el olor a carne podrida, impregnó la cueva.

—Sellar el ataúd habría detenido el proceso de descomposición —dijo Angela con voz estrangulada—. Ese crujido han sido los huesos empezando a desencajarse, y los ojos se han abierto probablemente por la contracción de los músculos de los párpados al descomponerse. Ahora el cuerpo está recuperando el tiempo perdido. ¡Por eso deberías haber esperado!

—¡Noooo! —gritó Donovan, cuya voz resonó con fuerza en el espacio reducido, y saltó hacia delante.

Metió las manos en el ataúd y agarró el cadáver. Sujetó la mano derecha, arrancó uno de los dedos y lo alzó con gesto triunfante.

—¡Es lo único que necesito! Con esto me bastará.

Los demás retrocedieron horrorizados, pero solo uno se movió.

—¡Sacrilégio! —gritó Killian y se lanzó hacia el extremo del ataúd abierto, directo a por Donovan.

Los dos hombres cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas y fueron rodando. Chocaron contra el esqueleto que yacía junto al ataúd y una nube de polvo salió del viejo cuerpo cuando lo aplastaron contra el suelo.

Masters avanzó hacia ellos para intentar separarlos, pero se detuvo y ladeó la cabeza.

—¿Habéis oído eso?

—¿Qué? —Y entonces Bronson también lo oyó. Un ruido sordo emanó de los muros que los rodeaban. Y un simple vistazo le dijo lo que estaba pasando.

—¡Salid! —gritó—. ¡Ahora!

Agarró a Angela y la lanzó hacia la entrada que daba a la cueva... una entrada que se estaba cerrando tan rápido como el ruido aumentaba en intensidad... un sonido ensordecedor que ahora retumbaba por la cámara de piedra.

Habían caído en una trampa que llevaba dos mil años esperándolos.

Cross se coló por la abertura y Masters lo siguió. Bronson empujó a Angela hacia el hueco que se cerraba rápidamente.

Ahora era tan estrecho que ella tuvo que girarse para poder pasar. En cuanto salió a la cueva exterior extendió el brazo hacia Bronson. Pero antes de poder agarrarlo, una poderosa mano tiró de ella por detrás y la alejó de la entrada.

Masters coló la mano por el hueco y colocó la palanqueta en horizontal y a la altura de su pecho entre la pared de la cueva y la puerta que se movía; de pronto el ruido cesó.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Salid ahora! Esto no aguantará mucho.

Bronson no lo dudó, se agachó y se metió por el hueco de cabeza. Mientras iba atravesándolo con su cuerpo podía sentir cómo la puerta vibraba al tiempo que un antiguo mecanismo invisible intentaba cerrarla a pesar de la endeble barra de acero de la palanqueta.

—¡Chris! —Angela estaba cada vez más desesperada en la cueva exterior.

Bronson coló su torso por el hueco y se impulsó con las piernas para pasar.

En la cámara interior, Donovan le dio una patada al cuerpo inconsciente de Killian para apartarlo y se tendió sobre el suelo de piedra. Pero delante tenía a alguien intentando atravesar lo que quedaba de hueco. Le agarró la pierna y tiró de ella lo más fuerte que pudo.

Bronson sintió el tirón y miró atrás. Vio a Donovan justo detrás haciendo todo lo que podía por arrastrarlo hasta la cámara interior. Le dio una patada y la suela de su zapato golpeó el rostro de Donovan, que salió disparado hacia atrás, soltándolo de inmediato y con la nariz rota y la cara cubierta de sangre.

Bronson hizo un último esfuerzo y se impulsó rodando por el suelo para apartarse de la abertura lo más rápido posible.

Al otro lado de la puerta, Donovan se lanzó de cabeza hacia el estrecho espacio.

—¡Nick, ayúdame! —gritó mientras intentaba atravesar el hueco.

Masters dio un paso al frente y se agachó para agarrar su brazo extendido.

Pero entonces la puerta de piedra dio una sacudida y Masters miró arriba. La palanqueta estaba empezando a doblarse bajo la enorme presión de la losa de piedra. Agarró la mano de Donovan y empezó a tirar, aun sabiendo que era demasiado tarde.

Donovan sintió una enorme e insoportable presión sobre el pecho cuando la puerta empezó a moverse de nuevo y a cerrarse. No podía respirar, no podía moverse.

Notó un chasquido cuando la primera de sus costillas se rompió y al momento su pecho se hundió; una repentina y terrible agonía atravesó todo su ser. Y entonces, cuando la palanqueta se partió y la losa de piedra se encajó aplastando los rodillos de piedra y convirtiéndolos en polvo con el impacto, ya no sintió nada. La puerta se había cerrado para toda la eternidad.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Masters al salir por la boca de la cueva—. O el ejército indio o sus fuerzas aéreas vendrán en masa a este valle buscando al que ha borrado del cielo a su resplandeciente Hind, así que hay que largarse antes de que lleguen. ¿Estaréis bien?

—Gracias —le respondió Bronson estrechando la mano del norteamericano—. Tenemos la camioneta aparcada en el fondo del valle, aunque supongo que eso ya lo sabías.

Masters asintió y sonrió; después se giró, pensando ya en su estrategia para salir de allí mientras seleccionaba un número en el teléfono satélite.

En el espacio abierto, fuera de la cueva, Bronson abrazó a Angela con fuerza durante unos segundos.

—Creía que era el final —murmuró ella con las mejillas empapadas en lágrimas de alivio—. Creía que esa puerta de piedra te aplastaría al cerrarse. ¿Qué crees que ha pasado? —Se giró para mirar hacia el interior de la oscura boca de la cueva.

—A mí me parece una trampa camuflada muy inteligente. Cuando hemos empujado la losa hacia la derecha, la parte de arriba estaba apoyada contra otro fragmento de piedra. De algún modo eso debe de haber activado algún tipo de mecanismo porque la segunda losa ha empezado a bajar y a empujar a la primera. Ese ha sido el ruido que hemos oído; el de la segunda losa empezando a moverse.

Antes de salir de la cueva había mirado hacia la derecha de la losa. En el otro extremo de la puerta había otro fragmento de piedra tallada que claramente había cerrado la puerta al desplazarse hacia abajo.

—Es como en algunas pirámides —dijo Angela—. Un mecanismo antirrobo. Se abre la primera puerta, algo dispara el mecanismo y después la gravedad se encarga del resto.

—Me pregunto por qué los discípulos de Yus Asaph no lo activaron y sellaron la puerta con la segunda losa cuando escondieron aquí el cuerpo.

—A lo mejor así habría sido muy obvio que había algo oculto en la cámara interior. Si alguien sabía que había una sala secreta ahí dentro, podría haber buscado el modo de atravesar la puerta de piedra. —Angela tembló contra el cuerpo de Bronson—. Vámonos de aquí, Chris. Vamos a casa.

Bronson le agarró la mano y juntos avanzaron por la superficie accidentada y pedregosa del valle hasta donde había dejando su Jeep. La noche había caído y sobre ellos el cielo era como una negra manta de terciopelo tachonada por la luz de millones de estrellas. ¡Qué bueno era estar vivo!

Varios minutos después, Killian recobraba la consciencia dentro de la cámara interior. Al principio no podía ver nada, pero después se sacó una pequeña linterna del bolsillo, la encendió y miró a su alrededor. Todos los demás se habían ido y eso le parecía perfecto. Ahora tendría tiempo de completar la tarea que Dios le había encomendado.

Fue hasta la estructura de piedra y deslizó una mano lentamente por la parte superior del ataúd de plomo; miró abajo con una sonrisa de satisfacción. Dentro, el cuerpo que creía que había sido el de Jesús el Nazareno había dejado de existir, se había convertido en polvo por el inexorable proceso de la descomposición. Eso era algo que no se había imaginado, aunque era lo que había pretendido. Había querido destruir la tumba y su contenido con explosivos, pero una fuerza de la naturaleza le había ahorrado el trabajo. Y no importaba lo que Donovan o los demás dijeran, porque no existía la más mínima prueba de que el ataúd hubiera contenido nunca un cuerpo humano, y mucho menos el cuerpo del propio mesías.

Su sonrisa fue en aumento. Era una bendición. Por primera vez en dos milenios, a un pequeño grupo de gente se le había concedido el más sublime y divino obsequio posible. Durante un momento se les había permitido ver el rostro del redentor de la humanidad, ver al hombre venerado por millones de devotos como el hijo de Dios.

Hizo la señal de la cruz y se apartó del ataúd agitando la linterna ante él. Por primera vez se fijó en que la puerta de piedra estaba cerrada. Después vio el charco de sangre en el suelo de la cámara y el cuerpo de Donovan aplastado, destrozado.

Miró a su alrededor, desesperado, buscando otra salida, algún túnel o pasadizo que a los demás se les hubiera escapado, pero en pocos segundos confirmó que los muros de la cámara eran macizos.

Corrió hacia la puerta y tiró del borde con sus dedos, arrancándose la piel, la carne y las uñas. Pero la piedra no cedió ni un milímetro.

Después, empezó a gritar.

## Nota del autor

Este libro es indudablemente una obra de ficción, pero he intentado basarlo todo lo posible en datos reales.

La historia aceptada de la vida de Jesús está llena de inconsistencias, ninguna de las cuales es del todo sorprendente en vista del paso del tiempo y de la necesidad que parece tener la Iglesia católica, en particular, de generar un relato aceptable de la vida del responsable de fundar la religión cristiana. Dejad que os enumere tres de estas ideas erróneas más comunes:

*Jesús nació el 25 de diciembre.* Si verdaderamente hubo pastores atendiendo sus rebaños en los campos cuando Jesús nació, como dice el Evangelio de Lucas, entonces lo más probable es que el mes fuera junio. Era el primer mes del año en que se permitía a las ovejas pastar en los restos de la cosecha de trigo. Es más, es casi seguro que la fecha del 25 de diciembre la eligiera la Iglesia como la principal festividad cristiana porque era importante subyugar al resto de religiones, incluyendo al paganismo, y una de las celebraciones paganas más importantes era el festival del Invencible Sol celebrado cada año el 25 de diciembre. Se sabe que la «nueva» festividad se estableció en el siglo IV d. C. porque en el 334 de la era cristiana el 25 de diciembre apareció por primera vez en un calendario romano como la fecha del nacimiento de Cristo.

*Se llamaba Jesucristo.* El nombre Jesús es en realidad una invención británica. Su nombre original en hebreo era Yehoshua, que más tarde pasó a ser Yeshua o Joshua. El nombre Yehoshua se tradujo del hebreo al griego y después al latín, donde quedó como Iesvs o Iesus, que después se cambió a Jesus, en inglés. En aquellos días la gente no tenía apellido. Por el contrario, a Jesús se le habría conocido como Yeshua bar Yahosef bar Yaqub o «Joshua hijo de José, hijo de Jacob». Lo que es seguro es que mientras vivió nunca se le conoció como Jesucristo. Algunos pensaban que Jesús era el mesías, que en hebreo significa «el ungido». El aceite empleado para la unción se llama *khrisma* en griego y de ahí que a una persona ungida se la llamara Khristos, que pasó a traducirse como Christus en latín y después Cristo. Además, ser ungido no era un privilegio especial reservado para el mesías; toda clase de personas eran ungidas, incluyendo reyes, altos sacerdotes y profetas, e incluso gente que sufría de algún tipo de enfermedad.

*Jesús vivió en Nazaret.* En realidad es casi seguro que Nazaret no existiera como asentamiento cuando Jesús vivió, y «Jesús de Nazaret» es en realidad un error de traducción de un fragmento del Antiguo Testamento por parte de quien escribiera el Evangelio de Mateo. El nombre Iesous Nazarene o Nazareneus significa que Jesús fue un nazareno, no que procediera de un lugar llamado Nazaret. Si el autor hubiera querido decir que venía de Nazaret, la palabra correcta habría sido o «Nazarethenos» o «Nazarethaios». Un nazareno era un asceta, una persona devota que pasaba mucho tiempo rezando y que vivía de manera sencilla con muy pocas posesiones o ninguna. Eran una importante secta del norte de Palestina y puede que también se los hubiera conocido como los mandeos.

Existe también una gran laguna en la historia de la vida de Jesucristo que la Iglesia cristiana nunca menciona. Se habla de su nacimiento, de su presencia en el templo a la edad de doce o trece años, de su oficio y, por supuesto, de su muerte y aparente resurrección, pero ¿dónde estuvo Jesús entre los trece años y los treinta?

Hay pruebas de que Cristo pasó mucho tiempo de su vida temprana fuera de Judea, y parece bastante posible que en realidad viviera en India durante, al menos, parte de ese tiempo. Esos viajes no se conocían en el siglo I d. C. Lo que más tarde se conoció como la Ruta de la Seda ya estaba bien establecida y existía un tráfico frecuente entre los países alrededor del Mediterráneo, sobre todo el Mediterráneo este y China.

En el invierno de 1887 un hombre llamado Nicolai Notovitch estaba recorriendo la India como corresponsal para el periódico ruso *Novaya Vremiya*. En noviembre se encontraba en la región de Cachemira, cerca de Ladakh, cuando se cayó del caballo y se rompió una pierna. Lo trasladaron al monasterio de Hemis Gompa para darle tratamiento médico y, mientras estuvo allí, le contaron una historia que lo dejó asombrado.

Le sorprendía que los residentes del monasterio le hubieran ofrecido un trato tan excelente, y uno de los lamas le contó que, como europeo, consideraban que prácticamente compartía con ellos su fe, que era casi un budista. Notovitch dijo que él era cristiano, no budista, pero el lama le dijo que el más grande de los profetas budistas, un hombre llamado Issa, era también el fundador de la religión cristiana. El lama sacó dos volúmenes de hojas sueltas de las que le leyó la historia de Issa mientras Notovitch tomaba notas y dejaba registrado todo lo que pudo.

Según esos registros antiguos, Issa nació en Israel y llegó a la India cuando tenía unos catorce años en compañía de un grupo de mercaderes. Durante los siguientes quince años aproximadamente, viajó por el subcontinente e incluso pasó un periodo

de seis años en Nepal aprendiendo los postulados del budismo y forjándose una reputación como predicador y profeta. Después volvió a Israel para intentar combatir la opresión de los judíos. Estos textos, según le dijeron a Notovitch, formaban parte de una colección de antiguas escrituras tibetanas compiladas en Pali, una vieja lengua india, unos diecinueve siglos antes.

Los paralelismos entre las vidas de Issa y Jesús eran claros, y a su regreso a Europa, Notovitch intentó publicar su hallazgo, pero muchos cargos de la Iglesia, incluyendo uno del Vaticano, le advirtieron de la forma más extrema posible que no intentara publicar nada sobre esa extraña historia. Y el poder de la Iglesia al final del siglo XIX era suficiente para asegurarse de que cuando finalmente Notovitch logró publicar *La Vie Inconnue de Jésus Christ*, en 1895, no solo su obra quedara ignorada, sino que el propio Notovitch fue arrestado en San Petersburgo y encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, y acusado de «actividad literaria peligrosa para el estado y la sociedad». Lo exiliaron a Siberia sin que se celebrara juicio, pero se le permitió volver en 1897. Se desconoce qué le deparó el destino después, aunque es probable que viviera hasta 1916.

Desde entonces se han producido varios intentos de desacreditar a Notovitch, pero sin éxito. Una mirada imparcial a las pruebas indica que sí que visitó Ladakh y el monasterio de Hemis Gompa (ya que la base de uno de esos intentos fue que nunca estuvo allí), y a otros viajantes que han pasado por la zona se les han contado historias similares procedentes de libros que se encuentran en Hemis Gompa y que tenían registros de la vida de Jesús en India.

Es una historia interesante, pero que no se puede demostrar sin tener los documentos originales del monasterio. Sin embargo hay otras pruebas que apuntan a que Jesús e Issa podrían haber sido una misma persona.

En primer lugar, cuando Jesús reaparece en Judea como adulto, ya es un todo un profeta, lo que sugiere que debió de haber aprendido en algún sitio.

En segundo lugar, existen muchas similitudes entre lo que Jesús supuestamente predicaba y la religión budista, así que si fue a India durante los años en los que se formó, es posible, como poco, que cuando volviera a Judea fuera básicamente un budista. Por ejemplo, ambas religiones citan exactamente la misma historia de la pobre viuda que entregó dos monedas, lo único que tenía, en un encuentro religioso y cómo ese diminuto obsequio fue honrado por el sacerdote como la más valiosa de todas las aportaciones. Ya que el budismo data del 460 a. C., no es descabellado decir que el cristianismo, el mensaje religioso transportado hasta Judea por Jesús, que después quedó consagrado por la religión cristiana, es una secta budista.

La tercera prueba circunstancial es que cuando las primeras misiones cristianas llegaron a Ladakh, descubrieron que los lugareños ya conocían la historia de Jesús/Issa, y que llevaban y usaban rosarios.

¿Y qué pasó después de la crucifixión de Jesús? La historia aceptada de la muerte de Jesús es tal vez la parte más polémica de su vida, ya que no tiene sentido por muchas razones, demasiadas para tratarlas aquí. Pero una de las anomalías más claras era que al parecer Jesús murió a las tres o cuatro horas de ser crucificado y que su cuerpo se bajó de la cruz.

El propósito de la crucifixión era que fuera una forma de ejecución lenta, prolongada y muy pública. Por eso la empleaban los romanos, para asustar e intimidar a sus siervos. Las víctimas podían sobrevivir como mucho cuatro o cinco días en la cruz si no se les partían las piernas para acelerar su muerte. Y los cuerpos de las víctimas nunca se bajaban de la cruz después de la muerte. De nuevo, con el fin de intimidar, se dejaban ahí para que se pudrieran y había guardias apostados en los lugares de crucifixión para asegurarse de que los parientes no lograban robar los cuerpos y enterrarlos en secreto después del fallecimiento.

Si ese episodio no fue completamente apócrifo (una *crucifixión*, de hecho) y la ejecución sí que tuvo lugar tal cual se describe en la Biblia, debió de haber una confabulación entre los judíos y las autoridades romanas, porque ninguna otra cosa tiene sentido. La explicación más probable es que Jesús estaba vivo cuando lo bajaron de la cruz y eso, por supuesto, aporta la explicación más lógica y sencilla para la resurrección: que sencillamente no murió.

Dando eso por hecho, sería obvio que Jesús no hubiera podido quedarse en Israel, ya que habría sido inaceptable para los romanos que un hombre condenado y crucificado pudiera moverse por allí, de modo que habría tenido que abandonar el país. Y si había pasado la mayor parte de su vida en India, ese habría sido el lugar más obvio al que regresar. Lo cual nos lleva al Rozabal.

Como dice Angela en la novela, en Srinagar hay una construcción conocida como Rozabal, una abreviatura de Rauza Bal, y la palabra *rauza* significa «la tumba del profeta», que contiene dos tumbas. Una de ellas es la del santo islámico Mir Sayyid Naseeruddin, y apunta al norte y al sur, según la costumbre musulmana. La otra tumba está situada de este a oeste, una costumbre judía, y lleva el nombre de Yuz Asaf.

Esta tumba también es única porque tiene talladas un par de huellas de pies, que es en realidad una costumbre común en las tumbas de los santos, pero esa talla muestra lo que parecen ser las marcas de una crucifixión, un castigo desconocido en India. Los documentos dicen que esa tumba data de, al menos, el año 112 d. C.

Según el *Farhang-i-Asafia*, un antiguo texto que describe la historia de Persia, el profeta Jesús, que por entonces era conocido como Hazrat Issa, sanó a un grupo de leprosos a los que más tarde se refirieron como Asaf, que significa «los purificados», porque se habían curado de su enfermedad. Jesús o Issa pasó a tener el nombre adicional Yus Asaf, que significaba «líder de los purificados».

Es bastante seguro que esa tumba contenga el cuerpo de Yus Asaf, un hombre que también era conocido como Issa, y probablemente también como Jesús, y esa es la suposición sobre la que he basado esta novela. Debería recalcar que no hay pruebas de que el cuerpo se sacara de esa tumba y se llevara a los altos valles de Ladakh; eso es puramente una ficción que he ideado para este libro. Por lo que sé, el cuerpo de Yus Asaf, fuera quien fuera, aún yace en la tumba de Srinagar.

Los lectores interesados en saber más sobre este aspecto de la vida de Jesús pueden consultar *Jesus lived in India*, de Holger Kersten (Penguin, ISBN 978-0-14-302829-1).

¿Qué aspecto tenía Jesús? De nuevo, tal como se deja constancia en la novela, las descripciones de él como un hombre alto, de porte noble, con el pelo y la barba largos, no tiene ninguna base histórica. En el siglo I d. C., la estatura media de un hombre adulto en Judea era aproximadamente de un metro cincuenta.

La descripción completa del Rey de los Judíos de la copia eslava de *La Caída de Jerusalén* de Josefo dice que era «un hombre de aspecto simple, de edad madura, piel oscura, baja estatura, jorobado, con un rostro largo, nariz larga y cejas juntas... con pelo escaso y la raya en medio, siguiendo la costumbre de los nazarenos, e imberbe». Esta descripción es muy similar a una encontrada en los *Hechos de Pablo y Tecla*, según el cual era «un hombre de estatura baja, calvo [...] con las cejas juntas y nariz aguileña».

Otras fuentes insisten en que Jesús no era nada atractivo físicamente. En los *Hechos de Pedro* un profeta lo describía como «carente de belleza o donaire» y en los *Hechos de Juan* como «un hombre pequeño y desgarrado». Celso lo describía como «pequeño y feo y mediocre». Tertuliano dijo que «si no hubiera sido tan feo los soldados romanos no le habrían escupido en la cara».

Las primeras descripciones de Jesús lo mostraban como un hombre pequeño, imberbe y con el pelo corto. En el siglo VI, lo describían con el pelo largo y barba, y ligeramente más alto. Alrededor del siglo VIII emergió la que es ahora la imagen de Jesús. Es probable que la imagen del Sudario de Turín, que hoy en día se cree que es una falsificación medieval extremadamente lograda, simplemente sirviera como refuerzo para el aspecto físico de ese nuevo Jesús.

Para terminar, en la novela he mencionado la «anomalía de Baigdandu». Es real. Cada ciertas generaciones nace un niño en la aldea de Baigdandu con el pelo rojizo y ojos azules. Una leyenda local dice que hace siglos llegó una tribu de griegos a la zona buscando, por extraño que parezca, la tumba de Jesucristo, y que terminaron asentándose allí y por eso son sus genes los causantes de esa anomalía. No soy genetista, pero he visto a muchos griegos y la mayoría tienen los ojos marrones y el pelo negro o muy oscuro. La idea de que la actual anomalía estuviera causada por esos matrimonios en particular no es algo a lo que encuentre sentido.

Pero algunas de las descripciones de Issa se refieren a él como un hombre de pelo claro y ojos azules, y la lógica apunta a que esta puede ser una explicación más probable para la anomalía. Así que es posible que la línea de sangre del hombre que conocemos como Jesucristo siga presente en la Tierra después de dos milenios, y que sus genes aún se puedan encontrar entre los habitantes de una diminuta aldea montañosa en uno de los lugares más remotos de Cachemira.

JAMES BECKER

Principado de Andorra, febrero de 2010.



JAMES BECKER es un escritor estadounidense de thriller y suspense, bajo el nombre de James Barrington, y también de conjura histórica.

Pasó más de veinte años en la Royal Navy Flota Aérea y sirvió durante la Guerra de las Malvinas. A lo largo de su carrera ha participado en operaciones encubiertas en muchos de los puntos conflictivos del mundo, lugares como Yemen, Irlanda del Norte y Rusia. Es experto en las técnicas de combate armado y tiene un gran interés por la historia antigua y medieval. Actualmente vive en Andorra.

El primer apóstol (The first apostle, 2008) es su primera novela publicada en castellano y la primera de la saga del detective Chris Bronson. La piedra de Moisés (The Moses stone, 2009) se publicó a continuación y El secreto del Mesías (The Messiah Secret, 2010) es la tercera entrega.